

**UN CAMPO CARGADO DE FUTURO**  
**EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA**

**RAÚL FUENTES NAVARRO**  
**ITESO/Maestría en Comunicación**  
**Guadalajara, octubre de 1991**

*Vivimos Hoy. Mañana tendremos una imagen de lo que fue el presente. No podemos ignorar esto, como no podemos ignorar que el pasado fue vivido, que el origen del pasado es el presente.*

*Recordamos aquí, hoy. Pero también imaginamos aquí, hoy. Y no debemos separar lo que somos capaces de imaginar de lo que somos capaces de recordar.*

Carlos Fuentes, 1990:  
***Valiente Mundo Nuevo.***

## Índice

Introducción: Pretextos, contextos, intertextos	4
Primera parte: Trayectorias y versiones: la tensión comunicación-cultura en América Latina	9
1.1 La perspectiva de <i>Diá-logos de la Comunicación</i>	20
1.2 Los reflejos de <i>Telos</i> desde España	24
1.3 Algunas revisiones autocríticas	30
1.4 Pensar la comunicación desde la cultura	42
1.5 Una mirada desde la postmodernidad	50
1.6 Prefiguraciones del futuro	57
Segunda parte: La comunicación y el desarrollo dependiente de América Latina	62
2.1 Los esfuerzos antecedentes	72
2.2 La modernización y el paradigma dominante	78
2.3 Los primeros diagnósticos proyectivos globales	85
2.4 La difusión de innovaciones y el desarrollo rural	93
2.5 Crisis y crítica del paradigma dominante	99
2.6 La teoría de la dependencia y el cambio de marcos	106
Tercera parte: Producción de conocimiento y transformación social de la comunicación en América Latina	116
3.1 Transformaciones políticas y cambios en los medios	121
3.2 La teoría crítica y el análisis ideológico	133
3.3 El estructuralismo y el denunciismo	147
3.4 Educación masiva o liberación popular	156
3.5 Imperialismo cultural y comunicación alternativa	170
3.6 Políticas nacionales de comunicación y democracia	188
Cuarta parte: Crisis, proyecciones y vinculaciones en el estudio de la comunicación en América Latina	201
4.1 Temáticas, objetos y procesos	205
4.2 Confluencias teórico-metodológicas	214
4.3 Las asociaciones y agencias vinculadoras	220
4.4 La investigación en las universidades	225
4.5 Las infraestructuras del campo	229
4.6 Para la formulación de los nuevos retos	233
Referencias bibliográficas	236

**Introducción:  
Pretextos, contextos, intertextos**

El texto que se expone en este libro tiene como propósito central servir como un apoyo a la formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina. Fue elaborado específicamente para el programa de publicaciones de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), tratando de contribuir a la oferta de material bibliográfico referido a las prácticas, las necesidades y los proyectos latinoamericanos de comunicación; en este caso, de su investigación, es decir, de la generación de conocimiento sistemático que pueda ser consistente y pertinentemente apropiado por los profesionales de la comunicación de esta región.

Las *intenciones* que orientaron la elaboración del texto, entonces, son muy claras: se ubican como concreciones de dos de los objetivos que la Asamblea Constitutiva de FELAFACS (Melgar, Colombia, octubre de 1981), definió para la Federación:

Contribuir al mejoramiento constante de la formación profesional del comunicador social, tanto en sus aspectos científicos, tecnológicos y éticos, como en lo referente a la adquisición de una conciencia social de actitud favorable al desarrollo independiente y al progreso social, considerando las distintas realidades nacionales. (...)

Propiciar y difundir la investigación científica estrechamente vinculada a la docencia, que realice contribuciones originales en el campo de la cultura y de la comunicación social; con preferencia aquella que esté comprometida con los objetivos de desarrollo nacional de cada país y de América Latina.

A lo largo de los diez años transcurridos desde la constitución de FELAFACS son muchas las acciones concretas y diversos los proyectos y programas realizados para avanzar en estos y en los otros objetivos propuestos. Sobre la base de una coincidencia plena en los propósitos, el autor ha podido colaborar modestamente en varios de ellos: desde los encuentros latinoamericanos de facultades de comunicación social (1982, 1986, 1989) o la revista *Diá-logos*, hasta las investigaciones de diagnóstico sobre las escuelas (1982, 1985), la bibliografía empleada en la enseñanza (1989) o los talleres de diseño y evaluación curricular y de metodología educativa (1987-1990). En todos estos trabajos, la experiencia y las inquietudes acumuladas desde 1978 como profesor de teoría de la comunicación han ido enriqueciéndose y confrontándose con muchas otras visiones, realidades y experiencias latinoamericanas, que no sólo han ampliado los horizontes del autor; también han reforzado su compromiso de buscar cómo articular, en el trabajo cotidiano, los elementos fragmentarios y dispersos de un campo académico tan efervescente como estimulante. De ahí el título seleccionado para el libro: *Un campo cargado de*

*futuro*, paráfrasis de un verso, referido a la poesía como arma para transformar el mundo, de Gabriel Celaya.

Por otra parte, el texto que aquí se presenta es producto de unas particulares *condiciones* que determinan no sólo al autor sino a la institución y al país donde trabaja, al conjunto de estudios sobre la comunicación en Latinoamérica a los que se refiere, y al campo mismo, sujeto por definición a tensiones y contradicciones múltiples, que explican precisamente su dinámica, tanto en el plano científico-académico como en el histórico-social. Si bien en los mismos días en que se terminan de redactar estas páginas se realiza en Guadalajara la Primera Reunión Cumbre Iberoamericana (julio 18 y 19 de 1991), que ha hecho renacer esperanzas concretas para la “integración” latinoamericana, se trabaja muy cerca del extremo norte de América Latina, en un país que a pesar de su política exterior y de la hospitalidad hacia los extranjeros, no se caracteriza por el sentimiento de “latinoamericanidad” en la cultura de la gran mayoría de sus habitantes. Sin embargo, desde hace dos décadas, en esta misma Guadalajara sede hoy de la “convergencia iberoamericana”, muchos profesores de comunicación del ITESO han sabido atender, en su trabajo académico, al horizonte latinoamericano como un marco de referencia “natural” y estratégico. Ahí, con ellos, se reconoce el autor.

Desde tales condiciones e intenciones generales, este texto se propone como un apoyo para cursos universitarios, tanto de licenciatura como de posgrado en comunicación, que cubran el objetivo de que los estudiantes construyan una panorámica general del estudio de la comunicación en América Latina y de sus alcances y límites históricos como práctica social de los investigadores, planificadores, profesionales y académicos, para que puedan identificar y ubicar sistemáticamente, en este contexto, las aportaciones pertinentes al conocimiento y la práctica concreta de la comunicación como fenómeno sociocultural. El supuesto fundamental del texto es que la *construcción de mapas* orientadores ante la creciente complejidad del campo es un pre-requisito importante para la generación de opciones profesionales más claras y para el reconocimiento de los antecedentes, fundamentos y necesidades de desarrollo del pensamiento y la acción latinoamericanos sobre la comunicación en la última década del siglo XX.

Es lamentable constatar, como José Marques de Melo (1988), el “relativo desconocimiento de las nuevas generaciones sobre el pensamiento construido por nuestros pioneros” latinoamericanos, sobre todo cuando, al decir de Jesús Martín Barbero (1987a), “la comunicación se está convirtiendo en un espacio estratégico desde el que pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan estas sociedades-encrucijada, a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva”. Coincidimos también con Manuel Martín Serrano (1990) en cuanto a que “la pregunta por el estado actual es el reconocimiento de que todavía se está a la búsqueda

de la identidad. Tiene sentido cuando permite reflexionar sobre los orígenes y no cuando cierra la interrogación con un balance de lo hecho. Probablemente en algún lugar de lo hasta ahora pensado se encuentren ya los gérmenes de la futura identidad de las Ciencias de la Comunicación; pero no necesariamente en los desarrollos más aceptados”. Tratamos, entonces, de ubicar este trabajo en referencia a la formación universitaria de comunicadores, a la función social de la academia y a la búsqueda científica, asumiendo el afectuoso imperativo formulado por Luis Ramiro Beltrán (1982): “No renunciemos jamás a la Utopia”.

El texto está estructurado a partir de varios supuestos, además del ya mencionado, que conviene explicitar. En primer lugar, se basa en la revisión analítica de la bibliografía latinoamericana sobre comunicación accesible para el autor, especialmente las sistematizaciones documentales y bibliográficas realizadas por distintos investigadores e instituciones sobre la producción de algunos países o sobre ciertas temáticas a escala latinoamericana. A pesar de la diversidad metodológica de estos trabajos, se han podido aprovechar referencias de materiales a los que el autor no ha tenido acceso directo. También se han tomado como punto de partida los ensayos evaluativos o “estados de la cuestión” elaborados por distinguidos investigadores en las últimas dos décadas. Por supuesto, cada uno de ellos presenta puntos de vista y criterios de evaluación diferentes, y al citarlos *in extenso* se ha procurado no deformar sus juicios y propuestas, no sólo como una muestra de respeto, sino sobre todo por el valor de las interpretaciones y orientaciones que proporcionan, en distintos tiempos y “lugares”, al campo. Están por realizarse, todavía, proyectos sistemáticos de investigación comparada, como el coordinado por INTERCOM y CONEICC desde 1988 sobre los sistemas de comunicación en Brasil y en México, que aporten elementos de juicio metodológicamente menos heterogéneos que los hasta ahora disponibles.

La selección y el “montaje” de los textos citados están, evidentemente, sesgados por la visión que sobre el campo tiene el autor, además de la imposibilidad de la consulta de muchísimas obras pero, por principio didáctico, se ha procurado no trabajar sobre categorizaciones cerradas o hacia interpretaciones homogeneizadoras. Por ello se justifica recurrir en tan alta proporción como se hace, a fuentes de segunda y hasta tercera mano. Si bien es inevitable que el orden y la forma introducidos reduzcan la diversidad “original” de los aportes, se trata de no omitir juicios que induzcan selecciones o adscripciones acríticas. Por el contrario, se trata de suscitar al mismo tiempo la consulta y estudio directo de las fuentes documentales a las que los destinatarios de este libro puedan tener acceso, y la asimilación crítica de las propuestas que contienen las fuentes revisadas, ante las situaciones propias y el futuro inmediato. En este sentido, el texto se propone como una *mediación* entre la documentación del campo y el trabajo de profesores y estudiantes ante y dentro de él: no como un modelo que represente al campo “como es”, sino como un apoyo a las representaciones que quienes lo estudien se construyan por sí y para sí mismos.

Por supuesto, esta pretensión es tan ambiciosa que el autor reconoce de entrada la insuficiencia de su capacidad y de su esfuerzo para realizar con eficacia esta mediación. Sin embargo, la convicción de que es una tarea necesaria y la experiencia de haber probado el esquema durante tres años en el seminario introductorio a la teoría sociocultural de la comunicación en la Maestría en Comunicación del ITESO, compensan las limitaciones reconocidas e inducen, necesariamente, un carácter provisional y tentativo al texto. Porque no es sino mediante una apropiación crítica de sus usos, en un proceso lo más amplio posible, que un *producto comunicativo* como éste podrá realizarse en sus objetivos y en los avances académicos concretos que habrán de modificar su contenido. De ahí que al ofrecerse a sus destinatarios, se constituye en una convocatoria a la interlocución, más que en una apelación persuasiva o simplemente informativa.

Por otra parte, al adoptar como escala “América Latina”, el texto presta insuficiente atención a los desarrollos *nacionales* del estudio de la comunicación, que para la mayor parte de los propósitos educativos son ciertamente más relevantes, dadas las notables diferencias existentes, quizá mayores que las semejanzas, entre los países latinoamericanos, y la relativamente tenue concreción de la “integración” continental hasta hoy. El autor no ha podido, con los recursos disponibles, sino intentar un primer análisis de la investigación y los investigadores de la comunicación en México (Fuentes, 1991), y confía en que en otros países puedan aprovecharse (y multiplicarse) los esfuerzos por conocer más sistemáticamente las escalas nacionales y regionales del campo.

El texto está estructurado en cuatro partes, cada una de ellas compuesta por seis “secciones” o capítulos. Esta división en veinticuatro “unidades” podría corresponder a un programa de curso, digamos de catorce sesiones, en el cual la primera se dedicara a la presentación e introducción y la última a síntesis y evaluación, trabajando en cada una de las doce restantes un par de capítulos junto a un texto temáticamente correspondiente, referido a la situación nacional, que el profesor habría de proporcionar a los estudiantes. Por supuesto, la idea subyacente en esta sugerencia no es la de un curso organizado a partir de exposiciones del profesor, sino de un *seminario*, en que los estudiantes participen activamente, discutiendo sus lecturas y, sobre todo, buscando grupalmente la apropiación y la referencia concreta en su realidad inmediata.

La primera parte recupera aportaciones recientes, casi todas panorámicas amplias sobre el estudio de la comunicación y su tensa relación con la cultura en América Latina, de donde pueden surgir “claves de lectura” diversas en relación a las dos siguientes partes. La segunda intenta reconstruir la problemática de la comunicación y los acercamientos a su investigación y práctica predominantes en los sesenta: la tensión entre el desarrollo y la dependencia, mientras que la

tercera parte enfoca una tensión más presente durante los setenta, de carácter epistemológico-político: aquella que opone los criterios de científicidad y de contribución al cambio social. Por último, en la cuarta parte, más que concluir regresando a las tensiones del campo en los ochenta, se trata de abrir el horizonte futuro revisando no sólo las temáticas o los aportes principales, sino algunas de las “dimensiones” del campo en cuyas contradicciones, crisis y desarticulaciones radica la “síntesis” actual de la historia y las posibilidades de trabajo creativo que son el reto que habrá que enfrentar en los noventa para construir y realizar el futuro imaginado.

Guadalajara, octubre de 1991.

**Primera Parte:**  
**Trayectorias y versiones: la tensión**  
**comunicación - cultura en América Latina**

En Latinoamérica se asume comúnmente que el origen del sector académico encargado de los estudios sobre la comunicación está en las escuelas de periodismo. Tan fuerte es esta identificación que, más de medio siglo después del casi mítico origen argentino en La Plata en 1935 (Nixon, 1974), en la mayoría de las escuelas, facultades y departamentos el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como en la investigación universitarias, están primariamente constituidos por representaciones cada vez más refinadas de las prácticas periodísticas. En la mayoría de los países de la región, estudiar comunicación significa apenas poco más que estudiar periodismo (FELAFACS, 1983; 1985).

La célebre recomendación del Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL) en 1963 de que “al extender sus ramos las escuelas (de periodismo) deberían convertirse en escuelas de Ciencias de la Información”, parece haberse atendido sin considerar todas sus implicaciones. Ahora puede verse con mayor claridad que pasar de la formación de periodistas a la de especialistas en la información o en la comunicación exige algo más que referir las prácticas a los medios electrónicos en vez de hacerlo sólo a la prensa escrita y que este paso cambia el lugar social a ocupar por el egresado, que deja de depender de los medios como empresas demandantes y empleadoras de personal técnico e ideológicamente capacitado (Ordóñez, 1979; Fuentes, 1986).

Otra versión sobre el origen de nuestro campo remite a la fundación de la carrera de Ciencias de la Comunicación (llamada por algún tiempo Ciencias y Técnicas de la Información) en la Universidad Iberoamericana, en México, en 1960. El proyecto académico de esta nueva carrera, trazado por José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de “un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana” (Sánchez Villaseñor, 1959). La diferencia con las carreras de periodismo, de las cuales para entonces había ya 44 en Latinoamérica (Nixon, 1974), se planteó claramente desde el principio: el énfasis estaría puesto en la solidez intelectual proporcionada por las humanidades, ante la cual la habilitación técnica estaría subordinada, pero de tal manera que garantizara la capacidad para acceder, a través de los medios, a la dinámica sociocultural. Este proyecto, de carácter clásicamente universitario, no consideró suficientemente, sin embargo, la evolución que habrían de tener los medios masivos y la industria cultural en su conjunto, ni las condiciones en que habrían de desarrollarse los sistemas teórico-metodológicos específicos sobre los fenómenos comunicativos.

Un tercer modelo de carrera se sobrepuso entonces, en los setenta, a los elementos vigentes del modelo periodístico (habilitación técnica, ajuste a las demandas empresariales, incidencia política a través de la opinión pública) y los del modelo humanista (formación intelectual, independencia crítica, reafirmación de valores socioculturales): el modelo de la “comunicación social” (formación en ciencias sociales, escisión teoría-práctica, polivalencia profesional).

En la actualidad puede afirmarse que el campo académico está constituido por elementos, casi nunca consistentemente integrados pero simultáneamente vigentes, de los tres modelos, de las tres fundaciones académicas del estudio de la comunicación. Esta composición del campo, junto al extraordinario crecimiento de la matrícula en prácticamente todos los países del continente, ha tenido múltiples consecuencias sobre la formación de comunicadores, que han sido estudiadas y atendidas extensamente por FELAFACS en los últimos diez años. Pero la atención de este trabajo no está puesta sobre la formación universitaria, sino en la investigación académica latinoamericana de la comunicación. Se habla de “investigación académica” para distinguirla de la “investigación comercial”, aquella que se realiza por encargo para una aplicación determinada, cuyos resultados se entregan al cliente y rara vez se publican, por lo que contribuyen muy poco al conocimiento colectivo.

Hablar de investigación académica latinoamericana de la comunicación es hablar, entonces, primordialmente, de una producción generada en las universidades o por universitarios en centros e institutos independientes o gubernamentales, pero paradójicamente desvinculada de los procesos formativos y profesionales de los egresados. Hace tiempo que el brasileño Venício Artur de Lima (1983) hizo notar como un ingrediente decisivo en el estudio de la comunicación la desvinculación, importada de Norteamérica, entre la investigación-producción teórica y la enseñanza-formación profesional y su exacerbación por el carácter profesionalizante predominante en las universidades latinoamericanas. En México, esta paradójica desvinculación la ha observado también Raúl Trejo Delarbre (1988), entre otros, y ha sido objeto no sólo de análisis y discusiones, sino de intentos de superación tan importantes como el operado desde 1974 en la UAM Xochimilco (Solís y De la Peza, 1988), no obstante lo cual sigue estando manifiestamente vigente.

Y esta desvinculación persiste, independientemente de que tanto la investigación como la formación profesional tengan como objeto central de sus afanes el estudio de las diversas dimensiones que constituyen la operación de los medios masivos de difusión y las industrias culturales. Así como estudiar comunicación significa apenas poco más que estudiar periodismo, investigar la comunicación significa apenas poco más que producir conocimiento (la mayor parte de las veces sólo descriptivo) sobre los medios, según muestran las sistematizaciones documentales realizadas en diversos países latinoamericanos en los ochenta, obras que son el apoyo fundamental de este trabajo (Anzola y Cooper, 1985; Beltrán, Suárez e Isaza, 1990;

CIESPAL, 1986a; 1986b; 1986c; Fuentes, 1988; 1991; Munizaga y Rivera, 1983; Marques de Meto, 1983; 1984b; Peirano y Kudo, 1982; Rivera, 1986; Sánchez Ruiz, 1988).

Entre el ya considerable número de estudios sobre la producción latinoamericana en la investigación de la comunicación, uno muy reciente de Carlos Gómez Palacio (1989; 1990) proporciona datos interesantes, como los temas que con mayor frecuencia han sido tratados en artículos publicados en las principales revistas académicas de la región: *Chasqui*, *Comunicación y Cultura*, *Cuadernos de Comunicación*, *Cadernos INTERCOM*, *Comunicação e Sociedade*, *Cuadernos del TICOM*, *Revista ININCO*, *Comunicación Social y Desarrollo*, *Cuadernos de la Realidad Nacional y Lenguajes*. El orden de los temas, por frecuencias, aunque el autor no anota los porcentajes respectivos, es el siguiente:

1. Comunicación y cultura.
2. Historia de los medios.
3. Contenidos de los medios.
4. Usos y efectos de los medios.
5. Comunicación y desarrollo.
6. Comunicación política.
7. Características de los medios.
8. Nuevas tecnologías de información.
9. Políticas de comunicación.
10. Comunicación alternativa.
11. Periodismo y libertad de prensa.

Por otro lado, mediante entrevistas con 50 investigadores latinoamericanos, Gómez Palacio elaboró un listado de los “proyectos más importantes de investigación desarrollados en América Latina”, que incluye en los primeros lugares:

1. Trabajos de Mattelart y su grupo en Chile.
2. Trabajos de Pasquali en Venezuela.
3. Trabajos de Beltrán en Colombia.
4. Trabajos de Verón en Argentina.
5. Trabajos de Freire en Brasil y Chile.

Esto reafirma la idea, bastante generalizada, de que son precisamente estos cinco autores los principales pioneros y los líderes más importantes de la investigación de la comunicación en América Latina. Cabría entonces explorar la relación entre los temas (y enfoques) más investigados y los aportes teóricos de la obra de estos nuestros *padres fundadores*, ninguno de los cuales, desgraciadamente, sigue investigando la comunicación en América Latina: desde hace más de diez años, Mattelart y Verón lo hacen en Francia; Pasquali y Beltrán devinieron funcionarios de la UNESCO antes de jubilarse y el trabajo de Freire cubre un espacio mucho más amplio que el de la comunicación. Y no parece que las contribuciones teórico-metodológicas

más originales de cada uno de ellos fundamenten los proyectos de investigación ni los estudios universitarios actualmente, lo cual no demerita su importancia, sino que refleja una situación que José Marques de Melo describe así:

No se ha extendido plenamente en nuestro continente la conciencia sobre el papel desempeñado por los investigadores y los centros de investigación latinoamericanos en la producción de conocimiento científico sobre la comunicación social. Más bien se constata un relativo desconocimiento de las nuevas generaciones sobre el pensamiento construido por nuestros pioneros en el área. Por ello se verifica un cierto retroceso en la investigación de los fenómenos comunicacionales, que en vez de avanzar y profundizar en el camino trazado, retorna a los viejos o renovados paradigmas metropolitanos, reproduciéndolos acríticamente y reforzando con ello la tradicional dependencia cultural y científica. Naturalmente, hay excepciones en ese panorama (Marques de Melo, 1988).

Este “relativo desconocimiento” y “tradicional dependencia cultural y científica”, con sus notables excepciones, se manifiestan y pueden documentarse de muchas maneras. Una de ellas, que además aporta datos para sustentar una caracterización más amplia del panorama latinoamericano en el estudio de la comunicación, queda de manifiesto en el sondeo realizado por FELAFACS (Sánchez y Restrepo, 1990) sobre los textos más empleados en las escuelas latinoamericanas de comunicación. Este sondeo formó parte de un estudio mundial auspiciado por la Asociación Internacional para la Investigación de las Comunicaciones Masivas (AIERI/IAMCR), a partir de 1989, y se sujetó por tanto a convenciones metodológicas no siempre apropiadas para América Latina. Algunas de las partes sustanciales del informe final correspondiente a los países latinoamericanos pueden contribuir a una mayor comprensión de la participación del factor “libros de texto” en la formación de comunicadores y por ahí, de las complejas relaciones entre las actividades educativas y la investigación de la comunicación.

El proyecto *Textos empleados en las escuelas latinoamericanas de Comunicación* fue coordinado por Joaquín Sánchez y Mariluz Restrepo de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana. Considerando las diferencias culturales y la extensión geográfica de América Latina, se dividió ésta en tres grandes regiones y se nombró a un encargado de obtener, organizar y evaluar la información para cada una de ellas: México, América Central y Caribe, Raúl Fuentes (Guadalajara); Brasil, José Coelho Sobrino (São Paulo); Sudamérica hispanohablante, Mariluz Restrepo (Bogotá). Los resultados del procesamiento parcial de las respuestas de las facultades de cada región se concentraron en Bogotá, donde se realizó el informe final. La información recolectada consistió en las referencias de los textos más empleados en la enseñanza de la comunicación, considerando sólo libros formalmente editados, y no artículos o documentos mimeografiados. Para poder agregar esta información a la de otras partes del mundo, se siguió el esquema de áreas temáticas propuestas por AIERI, aunque con algunas modificaciones:

1. Medios impresos
2. Medios electrónicos
3. Publicidad y Relaciones Públicas
4. Administración de medios y procesos de comunicación
5. Historia de la comunicación y de los medios
6. Legislación, ética y políticas de comunicación.
7. Teorías e investigación de la comunicación
  - Teorías de la comunicación
  - Lenguajes y estética
  - Metodologías de investigación
8. Comunicación y desarrollo
9. Comunicación y cultura

Para América Latina el área temática más fuerte es la de “Teorías e investigación”: de ahí que se dividiera en tres subáreas, añadiendo la de “Lenguajes y estética”, que incluye los estudios lingüísticos y semióticos tan importantes en nuestras escuelas. En “Administración de medios”, se incluyó el aspecto de la “administración de procesos de comunicación”, ya que así corresponde mejor al enfoque latinoamericano de la enseñanza. Se consideró un último punto bajo el concepto de “Comunicación y cultura”, ya que es una tendencia muy importante que las escuelas están siguiendo desde los ochenta.

Como limitaciones metodológicas y conceptuales, el informe final registró las siguientes, muy sintomáticas de las condiciones que suelen prevalecer en el campo:

Aunque en el plan de investigación esperábamos recibir información directa y nueva de todas las escuelas de comunicación de América Latina, esto no fue posible. El cuestionario fue enviado en noviembre de 1989 pero muy pocos habían sido devueltos en enero de 1990. Hay muchas razones que pueden explicar la falta de respuesta. Muchas escuelas terminan semestres en noviembre, por lo que muchos profesores salen de vacaciones y olvidan contestar los cuestionarios al volver a la escuela, si es que vuelven. Debido a las situaciones políticas, especialmente en Centroamérica, muchas escuelas no tienen recursos bibliográficos. En otros casos, los procesos de planeación y administración son interrumpidos por huelgas y/o por problemas económicos. Además, es posible que el cuestionario que pedía resúmenes y evaluaciones de los materiales pareciera demasiado complicado para algunos profesores. De cualquier manera, responder cuestionarios no es una de nuestras prácticas culturales más comunes.

De las 224 escuelas, sólo 90 respondieron el cuestionario o revisaron el listado de libros previamente preparado por la coordinación de este proyecto. Estas escuelas se ubican en once de los veinte países latinoamericanos donde hay escuelas de comunicación. En los nueve países faltantes no hay más que 22 escuelas en total (Cuba, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Puerto Rico, Ecuador, Paraguay). Esto significa, por supuesto, que los datos obtenidos no son representativos del universo estudiado; por lo tanto, esta investigación no es estadísticamente significativa. No

obstante, considerando las otras fuentes empleadas y la experiencia de todos los miembros del equipo de investigación acerca de las condiciones educativas de las escuelas de comunicación latinoamericanas, creemos que los textos escogidos representan la bibliografía básica más importante y más extensamente empleada en todo el continente.

También es importante subrayar algunas limitaciones conceptuales acerca de nuestras muy particulares condiciones como continente. El proyecto básico de investigación limitó la información a textos formalmente editados, con lo que quedaron fuera los recursos más fundamentales y básicos para nuestras escuelas: artículos y documentos tales como ponencias y apuntes mimeografiados. Debido a los avances permanentes en el campo, estos materiales son preferidos por muchos profesores porque ofrecen información actualizada. Somos conscientes de que estos materiales son de uso mucho más subregional. Además, el empleo de un “libro de texto” como base principal de un curso sobre una determinada materia es poco frecuente en nuestras escuelas. También deben ser consideradas las dificultades para la consecución de materiales y de información. Muchos materiales muy usados en algunos países, especialmente los de autores locales, no son conocidos más ampliamente. Hay, sin embargo, algunas publicaciones periódicas (como *Diá-logos*, *Signo y Pensamiento*, *Contratexto*, *Comunicações e Artes*, *Chasqui*, *Cuadernos del TICOM*, etc.) que son usadas permanentemente.

Las enormes diferencias entre países, e incluso entre regiones de un mismo país, hacen muy difíciles las generalizaciones. En Centroamérica, por ejemplo, hay diez países, pero el 70% de las escuelas están en México. En Sudamérica, Brasil concentra el 48% de ellas. Algunos países como Cuba y Nicaragua, por su desarrollo político tan específico, usan material bibliográfico muy raramente empleado en otros países. La influencia de los países que tienen una sólida industria editorial (México, Argentina, Brasil y ahora Colombia), es notable.

Aunque las categorías temáticas propuestas para la clasificación de los textos probablemente tienen un rango mayor, no corresponden a los enfoques curriculares de nuestras escuelas. Los tópicos fueron ajustados y modificados de manera que respondieran a los objetivos de la investigación. (Sánchez y Restrepo, 1990: 911).

Entre los resultados del análisis de este sondeo bibliográfico hay algunos datos muy elocuentes sobre las condiciones de trabajo en las escuelas de comunicación, que al mismo tiempo son representativas de las tendencias, “trayectorias y versiones” de la investigación y el conocimiento circulante sobre la comunicación y la cultura en Latinoamérica: se seleccionó un total de 130 libros como representativos de los textos más extensamente empleados en las escuelas de comunicación de América Latina.

#### DISTRIBUCIÓN DE LOS TEXTOS POR AREAS TEMÁTICAS

ÁREA	TEMÁTICA	TOTAL %
Medios impresos	16	12.3

Medios electrónicos	14	10.8
Publicidad y Relaciones Públicas	10	7.7
Administración de medios y procesos	3	2.3
Historia de la comunicación y los medios	9	6.9
Legislación, Ética y Políticas	4	3.1
Teorías e Investigación	52	(40.0)
Teoría de la comunicación	(22)	(16.9)
Lenguajes y estética	(20)	(15.4)
Metodología de investigación	(10)	(7.7)
Comunicación y desarrollo	7	5.4
Comunicación y cultura	15	11.5
TOTALES:	130	100.0

Es evidente que el peso más fuerte de los currícula de comunicación en América Latina está en las áreas teóricas y metodológicas y esto se refleja claramente en la cantidad de libros comunes que caen en esta categoría. Este enfoque curricular, en el cual la formación en investigación y teoría se considera esencial para los estudios de comunicación, ha sido larga y profundamente discutido en muchos encuentros internacionales; por tanto, es un área en que son posibles los mayores acuerdos. También, es un área que ha sido ampliamente comercializada por las editoriales que producen libros en español, tanto traducciones como trabajos de autores latinoamericanos.

El énfasis en los lenguajes y la estética es tradicional desde la década de los setenta, especialmente en Argentina y Chile, debido a la influencia de las lingüísticas y semióticas italiana y francesa. Recientemente esta tradición ha recuperado presencia en los estudios de comunicación, ahora con referencia a sus posibilidades creativas y artísticas.

También hay un interés creciente en los estudios que profundizan la relación entre comunicación y cultura. Muchos de los libros clasificados bajo “Comunicación y desarrollo” podrían también muy bien ser ubicados en esta categoría, ya que el desarrollo ahora se enmarca en las cuestiones de la dependencia, la identidad, la diferencia, y no en la del cambio social según el tradicional modelo del desarrollo económico.

Las categorías que corresponden específicamente a las áreas de formación profesional dejan ver un interés creciente por materiales bibliográficos de apoyo, pero no hay muchos libros disponibles dentro de una perspectiva más amplia que considere los aspectos culturales y no sólo los técnicos o la información funcional. Muchos de estos libros fueron escritos por autores extranjeros. Aunque la producción teórica latinoamericana se ha ido desarrollando, esta área aún depende del pensamiento internacional, sobre todo en lo que se refiere a análisis del lenguaje y de los signos.

#### DISTRIBUCIÓN DE LOS TEXTOS POR ÁREAS TEMÁTICAS, NACIONALIDAD DE LOS AUTORES Y TEMAS LATINOAMERICANOS CONSIDERADOS

ÁREA TEMÁTICA	AUTORES LATINOAM.	AUTORES NORTEAM.	AUTORES EUROPEOS	TEMAS LATINOAM
---------------	-------------------	------------------	------------------	----------------

Medios impresos	9	6.9%	1	1.5%	5	3.9%	6	4.6%
Medios electrónicos	5	3.9%	3	2.3%	6	4.6%	6	4.6%
Publicidad y R.P.	5	3.9%	4	3.1%	1	0.8%	1	0.8%
Administración	3	2.3%	0		0		2	1.5%
Historia	5	3.9%	1	0.8%	3	2.3%	4	3.1%
Políticas	3	2.3%	1	0.8%	0		2	1.5%
Teoría/Investigación								
Teoría de la com.	5	3.9%	8	6.2	9	6.9%	2	1.5%
Lenguajes	2	1.5%	1	0.8%	17	13.0 %	0	
Metodologías	1	0.8%	1	0.8%	8	6.2%	1	0.8%
Com. y desarrollo	6	4.6%	0		1	0.8%	6	4.6%
Com. y cultura	9	6.9%	1	0.8%	5	3.9%	7	5.4%
TOTALES:	53	40.9%	22	17.1%	55	42.2%	37	28.5%

La influencia norteamericana, que predominó hasta principios de los años setenta, ha sido reemplazada por el pensamiento europeo y por la creciente producción de autores latinoamericanos. El contenido de los textos cubre sobre todo problemas generales. Sólo el 28.5% de los libros (37), refiere a situaciones particulares del continente. Los temas específicamente latinoamericanos sólo hasta muy recientemente han sido tratados en libros. Este interés por las situaciones y el pensamiento local es una tendencia de la mayor parte de las escuelas de comunicación, pero como ya se ha señalado, esta temática es cubierta más bien por artículos y trabajos inéditos. Es importante subrayar que hay una fuerte tendencia a emplear antologías (libros que contienen artículos de diversos autores, llamados *readers* en inglés), que incluyan diferentes perspectivas sobre temáticas específicas. Este formato es preferido por los investigadores latinoamericanos debido a su flexibilidad, que facilita la sistematización de investigaciones en proceso, así como la confrontación entre puntos de vista distintos.

Indudablemente, hay una perspectiva latinoamericana emergente, que está alimentando el debate actual dentro de las ciencias sociales. La producción latinoamericana comienza apenas a ser aceptada por las editoriales internacionales. Esto es evidente por el alto porcentaje (48.6%) de libros traducidos de sus ediciones originales en inglés, francés, italiano o alemán. Aunque algunos de los libros ubicados en idioma español vienen de España y no de América Latina, es notable que más de la mitad de los libros fueran escritos originalmente en los idiomas que se hablan en América Latina.

#### DISTRIBUCIÓN DE LOS TEXTOS POR ÁREAS TEMÁTICAS E IDIOMA EN QUE FUERON ESCRITOS

ÁREA TEMÁTICA	ESPAÑOL	%	PORTUGUÉS	%	TRADUCCIÓN	%
Medios impresos	9	6.9	3	2.3	4	3.1
Medios electrónicos	5	3.9	2	1.5	7	5.4
Publicidad y R.P.	3	2.3	3	2.3	4	3.1
Administración	2	1.5	1	0.8	0	

Historia	3	2.3	3	2.3	3	2.3
Políticas	2	1.5	2	1.5	0	
Teoría/Investigación						
Teoría de la com.	6	4.6	3	2.3	13	10.0
Lenguajes	2	1.5	0		18	13.9
Metodologías	4	3.1	0		6	4.6
Com. y desarrollo	4	3.1	2	1.5	1	0.8
Com. y cultura	6	4.6	2	1.5	7	5.4
TOTALES:	46	35.3	21	16.1	63	48.6

El hecho de que en la mayor parte de los países del continente se hable español ha hecho posible el desarrollo editorial en España y en varios de los países latinoamericanos cuya capacidad posibilita las relaciones internacionales con casas como Paidós, Gustavo Gili, Alianza o Siglo XXI. Los libros editados localmente por lo general lo son por instituciones académicas o de investigación como CIESPAL, FELAFACS, ILET o DESCO, o por universidades en el caso de Brasil, que publica prácticamente sólo para el consumo nacional, dado que Portugal no destaca en este campo.

#### DISTRIBUCIÓN DE TEXTOS POR ÁREA TEMÁTICA y LUGAR DE PUBLICACIÓN

ÁREA TEMÁTICA	AMÉRICA LATINA	%	EUROPA	%
Medios impresos	12	9.2	4	3.1
Medios electrónicos	9	6.9	5	3.9
Publicidad y R. P.	10	7.7	0	
Administración	3	2.3	0	
Historia	6	4.6	3	2.3
Políticas	4	3.1	0	
Teoría e Investigación				
Teorías de la com.	13	10.0	9	6.9
Lenguajes	12	9.2	8	6.2
Metodologías	4	3.1	6	4.6
Comunicación y desarrollo	6	4.6	1	
TOTALES:	92	70.1	38	29.3

Más de la mitad de los libros (53.7%) empleados regularmente en la enseñanza de la comunicación en América Latina fueron publicados en la última década. Llama la atención que muchos libros escritos hace quince o veinte años sigan usándose. Los

materiales nuevos referidos a los medios y a enfoques profesionales como la Publicidad y las Relaciones Públicas son escasos. Lo contrario sucede con los libros de Teoría y de Metodología de la investigación que se han desarrollado en los últimos años, sobre todo desde una perspectiva latinoamericana. En las áreas de lenguajes y estética, los textos producidos en los setenta siguen siendo muy útiles ya que representan el pensamiento “clásico” en esos campos.

#### DISTRIBUCIÓN DE LOS TEXTOS POR ÁREAS TEMÁTICAS Y AÑO DE PUBLICACIÓN

ÁREAS TEMÁTICAS	ANTES 1960		1960-69		1970-79		1980-90	
Medios Impresos	0		1	0.8%	6	4.6%	9	6.9%
Medios Electrón.	0		1	0.8%	4	3.1%	9	6.9%
Publicidad - R.P.	0		0		8	6.1%	2	1.5%
Administración	0		0		1	0.8%	2	1.5%
Historia	0		1	0.8%	1	0.8%	7	5.4%
Políticas	0		0		2	1.5%	2	1.5%
Teoría e Invest.								
Teorías de la c	0		3	2.3%	6	4.6%	13	10.0%
Lenguajes	1	0.8%	2	1.5%	1	18.5%	6	4.6%
Metodologías	0		0		4	3.1%	6	4.6%
Com. desarrollo	0		1	0.8%	0		6	4.6%
Com. cultura	0		1	0.8%	6	4.6%	8	6.2%
TOTALES:	1	0.8%	10	7.8%	49	37.7%	70	53.7%

Aunque ha habido un interés creciente por producir nuestros propios materiales, la mayor parte de las áreas requieren de libros nuevos que puedan realmente ser empleados como libros de texto en la enseñanza de la comunicación. Esto es, como materiales educativos que orienten y abran nuevas perspectivas así como información profesional más puntual. Definitivamente, hay una necesidad de apoyar un programa amplio de publicaciones que permita que la producción local sea conocida a todo lo largo del continente y, deseablemente, también fuera de América Latina (Sánchez y Restrepo, 1990: 1217).

La edición de textos, como éste, ha sido en consecuencia una de las prioridades de los programas de trabajo de FELAFACS desde 1988. Varios de los títulos ya publicados son citados en su oportunidad, y un buen número de ellos está en prensa en México al momento de redactar estas líneas.

### 1.1 La perspectiva de *Diá-logos de la Comunicación*

La labor de FELAFACS (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social) como organismo de enlace, cooperación e impulso de iniciativas académicas para la superación del estudio de la comunicación en América Latina ha sido especialmente importante en los años ochenta. Desde su constitución en 1981, ha apoyado con programas específicos la formación y actualización de profesores, el diagnóstico, evaluación y reformulación curricular y metodológica de las escuelas, la formación de asociaciones nacionales, la discusión continental de temáticas educativas, comunicativas y socioculturales de la mayor relevancia, y la difusión de una buena parte de la producción intelectual latinoamericana en el campo de la comunicación y la cultura.

Entre las múltiples realizaciones de FELAFACS, ocupa un lugar destacado la revista *Diá-logos de la Comunicación*, donde puede encontrarse una muestra muy significativa de la investigación que actualmente se realiza en nuestra región. A partir de junio de 1987, cuando se decidió transformar el boletín de la Federación en “revista teórica”, se publicaron doce números (Nos 17-28) hasta fines de 1990, en los cuales han aparecido ciento veintidós artículos, reportes o entrevistas. De estos textos, 15 (el 12.3%) proviene de autores y países no latinoamericanos y los 107 restantes, de diez países de la región: 22 de México, 20 de Perú, 17 de Colombia, 16 de Brasil, 14 de Argentina, 11 de Chile, 3 de Uruguay, 2 de Venezuela, 1 de Puerto Rico y 1 de Bolivia. La revista tiene un carácter semi-monográfico en su sección principal y algunas secciones fijas (entrevista, investigación, enseñanza, postgrados y metodología) que, con excepción de las dos primeras, no figuran en todos los números.

Tratando de clasificar los temas abordados en estos 122 textos publicados en *Diá-logos* según las mismas categorías elaboradas por Gómez Palacio (1990), con fines comparativos, encontramos la distribución que se muestra en el Cuadro No 1:

Cuadro No 1  
Temas abordados por *Diá-logos de la Comunicación* 17-28

TEMAS	ARTICS.	%
Comunicación y cultura	37	30.4
ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN *	20	16.4
Contenidos de los medios	10	8.2
Características de los medios	9	7.4
Comunicación alternativa	9	7.4
PANORÁMICAS DE LA TEORÍA *	5	4.1
Historia de los medios	5	4.1
Usos y Efectos (RECEPCIÓN)	3	2.4
Nuevas tecnologías de información	3	2.4
Comunicación política	3	2.4
Políticas de comunicación	1	0.8
PROFESIÓN DE LA COMUNICACIÓN *	1	0.8
No clasificados (No Latinoamericanos)	16	13.2
TOTALES:	122	100.0

\* Temas presentes en la revista, no en el estudio de Gómez Palacio (1990)

La producción no latinoamericana se elimina porque representa algo distinto, en origen y significado, de lo que se busca: las tendencias temáticas más recientes de la investigación de la comunicación en América Latina tal como las refleja *Diá-logos*. Los renglones “Enseñanza”, “Teoría” y “Profesión”, que en conjunto dan cuenta del 21.3% de los trabajos, manifiestan no sólo la orientación más específica de la revista de FELAFACS, federación de asociaciones de escuelas, sino la importancia que ha ido cobrando últimamente la reflexión sobre las distintas dimensiones prácticas de la propia disciplina.

En el resto de los artículos (80), se nota una recomposición de las frecuencias en comparación con la muestra de Gómez Palacio: los enfoques de “Comunicación y cultura” siguen siendo con mucho los predominantes, pero reducen su proporción, por una parte, los estudios sobre medios (análisis de contenido o ideológicos, usos y efectos, historia) y por otra desaparecen los referidos a “Comunicación y desarrollo” y a “Periodismo y libertad de prensa”. Aumentan los genéricamente englobados en la categoría “Comunicación alternativa” aunque el término se use cada vez menos, y las exploraciones de “Características de los medios” con recortes muy específicos.

Más allá, entonces, de los sesgos normales que introduce en la muestra el carácter y orientación fuertemente definidos de la revista y del relativamente reducido número de artículos, pueden intentarse algunos esbozos de interpretación sobre las tendencias latinoamericanas más recientes en la investigación sobre medios masivos, industrias culturales y comunicación social.

En primer lugar, el “pensar la comunicación desde la cultura” y buscar desde ahí los métodos más adecuados para producir conocimiento sobre los fenómenos comunicativos no es una novedad ni una moda simplemente. Al menos desde *Comunicación y Cultura de Masas* de Antonio Pasquali, publicado originalmente en 1963, hasta *De los Medios a las Mediaciones* de Jesús Martín Barbero, puesto en circulación en 1987, las aportaciones teórico-metodológicas enraizadas en nuestras realidades y enfocadas sobre nuestros propósitos, constituyen un acervo tan rico como dispersa o insuficientemente aprovechado en nuestro campo. También, quizá, un marco conceptual difícil de poner en juego operativo para la indagación empírica concreta de esa multiplicidad heterogénea de sistemas y procesos que nos hemos acostumbrado a reconocer bajo el término “comunicación”.

Es cierto que sobre los medios y las muy diversas dimensiones de su funcionamiento socio-cultural hay una infinita cantidad de preguntas aún por responder. Es cierto también que los recursos y las condiciones para la investigación sólida y sistemática son sumamente precarias (Fuentes y Sánchez, 1989). Pero precisamente por ello se hace más necesario que los esfuerzos y los aportes de la investigación académica latinoamericana confluyan en la constitución de un conocimiento más consistente, más específico y mejor articulado sobre la comunicación. En otras palabras, hace muy poco tiempo que comenzaron a desarrollarse investigaciones *de la comunicación* que vehiculan los medios y de la que no pasa a través de ellos; de las operaciones concretas que en los sujetos, en los medios, en las instituciones y grupos sociales y en los sistemas de representaciones ideológicas producen, reformulan, articulan, confunden y reproducen el sentido de la vida, del mundo y las relaciones sociales, de la cultura y de la propia identidad. La mayor parte de lo que se conoce como “investigación en comunicación”, especialmente la referida a los medios masivos y la industria cultural, es más bien investigación *alrededor* de la comunicación o *sobre* sus determinaciones.

El cúmulo de conocimientos disponibles sobre estos *circunscriptores* de la comunicación, especialmente los concernientes a las dimensiones socioculturales de escala amplia en que se inscriben necesariamente los procesos y los sistemas de comunicación, es de una enorme utilidad académica y social. Sin ellos no podría ubicarse el estudio de la comunicación. Pero en sí no constituyen la herramienta teórico-metodológica necesaria para comprender y operar específicamente la comunicación. Y si aceptamos con Héctor Schmucler que “la comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes”, además de otras implicaciones tendríamos que asumir y encarar la necesidad de saber qué es y cómo opera; “desde la cultura, desde ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales, la comunicación tendrá sentido transferible a la vida cotidiana” (Schmucler, 1984).

Es muy alentador que comiencen a proliferar las respuestas a esta necesidad de investigar la comunicación desde marcos teórico-metodológicos que permitan desentrañar sus operaciones y no

sólo sus condiciones o sus “efectos”. En *Diá-logos* y en otros medios se encuentran valiosas contribuciones en este sentido, que cabe impulsar, discutir, reproducir y aprovechar (Fuentes, 1990a).

## 1.2 Los reflejos en *Telos* desde España

*Telos* es una revista que sorprende la primera vez que se la tiene enfrente de este lado del Atlántico. Su presentación y su contenido, su alta calidad editorial, la solidez y belleza de su diseño, los temas y enfoques, hablan elocuentemente de un respaldo muy amplio -académico y financiero- detrás de sus páginas. FUNDESCO (Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones), la entidad que la publica en Madrid cuatro veces al año desde 1985, se define como “un instrumento de acción sociocultural y una plataforma de pensamiento que tiene como objetivo global potenciar los factores de progreso del desarrollo tecnológico, al servicio de la evolución económica, científica, social y cultural de España.” Entre los diversos proyectos de la Fundación, la revista contribuye a “promover la elaboración de un discurso teórico, crítico y multidisciplinar sobre la utilización de las nuevas tecnologías, los modelos y sistemas comunicativos que de ellas se derivan y, en definitiva, los cambios sociales de todo tipo que están generando.” Es evidente que España requiere con urgencia la atención a las transformaciones que en este campo están acelerándose, en el contexto de la integración europea, proceso que *Telos* ayuda a ubicar un poco mejor.

Así, es entendible que se sostenga en un alto nivel entre las publicaciones especializadas sobre comunicación de todo el mundo. Pero aun considerando la estrategia de acercamiento que dentro del mismo contexto España ha desarrollado en los últimos años hacia América Latina, sorprende un poco encontrar un número de *Telos* (septiembre-noviembre de 1989), dedicado íntegramente a revisar el estado de la cuestión latinoamericana en cuanto a “comunicación, cultura y nuevas tecnologías; teoría, políticas e investigación”. Llamen sobre todo la atención dos de los argumentos con que el editor de la revista, Enrique Bustamante, justifica la dedicación del número 19: primero, el reconocimiento de “una ineludible deuda de gratitud histórica”:

En los primeros años setenta, cuando los estudios de comunicación comenzaban realmente a desarrollarse en España al impulso de nuevas situaciones políticas y mediáticas, autores pioneros como Pasquali o Mattelart -tan latinoamericano por su problemática como por su compromiso intelectual y su trayectoria- o revistas como *Chasqui* o *Comunicación y Cultura* nos enseñaron las trampas de un funcionalismo asfixiante que el franquismo había instintivamente cobijado y traducido. Gracias a esas publicaciones y a las de otros autores latinoamericanos de aquella época descubrimos temas, perspectivas y metodologías inéditas en España y en Europa, pero sobre todo aprendimos que la investigación remitía siempre su utilidad “para algo o para alguien”. Los investigadores latinoamericanos nos llevaban años de ventaja en esta tarea. (Bustamante, 1989: 7)

Esto lo habían ya reconocido públicamente investigadores españoles tan importantes como Manuel Martín Serrano y Miquel de Moragas. Sin embargo, -y ese es el segundo argumento de Bustamante-

la investigación en los países desarrollados -y España no ha sido una excepción- ha caído, incluso en su vertiente crítica, en el etnocentrismo que a veces denunciaba en la comunicación. Y desde los países europeos en concreto se ha practicado con demasiada frecuencia una más curiosa política aún: la de establecer supuestos “diálogos” bilaterales con las teorías estadounidenses, reiterando una y otra vez en cada país críticas y planteamientos que, a veces, habían sido asimilados años antes por la investigación latinoamericana. En cambio, los investigadores de aquella región han estado siempre pendientes, a veces demasiado, de las teorías, las corrientes y las modas de la investigación europea hasta hoy. (ibid: 7)

En los últimos años, han sostenido lo mismo, entre otros, Mattelart (1987) desde Francia y Philip Schlesinger (1988) desde Inglaterra. Al mismo tiempo, en América Latina se han multiplicado las propuestas de apropiación y reconocimiento de nuestra identidad específica en el campo y los aportes pertinentes a la realidad y no tanto a la moda.

Estas intenciones de confluencia y reconocimiento, diez años después de *Un Solo Mundo, Voces Múltiples*, (McBride et al, 1980) se concretan bien en *Telos* 19, como lo señala Bustamante:

A esa ardua tarea de romper un desencuentro de décadas está destinado este número monográfico... Nuestra ambición es que sirva para mejorar el conocimiento en España y en Europa en general de la investigación latinoamericana, y quizás también que, en tanto mirada europea sobre su labor, devuelva el eco de un aprecio en cuyo marco resulta imposible cualquier forma de paternalismo. (ibid: 7)

Es difícil no coincidir en el rechazo al “paternalismo”, tanto como no atender al “eco” de la intención manifiesta y del aprecio declarado, puestos en 162 páginas y 21 textos que en conjunto presentan una excelente muestra, más que panorámica, de lo que es la investigación latinoamericana de la comunicación. No es exagerado lo que afirma Rafael Roncagliolo, coordinador del número desde Lima:

El número de *Telos* que el lector tiene en sus manos establece un hito para la investigación latinoamericana en comunicaciones, dado que acoge en sus páginas una copiosa puesta al día, en términos de temas, disciplinas y autores. No se conoce esfuerzo previo tan representativo y actualizado. (Roncagliolo, 1989: 8)

Por supuesto es muy afortunado que tan eficientemente haya sido posible realizar esta publicación. Pero es también lamentable que no haya podido hacerse, en la propia Latinoamérica, un “esfuerzo

previo tan representativo y actualizado”. Es ese un primer elemento del *eco* que nos devuelve la revista española.

Después del editorial de Bustamante y la presentación de Roncagliolo, breves pero muy sustanciosos, la revista abre con dos textos también muy breves, en la sección “Tribuna de la Comunicación” del chileno José Joaquín Brunner y del mexicano Javier Esteinou. En seguida se presentan los seis artículos principales, en la sección “Perspectivas”: Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero exponen sendas síntesis de sus conceptualizaciones teóricas y metodológicas sobre la cultura, que han circulado con relativa amplitud entre nosotros y han destacado fuera de América Latina como aportaciones “de punta”. Valerio Fuenzalida y Raquel Salinas, ambos chilenos, exponen los avances alcanzados, tanto en la investigación como en la práctica, por la televisión y las agencias de noticias en el continente, dos de las áreas que mayor atención han recibido por parte de los investigadores latinoamericanos. Cierran esta sección dos artículos enormemente interesantes, ya que son producto de visiones europeas sobre la trayectoria del estudio de la comunicación en nuestros países, que ambos autores conocen muy bien: Robert White (norteamericano residente en Italia y antes en Inglaterra), emite el que puede ser el *eco* más fuerte de toda la revista para los latinoamericanos, al revisar las contribuciones de “La teoría de la comunicación en América Latina”; y Philip Schlesinger, quien desde una perspectiva británica complementa el análisis de las “Aportaciones de la investigación latinoamericana”. Vale la pena citar algunos de sus juicios y planteamientos principales:

Una de las más llamativas características de las investigaciones en materia de comunicación en América Latina -un poco en contraste con lo que ocurre en Europa y en otras partes del mundo- es la notable intercomunicación que existe entre los investigadores, los proyectos de investigación cooperativa y la conexión entre diversas organizaciones, institutos, publicaciones y facultades.

(...) Otra característica importante... es su relación directa con la formulación de la política de medios de comunicación, con los esfuerzos para formarlos y, especialmente, con los movimientos populares que introducen formas alternativas de comunicación y de medios.

(...) Las propuestas teóricas deben ser probadas y reformuladas continuamente en la dura escuela de la realidad sociopolítica y cultural.

(...) La investigación sobre la comunicación ha estado en general relacionada con problemas básicos que se refieren a la clase de sociedad y cultura que está emergiendo en América Latina, y a cuál es el papel que los medios de comunicación deberían jugar en ese proceso. Por lo tanto, los esfuerzos realizados han sido especialmente creativos en el campo de las teorías normativas de la comunicación de masas y en el de los estudios de carácter cultural.

(...) Los diferentes períodos de desarrollo teórico e investigación han estado marcados por diferentes contextos sociopolíticos. Hoy, muchos países latinoamericanos están envueltos

en el proceso de retorno a la democracia, lo que, una vez más, está involucrando a muchos diferentes sectores sociales en los mismos proyectos nacionales antes que polarizando la sociedad en sectores opuestos. Es de suponer que esta fase de la historia latinoamericana dejará su marca en el desarrollo de la investigación de la comunicación. (White, 1989: 44 y 54).

Sin lugar a dudas, la principal preocupación que unifica mucho de lo que se ha escrito, prescindiendo de la orientación teórica o metodológica, es, precisamente, el intento por desarrollar un correcto acercamiento *latinoamericano* a los problemas de la comunicación y de la cultura en aquel continente. Al igual que en cualquier otro campo de la investigación, la investigación de la cultura y de los medios en Latinoamérica ha contado con sus propias y características etapas de desarrollo, y ha sido motivo de movimientos más amplios, ya sean éstos sociopolíticos, económicos o intelectuales, que se hallan detrás del surgimiento de las nuevas problemáticas. En el corazón de la reciente historia de la investigación latinoamericana, se ha librado una lucha contra la dependencia intelectual.

(...) Desde mi punto de vista, una cuestión del mayor interés en el presente debate, radica en la tendencia a escribir tratando de investigar las actuales condiciones de recepción y consumo de los productos culturales, en el contexto de la cultura popular. Y no es solamente en un trabajo académico donde se refleja este análisis; para aquellos que se sientan familiarizados con la ficción contemporánea que surge de Latinoamérica, la compleja articulación de los medios populares con la vida diaria ha sido magistralmente captada en libros como *La Tía Julia y el Escribidor* de Mario Vargas Llosa, o *Tango del Dolor* de Manuel Puig. (Schlesinger, 1989: 55, 56 y 58).

La impresión final que queda es que investigadores europeos, como Bustamante, White o Schlesinger, cuentan con informaciones de primera mano y con acervos documentales muy extensos, actualizados y representativos de la producción latinoamericana, pero sobre todo, que evalúan las trayectorias, los avances y limitaciones desde un marco de referencia ajeno a las condiciones imperantes en América Latina, y que desde esa distancia sus análisis resultan mucho más optimistas que los de los propios latinoamericanos. White, por ejemplo, ve lazos de solidaridad e interconexiones continentales (“amigocracia”) que aunque existen y se usan, son valorados a veces negativamente o considerados insuficientes e ineficientes por los latinoamericanos. Y con toda seguridad, los investigadores del IPAL, ILET, CIESPAL y el Programa Cultura de la Universidad de Colima, así como de otros centros no mencionados ahí por White, estarán sorprendidos de la afirmación de que:

Los europeos podrían mirar con envidia el monto de los fondos para investigación que ingresan estos institutos, en especial de origen canadiense y europeo, pero el mérito corresponde a la iniciativa de los latinoamericanos para diseñar y promover proyectos de investigación destinados a comprobar enfoques teóricos. (White, 1989: 43)

El contraste de perspectivas es muy interesante. Al menos en este caso (aunque en otros no es así), los propósitos de confluencia e intercambio manifiestos en los europeos con respecto a los latinoamericanos encuentran una contrapartida quizá igualmente interesada, pero fuertemente autocrítica. En la última parte de la revista, en que se exponen balances sectoriales latinoamericanos, parece pesar más el reconocimiento de los obstáculos y los retos que el de los avances y las aportaciones, aunque se coincida en la búsqueda de las confluencias. En la sección “Debate” se incluyen dos trabajos excelentes, pero en ambos casos el título mismo indica la postura quizá excesivamente autocrítica y pesimista (o quizá mejor informada): “Políticas de comunicación, la herencia del fracaso” de Elizabeth Fox, e “Integración, el cuento de nunca acabar” de José María Pasquini.

En la sección de “Experiencias” se incluye un análisis sobre los “Medios de masas y elecciones” en Brasil, elaborado por Roberto Amaral Vieira y César Guimaraes. Los cuatro últimos textos son “balances (impensables e irrealizables años atrás) -según la presentación de Roncagliolo-, que ofrecen una imagen elocuente del sólido tejido en que se asienta la investigación latinoamericana en comunicaciones”. Jesús Martín Barbero revisa la producción bibliográfica de los últimos cinco años; Gonzaga Motta las revistas y su contribución a la “creación de la teoría militante”; José Marques de Melo reconstruye el panorama de los centros de investigación de la comunicación y Raúl Fuentes hace lo mismo con respecto a las escuelas universitarias en Latinoamérica.

Para terminar de describir el contenido de *Telos* 19, el “Cuaderno Central” o sección principal de la revista, se dedica a la “Comunicación y nuevas tecnologías en América Latina”, en perfecta congruencia con el foco de interés prioritario de la publicación. Los seis trabajos incluidos contienen datos e interpretaciones de la mayor pertinencia para la orientación del campo en el futuro inmediato. El ingeniero peruano Carlos Romero Sanjinés ubica, discute y propone las perspectivas de “La investigación tecnológica de telecomunicaciones”; el investigador chileno Gabriel Rodríguez relaciona analíticamente “Redes de comunicación y nuevas prácticas de trabajo”; la uruguaya Judith Sutz reflexiona sistemáticamente sobre las articulaciones entre “Informática y sociedad en América Latina”; Héctor Schmucler, argentino, retoma los retos para la investigación de los “Impactos socioculturales de la informática”; y desde México, Soledad Robina plantea los avances alcanzados y los que son necesarios en cuanto a “Datos y tecnología: el uso de la información” y Ligia María Fadul y Fátima Fernández ubican y cuestionan “Los caminos de la modernización”.

Un último eco devuelto por la revista en su conjunto tiene que ver con una paradójica escisión entre los avances de la investigación latinoamericana en el terreno de la cultura, y muy especialmente desde las dimensiones populares, y los desarrollos y cuestionamientos sobre las nuevas realidades tecnológicas. En la mayoría de los textos de *Telos* 19 se encuentra subyacente una preocupación por la brecha teórica percibida entre ambas escalas y, entre los pocos autores que

la han abordado explícitamente, vuelve a destacar Jesús Martín, quien precisamente comienza su revisión de la bibliografía reciente con el siguiente planteamiento:

Cuando en 1980 tracé un mapa de la investigación latinoamericana en comunicación (“Retos a la investigación...”) los linderos que demarcaban el campo conservaban bastante nitidez. Hoy, casi diez años después, las fronteras, las vecindades y las topografías de ese campo no son las mismas ni están tan claras. La idea de información -asociada a la innovación tecnológica- gana legitimidad teórica y operatividad, mientras la de comunicación estalla o se despedaza y aloja en campos aledaños. La brecha entre las seguridades que ofrece el optimismo tecnológico y el escepticismo político de un lado, y las inseguridades que vienen del otro, es sin embargo cubierta por la continuidad que establece la inercia académica de los títulos: libros y artículos siguen, con pocas excepciones, nombrándose con denominaciones fieles a demarcaciones cuyas referencias se hallan en las disciplinas o en los medios. La “procesión”, esto es, los cambios y las desterritorializaciones, van por dentro. (Martín Barbero, 1989b: 140)

Por ahí parece apuntarse el reto principal que enfrenta la investigación latinoamericana de la comunicación en los noventa: un reto aún no formulado claramente pero que sin duda implica fuertes y complejos reajustes y que hace ineludible recuperar la pertinencia del trabajo teórico. para ello puede ser muy útil el reforzamiento de las peculiares redes de interconexión y la “cultura oral” desarrolladas hasta ahora, y sobre las que se basa la identidad constitutiva de una comunidad comprometida en el campo. Pero también tiene que aumentar la importancia relativa de las contribuciones editoriales (libros y revistas), pues sólo por escrito se puede expresar con rigor y precisión la elaboración teórica. En ese sentido es muy significativo éste número de *Telos*. Ojalá, y sin menoscabo de todo lo demás que es necesario hacer, puedan multiplicarse los esfuerzos como éste. (Fuentes, 1990b).

### 1.3 Algunas revisiones autocríticas

La década de los años ochenta, según ciertos economistas y políticos una “década perdida” para América Latina, fue enormemente rica en cambios y rupturas dentro del campo de estudio de la comunicación. Casi ninguno de los investigadores que habían descollado en los setenta como líderes de las principales líneas y centros de trabajo -teórico y práctico-, dejó pasar los nuevos hechos y las perspectivas que se abrieron y las que se cerraron, y en el momento y la forma más pertinente para cada uno, expusieron sus reflexiones y reformulaciones críticas, la mayor parte de las cuales aborda explícitamente la articulación comunicación-cultura.

Varias de estas exposiciones son profundamente auto-críticas; es decir, recuperan el aprendizaje de las en muchas ocasiones terribles experiencias vividas y, al mostrarlo, arriesgan nuevas visiones y propuestas, que han revitalizado el campo. En esta sección nos limitamos a revisar someramente cinco de ellas: las generadas por Héctor Schmucler, Armand y Michèle Mattelart, Rafael Roncagliolo, Motta y De Lima, y Oswaldo Capriles; otras han sido convenientemente ubicadas en otros lugares de este texto, especialmente las firmadas por Luis Ramiro Beltrán, José Marques de Melo y Jesús Martín Barbero.

El más antiguo de los documentos que queremos recuperar aquí fue publicado por Héctor Schmucler en 1984: “Un proyecto de comunicación/cultura”, en el cual redefine la intención y el sentido que lo llevaron en 1973, con Armand Mattelart y Hugo Assmann, a fundar *Comunicación y Cultura*, la revista

cuya vida chilena apenas alcanzó el primer número. La etapa posterior, en Buenos Aires, se extendió hasta el número cinco. Los que siguieron, incluido este número 12, se editaron en México. (...) La política determinó una especie de diáspora que significa desgarramientos, pérdidas, nostalgia infinita; el cuestionamiento intelectual fue marcando su presencia en las sucesivas entregas de la revista. No es mérito que pueda personificarse el que sus páginas permitan recorrer una de las historias, tal vez la más compleja, de los estudios vinculados a la comunicación en América Latina (Schmucler, 1984: 5).

Efectivamente, en el número 1 de *Comunicación y Cultura*, editado en Santiago con fecha de julio de 1973 y reimpresso por Editorial Galerna en Buenos Aires en septiembre del mismo año, los editores/directores señalaron como función central buscada por la revista:

establecerse como órgano de vinculación y de expresión de las diversas experiencias que se están gestando en los países latinoamericanos, en el campo de la comunicación masiva. Evidentemente, no se trata de asumir cualquier experiencia, sino las que favorecen a los procesos de liberación total de nuestras sociedades dependientes. Esta norma de prioridad

política será la línea de demarcación que trazará la revista para recoger sus temáticas, sus centros de interés, sus lectores y colaboradores (Editorial, *Comunicación y Cultura* No 1, p.3).

El transcurso de los años y de los acontecimientos, así como los propios procesos intelectuales de los investigadores críticos, llevaron a Schmucler a bosquejar un nuevo proyecto para *Comunicación y Cultura* que no prosperó como línea editorial, lo cual contribuyó a que la revista desapareciera:

En los últimos tiempos se han ido desmoronando muchos de los edificios intelectuales que hasta poco antes imaginábamos perdurables, cuando no definitivos. Historia colectiva y saberes individuales se combinaron para construir esta nueva lucidez crítica, de cuyo cuestionamiento no escaparon los temas vinculados a la comunicación y la cultura. (...)

Hoy ya creemos saber algunas cosas y a partir de ellas imaginamos un lugar posible para *Comunicación y Cultura*. Ya lejos, y seguramente con otras resonancias, podríamos repetir algunos de los objetivos que señalábamos en 1973, en el número uno de la revista: “deben emerger una nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad humana”. Hoy ya sabemos que no existe una verdad, previa a nuestro conocimiento, que está esperando ser revelada; que el conocimiento es un proceso de construcción y no de descubrimiento. Hemos aprendido que las realidades son infinitamente más complejas que las anunciadas por algunas matrices teóricas. El individuo, la subjetividad, no es sólo una consecuencia: es componente decisivo que actúa en condiciones físico-naturales cuyo funcionamiento también admite el azar y lo imprevisible. Hemos aprendido a reconocernos como seres humanos cuyos deseos y placeres están en el origen de sus acciones (incluidas las colectivas). Estamos aprendiendo a no ruborizarnos cuando empleamos la palabra felicidad o amor; cuando declaramos que los seres humanos no deberían estar después, sino antes de los modelos sociales y económicos que se proponen en la actualidad.

(...) deberíamos establecer, conceptualmente, una barra entre los dos términos (comunicación, cultura) que ahora articulan y destacan sus diferencias con una cópula. La barra (*comunicación/cultura*) genera una fusión densa entre elementos distintos de un mismo campo semántico. El cambio entre la cópula y la barra no es insignificante. La cópula, al imponer la relación, afirma la lejanía. La barra acepta la distinción, pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado. A partir de esta decisión, y con todo lo ya acumulado, deberíamos construir un nuevo espacio teórico, una nueva manera de entender y de estimular prácticas sociales, colectivas o individuales.

Desde aquí deberíamos reiniciar el camino: estimular algunas tendencias vigentes, cuestionar otras, superar (negar) la mayor parte. Muchas preguntas, por lo tanto, deberían ser alteradas. Lo que está en cuestión es el *qué* y no sólo el *cómo*. No se trata de describir apartándonos, sino de construir un saber que nos incluya, que no podría dejar de incluirnos. La relación comunicación/cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar

las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora, se propone una complejidad que enriquezca. Nada tiene que ver esto con la llamada interdisciplinariedad que, aún con las mejores intenciones, sólo consagra saberes puntuales. Se pretende lo contrario: hacer estallar los frágiles contornos de las disciplinas para que las jerarquías se disuelvan. La comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes; debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objetivo a lograr. Desde la cultura, desde ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales, la comunicación tendrá sentido transferible a la vida cotidiana (Schmucler, 1984: 3-8).

En el número 14 (julio de 1985) de *Comunicación y Cultura*, último en aparecer, se hizo una aclaración “al margen”, también significativa de la transformación propuesta:

Tal vez algún lector de *Comunicación y Cultura* haya encontrado cierta indecisión en el uso del lema que acompaña al nombre de la revista inscrito en la cubierta. En efecto, en el número 12 desapareció la precisión que lo había acompañado hasta entonces: “la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano”. En las primeras páginas de esa misma entrega un artículo sugería un replanteo radical en las concepciones con las que muchas veces habíamos penetrado en el tema de la comunicación. Si el tenor del artículo podía explicar porqué se prescindía de definiciones restrictivas (comunicación masiva) o de recortes limitativos (proceso político), la defensa de las utopías parecía confinarnos a la atopía, es decir, a la negación de un espacio preciso, histórico, desde donde reflexionar sobre los seres humanos a los que alude, necesariamente, nuestro interés por la comunicación. Algunos pretenden mostrar la utopía, el lugar inalcanzable -el deseo siempre renovado-, como lo irreal, el no-lugar, lo no vivible. Para evitar equívocos, en el número 13 volvimos a indicar la situación desde donde pensamos: América Latina. (Al Margen, *Comunicación y Cultura* No 14, p.3).

Armand Mattelart, el otro de los editores-directores de *Comunicación y Cultura* que, junto a Schmucler, apareció como tal en los catorce números publicados a lo largo de doce años, ha dado a conocer también, desde Francia, sus reformulaciones autocríticas sobre el estudio de la comunicación. En *Pensar sobre los Medios* (1987), escrito en colaboración con Michèle Mattelart, señala:

En el transcurso de la última década han aparecido nuevos modos de ver y de reflexionar críticamente acerca de la información, la comunicación y la cultura. Estos cambios radicales son, a la vez, la culminación y el comienzo de un proceso. La principal finalidad de este libro es la de situar puntos de referencia que permitan comprender las rupturas y las continuidades durante un periodo en el que los paradigmas han entrado en crisis. Las realidades de la “comunicación” han evolucionado considerablemente, según lo demuestran los procesos de privatización y de desreglamentación de las instituciones audiovisuales y de las redes de telecomunicaciones, la construcción de un sistema de “comunicación-mundo” en el contexto de una “economía-mundo”, en el sentido braudeliano del término, y la mercantilización de sectores (cultura, educación, religión,

sanidad, etc.) que habían permanecido, hasta entonces, al margen del circuito comercial y que apenas se habían visto afectados por la ley del valor. Las nuevas tecnologías de comunicación no sólo ocupan el lugar central de un reto industrial; están en el corazón mismo de las estrategias de reorganización social de las relaciones entre el Estado y el ciudadano, los poderes locales y centrales, los productores y los consumidores, los patronos y los trabajadores, los enseñantes y los enseñados, los expertos y los ejecutantes. En este contexto de mutaciones científicas y tecnológicas, han surgido nuevos actores históricos, tanto en el campo de la industria y del mercado como en el de las estrategias de resistencia social, tanto en el “primer” mundo como en el tercer mundo. (...)

Frente al auge de las corrientes neo-positivistas y a la fascinación por las herramientas tecnológicas que las acompañan, este libro se propone subrayar la importancia de una reflexión epistemológica. Plantea la necesidad de la distancia teórica para comprender en qué medida la remodelación de los sistemas de comunicación afecta a nuestras sociedades, así como la forma de reflexionar sobre ellos (de concebirlos). (...)

A la vez que pone de relieve los límites de las antiguas formas de ver los procesos de comunicación, este libro también señala las ambigüedades y las ambivalencias de las rupturas que han experimentado las teorías críticas a lo largo de los últimos años. Muestra, asimismo, cómo se han renovado, durante este periodo, los enfoques neo-funcionalistas y su concepción cibernética de la organización social.

Con el advenimiento de estas nuevas formas de ver y de reflexionar sobre la comunicación y sobre el mundo, se detectan los profundos cambios que han sufrido las relaciones de la clase intelectual con la producción cultural de masa y los grupos sociales que la consumen. *Al repensar la historia de la investigación de la comunicación, es también la historia de un itinerario personal la que se esboza.* (Mattelart y Mattelart, 1987: 21-22).

El libro así presentado ubica claramente su discurso en Francia, donde pretende abrir nuevos horizontes “anti-etnocéntricos”, y la propuesta de revisión del pensamiento “sobre los medios” que despliega, abarca precisamente el reto de una “comunicación-mundo”, por lo que el esbozo de “la historia de un itinerario personal” no se refiere demasiado enfáticamente a América Latina. La quinta y última parte del libro, titulada “¿Los supervivientes de la dialéctica?”, en que se exponen una revisión de los paradigmas en crisis y “el reencuentro con lo popular”, es donde con mayor extensión (veinte páginas), los Mattelart interpretan la trayectoria y las perspectivas latinoamericanas. Sin embargo, en la conclusión no deja de haber resonancias sumamente interesantes para nuestro continente:

Las preguntas que la sociedad se hace acerca de los medios se han modificado radicalmente en los años ochenta. Igual que se ha modificado la configuración de los actores que se interesan por los medios. Nuevas preguntas, pero también nuevas formulaciones de antiguas preguntas.

La investigación da fe de esta evolución. Aquí y allá se avanzan nuevas hipótesis y se proponen nuevos campos de reflexión. El estudio de la economía de las industrias culturales ha dejado de ser una veleidad. El interés por las prácticas de los usuarios ha traído nuevos interrogantes sobre los procesos intersubjetivos de comunicación y sobre la participación de los diferentes actores sociales en las opciones que ofrecen las nuevas redes. La reconsideración de los procedimientos de consumo ha permitido profundizar en la idea de que el momento de la recepción es indisociable del momento de la producción y de que ambos se desarrollan en el mismo espacio-tiempo social. Una reflexión sobre las modalidades de la innovación en la producción audiovisual está en auge, interesándose por los modos de producción de los géneros, por los efectos de los nuevos medios sobre los medios más tradicionales, por el papel de la creación publicitaria en los modelos televisivos. Se empieza a conocer mejor la sociología de los cuerpos profesionales de la comunicación. Se perciben mejor los frágiles equilibrios entre la creación y la programación, entre los realizadores y los productores. Se aprecian mejor las relaciones de fuerzas que pugnan en las estrategias industriales. Se evalúan mejor las especificidades de los dispositivos de comunicación nacionales en relación con los mercados internacionales. Se valoran mejor los problemas que plantea la internacionalización de los sistemas de comunicación, al menos dentro del espacio europeo, aunque, a veces, en detrimento del interés por otras realidades. Con la desreglamentación, el aspecto jurídico de los problemas de comunicación se tiene más en cuenta. En resumen, los conocimientos acerca de la comunicación se han extendido.

Pero si bien esta extensión de los conocimientos es, en efecto, una realidad cada vez más tangible, está habitada por tendencias contradictorias. A la vez que se han hecho más profundas estas tensiones, se han concretado los retos prácticos y teóricos de la elaboración del zócalo epistemológico de estos conocimientos. (...)

Ya no se puede limitar la comunicación a la problemática que las sociologías de los medios han intentado configurar en el transcurso de las dos últimas décadas. El campo ha sido asediado, y lo será cada vez más, por los intereses y las preocupaciones de disciplinas portadoras de su propia concepción de la comunicación y de la información. Este tema de la comunicación y de la información es sin duda uno de los lugares desde donde se percibe con más agudeza la creciente interpenetración de los sectores y de las disciplinas. Los problemas que se esbozan, restan vigencia a las tradicionales especializaciones entre científicos, economistas, administradores o políticos, y a las distinciones habituales entre sectores y disciplinas científicas. Hacen sospechar los nuevos desafíos que plantean el estudio de las interacciones de los sistemas complejos.

Ante esta escalada de la transdisciplinariedad, la distancia epistemológica es cada vez más necesaria. Las propias nociones de “comunicación” y de “información” remiten a una multiplicidad de teorías, raras veces explicitadas y coherentes entre sí. En el seno mismo de las ciencias humanas, estas nociones sirven de puentes entre una disciplina y otra, al asumir contenidos frecuentemente divergentes. ¿qué no diríamos de esas divergencias y de esos desplazamientos de sentido cuando estas nociones discurren por las ciencias de la vida y las ciencias físicas, para el ingeniero! (...)

Los nuevos paradigmas apelan a la transversalidad. ¿Acaso no hacen que se tambaleen las relaciones unívocas que el pensamiento lineal ha establecido entre la causa y el efecto, el emisor y el receptor, el centro y la periferia? ¿Acaso no ponen en entredicho al determinismo exclusivo que ha caracterizado a una concepción de la historia y del progreso? Todas ellas visiones lineales que, durante mucho tiempo, se han acomodado a las separaciones de las categorías conceptuales y de las disciplinas. Pero estos nuevos paradigmas sólo estarán en medida de expresar esta nueva conciencia de la multiplicidad de las causas y de los efectos, y de la pluralidad de los sujetos históricos, si se toma una precaución epistemológica elemental: reconocer que en las nuevas relaciones y en los nuevos intercambios a los que abren paso, los diversos enfoques no están en igualdad de condiciones. Por la sencilla razón de que, por debajo del reto de las definiciones conceptuales, se ventilan tanto los nuevos regímenes de verdad, como las nuevas formas de ejercicio del poder, los nuevos modos de integración de las sociedades humanas. (Mattelart y Mattelart, 1987: 221-225).

Por otra parte, en 1986 el investigador peruano Rafael Roncagliolo, director del Instituto para América Latina (IPAL), fundado por él en 1983, expuso su propia lectura del desarrollo de la investigación latinoamericana en comunicaciones, enfocada desde la especialización del centro:

El IPAL ha escogido dos áreas de trabajo: la de las nuevas tecnologías de comunicación y políticas culturales y la de la cultura popular como respuesta a la transnacionalización. Estas dos áreas son consideradas cruciales para el desarrollo, la democratización y la defensa de la identidad cultural de la región. El IPAL procura focalizar sus actividades en ellas, prescindiendo de otros aspectos no menos importantes, pero cuya inclusión podría precipitar la dispersión de esfuerzos, con la consiguiente merma en la calidad del trabajo. (IPAL, 1986: 6)

En un texto que además de publicarse en *Telos* No 7 fue presentado en el IX Encuentro Nacional de la Asociación Peruana de Facultades de Comunicación Social y en el V Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social convocado por FELAFACS, todo en 1986, Roncagliolo plantea, a modo de “reflexión personal” que:

Tópicos y métodos de investigación suelen definirse desde fuera de los ámbitos de la vida y la comunidad científicas. Difícil resulta encontrar disciplina o tema, en el cual el conocimiento se haya ido acumulando de modo lineal, sin saltos dialécticos y sobre todo, sin complejas y mediadas interacciones con legítimas demandas y cuestionamientos generados desde el contorno social. Esta suerte de constancia universal es particularmente válida en el caso de América Latina y para su joven y dispareja investigación sobre las comunicaciones, dentro de la cual las nuevas tecnologías se han vuelto foco predilecto. Arduo y audaz resulta así reflexionar sobre ellas y su novedoso foco, aún cuando el ejercicio se intenta aquí apenas como testimonio personal, o a lo sumo grupal: una opción por la declaratoria de parte que nos parece por ahora un modo viable y pertinente para empezar a desenredar, a título provisorio, la madeja.

En otro lugar (Roncagliolo, 1982) hemos tenido oportunidad de referirnos a los largos y anchos sesgos “comunicacionistas” que acecharon durante una década los estudios latinoamericanos sobre las comunicaciones. La amenaza de tal acecho y rastreo radicaba por supuesto en disecar a las comunicaciones como coto aparte y campana de cristal, relativa o sólo secundariamente permeable a la evolución general de la sociedad y de su pensamiento. Las comunicaciones fueron en efecto hasta hace poco, y en parte por ello, una suerte de cenicienta de las ciencias sociales y de la preocupación política, lo que implicó la pérdida errática de preguntas y pistas fundacionales, que habían signado su insurgencia hace casi treinta años y que quizá podríamos resumir en tres:

a. *En su contexto*, la estrecha vinculación biográfica, grupal y existencial entre investigación y vida política. Se diría que en América Latina los papeles del político y el académico son intercambiables según las circunstancias y coyunturas políticas de la región y cada país. Acción y pensamiento son aquí apenas instantes intercalados y anuncios alternos (semáforos inauditos) de circunstancias sociales.

b. *Por sus marcos institucionales*, el desarrollo de instancias novedosas, ajenas a la universidad, la empresa y el Estado, en las que el pensamiento buscó refugio y expresión durante los periodos de sofocamiento y hostigación. Nos referimos en particular a los centros sociales de investigación y promoción, que se han multiplicado en los últimos años en América Latina, manteniendo y alimentando la reflexión teórica y la investigación empírica.

c. *Por su práctica teórica*, el carácter gregario de la producción científica regional. No predomina entre nosotros el investigador aislado, encerrado en “torres de marfil” ajenas a la contaminación del mundo exterior y del conjunto de la comunidad científica. Al contrario, hay un diálogo permanente, fecundo y continuado entre todos quienes se dedican a estos menesteres, lo cual colectiviza, por así decirlo, la producción intelectual. La comunidad científica latinoamericana actúa más bajo los anticánones del anarco-sindicalismo que dentro del modelo del maestro individual que crea escuela aparte, propia y cortesana. Las relaciones entre colegas son por eso altamente horizontales y nada verticales. (Roncagliolo, 1986: 95-96)

Roncagliolo considera al brasileño Paulo Freire (1963), al venezolano Antonio Pasquali (1963) y al peruano Augusto Salazar Bondy (1966), como los pioneros fundadores del estudio latinoamericano de la comunicación:

Políticos a la par que académicos, los tres instauraron en América Latina las matrices originarias y originales de nuestra investigación sobre cultura y comunicaciones. A ellos debemos primigeniamente la reivindicación de lo popular, la crítica a lo masivo y el afán de independencia. En estas piezas claves de sus trabajos, ellos identificaron tempranamente comunicación con cultura y enseñaron que ni una ni otra son accesibles fuera de la consideración de sus contextos; es decir que *la trayectoria académica latinoamericana nació ajena y reprobatoria de todo “comunicacionismo”*.

Pero fueron el mismo desarrollo de los acontecimientos políticos, junto con las precarias condiciones de la investigación en comunicaciones (heredera más vergonzosa que cabal de las antiguas facultades y escuelas de periodismo), los dos factores que nos semienterraron en el ciénago del comunicacionismo, del cual apenas, y en parte gracias al impacto y sobrepresencia de las nuevas tecnologías, nos hallamos ahora en la posibilidad (de ninguna manera en la certeza) de superar.

El descubrimiento de las comunicaciones, como “nuevo mundo” abierto a la aprehensión científica y a la acción política, resultó en búsqueda vehemente de explicaciones y propuestas que permitieran dar cuenta del fenómeno y manejarlo con sentido social. La relevancia y el encanto del tema permiten la emergencia de una “selección” de investigadores como Luis Ramiro Beltrán, Juan Díaz Bordenave, Eleazar Díaz Rangel, Juan Gargurevich, Luis Aníbal Gómez, José Marques de Melo, Armand Mattelart, Héctor Schmucler y Eliseo Verón. En gobiernos de origen democrático y en regímenes progresistas surgió de inmediato la necesidad de “hacer algo”. Nuestros políticos-científicos se abocaron en los últimos años al tema, atravesando cuatro momentos (más lógicos que cronológicos) que respondían, como se ha dicho, a las presiones de la propia sociedad. Tales momentos fueron: el de las políticas nacionales de comunicación (PNC), el del Nuevo Orden Internacional de la Información y las Comunicaciones (NOMIC), el de la “comunicación alternativa” y, finalmente, éste de las nuevas tecnologías de comunicación. (Roncagliolo, 1986: 95-97).

Un poco más recientemente, los profesores brasileños Luis Gonzaga Motta y Venício Artur de Lima emprendieron en la Universidad de Brasilia a partir de 1988 el proyecto titulado *Las tradiciones de investigación de la comunicación en América Latina*, tratando de verificar empírica y sistemáticamente la afirmación de Roncagliolo según la cual la primera característica de la investigación en materia de comunicación y cultura en América Latina es su identificación con la política, por lo que “es y fue siempre una toma de posición social.” Las premisas del estudio de Motta y De Lima son, en sus propias palabras, las siguientes:

La producción intelectual y académica de una región en un determinado periodo, puede ser abarcada y comprendida apropiadamente por el examen sistemático de las ideas que circulan en las revistas que allí se publican. La cuestión se complica, sin embargo, cuando esta región es América Latina y el periodo escogido para el análisis -las últimas tres décadas (1960-1990)- es uno de los más agitados de su historia. (...)

Al contrario de las naciones industrializadas, donde la producción del conocimiento teórico-científico está directamente vinculada con las universidades e institutos de investigación, en América Latina los estudios de comunicación se desarrollan fuera de unas y otros, llevándose a cabo, en la mayoría de los casos, en centros de estudios políticos, profesionales o culturales, o incluso en el seno mismo de los movimientos populares (no es así en el caso de Brasil, donde los centros son menos frecuentes). Por lo tanto, en los países latinoamericanos no se reproducen las condiciones existentes en los medios académicos europeos o norteamericanos, que todavía hoy son los responsables de las principales propuestas de políticas sociales de sus países.

En América Latina en general no se puede entender el desarrollo de los estudios de comunicación al margen de los acontecimientos político-sociales, ya que son éstos los que crean o interrumpen las condiciones físicas e intelectuales apropiadas para el desarrollo de una “teoría militante”. O sea que una posible teoría de la comunicación latinoamericana estará definitivamente impregnada de los colores de la lucha política. En los lugares y momentos en que fue posible, esta teoría se desarrolló en relación íntima con los hechos sociales: las dictaduras, las resistencias, la clandestinidad, los movimientos sociales. Más recientemente parece haberse producido una estabilización política que estaría permitiendo cierta *institucionalización* de la producción intelectual. Pero ni aún así el desarrollo de los estudios de comunicación deja de estar profundamente marcado por la lucha política, especialmente por una cuestión muy actual, la cuestión de la democracia.

Si estas afirmaciones son verdaderas, confirmarían una premisa intrínseca de ella, la de que en América Latina los estudiosos de la comunicación siempre comprendieron las contradicciones sociales de la región y trataron de sugerir formas de intervención en esa realidad para modificarla. La historia de los estudios de la comunicación en la región sería, así, parte de la historia de las luchas políticas y sociales (incluso porque muchas veces sus personajes son los mismos).

Esto no significa una identidad general de posiciones y de proposiciones. Al contrario, a lo largo de las últimas décadas se experimentaron diversas alternativas con mayor o menor fuerza y apoyo, se cometieron errores y se generaron nuevas propuestas. Entre avances y retrocesos se está creando un cuerpo teórico, aunque aún no es posible decir si éste llegará a conformar una teoría consistente y específica. Pero lo que ya tiene de característico es su posicionamiento político-social, que sugiere lo que llamamos “teoría militante” o sea una teoría de la praxis. (Motta, 1989: 147-148).

Estando en proceso de análisis en el momento de la publicación provisional de Motta, el estudio brasileño aporta más preguntas que conclusiones “definitivas y consistentes”. Sin embargo, los autores confirman sus postulados alrededor de la vinculación entre la investigación y la política:

Creemos que en este abordaje inicial hemos presentado material suficiente para poner en evidencia que esta perspectiva es correcta. El investigador de la comunicación y la cultura latinoamericanas, a diferencia de sus pares europeos o norteamericanos, trabaja a partir de una toma de posición, y su producción refleja los momentos de la coyuntura política. En ningún momento, ni siquiera en los periodos de mayor ingenuidad, este intelectual parece haber trabajado y producido sin preocuparse en responder a los requerimientos político-sociales. La preocupación principal, que parece superar a la curiosidad científica, es la necesidad de intervención en la realidad. Las excepciones parecen confirmar la regla.

En América Latina en el área de la comunicación y la cultura, por lo tanto, no ha tenido lugar la institucionalización weberiana de la ciencia (consagración de comportamientos de la “comunidad científica” a través de la asimilación de papeles sociales propios de la ciencia, tales como el desinterés político, la racionalidad y la neutralidad emotiva), al menos con los moldes norteamericanos. En realidad, la actividad científica en materia de

comunicación durante las últimas tres décadas (tal vez con la excepción de Brasil), no se ha institucionalizado ni siquiera en cuanto a la instalación en un *lugar* propio y aceptado como *lugar de investigación*. En realidad, la producción científica más significativa de esta área se realizó, y todavía se realiza, fuera de los mecanismos del Estado (universidades, tecnoburocracia, etc). Y la producción de revistas -sitio por excelencia donde tiene lugar el flujo de la producción intelectual-, parece reflejar con precisión este hecho. (Motta, 1989: 150-151).

Probablemente sería interesante comparar los resultados finales del estudio de Motta y De Lima con los obtenidos por el mexicano Carlos Gómez Palacio (1989, 1990), quien incluyó también, como base metodológica parcial de su tesis doctoral realizada en Stanford, un análisis sistemático de las revistas latinoamericanas especializadas en comunicación. Gómez Palacio sintetiza su trabajo en la siguiente forma:

Ha habido un vuelco en el carácter de la investigación de la comunicación en América Latina durante la última década, hacia la autosuficiencia intelectual, construida alrededor de una escuela emergente de investigadores, revistas e instituciones críticas. Esta tendencia ha sido estimulada por el debate sobre el Nuevo Orden Informativo Internacional y por los análisis seminales de Armand Mattelart, y señala un distanciamiento de la dependencia previa con respecto a las influencias norteamericanas y europeas. No obstante que los estudiosos latinoamericanos aún no se citan mutuamente con frecuencia, se consideran muy influidos por otros de ellos mismos.

Los norteamericanos que han hecho investigación en América Latina no parecen estar plenamente concientes de este vuelco. Aunque reconocen a autores prominentes como Mattelart, tienden a creer que la investigación empírica es más importante de lo que en realidad es y subestiman la influencia de los semiólogos y los investigadores críticos, especialmente de los mismos latinoamericanos.

¿Por qué la investigación de la comunicación en América Latina ha tomado una dirección tan distinta de su contraparte norteamericana? Este análisis ha enfocado influencias intelectuales, notablemente la de los autores marxistas europeos. Pero quizá una razón más básica ha sido la naturaleza diferente de la sociedad latinoamericana. La herencia cultural luso-hispánica es muy distinta de las instituciones noreuropeas que enraizaron en los Estados Unidos. (...)

La historia moderna de América Latina, llena de dictaduras militares, deuda externa, rápida inflación, sobre-urbanización y desempleo, representa un contexto muy diferente para la comunicación masiva y por lo tanto para la investigación de la comunicación. Nuestro estudio indica que los investigadores latinoamericanos están respondiendo a las demandas de este contexto de subdesarrollo, con un modo de hacer investigación que es exclusivo de la región. (Gómez Palacio et al, 1990: 13-15).

Finalmente, conviene recuperar un texto publicado a fines de 1990 por el venezolano Oswaldo Capriles, en que revisa la investigación de la comunicación en América Latina en relación con el “auge y caída de las Políticas Nacionales de Comunicación”:

Las conceptualizaciones sobre PNC, como ya se ha indicado muchas veces, surgieron en centros de investigación y en grupos académicos de especialistas; algunos conectados directamente a la UNESCO, otros, autores de trabajos sobre la materia, a partir de concepciones más avanzadas que las que habían venido constituyendo las “tesis” más aceptadas por los teóricos del movimiento que se entonces se identificaba por el binomio “comunicación y desarrollo” (década 1960-1970).

En el caso de América Latina puede decirse que la investigación crítica fue más importante que en ninguna otra región. (...) Así, mientras un autor como Paulo Freire dismantelaba el simplismo del modelo de “difusión de innovaciones” aplicado a los grupos y comunidades (ámbito “micro”), otro autor, como Antonio Pasquali, atacaba el concepto mismo de comunicación, que era confundido con el de difusión, mostrando el carácter lineal del paradigma. Tanto en el ámbito macro como en el micro, el paradigma difusivo quedó tachado de simplista e insuficiente por no dar lugar a la comprensión de la comunicación como un mecanismo de participación y diálogo.

Los dos modelos del paradigma difusionista dieron así lugar, dialécticamente, por obra del pensamiento crítico, a dos nuevas corrientes de la investigación: en la visión macrosocial, el modelo de “comunicación y desarrollo” dio paso a la corriente de las Políticas Nacionales de Comunicación, que en sus diagnósticos revisaba críticamente el papel de los medios y en sus prognosis recomendaba la instauración de reformas para reubicar dichos medios en una verdadera función de desarrollo. En la visión microsocia, el modelo de la “difusión de innovaciones” fue siendo sustituido por las teorías y experimentaciones de “comunicación alternativa”, que aportaban un modelo autogestionario y participativo, basado en buena parte en las experiencias freireanas. Ambos modelos, complementarios entre sí, coexistieron en la investigación latinoamericana desde la segunda mitad de la década de los setenta, pero desde el punto de vista estratégico, se dio preeminencia al modelo “macro”, esto es, al movimiento cuya “práctica teórica” se definió bajo el rubro general de “investigación para el diseño de políticas nacionales de comunicación”(…)

Esa revolución teórica latinoamericana vino a influir no sólo en los diagnósticos, sino en la prospectiva, impulsando nuevas prácticas, tanto en el ámbito micro como en el macro: *la prognosis que comenzó a desarrollarse muy pronto iba en el sentido de una reforma democratizadora de los medios de comunicación, rescatando de paso la muy venerable noción -existente en casi todas las legislaciones- que definía la función de los medios y redes de comunicación como de “servicio público”.*(…)

Y en ese punto residió la gran falla estratégica de los sectores académicos y de la investigación de la comunicación en América Latina y las otras regiones, cuando la concepción de las PNC comenzó a ser furiosamente atacada por las transnacionales de la información y la difusión masiva y los dueños de redes y medios: los defensores de las PNC no supieron enfatizar públicamente todo el inmenso potencial inspirador de las PNC

como procesos de *democratización* y como *superación de situaciones monopólicas u oligopólicas en las que predominaban fines crematísticos* en perjuicio de los legítimos intereses de la colectividad. Se falló en mostrar que las PNC significaban una *restitución de la libertad de expresión como derecho colectivo* y se permitió que la propaganda adversa tachara a las PNC de totalitarias. (...)

Concluamos, en todo caso, sobre esta última reflexión: ¿no valdría bien la pena una resurrección de la investigación que hemos denominado en el pasado “crítica y comprometida” para enfrentar la creciente desmovilización de las conciencias en relación con el reactualizado y reforzado poder de los aparatos de difusión masiva? (Capriles, 1990: 60-69).

#### 1.4 Pensar la comunicación desde la cultura

El imperativo que señala el título de esta sección no es ninguna novedad. Parece obvio que el estudio de los fenómenos comunicacionales -hechos al fin humanos y sociales por definición- deba encuadrarse en una consideración más amplia de la dimensión cultural en que se inscriben. Pero no hay tal obviedad, al menos en los enfoques más ampliamente difundidos y aplicados para la comprensión de esa multiplicidad heterogénea de sistemas y procesos que nos hemos acostumbrado a reconocer bajo el término “comunicación”. No es difícil encontrar “estudios” que aíslan los procesos comunicacionales del contexto socio-cultural en que suceden, sea bajo la pretensión de explicar la comunicación en sí misma, o con el pretexto de ubicarse en una perspectiva sencilla y “práctica”, o en virtud de postular enfoques teóricos que asumen la comunicación como manifestación determinada por otros procesos sociales, sean técnicos, espirituales o económicos, o en fin, por simple y pura superficialidad.

Por otra parte, hay literalmente cientos y quizá miles de conceptualizaciones, sutil o radicalmente diferentes, para definir la articulación comunicación/cultura. De ahí que la aparente obviedad oculte lo que es más bien confusión, indefinición, dispersión teórica. Para hacer una enumeración sistemática de los diversos tipos de enfoques que la literatura disponible sobre comunicación y cultura nos presenta o una revisión crítica de sus características, sus orígenes o consecuencias, haría falta mucho más espacio, capacidad y paciencia que las aquí disponibles. Se trata solamente de revisar un libro que ubica una posición muy sugerente en ese farragoso campo, que lleva por título *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* de Jesús Martín Barbero, y que desde su publicación en 1987 se ha convertido en referencia obligada para la investigación latinoamericana de la comunicación.

Como los temas de que trata y las reformulaciones que propone, la obra en sí es densa y elabora un discurso multidimensional susceptible de ser leído a diversos niveles. Lo que aquí se presenta es parte de *un proceso de lectura*, un producto de la interacción que un sujeto concreto ha establecido con el texto, adoptando para ello algunas de las propuestas del autor y tratando de articular con ellas el conocimiento previamente construido al respecto. De entre los múltiples análisis y enfoques posibles al comentar un libro, optar por éste, en el caso que nos ocupa al menos, implica reconocer que las *mediaciones* académicas del pensamiento y la práctica sobre la comunicación en América Latina son un espacio clave -y precisamente un espacio *cultural* -en que el trabajo universitario encuentra sus obstáculos y apoyos para colaborar en los procesos de transformación social.

Desde la breve introducción, la invitación de Jesús Martín al diálogo parece clara. Comienza por ubicar el trayecto personal por el cual llega a la postura que sostiene y que propone como investigador *latinoamericano* (aunque haya venido de España hace más de veinticinco años):

Fue así como la comunicación se nos tornó cuestión de *mediaciones* más que de medios, cuestión de *cultura* y, por tanto, no sólo de conocimientos sino de re-conocimiento. Un reconocimiento que fue, de entrada, operación de desplazamiento metodológico para re-ver el proceso entero de la comunicación desde su *otro* lado, el de la recepción, el de las resistencias que ahí tienen su lugar, el de la apropiación desde los usos... Pues en América Latina la diferencia cultural no nombra, como quizá en Europa y en Estados Unidos, la disidencia contracultural o el museo, sino la vigencia, la densidad y la pluralidad de las culturas populares, el espacio de un conflicto profundo y una dinámica cultural insoslayable (Martín Barbero, 1987a: 10).

El reconocimiento de la historia, del *mestizaje* que constituye la “verdad cultural” de los pueblos latinoamericanos, es condición para pensar la comunicación fructífera y comprometidamente:

el mestizaje que no es sólo aquel hecho racial del que venimos, sino la trama hoy de modernidad y discontinuidades culturales, de formaciones sociales y estructuras del sentimiento, de memorias e imaginarios que revuelven lo indígena con lo rural, lo rural con lo urbano, el folklore con lo popular y lo popular con lo masivo. (ibid: 10).

La investigación y la formación universitaria en comunicación se han caracterizado en América Latina, prácticamente desde sus orígenes, por la inconsistencia, por una permanente tensión entre modelos importados de los países industrializados y desafíos urgentes de prácticas sociales y culturales contradictorias y fuertemente marcadas políticamente. La búsqueda constante de respuestas ha desembocado muchas veces en la simple superposición de “modas” teóricas; en la reducción del pensamiento crítico a los dogmáticos recetarios -de cualquier signo- que ofrecen cómoda seguridad a quienes renuncian a la apropiación del desarrollo intelectual, a costa del reforzamiento de la dependencia; en la incompreensión de la *hegemonía* que opera, así, inexorablemente. Pero sin duda el pensamiento y la práctica latinoamericanas han producido también aportes fundamentales para comprender la comunicación desde *nuestra* cultura:

Esa es la apuesta y el objetivo de este libro: cambiar el lugar de las preguntas, para hacer investigables los procesos de constitución de lo masivo por fuera del chantaje culturalista que los convierte inevitablemente en procesos de degradación cultural. Y para ello investigarlos desde las mediaciones y los sujetos, esto es, desde la articulación entre prácticas de comunicación y movimientos sociales. De ahí sus tres partes -la situación, los procesos, el debate- y su colocación invertida: pues siendo el lugar de partida, *la situación latinoamericana* resultará en la exposición sólo lugar de llegada. Aunque espero que las señales dejadas a lo largo del recorrido activen la complicidad del lector y permitan durante la travesía reconocerla. (ibid: 11).

Este párrafo condensa dos de las claves esenciales para el proceso de lectura expuesto. El autor explicita su intención de operar un desplazamiento fundamental: no se trata de proponer un nuevo *tratado* sobre un objeto definido, sino de cuestionar la pertinencia misma de la definición, según la fórmula que más adelante desarrolla: “perder el objeto para ganar el proceso”. Partir de las mediaciones y de los sujetos es adoptar la dinámica histórica -y no por ejemplo la racionalidad sistémica de la tecnología o las estructuras- para abordar el estudio de los procesos culturales que articulan prácticas de comunicación con movimientos sociales. Más que las “respuestas” sólidas y precisas sobre esto que cabría esperar de un tratado, el libro expone dudas y sospechas, intuiciones y preguntas sugerentes e interesadas, explícitamente, en suscitar la “complicidad” del lector alrededor de un enfoque organizador y generador de acciones. La segunda clave está en el modelo articular propuesto y su aplicación al propio proceso de lectura: el libro se presenta como un producto subjetivo y, más que como un medio, como elemento instrumental de mediación entre sujetos, prácticas y proyectos de transformación. En ese sentido, el “mapa nocturno para explorar el nuevo campo” trazado en las últimas páginas, condensa el sentido del trabajo realizado y del esfuerzo exigido, de la historia re-conocida y del futuro buscado, como proceso de cultura *vivido* en común.

La obra está organizada en tres partes, cada una de las cuales comprende un “campo” en sí mismo y se desarrolla bajo un tratamiento específico, pero sin perder los “ejes” de articulación que las hacen pertinentes y necesarias entre sí. La primera parte lleva por título “Pueblo y masa en la cultura: los hitos del debate” y comprende cuatro capítulos: “Afirmación y negación del pueblo como sujeto”, “Ni pueblo ni clase: la sociedad de masas”, “Industria cultural: capitalismo y legitimación” y “Redescubriendo al pueblo: la cultura como espacio de hegemonía”. El mismo Jesús Martín confiesa sus dificultades

para articular un discurso que, siendo reflexión filosófica e histórica, no se distancie demasiado ni suene exterior a la problemática y la experiencia que se trata de iluminar. Y a ratos, la sensación doblemente insatisfactoria de haber quedado a medio camino entre aquellas y éstas. Además del innegable sabor a ajuste de cuentas que conservan ciertas páginas. (ibid: 11)

La dificultad experimentada en la escritura no es necesariamente la misma cuando la operación efectuada es la lectura, si bien es cierto que “hay conceptos cargados en tal modo de opacidad y ambigüedad que sólo su *puesta en historia* puede permitirnos saber de qué estamos hablando más allá de lo que creemos estar diciendo” (ibid: 13). Pero la propia “puesta en historia”, así sea a través de una “lectura transversal”, puede fácilmente desconcertar y desviar la constitución del interlocutor hacia elementos de las *concepciones* en debate revisadas. La tensión, entonces, se establece entre la manifiesta erudición y la profundidad de la crítica que ofrece el autor, por un lado, y el desconocimiento o en todo caso diversa interpretación de las obras referidas, por los lectores. Por ejemplo, la versión de las disparidades entre las aportaciones de Benjamin y Adorno

al análisis crítico de la cultura (p.48-63), implica serias relecturas de toda la Escuela de Frankfurt para poderse asimilar congruentemente a la “puesta en historia” pretendida. Finalmente, la recuperación de Gramsci, Williams, Bourdieu y Certeau para al mismo tiempo dar cuenta del estado más actual del debate sobre la cultura y sentar las bases para adelantar las propuestas propias, remite a la *hegemonía* como concepto clave para pensar las mediaciones socio-culturales de la comunicación.

La segunda parte aborda las “Matrices históricas de la massmediación”, incorporando algunos desarrollos que ya había hecho circular Martín Barbero en artículos y ponencias muy citados. Ahora las propuestas cobran más sentido en el conjunto, donde se aclaran y complementan unas a otras. Los tres capítulos de esta parte intermedia llevan por títulos: “El largo proceso de enculturación”, “Del folklore a lo popular” y “De las masas a la masa” y trazan una historia de lo masivo “ligada al largo y lento proceso de gestación del mercado, el Estado y la cultura nacionales, y a los dispositivos que en ese proceso hicieron entrar a la memoria popular en complicidad con el imaginario de masa” (p.95). Aquí es donde el concepto de hegemonía es ampliamente explotado por el autor como base de su pensamiento teórico, y de las propuestas de investigación que plantea más adelante.

Pensar la industria cultural, la cultura de masa, desde la hegemonía implica una doble ruptura: con el positivismo tecnologista, que reduce la comunicación a un *problema de medios*, y con el etnocentrismo culturalista que asimila la cultura de masa al problema de la *degradación de la cultura*. Esa doble ruptura reubica los problemas en el espacio de las relaciones entre prácticas culturales y movimientos sociales, esto es, en el espacio *histórico* de los desplazamientos de la legitimidad social que conducen de la imposición de la sumisión a la búsqueda del consenso. (ibid: 95)

La preocupación por entender la eficacia del melodrama entre los más amplios sectores sociales lleva a Martín Barbero a explorar en la historia, y en ciertas teorías, en búsqueda “no de lo que sobrevive de otro tiempo, sino de lo que *en el hoy* hace que ciertas matrices culturales sigan teniendo vigencia, lo que hace que una narrativa *anacrónica* conecte con la vida de la gente” (p.11). Es particularmente interesante el análisis de los procesos y prácticas de comunicación a que da lugar el folletín. El planteamiento teórico, ubicable en una especie de “socio-semiótica”, es sintetizado así por Martín Barbero:

Se busca analizar el proceso de escritura en cuanto proceso de *enunciación en un medio*, que no tiene la estructura cerrada del libro, sino la abierta del periódico o la entrega semanal, que a su vez implica un *modo de escribir* marcado por la doble exterioridad de la periodicidad y la presión salarial, y que remite (responde) a un *modo de lectura* que rompe el aislamiento y la distancia del escritor y lo sitúa en el espacio de una interpelación permanente de parte de los lectores. (ibid: 138-139).

El concepto de “mediación” va adquiriendo mayor potencia heurística conforme se avanza en el libro, sobre todo cuando se le contrapone al estudio de medios. De que es un concepto con muchos niveles de significación, y de aplicación analítica por tanto, no cabe duda, aunque no siempre es fácil precisar la acepción de que se trata en el texto, del nivel al que se aplica. Es necesario ir entresacando citas y encontrando las ideas clave, que aunque a veces “escondidas”, están claramente expresadas:

Estamos *situando* los medios en el ámbito de las mediaciones, esto es, en un proceso de transformación cultural que no arranca ni dimana de ellos pero en el que a partir de un momento -los años veinte- ellos van a tener un papel importante. Y es evidente hoy que esa importancia se halla también históricamente determinada por el poder que en la escena mundial adquiere Estados Unidos en esos años, justo el país en que los medios van a lograr su mayor desarrollo. De manera que si no puede hablarse de cultura de masa sino cuando su producción toma la forma, al menos tendencial, del mercado mundial, ello se hace posible sólo cuando la economía norteamericana, *articulando* la libertad de información a la libertad de empresa y de comercio, se dio a sí misma una vocación imperial. Sólo entonces “el estilo de vida norteamericano” pudo erigirse en paradigma de una cultura que aparecía como sinónimo de progreso y modernidad (ibid: 154).

La tercera y última parte concentra los ejes temáticos desarrollados en las dos primeras y enfoca los problemas y propuestas de investigación que, sin las ciento cincuenta páginas anteriores sostendrían sólidamente su pertinencia, pero que con ellas adquieren un peso mucho mayor. El título general es “Modernidad y massmediación en América Latina” y “busca integrar la reflexión: América Latina como espacio a la vez de debate y combate” (p.163). El primer capítulo se dedica a “Los procesos: de los nacionalismos a las transnacionales” y el segundo a “Los métodos: de los medios a las mediaciones”.

El problema de la modernidad de América Latina es abordado por Martín Barbero desde una contradicción: “tiempo del desarrollo atravesado por el destiempo de la diferencia y la discontinuidad cultural” (p.163). La discontinuidad (modernidad no contemporánea) se explica sobre tres planos:

en el *destiempo* entre Estado y Nación -algunos estados se hacen naciones mucho después y algunas naciones tardarán en consolidarse como estados-, en el *modo desviado* como las clases populares se incorporan al sistema político y al proceso de formación de los estados nacionales -más como fruto de la crisis general del sistema que las enfrenta al Estado que por el desarrollo autónomo de sus organizaciones-, y en el papel *político* y no sólo ideológico que los medios de comunicación desempeñan en la nacionalización de las masas populares (ibid: 165).

La hipótesis es enormemente sugerente y guarda congruencia con los planteamientos anteriores, más generales. Sin embargo, en los casos específicos empleados para sustentarla pueden

encontrarse generalizaciones o interpretaciones quizá demasiado aventuradas, como en el papel que Martín Barbero (siguiendo a Monsiváis) asigna al cine mexicano: “poner imagen y voz a la identidad nacional”. Habría que averiguar cómo se leen los demás ejemplos: el radioteatro en Argentina, la música negra en Brasil, la prensa popular masiva en Chile. Y quizá el tratamiento del “desarrollismo y transnacionalización” con que concluye el capítulo sea demasiado general y breve.

Finalmente, el capítulo sobre los métodos, que da título al libro entero, y en el que indudablemente se condensa el interés y la atención polémica de los estudiosos de la comunicación, hace gala de sutiles precisiones y de posturas categóricas:

El sentido de los desplazamientos teóricos y metodológicos que indica el título está ya *contenido* en el análisis de los procesos que acabamos de exponer. Se hace necesario sin embargo abordarlos *en forma*, explicitarlos, desplegar el movimiento que disolviendo pseudo-objetos teóricos y estallando inercias ideológicas se abre paso estos últimos años en América Latina: investigar los procesos de constitución de lo masivo desde las transformaciones en las culturas subalternas. Cargada tanto por los procesos de transnacionalización como por la emergencia de sujetos sociales e identidades culturales nuevas, la comunicación se está convirtiendo en un espacio estratégico desde el que pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan estas sociedades-encrucijada, a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva. De ahí que el eje del debate se desplace de los medios a las mediaciones, esto es, a las articulaciones entre prácticas de comunicación y movimientos sociales, a las diferentes temporalidades y la pluralidad de matrices culturales (ibid: 203).

La lectura que encuentra sutiles precisiones y posturas categóricas no logra, después de varios repasos e intentos de elucidación, asimilar, por ejemplo, las implicaciones metodológicas de la relación entre dialéctica y mestizaje:

un lenguaje que busca decir la imbricación en la economía de la producción simbólica y de la política en la cultura sin quedarse en operación dialéctica pues mestiza saberes y sentires, seducciones y resistencias que la dialéctica desconoce. Es como mestizaje y no como superación, -continuidades en la discontinuidad, conciliaciones entre ritmos que se excluyen- como se están haciendo pensables las formas y sentidos que adquiere la vigencia cultural de las diferentes identidades: lo indígena en lo rural, lo rural en lo urbano, el folklore en lo popular y lo popular en lo masivo. No para ahorrarnos las contradicciones sino para sacarlas del esquema y mirarlas haciéndose y deshaciéndose: brechas en la situación y situaciones de brecha. (ibid: 204-205)

Sin embargo, quedan claros los planteamientos referentes a “la imposible pureza de lo indígena” y “la revoltura de pueblo y masa en lo urbano”, que dan cuerpo a la misma argumentación sobre los mestizajes “de que estamos hechos”. Sigue de ahí la descripción, quizá otra vez generalizante en exceso pero muy acertada en el contexto, de la crisis en los estudios de comunicación en

Latinoamérica. La revisión de los trayectos, adopciones, entrecruzamientos, rupturas y usos de los paradigmas informacional e ideologista y del debate sobre las relaciones entre política y cultura entre los investigadores de la comunicación pueden ser contrastadas con otras versiones y discutidas en detalles, pero es difícil no estar de acuerdo en la conclusión:

Se abre así el debate a un horizonte de problemas nuevo en el que lo redefinido es tanto el sentido de la cultura como el de la política, y en el que la problemática de la comunicación entra no solamente a título temático y cuantitativo -los enormes intereses económicos que mueven las empresas de comunicación-, sino cualitativo: en la redefinición de la cultura es clave *la comprensión de su naturaleza comunicativa*. Esto es, su carácter de proceso productor de significaciones y no de mera circulación de informaciones y por tanto, en el que el receptor no es un mero decodificador de lo que en el mensaje puso el emisor, sino un productor también. Es en el cruce de esas dos líneas de renovación -la que viene de inscribir la cuestión cultural al interior de lo político y la comunicación en la cultura- donde aparece en todo su espesor el desafío que representa la industria cultural (ibid: 228).

La densidad del contenido, tanto en el plano de las ideas que se van eslabonando como en el de las que van quedando implicadas, aumenta en este libro conforme se acercan las últimas páginas. Van quedando descalificadas críticamente tantas certezas conceptuales previamente sostenidas, redefinidas y reformuladas tantas otras, que esta inscripción propuesta de la cultura en lo político y de la comunicación en la cultura, y de todo esto en la historia latinoamericana *viva*, exige necesariamente, como lo explica Martín Barbero, “aceptar que los tiempos no están para la síntesis” y que tenemos que “avanzar a tientas, sin mapa o con sólo un mapa *nocturno*:

Un mapa para indagar no otras cosas, sino la dominación, la producción y el trabajo, pero desde el otro lado: el de las brechas, el consumo y el placer. Un mapa no para la fuga, sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos (ibid: 229).

Y como el libro no es ni un tratado ni mucho menos un manual, no finaliza con el discurso más abstracto, la predicación de un nuevo “catecismo” o alguna clase de recetario simplificador, sino con la concreción de las pautas que sobre cotidianidad, televisión y melodrama están orientando las investigaciones más recientes del autor, de manera que en ellas se pueda constatar y corregir lo que en este libro son reflexiones y propuestas hipotéticas.

Al principio de esta *recensión*, parte de un proceso de lectura que responde a la intención de “seguir buscando y compartiendo”, se señalaba la importancia que ha sido asignada al libro entre quienes estudian la comunicación y la cultura en América Latina. No es para menos, dado el lugar que se ha ganado con su trabajo de décadas Jesús Martín y los méritos excepcionales de éste que es apenas su segundo libro (el primero se publicó hace diez años). Pero el sentido del señalamiento no es sólo de respetuoso reconocimiento, sino de advertencia: es un rasgo generalizado de la cultura académica latinoamericana la adopción, *sin discusión*, de las “últimas novedades” puestas en

circulación, sobre todo si provienen de autores prestigiados, cuyas propuestas por ello tienden a convertirse, -por un tiempo, mientras llega la siguiente “solución”-, en verdades *míticas*, es decir, tan incuestionables como reduccionistas. Seguramente Jesús Martín es el primer interesado en que su libro sea sometido a lecturas críticas y suscite discusiones, no más mitos que los muchos que ya entorpecen el de por sí difícil proceso de pensar la comunicación desde la cultura. (Fuentes, 1988 y 1989).

### 1.5 Una mirada desde la postmodernidad

En la Conferencia de la *International Communication Association* (ICA) celebrada en junio de 1990 en Dublín, Irlanda, dos investigadores de la Universidad de Ohio en los Estados Unidos, presentaron una “mini-conferencia” sobre la investigación latinoamericana de la comunicación en el Foro Internacional sobre Teoría Contemporánea de la Comunicación de la División de Filosofía de la ICA. Tres aspectos relativamente novedosos caracterizan esta presentación: por una parte, el origen latinoamericano de los autores: Elizabeth Lozano, colombiana y Josep Rota, catalán-mexicano; por otra, el método: con mucha anticipación, solicitaron por carta o en persona, a una larga lista de investigadores latinoamericanos, sus apreciaciones sobre el campo e incorporaron sus respuestas en el documento expuesto en Dublín; finalmente, el enfoque del tema, tejido en un discurso sobre la postmodernidad. De esos tres rasgos, y por supuesto del contenido del trabajo, se desprende el interés por incluir aquí una síntesis de él.

Lozano y Rota, como otros académicos latinoamericanos que, transitoria o permanentemente se han instalado en las universidades estadounidenses, parten de su preocupación acerca de que, a pesar de la proximidad geográfica, la investigación latinoamericana de la comunicación permanece en su mayor parte ignorada por la comunidad científica de la corriente dominante en Norteamérica:

El propósito de este trabajo es reflexionar sobre las aportaciones teóricas latinoamericanas recientes en el campo de la comunicación, y leer tales aportes desde la perspectiva vigente en la investigación de la comunicación y los estudios críticos norteamericanos (Lozano y Rota, 1990: 3).

La primera parte del texto trata sobre “la (re)vuelta post-moderna” la cual, aunque no es fácil de conceptualizar dadas su novedad, localidad y ambigüedad, puede ser entendida tanto como reacción como en cuanto resistencia contra los valores epistémicos y estéticos de la modernidad.

El post-modernismo objeta el concepto modernista de la significación como representación, del significado como algo oculto pero alcanzable, de la obra de arte como original y “de autor”, y del sujeto como el amo de una realidad objetivada. Del mismo modo, el post-modernismo objeta la idea del lenguaje como instrumento (de comunicación) o como *medio* para la creación y transformación del mundo social. El lenguaje no es algo añadido a lo humano, como un instrumento. Es lo humano. El lenguaje *nos habla* y, por tanto, no hay más *yo* en el centro del discurso, no más sujeto en su origen o justificación. El sujeto ha muerto.

El post-modernismo puede verse tanto como pluralista o como arbitrario, liberador o cínico, irreverente o acrítico. Al mismo tiempo que rechaza toda pretensión de paradigmas

hegemónicos, verdades absolutas o perspectivas omniabarcantes, asume a los seres humanos atrapados sin esperanza en su propia red social. La realidad social, por tanto, está ahí para ser leída, no para ser transformada.

Por un lado, la postura post-modernista es una invitación al debate, el disenso y la crítica; por otro, es apolítica, contemplativa e “indiferente”. Puede decirse, siguiendo a Habermas, que carece de la fuerza emancipatoria que toda perspectiva crítica debe tener y que niega la praxis (síntesis dialéctica de la teoría y la práctica). Es esta falta de creatividad política la que ha llevado a algunos estudiosos a argumentar el carácter fundamentalmente reaccionario del post-modernismo.

Sin embargo, hay tantas “reacciones” post-modernas como prácticas modernistas existieron, y esas reacciones, “antítesis” del modernismo, pueden ser también transgresivas o subversivas. El periodo moderno mismo fue simultáneamente transgresivo (en las partes) y normativo (en el orden cultural en su conjunto). Fue tanto ilustración como determinismo, racionalidad y unidireccionalidad.

El post-modernismo puede verse como ruptura o como deconstrucción. Si se toma como ruptura (*breakdown*), es básicamente una fuerza destructiva, pasiva, sin propósito y reaccionaria. Si se asume como deconstrucción, la post-modernidad es reflexiva, crítica e innovadora. No es ni constructiva ni destructiva, sino cuestionadora, escéptica e irónica. (Lozano y Rota, 1990: 4-5).

Con este punto de partida, que “conceptualiza paradójicamente” tanto al modernismo como al post-modernismo, Lozano y Rota examinan las posturas de los investigadores latinoamericanos de la comunicación:

Puede decirse que los académicos latinoamericanos participan del ideal del “proyecto moderno” (en términos de Habermas). Sin embargo, son “modernos” de un modo tal que casi niega las prácticas mismas de la modernidad.

La academia latinoamericana se caracteriza por un ideal ético, una crítica totalizante de la tecnología y una preocupación central por los asuntos de la dominación y la hegemonía (White, 1988). La investigación en comunicación se funda en un ideal de emancipación, igualdad y participación, en los conceptos de identidad cultural, autonomía política y desarrollo nacional, y en una continua búsqueda de formas y prácticas alternativas de comunicación como acceso al poder y como resistencia.

La investigación de la comunicación se ha asumido en América Latina como un instrumento para mejorar la calidad de la vida y como un modo de procurar la justicia, promover el cambio y denunciar la manipulación. De hecho, la implicación política para muchos precede y guía la práctica de investigación hasta el punto que, en muchas ocasiones, los roles del académico y del político se vuelven intercambiables (Roncagliolo).

La investigación se entiende como una empresa participativa, como un espacio en el cual tanto el investigador como la comunidad se involucran juntos en la búsqueda de respuestas, opciones o cambios.

El pensamiento latinoamericano se proclama como una práctica humanista y corresponde, en este sentido, a los ideales críticos de la modernidad. No obstante, aunque la investigación latinoamericana adopte el ideal moderno del académico como crítico social y agente del cambio social, rechaza cada vez más los supuestos filosóficos y teóricos de tal activismo.

Los enfoques latinoamericanos en el estudio de la comunicación (particularmente en los últimos veinte años) cuestionan cada vez más el paradigma epistémico en que se apoya el ideal modernista y las diferenciaciones estructurales, valoraciones y divisiones que éste da por supuestas. Los procesos socioculturales, por ejemplo, ya no se examinan desde el “paradigma de la manipulación” que enfoca el análisis ideológico, como se hacía hasta principios de los setenta. En cambio, se estudian desde una perspectiva más íntima, rica y compleja que no sólo toma en consideración los factores económicos y políticos, sino también los históricos, antropológicos y discursivos, así como los correspondientes a la mediación tecnológica (Muraro). (Lozano y Rota, 1990: 6-7).

El planteamiento detalla las contradicciones que, desde la óptica del post-modernismo, pueden detectarse entre los modelos del modernismo y las prácticas y sustentos teóricos de investigación de los latinoamericanos, especialmente en cuanto al problema de las industrias culturales y la cultura de masas/popular:

La escena cultural latinoamericana debe entenderse como una donde las *culturas populares* (en plural), subalternas y diversas, sobreviven negociando con y resistiendo contra las fuerzas hegemónicas; siendo al mismo tiempo recuperadas y “desactivadas” por la cultura de masas. Las diferencias entre las expresiones culturales populares, masivas y de élite no han desaparecido pero, en cambio, han sido rearticuladas (Martín Barbero).

A pesar de la lógica comercial e industrial de la cultura de masas, hay construcciones, proyectos y posturas populares que sobreviven y progresan dentro de la misma cultura de masas (Mattelart). Dentro de la cultura de masas hay negociación, legitimación y resistencia; alternativas y usurpaciones; contradicciones y disociaciones.

Los medios ya no se entienden como meros instrumentos de manipulación política. Más allá de esto, se propone, deben ser entendidos como procesos de intercambio y mediación en los que es posible abrir espacios de expresión popular (Quiroz y Protzel). Si esto es así, los medios pueden ser invertidos, subvertidos y usados como instrumentos de liberación, como medios de expresión y de disenso. El investigador de la comunicación, por tanto, no sólo estudia la industria cultural, sino también se involucra en el diseño de esos mismos textos industriales, en la creación de posibilidades alternativas y en la búsqueda de modos de apropiación de los medios para el uso de comunidades específicas. Tal como se entiende

en América Latina, el investigador no sólo aborda la investigación teórica sino también la participación comunitaria. (Lozano y Rota, 1990: 8-10).

Hay en último término, para Lozano y Rota, un proceso complejo en la investigación latinoamericana, para transitar “de la denuncia a la comprensión”:

Las conceptualizaciones latinoamericanas se están haciendo cada vez más escépticas con respecto a las condenas o adopciones de las transformaciones que los medios han introducido en la escena contemporánea. Era común durante los sesentas y setentas criticar a los medios, desde posturas tanto marxistas como funcionalistas, por explotadores, alienantes y manipuladores. Pero la década pasada trajo el reconocimiento de que la industria cultural no sólo es explotación comercial sino también una *expresión* de las culturas populares (Mattelart).

Evitando tanto las perspectivas *apocalípticas* como las *integradas* (como las llama Eco), el investigador asume lo que puede llamarse, en términos de Baudrillard o Sloterdijk, una perspectiva *irónica*: crítica, satírica, interpretativa. Más que aceptar o condenar, el investigador “voltea al revés” lo que se da por sentado y asume, en consecuencia, la instancia del *cómico* (como diría Kenneth Burke). Como éste, el investigador resalta lo paradójico, mantiene lo ambivalente y explora una realidad cultural que, en todas sus piruetas “carnavalescas”, resiste los intentos de clasificación. Tal postura se evidencia en la conceptualización, como Ricardo Sol lo expresa, de una clase media que es mediada pero simultáneamente mediadora; de una cultura de masas que es apropiación pero también expresión de culturas populares; y de una “masa” que se resiste a ser masificada, a ser moldeada por los patrones de la cultura masiva. El escepticismo con que se ven las visiones marxista y funcionalista de la cultura de masas en América Latina está profundamente vinculado a la reconsideración de cómo debe ser entendida, abordada o estudiada la comunicación (Quiroz y Protzel).

Desde finales de los setenta, el foco de la investigación latinoamericana de la comunicación se ha retirado del productor de los mensajes (o de los mensajes en sí) para ponerse en la interacción misma; en la *escena* que supone la comunicación. Tal cambio no sólo pone en crisis el supuesto de la linealidad del proceso de la comunicación, sino también, y más fundamentalmente, la propia idea de un *proceso* abierto a la fragmentación (en el cual uno puede enfocar la audiencia, o el productor, o el mensaje “transmitido”). Tal fragmentación, que es requerida no sólo por los enfoques funcionalistas sino también por los estructuralistas y los sistémicos (Martín Barbero), ha sido un presupuesto de las conceptualizaciones de los medios tanto de las izquierdas como de las derechas en el espectro ideológico. Ha sido aceptado tanto por quienes critican los medios por manipuladores como por los que los elogian por liberadores. (...)

El desplazamiento propuesto por los estudios latinoamericanos de comunicación es estudiarla desde la cultura; enmarcarla en algo más fundamental y abarcante que el intercambio de mensajes entre dos polos desigualmente armados. En vez de enfocarse sobre uno u otro de los componentes del proceso comunicacional, se enfocan las *mediaciones*; las negociaciones, los espacios intersticiales que el discurso construye.

Requiere que esos mensajes, canales y receptores sean situados, sean estudiados *desde* la escena cultural y experiencial en las que tienen lugar; desaparecer como entidades y ser reinterpretadas como imbricadas, inmersas y entretejidas en las actividades cotidianas.

Los medios no pueden ser entendidos sino dentro de las culturas o posicionamientos sociales desde los que son leídos, interpretados, transformados, vividos, consumidos y resistidos. Uno debería pensar, por tanto, no en términos de audiencias sino de *actores sociales*. De hecho, es este “desplazamiento” desde el concepto de audiencia (algo articulado sólo por la acción de los medios) hacia aquel de actores sociales, lo que nos permite pensar la comunicación social como un espacio de “mediaciones”. Esto es, como un espacio en el cual las diferencias socialmente articuladas (como las de clase social, etnicidad, sexo o edad), producen diferentes “modos de ver” (Martín Barbero) (Lozano y Rota, 1990: 10-15).

El desplazamiento de las “dicotomías polares” a las mediaciones sociales en las posturas de la investigación latinoamericana es evidente para Lozano y Rota sobre todo en los estudios sobre la televisión, área en la que hay enfoques confluyentes desde los Estados Unidos, Gran Bretaña y América Latina:

Como espacio privilegiado para estudiar lo que constituye la modernidad y lo que la despedaza en las múltiples facetas de la postmodernidad, la televisión puede pensarse como la plataforma de fuerzas contradictorias, superimpuestas y transversales, y como la “superficie” sobre la cual se está recreando la configuración de la escena social. (Lozano y Rota, 16-17).

Después de describir con algún detalle algunas paradójicas coincidencias encontradas por la investigación reciente sobre televisión, por ejemplo, el gusto por el melodrama y las telenovelas en culturas tan distintas y hasta opuestas como las europeas, norteamericanas y latinoamericanas, y de desarrollar algunas reflexiones sobre la identidad nacional y cultural de los pueblos latinoamericanos, Lozano y Rota resumen su argumentación central en la siguiente forma:

Hasta cierto punto, puede sostenerse que el mundo latinoamericano está muy familiarizado con las propuestas epistémicas y existenciales del pensamiento post-moderno, aunque se oponga a sus implicaciones “práxicas” (por ejemplo, al rechazar el nihilismo político y existencial que Habermas describiría como el lado reaccionario del postmodernismo o que Jameson describiría como a-criticismo). Tal familiaridad no es consecuencia de haber alcanzado una nueva etapa -post-moderna-, sino más probablemente, de haber sido marginado de la modernidad; de haber sido “moderno” de un modo no moderno. Latinoamérica nunca ha sido plenamente incluida en los procesos típicos de la era moderna, aunque filosóficamente reclama el proyecto moderno como propio. Pareciera que uno puede ser post-moderno por causa de atributos feudales o vocaciones anti-modernas. De hecho, pueden encontrarse intrigantes e interesantes puntos de encuentro entre lo que puede llamarse pre-moderno y lo que constituye lo post-moderno. No debería inferirse de esto que estemos sugiriendo un carácter reaccionario o regresivo a la post-modernidad,

sino, por el contrario, la naturaleza situada, compleja y no-lineal de las expresiones que la historia y la cultura elaboran. Uno podría, quizá, reconsiderar el supuesto de la historia como *progreso* (una comprensión lineal) y asumirla en cambio como un drama que se desarrolla de maneras intrincadas, insospechadas (no necesariamente progresivas, sino circulares, laterales, vibrantes, caleidoscópicas, siempre cambiantes).

El caso de la televisión, dado su estatus peculiar como medio transnacional y como foro de expresión local al mismo tiempo, ofrece un espacio crucial para ubicar estas cuestiones y bosquejar algunas de sus implicaciones. (Lozano y Rota, 1990: 28-29).

A manera de conclusión, los autores cierran su reflexión sobre la investigación latinoamericana de la comunicación bajo la fórmula “ironía post-moderna, idealismo moderno”:

La idea de una vuelta post-moderna se problematiza por la existencia misma de escenas sociales cuyo sentido del movimiento, del espacio social y de la orientación difieren. No es posible pensar en una Sociedad Contemporánea Unificada que incluya formaciones sociales cuya historia e historicidad difieren radicalmente (como el caso de las Américas, anglo y latina). Esto no quiere decir que la vuelta post-moderna sea una conceptualización inválida o una postura limitada. Por el contrario, el concepto de post-modernidad parece ser clave para entender expresiones culturales y experiencias vitales que están íntimamente vinculadas con una estética post-industrial. Sin embargo, uno podría subrayar que esta *es una* concepción y, como tal, requiere posición, perspectiva y base. Una base que, típicamente, es anglosajona y francesa de origen pero universal en alcance.

La post-modernidad es todavía un fenómeno sectorizado, en desarrollo en las sociedades post-industriales y desigualmente presente en las diferentes esferas de la práctica humana. Es mucho más claro establecer lo que *no es* (por ejemplo, es post- y anti-moderna) que definirla en lo positivo de sus peculiaridades. Esta sectorización, relativismo y falta de consenso es, en sí, post-moderna. No hay esencias definitivas, núcleos duros o identidades verdaderas sobre las cuales construir los consensos, las generalizaciones o los acuerdos permanentes. El mundo se ha vuelto demasiado complejo, múltiple, impredecible y anárquico como para captarlo en términos ciertos e indiscutibles. Es interesante que Habermas, el último moderno en ciertos aspectos, es a su vez un post-moderno que rompe las antiguas fronteras entre disciplinas. Con toda libertad va de Freud a Marx, de la filosofía del lenguaje a la hermenéutica, para construir su propia, “mixta” teoría crítica. Todo lo que pueda ser usado es bienvenido, como sugería Burke.

El enfoque latinoamericano de los estudios de comunicación no puede, sin embargo, ser ubicado ni en el campo de lo “moderno” ni en el de lo “post-moderno”. Es más probable que sea capaz de iluminar, desde otro punto de vista, los cambios culturales y las preocupaciones que los pensadores post-modernos están abordando en los Estados Unidos.

Nuestras reflexiones en este trabajo han pretendido contribuir a la comprensión de las similitudes y las importantes distancias que caracterizan al pensamiento teórico y la investigación latinoamericanas sobre la comunicación, comparados con los anglo-americanos. Nos ha dado la posibilidad de cuestionar los límites entre la modernidad

y la post-modernidad, y de sugerir el interés de estudiar estos fenómenos culturales en el marco de culturas locales. Al contrastar los intereses de investigación, parece que la televisión es un punto de encuentro privilegiado, un fenómeno que provoca y atrae nuevas preguntas sobre el lugar de la comunicación en la escena social, incluso la relevancia de seguir llamando “comunicación” a un fenómeno que se sostiene por sí mismo (en oposición a las “culturas” en que la comunicación tiene lugar). Nuestra reflexión trae a colación ciertas diferencias fundamentales, aunque a veces ignoradas, entre las culturas latinoamericanas y las norteamericanas, que nosotros consideramos modos diferentes de vivir y de comprender el mundo. (Lozano y Rota, 1990: 31-32).

## 1.6 Prefiguraciones del futuro

Nuestra revisión de las “trayectorias y versiones” que sobre la investigación latinoamericana de la comunicación y su propia práctica en ella han generado en la última década muchos de los más destacados protagonistas del campo, no podría quedar completa sin las formulaciones y orientaciones emergentes: aquellas que van a servir para congregar esfuerzos y avances en los noventa. Para ello, no podemos sino reproducir íntegro el documento final del encuentro “El NOMIC cara al año 2000”, celebrado en Lima del 26 al 28 de noviembre de 1990, con la participación de Héctor Schmucler y Carlos Valle (Argentina), José Marques de Melo (Brasil), Hernán Uribe y Ramón Gutiérrez (Chile), Patricia Anzola (Colombia), Enrique González Manet (Cuba), Fátima Fernández Christlieb (México), Rosa María Alfaro, Claudio Baschuk, Juan Gargurevich, Luciano Metzinger, Luis Peirano, Carlos Romero Sanjinés, Rafael Roncagliolo, Odar Roncal y Efraín Ruiz Caro del Castillo (Perú), Mario Kaplún (Uruguay), Eleazar Díaz Rangel, Guido Groscors, José Antonio Mayobre y Antonio Pasquali (Venezuela).

### **Declaración de Lima por una Nueva Comunicación**

A los usuarios de los medios de comunicación,  
 A quienes administran el poder de las comunicaciones,  
 A las organizaciones, instituciones y asociaciones gubernamentales y no gubernamentales, internacionales y nacionales, que se interesan por un empleo más útil, democrático y de mayor calidad de los instrumentos de comunicación,  
 A las universidades y a los estudiosos y profesionales de la comunicación,  
 A los educadores y a los comunicadores de las organizaciones de base de la sociedad civil,  
 A los partidos políticos, iglesias, sindicatos y a todos quienes pueden ejercer alguna autoridad moral en actividades de comunicación:

1 Atendiendo una invitación de la Asociación Mundial para las Comunicaciones Cristianas (WACC) y del Instituto Para América Latina (IPAL), nos hemos reunido en la ciudad de Lima, del 26 al 28 de noviembre de 1990, para analizar el estado de la comunicación en el mundo -y más concretamente en América Latina- a los diez años de haber aprobado unánimemente la comunidad internacional, en la XX Conferencia General de la UNESCO, una Resolución que reconocía la necesidad de instaurar progresivamente un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación, NOMIC.

2 Hemos deliberado a título personal, pero conscientes de estar representando los anhelos de una región del mundo particularmente afectada por las crisis, la dependencia y el mal uso de sus medios de comunicación; región que por esas mismas razones se adelantó en más de una década a lo que sería luego un requerimiento universal, garantizando así un

aporte sustantivo a las resoluciones adoptadas por la comunidad internacional en los años setenta y ochenta, en favor de comunicaciones más equilibradas y respetuosas entre seres humanos, grupos y naciones.

3 Los nobles ideales de un NOMIC fueron presentados al mundo como un episodio particularmente insidioso del conflicto Este/Oeste, con los países periféricos en un rol subalterno de cómplices o manipulados, cuando en realidad se trataba de un enfrentamiento estructural en las relaciones Norte/Sur (y hoy diríase que hasta en las Norte/Norte), que subsiste y se ha agudizado tras la desaparición oficial de la guerra fría y la aparente universalización de una lógica neo-liberal.

4 Constatamos como saldo positivo de estos diez años el pujante desarrollo de la comunicación popular y de base, el heroísmo de los profesionales de la región, la creciente atención de los gobiernos al papel de las comunicaciones en el proceso de integración regional (expresado en reuniones de los Ministros de Cultura y otras instancias), y el surgimiento de variados esfuerzos (como las Conferencias de Ministros de Información y el Pool de Agencias de Noticias del Movimiento de Países No Alineados, ALASEI y ULCRA).

5 Pero registramos simultáneamente una situación global aun más deteriorada que la de hace una década. Mayores concentraciones transnacionales, horizontales y verticales, entre productores, emisores y distribuidores, o entre productores de equipos y de programas, o entre propietarios de medios diferentes; control de transferencias tecnológicas y de mercados no interactivos aun más generalizado; mayor dependencia de fuentes extranjeras de mensajes que pautan un inexorable aplanamiento de la fecunda e irrenunciable diversidad de las culturas; reducción de la ya insuficiente prioridad acordada por los países en desarrollo a la comunicación, ante el acoso de la pobreza y de la deuda; desmovilización inducida de los grandes foros internacionales en que comenzaba apenas a transparentarse el ingente problema mundial de la comunicación; homogeneización de los gustos universales a los más bajos niveles; progresivo e insostenible enmudecimiento de porciones crecientes de la humanidad por asfixia de sus fuentes noticiosas, de su creatividad y de sus espacios audiovisuales, o por enajenación de sus infraestructuras de telecomunicaciones.

6 América Latina pareciera estar una vez más a la vanguardia de este deterioro. Por eso reiteramos desde ella la irresuelta pregunta: ¿Qué modelos de comunicación, qué comunión entre los seres humanos para un mundo de paz con justicia? ¿Cómo garantizar a las mayorías hoy enmudecidas, márgenes razonables de libertad y pluralismo para que sobrevivan la dignidad de la persona, la diversidad de los gustos, las industrias e identidades culturales de pueblos y minorías, el múltiple esfuerzo creador y emisor y hasta la democracia? ¿Qué hacer para garantizar una comunicación que contribuya a la educación para la paz y para la vida? Todos los indicadores de tendencia parecieran apuntar a la inminente instauración de un “nuevo orden” que no es el que unánimemente se aprobó hace diez años, sino otro de signo contrario, que impone a la humanidad entera como lógica única, exclusiva y excluyente, la del rendimiento económico, el *rating*, la publicidad y una

conducción unidireccional de las relaciones globales de comunicación entre los seres humanos.

7 El reciente y bienvenido proceso de expansión de la democracia conlleva sin embargo un reforzamiento a escala mundial de las oligarquías de la información y de la comunicación. En razón de sus propias contradicciones, la democracia puede multiplicar en su sistema circulatorio los gérmenes de la autodestrucción, puesto que sin pluralismo, sin diversidad ni libertad compartidas en comunicaciones, no hay democracia genuina. Hoy más que ayer, con énfasis sobre la práctica antes que sobre la retórica, hay que procurar una Nueva Comunicación, sin mitificar fórmulas y *slogans* ni desconocer los cambios, pero sin renunciar al ideal supremo de una comunicación más libre, en aspectos sustantivos, de intereses económicos y políticos, y a la vez participatoria, sujeta a criterios superiores de solidaridad y justicia. Detrás de esta aspiración concreta no debe haber etiquetas políticas. Invitamos a los usuarios y responsables de buena voluntad a que no se dejen amedrentar en la necesaria tarea colectiva de ventilar y democratizar el debate sobre las comunicaciones.

8 Creemos que los ideales de una Nueva Comunicación para el año 2000 son los siguientes:

a) la democratización plena y efectiva de la capacidad de generar, difundir y recibir mensajes y la obtención de legislaciones que garanticen niveles satisfactorios de *pluralismo* y participación en las comunicaciones;

b) la *libertad* real y objetiva de todas esas fuentes de emisión y recepción, libertad concebida tanto en su acepción negativa (ausencia de constricciones y manipulaciones económicas y políticas) como en su acepción positiva (posibilidad efectiva de elegir canales, argumentos y audiencias);

c) la *diversidad* y soberanía en la solución a los diferentes problemas internacionales, nacionales o grupales de la comunicación;

d) la vital necesidad de convertir las sociedades básicamente receptoras y dependientes en *sociedades productoras* de noticias, mensajes y programas, sin lo cual nunca se alcanzarán metas mínimas de equilibrio, reciprocidad o integración;

e) la *calidad* técnica y estética de los mensajes y la *suficiencia* de los recursos e infraestructuras de la comunicación.

9 Deseamos expresamente recordar, a propósito de la calidad de vida y la plena satisfacción de las necesidades y el derecho a comunicar, el álgido problema de la propiedad de las infraestructuras y de los medios de comunicación social. Siguen vigentes las objeciones a las políticas que han confiado a las empresas privadas la explotación generalizada de los medios radiofónicos y audiovisuales, así como las no menos severas críticas a la timidez, ineficacia, complicidad y burocratismo con que los sectores públicos han cumplido su función de comunicadores.

10 Pero no consideraríamos objetivamente justo concluir que las perversiones e insuficiencias actuales del sistema son el producto directo y excluyente de un determinado régimen de tenencia de los medios. En cambio, consideramos pertinente:

a) seguir denunciando por absolutamente inadecuado (a las necesidades sociales), insuficiente (en coberturas) y banalizante (en calidad) el uso que de los medios de comunicación social han hecho las empresas privadas de la región en tanto que concesionarias de un bien público (las frecuencias) y exigir a los poderdantes, los Estados, que eleven sus exigencias de calidad a los que resulten favorecidos por concesiones.

b) denunciar simultáneamente las insuficiencias a veces dramáticas de unos servicios públicos de comunicación social (que en nuestra región sólo representan el 4% del total) por no haber sabido o querido ofrecer medios alternativos que sean modelos de alta calidad, así como la ineficacia e ineficiencia de los servicios de correos y telecomunicaciones administrados en régimen de monopolio; su desinterés por el fortalecimiento de industrias culturales nacionales o regionales, y su incapacidad de reinvertir el producto de las concesiones en servicios públicos de comprobada utilidad y calidad.

11 Estimamos que el ulterior y reciente impulso a la privatización general de infraestructuras, sistemas y medios de comunicación personal y social, que se lleva a cabo como paliativo a las incompetencias públicas, en medio de una grave crisis económica, debe ser evaluado rigurosamente, evitando ensanchar aun más la brecha antidemocrática entre ricos y pobres, generar pérdidas de soberanía y favorecer sin beneficios sustantivos el poder transnacional de decisión sobre el conjunto de los servicios e intereses comunicacionales de nuestras sociedades.

12 Habida cuenta de los ulteriores e insidiosos peligros que para la libertad, la democracia y la calidad de vida representa la expansión de los oligopolios de la comunicación; conscientes tanto de las torpezas, academicismos y verbalismos del pasado como de las nuevas realidades hoy menos propicias al advenimiento de cambios, invitamos a todas las instituciones y personas preocupadas por el estado actual de las comunicaciones, a que reflexionen sobre el estilo y modalidades más convenientes para la acción futura. Deseamos por nuestra parte aportar a dicha reflexión los siguientes elementos:

a) la conveniencia de privilegiar a fondo las opciones prácticas por sobre las consideraciones especulativas, denunciando si es del caso las veleidades de cambio exhibidas a nivel internacional, las que muchas veces tienden a fortalecer el inmovilismo interno;

b) sin descuidar la implicación sociocultural ni renunciar a los objetivos esenciales, plantear en adelante el tema de la comunicación en el lenguaje más comprensible a propios y extraños, insistiendo al mismo tiempo en su dimensión económico-industrial y en el derecho que asiste a los países en desarrollo de proteger sus nacientes industrias culturales;

- c) concentrar los mayores esfuerzos en conocer, escuchar, informar, organizar y educar al usuario, término último de todo proceso comunicativo, dándole conciencia de su derecho a la participación, a la vigilancia y a la exigencia de reformas;
- d) comprometer en esta labor a organizaciones educativas, políticas, sindicales y gremiales, nacionales y regionales, hasta ahora poco activas en este campo;
- e) promover por los medios más prácticos e imaginativos las producciones endógenas de noticias, mensajes y programas, así como su uso, exhibición y distribución, conscientes de que sin nada o poco que ofrecer mal puede exigirse equilibrio de flujos;
- f) desencadenar mecanismos de mejoramiento de la producción nacional, planificar mecanismos de integración y desarrollo de empresas regionales, establecer el mercado común latinoamericano de bienes culturales y proyectar una agresiva política de exportación de los mismos;
- g) luchar por una exigencia justa e inobjetable: la instauración de verdaderos servicios públicos de comunicaciones, que den el buen ejemplo a seguir por los demás, en términos de utilidad y calidad. Esta exigencia es particularmente válida en el campo de la radiotelevisión de servicio público;
- h) estimular la ampliación y mejora de los servicios comunicativos, fomentando en particular la participación de la mujer, y asegurando además la presencia de todos los sectores de la sociedad, incluso las minorías étnicas, políticas, religiosas y de todo género.

Los participantes desean rendir en esta oportunidad testimonio público de agradecimiento a instituciones, organizaciones y comunicadores e investigadores de la región, en particular a Iglesias y grupos cristianos, que en todos estos años han soportado incomprensiones, con sacrificio y perseverancia, manteniendo vivos los ideales de una Nueva Comunicación. (IPAL/WACC, 1990)

Segunda Parte:  
**La comunicación y el desarrollo dependiente  
de América Latina**

«Desarrollo» y «dependencia» han sido términos clave para la comprensión y la orientación de la historia latinoamericana reciente. En diversos planos, la relación entre ambos términos ha mantenido una tensión permanente aunque variable. La aparente síntesis que convierte a la dependencia sólo en un calificativo del desarrollo latinoamericano, no es la única ni quizá la más pertinente de las posibles articulaciones. El terreno de las articulaciones entre ambos términos está, desde hace décadas, sujeto a un debate que no podríamos ni siquiera reseñar aquí.

Lo que nos interesa es ubicar el estudio latinoamericano de la comunicación en el contexto de esa tensión y ese debate, fuera de los cuales no podría entenderse en absoluto, ya que no sólo su origen está inextricablemente anudado con las temáticas del desarrollo y la dependencia antes que con ninguna otra, sino que mantiene plenamente su vigencia en la década de los noventa y seguramente seguirá realizándose en estrecha relación con ese multifacético contexto.

«Dependencia» y «desarrollo» son, en efecto, términos polisémicos en extremo, como lo son «comunicación», «cultura» o «sociedad». No pretendemos despejar esa polisemia planteando conceptualizaciones que definan (recorten) significados de referencia unívoca para cada término y para cada relación entre los conceptos que nombren. Preferimos intentar una exposición de algunas de las múltiples versiones que se han ido superponiendo en las últimas décadas, cada una proveniente de distintos marcos geográficos, culturales y políticos, y cada una tendiente a influir en la comprensión y en la acción comunicacional y sociocultural en determinados sentidos, muchas veces divergentes.

El desarrollo dependiente de América Latina no es, está claro desde hace más de veinte años, un asunto exclusivamente económico (Cardoso y Faletto, 1969), pero tampoco solamente sociológico o político (González Casanova, 1978). La historia latinoamericana contemporánea es pluridimensional y multiforme: sus ritmos no son sincrónicos ni sus sentidos homogéneos. Aquí trataremos de revisar algunos de los enfoques que han orientado (y sesgado) el desarrollo dependiente del estudio de la comunicación en América Latina, y para ello hemos de comenzar por una elemental delimitación del espacio latinoamericano.

Geopolíticamente, el continente americano está dividido actualmente en 45 territorios cuya administración y gobierno remite a soberanías distintas. La historia colonial ha dejado sus huellas

en el hemisferio: diez de dichos territorios siguen estando sujetos a regímenes de dependencia directa de otras naciones y los 35 restantes gozan de la independencia formal. De estos 35 países independientes, 20 se consideran “latinoamericanos” y los otros 15 de orígenes no-latinos, casi todos anglosajones. De manera que la primera delimitación del espacio hemisférico, incluyendo por supuesto los territorios insulares, obliga a formar tres grupos, cuya composición se detalla en el Cuadro No 2.

Cuadro No 2  
TERRITORIOS DEL HEMISFERIO AMERICANO

NACIONES INDEPENDIENTES\*

LATINOAMERICANAS	NO-LATINOAMERICANAS	DEPENDIENTES
Argentina (1816)	Antigua y Barbuda (1981)	Antillas Holandesas
Bolivia (1825)	Bahamas (1973)	Aruba (Holanda)
Brasil (1822)	Barbados (1966)	Bermuda (GB)
Chile (1810)	Belice (1981)	Gröenland (Din.)
Colombia (1810)	Canada (1867)	Guadeloupe (Fra.)
Costa Rica (1821)	Dominica (1978)	Guayana Francesa
Cuba (1902)	Estados Unidos (1776)	Islas Vírgenes (GB)
Ecuador (1822)	Grenada (1974)	Islas Vírgenes (US)
El Salvador (1841)	Guyana (1974)	Martinique (Francia)
Guatemala (1821)	Jamaica (1962)	Puerto Rico (US)
Haití (1804)	St. Kitts & Nevis (1983)	
Honduras (1838)	St. Lucia (1979)	
México (1810)	St. Vincent/Granadines (79)	
Nicaragua (1838)		
Panamá (1903)		
Paraguay (1811)		
Perú (1821)		
Rep.Dominicana (1844)		
Uruguay (1828)		
Venezuela (1811)		

\* Entre paréntesis, la fecha de independencia oficial.

Las diversidades geográficas e históricas, políticas, económicas y culturales entre los países del continente son evidentes. Cada uno de los países ha sido conformado, por un lado, por las particularidades específicas de la confluencia, casi nunca pacífica, entre civilizaciones indígenas, europeas y africanas distintas a lo largo de los siglos; por otro lado, por complejas relaciones entre naturaleza y cultura, sujetas en la historia al juego de los más variados intereses. Por ello, hablar de

“América Latina” no deja de tener amplias dificultades, porque hace suponer una identidad que no siempre está claramente presente en contraste con todo aquello que sería la América “No-Latina”. Sin embargo, adoptaremos la convención con las reservas necesarias, la primera de las cuales es incluir entre las naciones latinoamericanas a Puerto Rico, no obstante su carácter de Estado Libre Asociado de los Estados Unidos.

En el Cuadro No 3 anotamos los datos básicos que nos permiten configurar un primer perfil estadístico de las naciones latinoamericanas, dejando desde ahora al margen a los 24 países y territorios americanos no-latinos. En la primera columna señalamos la extensión territorial; en la segunda, la población calculada en 1989; en la tercera, el Producto Nacional Bruto por habitante en 1987, en dólares; en la cuarta, la expectativa de vida en años, tanto para hombres como para mujeres. Los datos provienen de la *Encyclopaedia Britannica, World Data*, edición de 1990.

Cuadro No 3  
INDICADORES BÁSICOS DE LOS PAÍSES LATINOAMERICANOS

	EXTENSIÓN Km <sup>2</sup>	POBLACIÓN miles	PNB p/c USD	EXPECT.VIDA	
				Hom.	Muj.
Argentina	2 780 092	32 425	2 370	70.0	74.0
Bolivia	1 098 581	7 193	570	50.9	55.4
Brasil	8 511 965	147 404	2 020	62.3	67.6
Chile	756 626	12 961	1 310	68.1	75.1
Colombia	1 141 748	32 317	1 220	63.0	67.0
Costa Rica	51 100	2 941	1 590	72.4	77.0
Cuba	110 861	10 540	2 690	72.7	76.1
Ecuador	269 178	10 490	1 040	59.8	63.3
El Salvador	21 041	5 138	850	56.0	61.0
Guatemala	108 889	8 935	810	58.0	62.0
Haití	27 400	5 520	360	54.0	56.0
Honduras	112 088	4 530	780	61.9	66.1
México	1 958 201	84 275	1 820	67.8	73.9
Nicaragua	130 700	3 745	830	60.0	62.0
Panamá	77 082	2 370	2 240	70.2	74.1
Paraguay	406 752	4 157	1 000	64.8	69.1
Perú	1 285 216	21 792	1 430	60.8	64.7
Puerto Rico	9 104	3 308	5 520	71.0	79.0
R.Dominicana	48 443	7 012	730	63.9	68.1
Uruguay	176 215	3 017	2 180	67.8	74.4
Venezuela	912 050	19 246	3 230	66.7	72.8
TOTALES:	19 993 332	429 316			

Las diferencias y disparidades entre los países latinoamericanos son notables, desde estos indicadores básicos, sin mencionar los factores internos a cada uno de ellos. El Cuadro No 4 presenta algunos otros indicadores políticos y socioeconómicos, también básicos, extraídos de la misma fuente que los del cuadro anterior. En la primera columna se señala el régimen gubernamental; en la segunda, el monto de la deuda externa pública en 1987, en millones de dólares; en la tercera el porcentaje de la población mayor de 25 años con educación post-secundaria y en la cuarta el porcentaje de la población alfabetizada mayor de 15 años.

Cuadro No 4  
INDICADORES SOCIOECONÓMICOS Y POLÍTICOS DE LOS  
PAÍSES LATINOAMERICANOS

	RÉGIMEN DE GOBIERNO	DEUDA EXT. PUB. Millón USD	EDUC. POSTSEC. %	ALFABET. >15 años %
Argentina	Rep. Federal	47 451	6.1	94.9
Bolivia	República	4 599	5.0	65.8
Brasil	Rep. Federal	91 653	5.0	79.3
Chile	República	15 536	7.2	94.3
Colombia	República	13 828	3.3	69.1
Costa Rica	República	3 629	5.8	92.6
Cuba	Rep. Socialista	8 369	5.9	96.0
Ecuador	República	2 938	7.6	69.1
El Salvador	República	1 579	?	69.0
Guatemala	República	2 345	1.2	55.0
Haití	República	673	0.7	41.5
Honduras	República	2 681	3.3	59.5
México	Rep. Federal	82 771	5.3	90.3
Nicaragua	República	6 150	?	74.0
Panamá	República	3 722	8.3	88.2
Paraguay	República	2 218	2.0	85.7
Perú	República	12 485	10.1	87.0
Puerto Rico	Estado Libre Asociado US	---	18.4	89.1
R.Dominicana	República	2 938	1.9	77.3
Uruguay	República	3 048	6.3	95.0
Venezuela	Rep. Federal	25 245	7.0	89.6

Con las excepciones de Puerto Rico (estado libre asociado de los Estados Unidos), de Cuba (república socialista), y de Panamá, en 18 repúblicas (cuatro de ellas federales) latinoamericanas, a principios de 1991, hay presidentes civiles formalmente electos, lo que no deja de ser notable en un continente que en las últimas décadas se caracterizó por la frecuencia de golpes militares y gobiernos *de facto*. La deuda externa es, por supuesto, un dato central al considerar la dependencia económica de los países y, finalmente, los porcentajes de la población con educación superior y alfabetizada, un indicador tanto de la distribución interna de las oportunidades como de los recursos humanos con que cuenta cada nación.

Para completar esta descripción estadística de los países latinoamericanos, presentamos en los cuadros siguientes (5, 6, 7 y 8) la disponibilidad de medios de comunicación en América Latina en 1988, según fuentes de la UNESCO y su comparación con la existente entre 1969 y 1970 (Kaplún, 1973).

Cuadro No 5  
MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA  
DIARIOS, 1969 y 1988

	DIARIOS 1969	CIRCUL. p/1000 h	DIARIOS 1988	CIRCUL. p/1000 h
Argentina	268	165	227	
Bolivia	13	27	13	50
Brasil	192	39	279	62
Chile	50	136	33	91
Colombia	38	44	30	61
Costa Rica	7	80	6	110
Cuba	1	57	17	126
Ecuador	25	53	7	57
El Salvador	9	50	5	52
Guatemala	8	29	9	
Haití	6	5	6	4
Honduras	5	21	7	47
México	111	136	392	142
Nicaragua	6	52	4	62
Panamá	11	93	9	89
Paraguay	5	44	4	32
Perú	18	47	66	
Puerto Rico	6	108	5	183
R.Dominicana	4	33	8	44
Uruguay	19	141	21	

Venezuela	37	88	61	163
TOTALES:	839		1209	

Cuadro No 6  
MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA  
RADIO, 1970 y 1988

	EMISORAS 1970	HABITS/p RECEPTOR	EMISORAS 1988	HABITS/p RECEPTOR
Argentina	116	3.4	175	1.5
Bolivia	65	11.9	191	1.8
Brasil	384	9.1	1729	2.5
Chile	141	6.6	302	3.0
Colombia	263	9.5	439	3.5
Costa Rica	46	13.6	80	11.0
Cuba	94	6.2	160	3.0
Ecuador	223	2.8	370	3.4
El Salvador	59	8.3	79	2.6
Guatemala	71	23.7	104	21.0
Haití	24	57.4	35	41.0
Honduras	55	18.6	209	2.6
México	342	4.8	887	5.1
Nicaragua	70	18.0	44	4.1
Panamá	77	6.3	85	7.5
Paraguay	17	19.5	48	5.4
Perú	222	6.4	413	4.9
Puerto Rico	45	1.7	68	1.7
R.Dominicana	91	25.6	126	6.0
Uruguay	65	2.6	115	1.7
Venezuela	144	3.9	221	3.9
TOTALES:	2614		5880	

Cuadro No 7  
MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA  
TELEVISIÓN, 1970 y 1988

	EMISORAS 1970	HABITS/p RECEPTOR	EMISORAS 1988	HABITS/p RECEPTOR
Argentina	25	8.2	183	4.5
Bolivia	1	480.0	42	16.0
Brasil	52	15.7	137	4.0
Chile	4	20.0	131	5.5
Colombia	4	26.3	49	5.6

Costa Rica	5	17.0	12	6.1
Cuba	19	14.3	78	5.0
Ecuador	6	88.2	27	17.0
El Salvador	2	36.8	51	2.0
Guatemala	3	72.2	24	18.0
Haití	1	433.4	4	218.0
Honduras	1	123.5	39	34.0
México	25	19.3	430	8.7
Nicaragua	2	35.5	7	17.0
Panamá	2	13.5	14	4.9
Paraguay	1	183.5	5	12.0
Perú	19	34.4	138	13.0
Puerto Rico	11	6.7	19	4.0
R.Dominicana	3	41.7	19	12.0
Uruguay	12	11.4	33	6.0
Venezuela	7	12.7	63	6.6
TOTALES:	205		1459	

Cuadro No 8  
MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN AMÉRICA LATINA  
CINE, 1970 y 1988

	SALAS 1970	ASIST/p 1000 H.	LARGOM. PRODUC.	SALAS 1988	ASIST/p 1000 H.	LARGOM. PRODUC.
Argentina	2 931	6 000	30	919	700	15
Bolivia	180	1 300	1	209	700	2
Brasil	3 500	3 500	70	1 403	730	73
Chile	336	5 700	3	177	1 000	2
Colombia	771	4 600	2	586	2 000	9
Costa Rica	100	3 200	-	104	100	2
Cuba	544	8 100	4	510	7 600	17
Ecuador	210	1 400	-	330		-
El Salvador	66	4 500	-	69	3 700	-
Guatemala	105	1 600	-	115	1 000	3
Haití	28	200	-	28	400	-
Honduras	55	1 200	-			-
México	2 500	7 200	75	1 775	2 730	83
Nicaragua	63	4 200	-	127	1 800	1
Panamá	64	3 800	-			-
Paraguay	30		-			-
Perú	435	4 900	4	425	1 900	1
Puerto Rico	126	3 100	-	373	1 800	5

R.Dominicana	50	1 300	-	83	1 500	-
Uruguay	172	8 100	-	120	2 100	1
Venezuela	741	5 800	2	392	680	12
TOTALES:	12 869		192	7 755		226

Como puede apreciarse en los cuatro cuadros anteriores, cuyos datos no tienen toda la precisión y confiabilidad que serían deseables pero que son los más completos que están disponibles, el desarrollo de los medios masivos (prensa diaria, radio, televisión y cine) en América Latina ha sido notable en cuanto a expansión de sus recursos en los últimos veinte años, aunque por supuesto disperejo y lleno de irregularidades. Más adelante habremos de revisar los análisis que se han propuesto recientemente para interpretar esos y otros datos sobre los sistemas latinoamericanos de comunicación.

Por ahora, en función de nuestros propósitos, así como lo hemos hecho con el espacio, delimitaremos el tiempo sobre el que centraremos nuestra atención. Aunque quizá sea demasiado cercano un recorte a las tres últimas décadas (sobre todo por la dificultad de entender, sin ver más atrás, la evolución tanto de las macroestructuras políticas, económicas y culturales de la región latinoamericana así como el contexto más inmediato del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina), habremos de adoptar el año 1960 como el momento, arbitraria pero no caprichosamente establecido, en que comienza a poderse reconocer una incipiente identidad propia al estudio de la comunicación en Latinoamérica.

No obstante, esta no será una delimitación rígida ya que, como veremos, no es posible trazar una línea divisoria en el tiempo para separar “antes” y “después” o fechar una “fundación”. El proceso que intentamos recuperar y sus contextos, históricos como son, tienen menos que ver con fechas precisas que con los “tiempos y destiempos” de la cultura. Por ello haremos retroceder los antecedentes y avanzar los consecuentes conforme parezca adecuado desde cada una de las perspectivas que reconocemos como aportes al estudio latinoamericano de la comunicación.

A pesar de los muchos y muy variados intentos que se han hecho hasta ahora, no parece haber todavía un marco epistemológico suficientemente apropiado para analizar científicamente el estudio de la comunicación, y menos aún, para dar cuenta de la especificidad latinoamericana en este campo, que es lo que nos interesa. Manuel Martín Serrano señala que:

Las ciencias nacientes -antes las psicológicas y sociológicas; ahora las comunicativas- son más ricas de intereses que de certezas. La pregunta por el “estado actual” es el reconocimiento de que todavía se está a la búsqueda de la identidad. Tiene sentido cuando

permite reflexionar sobre los orígenes y no cuando cierra la interrogación con un balance de lo hecho. Probablemente, en algún lugar de lo hasta ahora pensado se encuentren ya los gérmenes de la futura identidad de las ciencias de la comunicación; pero no necesariamente en los desarrollos más aceptados. Al fin y al cabo, la psicología no ha llegado a ser la “ciencia del espíritu” que pretendían sus fundadores, ni la sociología la “ciencia del consenso” que proponían los primeros autores que se autodenominaron sociólogos.

(...) En los países dependientes hay otra historia epistemológica distinta y muy interesante... Estas líneas son necesarias para dejar constancia de otra aventura teórica, requerida para entender cómo la comunicación se relaciona con la identidad nacional y con la resistencia a la transculturización. (Martín Serrano, 1990: 65-74).

No obstante la insuficiencia de marcos epistemológicos, contamos con un trabajo de Javier Elguea que conviene citar aquí, pues propone una “reconstrucción racional” de las teorías del desarrollo social en América Latina, basada sobre todo en la *metodología de los programas de investigación científica* de Imre Lakatos. En la introducción de su libro, Elguea sintetiza el proceso (histórico y científico) que analiza:

Para comprender la movilización masiva de recursos asignados al desarrollo nacional en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, es preciso tener en mente dos factores: el primero, el interés predominante fuera de los Estados Unidos por el crecimiento y la ocupación plena (en parte, el resultado del deseo de prevenir la repetición de la catastrófica depresión mundial que siguió a la primera guerra); el segundo, la guerra fría y su división del mundo en el marco de una rivalidad este-oeste, lo que proporcionó a las dos potencias correspondientes un gran impulso para ayudar a las naciones “en vías de desarrollo”.

Esta movilización no sólo fue militar, política y económica, sino también científica. Gran parte del esfuerzo realizado en las ciencias sociales después de la guerra se ha centrado en la descripción, análisis, explicación, predicción y orientación de los aspectos sociales, políticos y económicos del proceso de desarrollo nacional. Este esfuerzo ha dado lugar al nacimiento de un nuevo campo de estudio: el de las teorías del desarrollo de las sociedades.

Casi desde su aparición, este campo se ha caracterizado por la presencia y el antagonismo de marcos conceptuales de estudio. En las tres últimas décadas, los frenéticos debates han tratado de decidir cómo se debería definir y analizar el “desarrollo nacional”, que significa ser un país “desarrollado” o “subdesarrollado”, cuáles son las causas del subdesarrollo y cómo puede evolucionar una nación hacia una posición política y socioeconómica más elevada.

La teoría de la modernización y la de la dependencia han sido dos de los principales marcos conceptuales en el campo. El trabajo desempeñado en el primero no sólo ha variado en tamaño y complejidad, sino también en su enfoque: cambio social, urbanización e industrialización, el papel de los medios de comunicación masiva, participación política,

educación, etc. Por algún tiempo, la modernización ha sido la teoría predominante entre las teorías del desarrollo; ha ejercido una gran influencia en la investigación científica, así como en la formulación de políticas y toma de decisiones, en la planeación educativa y las campañas de servicios públicos.

Recientemente, se ha podido observar un desencanto creciente frente a la modernización y una búsqueda de teorías alternativas. Sus explicaciones y descripciones son falsas o están incompletas, y su falta de consideraciones estructurales e históricas, tanto como su etnocentrismo, han sido el blanco de un ataque generalizado. Su fracaso se hizo patente, al menos en forma parcial, dados los pobres resultados en cuanto al mejoramiento de la “calidad de vida” de los países del Tercer Mundo en los que se aplicó esta teoría.

La teoría de la dependencia es una de las principales respuestas teóricas a las anomalías de la teoría de la modernización. Su esfuerzo se concentra en la elucidación de aquellos aspectos del desarrollo que la modernización no ha logrado explicar, por lo que, en este sentido, la teoría de la dependencia es un rival teórico de la modernización.

Al parecer, existen todavía varios enfoques del subdesarrollo dentro del marco conceptual de la dependencia, y sus virtudes heurísticas, teóricas y científicas siguen siendo objeto de intensos debates. Sin embargo, también ha tenido consecuencias de gran peso en la concepción del desarrollo dentro de las teorías del desarrollo. Asimismo, ha significado un fuerte impacto en las naciones en desarrollo en lo que se refiere a la formulación de políticas y toma de decisiones, educación, medios de comunicación masiva y ayuda externa.

Tanto la modernización como la dependencia han sufrido transformaciones durante la década de los ochenta que las han refinado y mejorado. De la misma forma, la década anterior y la actual han sido testigos del surgimiento de marcos teóricos alternativos que han contribuido con explicaciones novedosas al estudio y comprensión de los fenómenos de desarrollo y subdesarrollo en América Latina. Ejemplos de estas teorías emergentes son: el corporativismo, el autoritarismo burocrático y el análisis de los modos de producción.

Después de más de 30 años de interés por el desarrollo, es importante evaluar y reconsiderar adónde nos ha llevado el estudio de este tema. Es preciso describir, en términos del desarrollo del conocimiento científico, cuál es el saldo resultante de la rivalidad teórica entre los distintos marcos conceptuales y determinar qué es lo que la historia de dicha rivalidad nos puede enseñar acerca de la naturaleza de las ciencias sociales. (Elguea, 1989: 13-14).

Más adelante podremos retomar las conclusiones del trabajo de Elguea. Por ahora habremos de revisar algunos de los principales estudios de la comunicación más o menos inspirados en las teorías de la modernización y de la dependencia en América Latina.

## 2.1 Los esfuerzos antecedentes

Hemos señalado, coincidiendo con casi todos los analistas que se han ocupado antes del tema, el año 1960 como el momento en que comienza en América Latina la historia de la investigación de la comunicación propiamente dicha. Evidentemente, antes de ese año -e incluso desde el siglo XIX- se pueden registrar estudios aislados en muchos países latinoamericanos, especialmente en lo referente a la práctica del periodismo. No queremos ignorar esos esfuerzos pioneros, y por ello recurrimos, sin que sea tampoco nuestro interés ser exhaustivos, a algunos textos que recuperan estos antecedentes del desarrollo que a partir de 1960 habría de experimentar el campo, sobre todo por las herencias metodológicas que dejaron.

En su ensayo sobre “Sociedad y Ciencia Social en Latinoamérica”, Antonio Murga y Guillermo Boils (1979), postulan que la institucionalización y consolidación de la ciencia social en los países latinoamericanos es un hecho reciente. Citan, a propósito, la evaluación que hace el norteamericano R. Beals, a finales de los cuarenta:

En América Latina las ciencias sociales pasan por una etapa crítica; no sólo se pone en duda, en algunos países, la existencia misma de dichas ciencias, sino que su carácter futuro resulta incierto. Hasta hace poco las ciencias sociales sudamericanas se desarrollaban casi totalmente según la tradición europea del siglo XIX; esto sigue siendo válido en lo referente a algunos países y para ciertas disciplinas. Las zonas conocidas en Estados Unidos con el nombre de ciencias sociales no eran consideradas ciencias, sino más bien una división de las humanidades y la filosofía... La necesidad de educación técnica y de comprensión de los métodos de investigación es, en general, poco reconocida, y casi cualquier hombre educado, con inclinaciones hacia el pensamiento filosófico o teórico, se considera competente en el campo de las ciencias sociales y existe un muy escaso incentivo para que los individuos obtengan la adecuada educación técnica (Beals, 1950: 1).

En los años cincuenta, sin embargo, el panorama empezó a cambiar. Siguiendo a Gino Germani (1964), L. Costa Pinto (1968) y Eliseo Verón (1974d), Murga y Boils señalan que, específicamente en la sociología, “apareció un nuevo tipo de *científico social*, definido por su formación en escuelas universitarias especializadas, dedicado de manera exclusiva a la práctica de su disciplina y en íntimo contacto con el desarrollo científico de los centros más avanzados de los países industriales” (Murga y Boils, 1979: 10).

Así se organizó un ámbito académico-profesional que a través de la validación de las reglas del “método científico” para el estudio de la realidad social estableció las bases para el tránsito de una ciencia social “tradicional” a otra “moderna”; o lo que es lo mismo, se pasó

de los estudios predominantemente filosóficos “que se prestaban magníficamente a toda clase de simulaciones” y, sobre todo, a “los irracionalismos de diverso origen (que) ofrecían una excelente oportunidad para ocultar detrás de un torrente de palabras el más absoluto vacío en cuanto a ideas y conocimientos”, a otros de tipo diferente: los estudios “científicos” caracterizados por “la incorporación de las orientaciones teóricas y metodológicas de la sociología contemporánea” a la vez que por el desarrollo de la investigación empírica. Estos cambios referidos principalmente a la sociología parecen, sin embargo, formar parte también de una pauta más amplia y general que abarca a la ciencia social en su conjunto. (ibid: 10-11).

La visión del sociólogo mexicano Pablo González Casanova coincide en que, en los años cincuenta,

hubo un cambio de estilo, en que se percibe un fraseo más corto, una disminución en el uso de los adjetivos, y formas menos enfáticas de expresión. Hubo hasta un cambio de lenguaje, la apropiación de un lenguaje numérico y matemático, poco frecuente entre los humanistas clásicos y modernos. Surgió también la perspectiva de los problemas pequeños y las entidades analíticas cuantificables. Las grandes entidades dejaron de estar de moda y también las complejas instituciones concretas. Se descubrió este tipo de abstracción propia de las ciencias naturales, que les permite extraer tendencias y leyes en contextos específicos, relativos. Se abandonó el racionalismo, que no tiene como modelo de perfección y paradigma el experimento. En este camino no sólo se sometió a una sana campaña de desprestigio a la sociología retórica, a la que se llamó peyorativamente intuitiva, sino que se exaltó la vuelta al campo y al trabajo “en el terreno”. Las técnicas de investigación y análisis fueron objeto de grandes esfuerzos. Entre aquellas empezó a dominar la cédula de entrevista y el cuestionario con los problemas de vinculación al cuadro teórico, al sistema de hipótesis y a las pruebas en el campo para su corrección y perfeccionamiento (González Casanova, 1973).

Mientras estos cambios sucedían en la sociología latinoamericana, y las ciencias sociales comenzaban a ser influenciadas por la orientación “desarrollista” de la Comisión Económica de América Latina (CEPAL), organismo de las Naciones Unidas fundado en 1947 del que nos ocuparemos más adelante, las investigaciones empíricas sobre la comunicación eran realizadas principalmente por norteamericanos, en tanto que entre los latinoamericanos seguía predominando el viejo estilo doctrinario, cuya herencia permanece hasta la fecha en muchos estudios sobre la comunicación.

Con referencia a los enfoques estadounidenses, en su análisis sobre “los dilemas culturales y conceptuales” de la investigación de la comunicación en América Latina, Rita Atwood (1980) llama al periodo que va de 1930 a 1960 la “época de la evaluación descriptiva”:

Durante las tres décadas que van de 1930 a 1960, la mayor parte de los artículos referidos a América Latina que aparecen en las revistas de comunicación de habla inglesa, aprecian negativamente a las diversas instituciones periodísticas y a sus relaciones con otros factores de las sociedades latinoamericanas. Exceptuando los estudios de Huergo (1939), Gerald (1931) y Eulaum (1942), todos los informes publicados en los treinta y principios de los cuarenta condenan la falta de profesionalismo periodístico, la ausencia de libertad de prensa y la ignorancia de la necesidad de ganancias comerciales en los periódicos latinoamericanos (Cohen, 1931; Sharp, 1938; 1940; Viale, 1937; 1938; 1939; 1940).

Además de que el criterio usado para juzgar esos factores estaba basado en gran medida en las orientaciones culturales norteamericanas, tales sesgos remiten a supuestos causales básicos. Son evidentes las nociones causales en la afirmación de que lo que funciona bien en un país puede usarse como parámetro en otros. Si las condiciones “causan” libertad y responsabilidad de la prensa en los Estados Unidos, entonces otras naciones deben tender a adoptar esos mismos determinantes si desean producir efectos similares. La inadecuación del empleo de estos parámetros causales surge de la aceptación de las descripciones del investigador-observador sin confrontarlas con las opiniones e ideas de los actores-sujetos, los profesionales y consumidores de los medios latinoamericanos.

En fechas tan remotas como 1931, Cohen llega a afirmar que la libertad de prensa se encuentra sólo por excepción en los países latinoamericanos. Lamenta la ausencia de periódicos comercialmente exitosos y argumenta que mayores márgenes de ganancia traerían mayor libertad de prensa. Sharp y Viale sugieren que los únicos rasgos admirables del periodismo latinoamericano son aquellos claramente similares a las preocupaciones por la independencia financiera, las utilidades y los patrones norteamericanos de profesionalismo y objetividad. Cualquier expresión de nacionalismo por parte de la prensa latinoamericana es interpretada como partidarismo y negación de los principios del periodismo. Por ejemplo, Sharp critica a fines de los treinta a la prensa mexicana por celebrar la expropiación petrolera y la acusa de dedicarse a la propaganda.

Los autores de artículos publicados a fines de los cuarenta y en los cincuenta muestran una estimación un poco más favorable del desarrollo de la comunicación masiva en América Latina. Sin embargo, sus normas de evaluación siguen siendo determinadas por sus perspectivas como observadores extranjeros. Sólo se aprueba lo que sucede en Chile, Uruguay, Perú y México que, o se parecen al sistema político norteamericano o al menos adoptan una postura pro-estadounidense al condenar la importación de doctrinas comunistas y publicaciones de izquierda (Alisky, 1955; Eulaum, 1942; Fitzgibbon, 1942; Ponce, 1946). La crítica y la censura se dedican a los sistemas de medios de las naciones latinoamericanas donde se juzga que se sigue un patrón inconsistente con los objetivos y políticas norteamericanas (Easum, 1951; Kane, 1951).

Los análisis de los sistemas de comunicación latinoamericanos publicados durante los treinta, los cuarenta y los cincuenta establecieron una tradición fundada en las inferencias causales y en la agudeza, a veces dudosa, de los investigadores-observadores. Esta tradición

floreció en los sesenta, cuando los métodos de investigación ampliaron sus alcances y propósitos (Atwood, 1980).

Otros analistas coinciden con Atwood en la caracterización de los estudios sobre la prensa y la comunicación latinoamericanas, realizados antes de 1960 por norteamericanos. Pero también señalan los trabajos propios, en los cuales comienza a delinearse un enfoque ciertamente distinto, aunque la mayor parte sean trabajos descriptivos e historiográficos.

Algunos de los estudios latinoamericanos realizados antes de 1960 sobre el periodismo, rescatados por los análisis documentales del campo son, por ejemplo, en Argentina, los de Oscar R. Beltrán (1943), Juan Rómulo Fernández (1943) y C. Galván Moreno (1944). En Chile, los de Horacio Hernández Anderson (1946), Girardi y Samuel (1957) e Israel Drapkin (1958). En Colombia, los trabajos de Jorge Uribe Márquez (1919), Gustavo Otero (1925) y Antonio Cacua (1958). En Perú, los de Carlos Alberto Romero (1940), Pedro Mañaricua (1944), Abigail García de Velezmoro (1945), Luis Curie Gallegos (1946), Gustavo Adolfo Otero (1946), Federico Schwab (1946), Carlos Miró-Quesada Laos (1957) y César Augusto Arauco Aliaga (1958). En Venezuela, los de Pedro Grases (1950; 1958). En Brasil, los de Sanelva de Vasconcelos (1939), Gondim da Fonseca (1941), Hélio Vianna (1945), Freitas Nobre (1950), Fernando Segismundo (1952), João Gualberto de Oliveira (1956), Carlos Rizzini (1957), Antonio Lopes (1959) y Jarbas Maranhão (1959). En México, los de Agustín Agüeros (1910), Henry Lepidus (1928), Teodoro Torres (1937), José Bravo Ugarte (1936) y María del Carmen Ruiz Castañeda (1958; 1959). También los estudios de Alegría (1960) en Puerto Rico y Vela (1960) en Guatemala. Algunos de estos trabajos representan el tipo tradicional de investigaciones “humanísticas”, y otros comienzan a acercarse a los nuevos modelos latinoamericanos de las ciencias sociales.

Sin embargo, no son los estudios históricos o descriptivos de la prensa, independientemente de que los dirigieran norteamericanos o latinoamericanos, los que a partir de los años cincuenta habrían de influir más en la investigación latinoamericana de la comunicación. El llamado “pensamiento de la CEPAL”, que fue el primero en abordar el diagnóstico sobre las causas del subdesarrollo latinoamericano a escala continental, desbordó el campo económico y contribuyó a la reorientación de las ciencias sociales en general hacia la explicación y simultáneamente a la superación de las condiciones del subdesarrollo. Paoli (1990) subraya:

La influencia de la CEPAL, que no se circunscribe al campo de la economía, es muy clara en los años cincuenta. Este organismo trata de ubicar la problemática social en un contexto latinoamericano -ése es su acierto- y desde una cierta concepción del desarrollo -allí está su limitación-. La estrategia anterior, que se presenta como una posición relativamente aséptica y objetiva, se explica en gran medida por desarrollarse en un organismo

internacional dependiente de las Naciones Unidas. La influencia cepalina induce a plantear los problemas sociales como problemas del “subdesarrollo” que hay que superar con diversas acciones y estrategias. No aparece todavía en la investigación, en forma consistente, la necesidad de plantear las demandas de los grupos dominados. En las ciencias sociales no penetraba todavía el análisis de clase; esto se produciría más adelante. En los cincuenta, los problemas sociales son vistos frecuentemente como expresiones de “atraso” (Paoli, 1990: 67).

En los años cincuenta la preocupación principal, tanto de los científicos sociales latinoamericanos como de muchos gobiernos (populistas) se centra en la problemática del desarrollo. A ello contribuyen diversos factores endógenos, pero también, sin duda, la emergencia de los Estados Unidos como potencia hegemónica hemisférica después de la II Guerra Mundial, el éxito del Plan Marshall para la reconstrucción europea, el establecimiento de la guerra fría y la recomposición bipolar del orden económico y político mundial. En este contexto se desarrollan distintas corrientes de pensamiento y planificación social en América Latina, que no obstante sus divergentes concepciones teórico-metodológicas y políticas, coinciden en el énfasis sobre el cambio social y el desarrollo. Murga y Boils resumen de la siguiente manera el estado de la cuestión en las ciencias sociales latinoamericanas:

Los análisis acerca del desarrollo, los avances, las problemáticas, los estilos de investigación, las tendencias, etcétera, de la ciencia social en Latinoamérica tienden a converger hacia una imagen que relaciona estrechamente la producción científica con la forma particular que ha asumido el proceso social en nuestros países. (...)

En tal perspectiva, se ha destacado que durante la década de los cincuenta, paralelamente al auge económico-industrial de una serie de países de la región, se abrieron nuevas perspectivas para la ciencia social, la cual se comienza a desarrollar en torno a la *teoría desarrollista*, preocupada por el análisis de los obstáculos impuestos por las estructuras arcaicas y por los medios para alcanzar las metas del desarrollo. La correspondencia entre este tipo de preocupaciones y el proceso social descansaba en los supuestos implícitos del nuevo modelo planteado por el Estado y la nueva burguesía dominante: la sociedad capitalista desarrollada entendida, de acuerdo con la concepción lineal del “progreso”, como el destino final de todas las sociedades.

Entendido el desarrollo como la transición de una sociedad “tradicional” a otra “moderna”, se creyó que el proceso consistía en llevar a cabo e incluso reproducir las diversas etapas que caracterizaron las transformaciones sociales de los ahora “países industrial-desarrollados”. Bajo esa perspectiva teórica, las problemáticas centrales no podían ser otras que aquellas referidas de la modernización. Se justificaba y legitimaba así la llamada *sociología del desarrollo* o *sociología del cambio social*, adaptación para uso de latinoamericanos del estructural-funcionalismo predominante en los Estados Unidos, que va

a dominar el terreno de la investigación social latinoamericana durante la década de los cincuenta y parte de los sesenta (Murga y Boils, 1979: 14-15).

En este nuevo contexto, tanto histórico-social como científico-político, habrían de comenzar a desarrollarse investigaciones de la comunicación alrededor del papel de los medios masivos, ya no sólo la prensa sino también la radio, la televisión y otros, en los procesos de modernización de América Latina.

## 2.2 La modernización y el *paradigma dominante*

En los años sesenta se extiende por toda la América Latina el afán “modernizador” y “desarrollista”, formulado en la investigación social por la sociología del desarrollo norteamericana, que según Murga y Boils abarca tres aspectos básicos:

- a) Investigaciones descriptivas destinadas a reunir datos “primarios” sobre la estructura económico-social a nivel macrosocial: industrialización, urbanización, estructura ocupacional, estratificación social, movilidad, etcétera;
- b) Investigaciones descriptivas centradas en aspectos particulares de la estructura social. La mayoría se refiere a la “evaluación de los recursos sociales para el desarrollo” (estructura del sistema educativo, capacitación profesional, incorporación de masas migrantes a la vida urbana, etcétera) y los “recursos políticos favorables o desfavorables para el desarrollo” (incorporación de las clases populares al campo de la participación política, politización de las “clases medias”, mecanismos de reclutamiento de las élites, etcétera);
- c) Investigaciones sobre actitudes y opiniones de sectores significativos del sistema de estratificación social. A través de hipótesis de menor escala, se trata de ofrecer una visión perspectiva más que retrospectiva del cambio social.

En términos teórico-prácticos estos tres tipos de investigación se complementan perfectamente. Las investigaciones del primer grupo proporcionan las bases para trazar la imagen general de un país en términos de los *índices* contruidos para medir el grado relativo de subdesarrollo. (...) Las investigaciones del segundo tipo evalúan las capacidades potenciales de los países latinoamericanos para acelerar la transición. Los *países avanzados de occidente* (es decir, las potencias imperialistas) introducen conocimientos, tecnología moderna, valores racionales y abundante capital. (...) Finalmente, el tercer tipo de investigaciones lleva a la práctica lo que Gunder Frank reformulara como la perspectiva “psicológica”. Estas investigaciones detectan y miden los factores que pueden existir a nivel psicosocial, para clasificarlos en favorables (“actitudes modernizantes”) o desfavorables (actitudes que “resisten el cambio”) al desarrollo. (Murga y Boils, 1979: 16-17).

Para la sociología del desarrollo norteamericana, -y latinoamericana- los países de la región, en suma, alcanzarían el desarrollo detectando y controlando los obstáculos internos, implementando un “plan de desarrollo”, acelerando el aporte de capital extranjero y estimulando un nuevo tipo de personalidad caracterizada por los valores predominantes en los países centrales. La investigación adopta no sólo las metas propuestas, sino también, por supuesto, los valores de la ciencia norteamericana:

objetivismo, empirismo estadístico, neutralidad valorativa, asepsia ideológica, énfasis metodológico. La *investigación científica* era tal en tanto que fuera lo más neutral y objetiva posible en la conquista de su meta principal: la obtención de un conocimiento empíricamente fundado. (Murga y Boils, 1979: 18)

Proveniente tanto de la sociología como de la psicología social, la “ciencia de la comunicación humana” se había constituido en los Estados Unidos en torno a lo que ha sido llamado el *paradigma dominante*. Este modelo, sostenido durante décadas, debe mucho al aporte, entre otros “padres fundadores”, del especialista en la investigación de la psicología y la propaganda políticas, Harold Lasswell, quien en 1948 estableció que:

Una manera conveniente de describir un acto de comunicación es la que surge de la contestación a las siguientes preguntas: *¿Quién dice qué en qué canal a quién y con qué efecto?*

El estudio científico del proceso de comunicación tiende a concentrarse en una u otra de tales preguntas. Los eruditos que estudian el “quién”, el comunicador, contemplan los factores que inician y guían el acto de la comunicación. Llamamos a esta subdivisión del campo de investigación *análisis de control*. Los especialistas que enfocan el “dice qué” hacen *análisis de contenido*. Aquellos que contemplan principalmente la radio, la prensa, las películas y otros canales de comunicación, están haciendo *análisis de medios*. Cuando la preocupación primordial se centra en las personas a las que llegan los medios, hablamos de *análisis de audiencia*. Y si lo que interesa es el impacto sobre las audiencias, el problema es el del *análisis de los efectos*. (Lasswell, 1948).

Sobre bases como éstas, y las aportadas por Carl Hovland, Paul Lazarsfeld, Robert King Merton, Kurt Lewin y otros investigadores desde los años veinte (Moragas, 1981; Saperas, 1985a; Wolf, 1987), se desarrolló en los Estados Unidos el “paradigma dominante” para el estudio de la comunicación, en un entorno que le disponía todas las condiciones favorables, pues contó con financiamientos y apoyos de los más altos centros políticos, militares y de espionaje norteamericanos, además de los recursos necesarios para la aplicación de conocimientos y la prueba de hipótesis cada vez más refinadas en el inmejorable laboratorio de la sociedad estadounidense. Pero también, cada vez más, en otros países del hemisferio. Es desde esta posición y este “paradigma dominante” desde donde Wilbur Schramm podía tranquilamente afirmar a principios de los sesenta que:

La investigación sobre comunicación en los Estados Unidos es cuantitativa, más que especulativa. Quienes la practican... son investigadores del comportamiento: tratan de encontrar algo acerca de por qué los humanos se comportan en la forma en que lo hacen y

cómo puede la comunicación hacer posible que vivan juntos más feliz y productivamente. Por lo tanto, no es de sorprender que numerosos investigadores de la comunicación se hayan ocupado últimamente del problema de la forma en que las naciones del mundo pueden comunicarse eficientemente y cómo puede ayudarles la comunicación a comprenderse mejor entre sí y a vivir en paz (Schramm, 1961).

Un aspecto que fue paulatinamente incorporado al perfil de la modernización de los países “subdesarrollados” fue la instalación y operación “funcional” de sistemas de comunicación de masas. Aunque desde muchos años antes en los Estados Unidos estos sistemas eran reconocidos como clave fundamental del desarrollo, en América Latina fue hasta la década de los sesenta, prácticamente con el inicio de la expansión de la televisión, cuando se comenzó a considerar y a investigar con cierta profundidad la comunicación. Enrique Sánchez Ruiz, en su estudio sobre la modernización (1986), sintetiza críticamente el proceso de adopción de la ciencia de la comunicación norteamericana en América Latina:

Parece haber acuerdo en que el trabajo de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, publicado por primera vez en 1958, fue el principal punto de partida de la visión optimista sobre el papel de la comunicación de masas en la modernización (Lee, 1980: 19-23; Nordenstreng y Schiller, 1979: 3-7). El modelo original de la modernización de Lerner, que fue seguido por una gran cantidad de estudios, partió de la observación de ciertas correlaciones entre algunas variables en países del Medio Oriente, de donde se generalizó para intentar explicar cómo ocurrirían los procesos de desarrollo nacional entendidos como procesos de “modernización”: se suponía que la industrialización tendía a elevar la urbanización; ésta, a su vez, elevaría la alfabetización, seguida por un incremento en la exposición de la población a los medios masivos de comunicación. El alfabetismo y la exposición a los medios producirían en los individuos “empatía” (la habilidad psicológica de ponerse uno en lugar de otro) o “movilidad psicológica”, lo que finalmente tendería a aumentar la participación política y económica.

Este era un modelo causal, lineal, elegante y optimista, que debido a su simplicidad atrajo la atención de investigadores dentro del campo de la comunicación y la modernización. Aun más, Lerner (1963) propuso posteriormente toda una “teoría de la modernización basada en la comunicación”, a partir de su trabajo previo, la cual fue tomada seriamente y aun expandida por algunos investigadores (McCrone y Cnudde, 1967).

Es curioso notar que durante la década en que, a partir de la publicación del influyente libro de Joseph Klapper (1960) sobre los efectos de la comunicación de masas, los investigadores de la comunicación dentro de Estados Unidos dudaban que los medios fueran una influencia potente real para el cambio, los investigadores norteamericanos que trabajaban en contextos subdesarrollados se encontraban “comprometidos con la visión de que tales medios podrían y habrían de producir cambios profundos” (Krippendorff, 1979: 75). El trabajo de Wilbur Schramm (1964), *Medios Masivos y Desarrollo Nacional*, continuó y

extendió la presuposición teórica de que los medios participaban en el desarrollo como agentes de cambio. (Sánchez Ruiz, 1986: 22-23).

El Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL) fue uno de los principales centros difusores e impulsores de estos estudios sobre comunicación y modernización en América Latina desde su fundación en Quito en 1959. Entre sus primeras tareas, además de la formación de profesores para las escuelas de periodismo, se encuentra la organización de cursos regionales con los más destacados investigadores norteamericanos y europeos en el campo de la comunicación para el desarrollo y la edición de traducciones de sus principales obras. Para el impulso a la investigación, CIESPAL extendió dos modelos por toda América Latina: la metodología del francés Jacques Kayser para el análisis morfológico y de contenido de la prensa, y las técnicas norteamericanas de análisis de audiencias y de efectos de los medios masivos. José Marques de Melo contextualiza el papel de CIESPAL:

En los países del Tercer Mundo, el incremento de la investigación en comunicación es el resultado de la acción desarrollada por la UNESCO para lograr la ampliación de las redes nacionales de comunicación colectiva. Su motivación es democratizar las oportunidades educacionales; supone que los medios o vehículos electrónicos (radio y televisión) posibilitarán la alfabetización en masa, la educación continuada de las minorías poblacionales, a bajo costo.

Dentro de este esfuerzo educativo, los países pobres importaron tecnología, sistemas gerenciales, modelos científicos y tuvieron que formar recursos humanos para el manejo de los bienes adquiridos.

CIESPAL surge en la coyuntura latinoamericana como una iniciativa de la UNESCO para diseminar matrices destinadas a la preparación de profesionales para los medios de comunicación colectiva que atiendan a las nuevas exigencias socio-culturales. Pronto, el centro de Quito gana proyección en todo el continente, reclutando periodistas y profesores de periodismo para sus cursos anuales, en donde enseñan y disertan maestros de las mejores universidades europeas y norteamericanas. (Marques de Melo, 1984a: 5).

Entre los textos más representativos de la importación del *paradigma dominante* en el estudio de la comunicación y su aplicación a los programas de modernización en América Latina, puede citarse el titulado “Desarrollo de la Comunicación y Desarrollo Económico” de Wilbur Schramm, entonces director del Instituto de Investigación en Comunicación de la Universidad Stanford, traducido y editado en 1965 por el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA, con sede en San José, Costa Rica. La breve introducción describe el enfoque de su contenido:

Conforme las naciones avanzan de los patrones de la sociedad tradicional hacia los de la sociedad industrial moderna, tienen lugar desarrollos espectaculares en su comunicación. Desde un cierto punto de vista estos cambios en la comunicación son causados por los avances económicos, sociales y políticos que son parte del crecimiento nacional. Desde otro, sin embargo, los desarrollos en comunicación están entre los principales factores e impulsores de los otros cambios. Es propósito de este estudio explorar esta interacción y buscar una base para comprenderla. (Schramm, 1965: 1)

A partir de ahí, el trabajo se divide en cuatro partes. La primera, “Comunicación en Sistemas Nacionales” explica las interacciones postuladas entre la comunicación y el desarrollo, desde un punto de vista teórico general. En la segunda, “La Comunicación como Impulsora”, toma como base las propuestas de Rostow (1960) y Lerner (1958) para establecer seis “condiciones previas” para el desarrollo nacional en las cuales *debe* contribuir la comunicación:

- A. La comunicación debe emplearse para contribuir al sentimiento de nacionalidad;
- B. La comunicación debe emplearse como la voz del planeamiento nacional;
- C. La comunicación debe emplearse para ayudar a enseñar las destrezas necesarias;
- D. La comunicación debe usarse para ayudar a ampliar el mercado efectivo;
- E. Conforme el plan se desarrolla la comunicación debe usarse en ayudar a la gente a representar sus nuevos papeles;
- F. La comunicación debe usarse para preparar a la gente a representar su papel como nación entre naciones. (Schramm, 1965: 6-11).

La tercera parte corresponde a la interacción recíproca: “La Economía como Impulsora” y en ella subraya que “la estrategia económica del desarrollo de la comunicación no se puede dividir en una estrategia para la educación y otra para la información; la estrategia debe ser una sola” (ibid: 19). Por último, en la cuarta, “Algunas Consecuencias Políticas Implícitas” de la interacción de la economía con la comunicación, Schramm señala, entre otras cosas, que:

El poder está donde está el control. No es casi necesario recordarle este hecho a un científico de la política, o a un político, pero en un país en desarrollo donde los canales de comunicación son en su mayor parte de poco alcance y personales, el control de los canales de largo alcance llega a ser dramáticamente importante(...)

En segundo lugar, la comunicación colectiva confiere un alto rango. Lo vemos en Estados Unidos, donde los artistas de televisión llegan a ser ampliamente conocidos con una suerte de pseudo intimidad, y donde voces impresionantes con frecuencia se toman por las voces

de hombres sabios. Este fenómeno también se nota en los países en desarrollo, en grado exagerado(...)

En tercer lugar, es evidente que la comunicación puede usarse ya sea como un estimulante o como un barbitúrico nacional.... El contenido y el empleo de los canales de comunicación son por consiguiente los determinantes, más que su mera existencia(...)

Cuarto, surge la pregunta si el desarrollo de la comunicación por sí mismo contribuye a un control más amplio y democrático del gobierno nacional, y si el desarrollo económico nacional por sí mismo contribuye a un mayor y más democrático control de la comunicación... La mejor conclusión que podemos sacar en este momento es que el desarrollo económico nacional no tiene necesariamente que traer una mayor libertad de comunicación... Acerca de la otra parte de la pregunta -si el desarrollo económico por sí mismo contribuye a un control mayor y más democrático del gobierno nacional- hemos de decir como antes, no necesariamente. (ibid: 21-25)

Algunas de las investigaciones sobre esta línea que la documentación latinoamericana en comunicación ha recogido de la década de los sesenta son la de Enrique Andrade (1962) en Chile, la de Klónglan (1961) en Perú, la de Socias (1966) en Venezuela, la de Molestina (1969) en Guatemala, la de Paulson (1964) en Brasil, las de Deutschmann (1963) y Bernal (1968) en Colombia y la de Lowry (1970) en México. También habría que considerar las reuniones y seminarios organizados por CIESPAL, como la de septiembre de 1966 sobre “Los Medios de Información Colectiva y la Integración de América Latina” (CIESPAL, 1966) y el seminario de 1969 sobre “El desarrollo y los Medios de Comunicación Colectiva” (CIESPAL, 1969), además obviamente, de la célebre investigación pionera “Dos Semanas en la Prensa de América Latina” (CIESPAL, 1967).

La mayoría de los estudios siguen siendo investigaciones realizadas, o al menos orientadas, por norteamericanos. Así como para las décadas anteriores Rita Atwood (1980) había señalado la parcialidad etnocéntrica y la aplicación de modelos causales en los trabajos sobre América Latina publicados en las revistas especializadas estadounidenses, a los sesenta les llama la “década de la diversificación”, aunque las características predominantes de los estudios siguen siendo, según su análisis, las mismas:

Algunos informes de investigación sobre los medios masivos latinoamericanos publicados en los sesenta muestran un esfuerzo para evitar los análisis enjuiciadores y tratan de presentar narraciones descriptivas alejadas tanto de la condena como del elogio (Alisky, 1958; 1960; Lowry, 1969; Waggoner, 1967).

Otras evaluaciones históricas y cualitativas continuaron aplicando los criterios del investigador-observador, rara vez investigando los puntos de vista de los actores-sujetos latinoamericanos (Erlandson, 1964; Gardner, 1960; 1963).

Varios investigadores publicaron en los sesenta los resultados de sus exámenes cuantitativos de los contenidos de los periódicos latinoamericanos. Hoopes (1966) y Lewis (1960) limitan las generalizaciones de sus hallazgos a los diarios de los que obtuvieron sus datos. Pero Merrill (1962) y Wolfe (1964) hacen inferencias sobre la actitud de los latinoamericanos hacia los Estados Unidos sobre la base de las imágenes que encontraron delineadas en algunos periódicos.

Al ampliarse la investigación de la comunicación en América Latina a las áreas de la opinión pública y la comunicación interpersonal en los sesenta, los modelos causa-efecto y las evaluaciones de los investigadores-observadores se aplicaron de maneras más diversificadas. Además, las limitaciones de las conceptualizaciones sobresimplificadoras sobre los procesos de la comunicación humana fueron más evidentes.

En investigaciones enfocadas sobre los mensajes y las audiencias masivas, Pierce (1969) y Simmons et al (1968) usaron métodos de análisis de contenido de mensajes y cuestionarios de sondeo de la opinión pública.

Otro aspecto de la problemática de los constructos del investigador-observador se observa en los artículos de Menanteau-Horta (1967), Day (1968) y McLeod y Rush (1969), en que evalúa el profesionalismo de los periodistas latinoamericanos por medio de un cuestionario diseñado y empleado previamente para medir los estándares profesionales de los periodistas norteamericanos.... Puede decirse que los datos y las conclusiones que se presentan en estos artículos reflejan más la realidad del investigador-observador que la del actor-sujeto, y que diferencias más importantes pueden separar a ambas. (Atwood, 1980: 10-14).

Pero dentro de la notable expansión que, a pesar de todos los sesgos y limitaciones, experimentó la investigación de la comunicación en América Latina en la “primera década del desarrollo”, como llamó la ONU a los sesenta, y en el contexto precisamente de los afanes de modernización, debe prestarse una especial atención, como lo haremos más adelante, a la *difusión de innovaciones*, cuya singularidad reside, según Marques de Melo, “en haber penetrado en las áreas rurales de América Latina, hasta entonces poco exploradas por científicos sociales y revelado una serie de facetas inéditas de las culturas regionales”. (Marques de Melo, 1984a: 5-6).

### 2.3 Los primeros diagnósticos proyectivos globales

CIESPAL convocó en septiembre de 1973 a un seminario en el campus *La Catalina* en San José, Costa Rica, con los auspicios de la Fundación Friedrich Ebert y del Centro de Estudios Democráticos para América Latina (CEDAL). El objetivo fue “analizar el estado de la investigación en América Latina y precisar pautas, aunque fueran tentativas, respecto a su orientación en el futuro”. Participaron Carlos Bustamante, Juan Alberto Verga y Eliseo Verón (Argentina), Nelly de Camargo, Gabriel Cohn y Nei Roberto Silva Oliveira (Brasil), Jaime Gutiérrez Sánchez y Vicente Alba Robayo (Colombia), Esteban del Campo (Ecuador), Arturo Deustúa Ramírez y Paulo Dias de Souza (México), Juan Díaz Bordenave (Paraguay), José Rivero Herrera, Manuel Benavides González y Moisés Arroyo Huanira (Perú), Roque Faraone (Uruguay) y por CIESPAL su director general, Gonzalo Córdova, Marco Ordóñez y Jorge Merino Utreras.

Este último, del Departamento de Investigaciones de CIESPAL, presentó un documento analítico sobre “La Investigación Científica de la Comunicación en América Latina” (Merino, 1974: 81-103), elaborado a partir de los 733 trabajos que CIESPAL había recopilado hasta entonces en su Centro de Documentación, que Merino caracteriza como sigue:

Los mencionados estudios, en su mayor parte (621), corresponden a investigaciones sobre historia del periodismo y de prensa, donde se hace la recopilación de datos históricos acompañados de interpretaciones del autor; indagaciones sobre la legislación de prensa en los países de América Latina, asimismo con recopilaciones de leyes y decretos sobre la libertad de expresión y con opiniones y explicación de esas leyes; otros trabajos tratan sobre teoría de la investigación; y una serie de artículos sobre aspectos y tendencias de la investigación. En realidad, este grupo de estudios no tiene un valor tan trascendente, o al menos no puede considerarse en aquel grupo de investigaciones prioritarias, útiles para el desarrollo de los países de América Latina.

Los 112 trabajos restantes son investigaciones de gran importancia, clasificados por el método que se ha seguido en esos estudios, nos da el siguiente cuadro:

Investigación de Laboratorio	70	63%
Investigación de Campo	40	35%
Investigación Experimental	2	2%
TOTAL:	112	100%

(...) Concretamente los 70 estudios de laboratorio comprenden los siguientes aspectos: morfología y contenido de periódicos, generalmente se ha tomado como muestra para esos estudios una semana al azar, con el objeto de poder efectuar los análisis comparativos; análisis de contenido sobre temas o asuntos seleccionados por el investigador; aplicación de “fórmulas de lecturabilidad” diversas en determinados textos de periódicos o revistas; estudios especiales de secciones escogidas de los diarios como las páginas agrícolas; el tratamiento que dió la prensa a los problemas del indio; la difusión cuantitativa que han concedido los diarios a la cobertura de asuntos políticos, estudios morfológicos y de contenido de primeras páginas en una semana, etc.

(...) Las características generales de los 40 trabajos de campo, nos permiten hacer las siguientes observaciones: 1) la mayoría de trabajos investigan la utilización de los medios de comunicación, especialmente en los centros urbanos o metropolitanos; 2) se pone especial énfasis en concluir que la condición socioeconómica es la que determina el mayor o menor uso de los medios de comunicación; 3) en los estudios efectuados se utilizan principalmente los métodos y técnicas que fueron propuestos por CIESPAL... 4) pocos trabajos están destinados específicamente a investigar los medios audiovisuales; 5) prácticamente en ninguna investigación se examinan los efectos de los medios de información en el público receptor; 6) asimismo no existen investigaciones para identificar a los líderes de la opinión o a los principales agentes en las traslaciones culturales para poder establecer la influencia de estos intermediarios de la comunicación, en los marcos de comportamiento de los grupos sociales, particularmente los llamados marginados; 7) por otro lado, es mínimo el porcentaje de investigaciones sobre la utilización de los medios de información en las zonas rurales; y 8) hay que señalar que existe carencia casi absoluta sobre estudios de la opinión pública, pues hay un solo trabajo de esta naturaleza dentro del material recopilado por el Centro de Documentación de CIESPAL.

(...) De los 112 estudios que posee CIESPAL solamente dos trabajos, en forma relativa, han utilizado la investigación experimental. En esas dos investigaciones, que tienen por objeto averiguar los efectos que producen las programaciones y avisos publicitarios difundidos por los canales de televisión en México y Venezuela, se ha tomado como sujetos de la investigación a un número limitado de personas a las que se les ha sometido a un experimento efectuado bajo condiciones especiales controladas por el investigador.

Este cúmulo de investigaciones que ha podido recolectar CIESPAL nos da un panorama desalentador del estado de la investigación en nuestro continente y la apremiante necesidad de planificar la enseñanza y aplicación práctica de las teorías de la investigación (Merino, 1974: 84-87)

CIESPAL publicó pocos años después, en dos volúmenes, los compendios de 700 investigaciones realizadas en América Latina (CIESPAL, 1977), como resultado del trabajo de su Centro de Documentación, contribución fundamental al análisis y el impulso del estudio científico de la comunicación en la región. En 1973, el documento de Merino, esfuerzo seminal del análisis

documental, retomado por los participantes en el seminario de La Catalina, dió pie a un diagnóstico relativamente detallado y a un programa muy exigente:

Las deficiencias y limitaciones de las investigaciones que se han realizado en América Latina están explicadas por varios factores concurrentes, cuya presencia no ignoró el seminario y, por el contrario, las puso de relieve precisamente para tratar de superarlas. Entre esos factores limitantes se consideraron, por ejemplo, los siguientes: el proceso de investigación científica de la comunicación solamente se inició en América Latina hace no más de diez o doce años especialmente promovida a niveles de enseñanza y de ejecución, por CIESPAL; la falta de fondos y la carencia de profesores no permitió a las universidades que imparten enseñanza en comunicación introducir la asignatura de investigación en sus respectivos programas; los gobiernos, las universidades, las entidades internacionales y otros organismos no han patrocinado, en los niveles deseables, la ejecución de programas de investigación; hasta ahora América Latina no tiene el número suficiente de especialistas en investigación, pues ni siquiera existe una institución especializada en la formación de expertos de alto nivel en esta materia.

Es indispensable hacer hincapié en la necesidad de que las investigaciones se realicen como consecuencia de políticas claras y precisas establecidas a niveles nacionales y regionales; que los programas estén coordinados para su mejor realización y utilización y para un adecuado aprovechamiento de experiencias y resultados; que es indispensable que las prioridades en la investigación se establezcan atendiendo especialmente al papel que le toca cumplir a la comunicación en los procesos de desarrollo y cambio social (CIESPAL, 1973: 24-25).

Es especialmente interesante el “Marco Conceptual” elaborado en el Seminario, que los propios participantes consideraron tentativo e incompleto “ya que se trata de una tarea colectiva de largo plazo”, pero que condensa muchas de las orientaciones que, a partir de entonces, fueron tomadas en consideración, aunque no siempre críticamente, en la investigación latinoamericana:

La teoría de la comunicación y la metodología de la investigación elaboradas en los centros metropolitanos no siempre corresponden a la realidad y a las necesidades de investigación de los países atrasados y dependientes, no obstante lo cual se aplican, indiscriminadamente, a las situaciones de la región, con resultados obviamente inadecuados y a veces distorsionantes. Su uso ha sido inducido bajo el supuesto de que la teoría social es universal y de que su validez desborda el marco de los espacios culturales y de los procesos históricos.

Por otro lado, es menester seleccionar, con pensamiento crítico, las metodologías que se están utilizando e identificar las ideologías que animan a tales instrumentos.

Un rasgo que debe diferenciar el enfoque de la comunicación de las perspectivas originadas en los países centrales es la concepción totalizadora del proceso de la comunicación. En otras palabras, se trata de concebir a la comunicación en todos sus niveles de funcionamiento, como un aspecto del proceso productivo general de la sociedad. Hay que considerar, al respecto, que la comunicación colectiva no es una suerte de proceso “natural” y “universal”, ajeno a la dinámica global del proceso productivo, sino, por el contrario, una dimensión constitutiva de ese proceso cuyo análisis debe estar integrado al estudio económico-político del funcionamiento social.

Desde otro punto de vista, el principio teórico relativo a esa condición “intrínseca” de la comunicación tiene también consecuencias en el plano del estudio del objeto, esto es, en el plano de la investigación. La tarea no puede plantearse como una operación puramente “técnica”; es inseparable de una perspectiva global y, por lo tanto, de opciones políticas que pueden expresar alternativas de transformación social o refuerzo del status quo.

Con una metodología diseñada por los latinoamericanos para América Latina, con un instrumental de trabajo mucho más depurado y crítico, se debe llegar al descubrimiento de toda la interrelación económica, política, social y cultural que configuran las estructuras de dominación y de poder que, muchas veces, condicionan y determinan los sistemas de comunicación imperantes.

La investigación debe estar orientada al diagnóstico de la situación actual y a la búsqueda de alternativas que permitan tomar opciones en el planteamiento de soluciones. Pero tanto la teoría como el método deben contemplar la necesidad de una acción interdisciplinaria para que haya una clara visión de la realidad imperante y un conocimiento mucho más rico y profundo de la sociedad en la que ocurre el fenómeno de la comunicación.

Finalmente, el método científico debe buscar, sobre todas las cosas, la participación de los grupos sociales involucrados en los problemas de la comunicación para que los resultados sean mucho más genuinos y más aprovechables y para que den lugar a una participación popular más activa tanto en la detectación de los problemas como en los procesos mismos de la comunicación.

Estos criterios no traducen una óptica “regionalista” o “localista”: por el contrario, indican dimensiones básicas para el progreso de la ciencia de la comunicación considerada en su nivel más general. En este sentido, el contexto histórico actual de las sociedades del llamado Tercer Mundo puede contener la posibilidad privilegiada de desarrollar nuevos caminos, tanto teóricos como metodológicos, de extrema importancia para la investigación de la comunicación (CIESPAL, 1973: 13-14).

A partir de estos conceptos y propósitos, el seminario definió una estrategia general para el desarrollo de la investigación que detalla acciones que deberían desarrollar diversos agentes e instituciones, y una selección de tres áreas de investigación que deberían ser consideradas

prioritarias tanto para la realización de diagnósticos y análisis crítico, como para la búsqueda de alternativas: la “formulación, refinamiento, prueba de teorías y métodos sobre los diversos aspectos del proceso de comunicación y su relación con el proceso de transformación social; el papel de la comunicación en la educación; y el papel de la comunicación en la organización y movilización populares” (ibid: 18). Todo esto con base en que

el objetivo central de la investigación debe ser el análisis crítico del papel de la comunicación en todos los niveles de funcionamiento, sin omitir sus relaciones con la dominación interna y la dependencia externa y el estudio de nuevos canales, medios, mensajes, situaciones de comunicación, etc., que contribuyan al proceso de transformación social (ibid: 15).

El tono revisionista, crítico, y al mismo tiempo prospectivo, normativo, sobre la investigación de la comunicación en América Latina se encuentra también en la ponencia presentada por el boliviano Luis Ramiro Beltrán en la Conferencia Científica Internacional sobre la *Comunicación Masiva y la Conciencia Social en un Mundo Cambiante*, celebrada en Leipzig del 17 al 20 de septiembre de 1974, con el auspicio de la *International Association for Mass Communication Research* (AIERI/IAMCR). El documento, considerado un clásico en el campo, titulado “La Investigación de la Comunicación en América Latina ¿indagación con anteojeras?”, contiene tres partes principales: una revisión de las áreas de investigación, un análisis de las orientaciones conceptuales y metodológicas predominantes y una bibliografía con 327 referencias citadas en el texto. La introducción resume perfectamente el contenido:

La investigación de la comunicación entró en un periodo de actividad significativa y sostenida en América Latina hace aproximadamente quince años. Aunque no se dispone de cifras exactas para el periodo, las estimaciones sugieren que se han realizado aproximadamente mil estudios o quizá más; esta cifra no incluye las investigaciones confidenciales sobre publicidad y opinión pública. Se entiende que, del total, probablemente el 80% de los estudios han sido realizados *en* la región y publicados en *español o portugués* y el 20% restante, *sobre* la región y publicados en *inglés*.

¿Cuáles son los *temas* cubiertos por esa investigación? ¿Bajo qué *orientaciones teóricas* fue realizada? ¿Cuáles *métodos* fueron predominantemente empleados? ¿Qué se puede decir de la calidad científica de los estudios? ¿Cuáles *disciplinas* y qué tipo de *instituciones de investigación* se hicieron cargo principalmente de la tarea? ¿De dónde provino el financiamiento? ¿Dónde están *localizados los informes* de investigación? Y finalmente, ¿cuál parece haber sido, hasta ahora, el *aporte* de la indagación al desarrollo de las naciones latinoamericanas?

Todavía no pueden darse respuestas completas y confiables a preguntas como esas. Sólo cuando se termine la recolección y procesamiento de la mayor parte de los documentos, será posible hacer un análisis cuidadoso, riguroso y crítico de la literatura. Mientras tanto, no obstante, es posible discernir algunos indicadores iniciales del “estado de la cuestión” a partir de la información actualmente disponible. (...)

El propósito de este resumen es exponer una panorámica general y actualizada de la investigación de la comunicación en América Latina, considerada como un todo. Se enumerarán las áreas donde la investigación parece haberse concentrado. Se subrayarán las tendencias en cuanto a tópicos investigados y a resultados obtenidos. Y se registrarán las críticas a la orientación y la metodología de la investigación (Beltrán, 1974: i-ii).

Las diez áreas temáticas que concentran la mayor parte de las investigaciones latinoamericanas sobre la comunicación hasta 1974 son, según Beltrán:

1. La *historia del periodismo*, con especial atención a la evolución de los diarios.
2. La *legislación de la comunicación*, sobre todo de los medios impresos y con algún énfasis en la libertad de prensa.
3. La *estructura y funciones* de los medios electrónicos e impresos, estudiadas primordialmente en términos de: a) la forma de sus mensajes; b) la disponibilidad de medios; c) el consumo de mensajes. Secundariamente, también en términos de: a) acceso del público a los mensajes; b) efectos del contenido; c) naturaleza y consecuencias de los códigos; d) lectura, lecturabilidad y hábitos de lectura; e) propiedad y financiamiento de los medios.
4. El *contenido* de las revistas ilustradas de ficción, las historietas y los textos escolares, así como las novelas cinematográficas y radiofónicas.
5. El contenido y efectos de la *programación* televisiva.
6. Los *flujos de noticias* y las *influencias* extra-regionales en los sistemas de comunicación de masas.
7. Las experiencias con formatos especiales de *educación a través de la radio*.
8. Las experiencias de *instrucción por televisión*.
9. Las experiencias de *educación audiovisual* en situaciones de comunicación grupal.
10. La *difusión de innovaciones agrícolas* y otros aspectos de la comunicación rural (ibid: 1).

Beltrán analiza algunos de los estudios más representativos en cada una de estas diez áreas temáticas principales, para pasar, en la segunda parte del documento, a analizar las orientaciones conceptuales y metodológicas predominantes; en otras palabras, después de señalar *qué* se ha investigado, centra su atención en *cómo* se ha realizado esa indagación. Su primera constatación es que

es obvio que la investigación de la comunicación en América Latina ha seguido las orientaciones *conceptuales y metodológicas* establecidas por los investigadores en Europa y los Estados Unidos. El efecto de esto, en esencia, ha significado que algunos estudios han enfatizado la comprensión conceptual por encima de la producción de evidencias empíricas, mientras que otros estudios han hecho exactamente lo opuesto. Sólo excepcionalmente, algún investigador ha tratado de balancear los enfoques cualitativo y cuantitativo (ibid: 23).

La influencia predominante es la que Beltrán llama “*orientación europea clásica*” (caracterizada como histórica, intuitiva, filosófica, especulativa y escolástica), sobre todo en los estudios de historia del periodismo y legislación de la comunicación. En segundo lugar queda la influencia de la “*orientación norteamericana*” (positivista, empirista, sistemática y funcionalista), especialmente en los trabajos de difusión de innovaciones agrícolas, estructura y funciones de los medios y comunicación educativa (televisión, radio y audiovisuales grupales). Finalmente, la influencia de la “*orientación europea moderna*” (semiótica-estructuralista) es la más reciente y menos fuerte, concentrada en los análisis de contenido. Se detectan influencias mixtas en las áreas de análisis del contenido y efectos de la programación televisiva y sobre el flujo de noticias y las influencias extra-regionales sobre los sistemas de medios.

Estas tres orientaciones han coincidido en el tiempo sólo durante los años más recientes. De hecho, secuencialmente, la influencia clásica europea es la más temprana (antes de 1960), la moderna europea la más reciente (desde 1970) y la norteamericana es intermedia (desde aproximadamente 1960) (...)

Si los estudios existentes se clasificaran en *descriptivos, explicativos y predictivos*, probablemente la mayoría quedaría dentro de la primera categoría, algunos en la segunda y los menos en la tercera (ibid: 24-25).

A continuación Beltrán resume, como evaluación general, el diagnóstico que sobre la investigación de la comunicación en América Latina se realizó en la reunión de La Catalina un año antes (CIESPAL, 1973), y revisa las principales críticas que se han hecho al modelo norteamericano de investigación de la comunicación, así como a los trabajos de difusión de innovaciones agrícolas.

Sobre estos dos últimos aspectos, retomaremos más tarde los análisis de Beltrán y de otros estudiosos latinoamericanos.

El trabajo termina con comentarios sobre “la mitología de una ciencia exenta de valores” y sobre “el riesgo del dogmatismo”, citando entre otros a Marco Ordóñez, entonces director del Departamento Técnico de CIESPAL:

El método del pensamiento científico, sea bajo la forma de postulados del liberalismo clásico o del marxismo, ha sido tomado como dogma; esto es, sin diferenciar entre el instrumento de análisis, útil para una circunstancia histórica, y los elementos ideológicos sobre los cuales descansan la propia teoría y metodología (Ordóñez, 1973).

La oposición planteada entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación de la realidad, en el texto de Beltrán referencia directa a la polémica entablada entre los grupos de investigadores encabezados por Armand Mattelart en Chile y Eliseo Verón en Argentina a la cual nos referiremos después, da lugar a una pregunta crucial final:

¿Podrá esto significar que la investigación latinoamericana de la comunicación estará algún día en riesgo de sustituir el funcionalismo ideológicamente conservador y metodológicamente riguroso por un radicalismo no riguroso? Sea tan amable el paciente lector de responder a esa pregunta. Y ojalá esa respuesta nos dé lúcidas claves sobre si la investigación latinoamericana de la comunicación dejará de ser la *búsqueda con anteojeras* que a veces parece haber sido.... independientemente del color de las anteojeras (Beltrán, 1974: 40).

## 2.4 La difusión de innovaciones y el desarrollo rural

En 1976, la Oficina Regional para América Latina del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID), entidad descentralizada del Gobierno de Canadá, publicó en su sede de Bogotá una *Bibliografía sobre Investigaciones en Comunicación para el Desarrollo Rural en América Latina* preparada por Luis Ramiro Beltrán, Guillermo Isaza y Fernando Ramírez, donde se anotan las referencias de 490 estudios “no urbanos y no foráneos realizados mediante el empleo, en algún grado y forma, del método científico”. El más antiguo de estos estudios (IICA) está fechado en 1955 y la recopilación llega hasta 1975. El índice geográfico nos permite construir el Cuadro No 9, para apreciar cómo se distribuyó la investigación sobre comunicación rural en los diversos países latinoamericanos.

Cuadro No 9  
 INVESTIGACIONES SOBRE COMUNICACIÓN PARA EL  
 DESARROLLO RURAL EN AMÉRICA LATINA 1955-1975  
 POR REFERENCIA GEOGRÁFICA  
 (Beltrán, Isaza y Ramírez, 1976)

	N	%		N	%
Argentina	13	2.6	Honduras	3	0.6
Bolivia	6	1.2	México	76	15.5
Brasil	105	21.4	Nicaragua	2	0.4
Chile	14	2.8	Panamá	2	0.4
Colombia	143	29.2	Paraguay	3	0.6
Costa Rica	16	3.3	Perú	13	2.6
Ecuador	9	1.8	Puerto Rico	3	0.6
El Salvador	4	0.8	Rep. Dom.	3	0.6
Guatemala	16	3.3	Venezuela	6	1.2
REGIONALES	53	11.1	TOTALES:	490	100.0

Es evidente, en este cuadro, que la investigación para el desarrollo rural se concentró en tres países: Colombia, Brasil y México, en los cuales en conjunto se realizaron dos de cada tres de los estudios compilados. La mayor parte de tales investigaciones estuvieron basadas en el enfoque llamado “difusión de innovaciones”, impulsado sobre todo por Everett Rogers desde la Universidad Estatal de Michigan, sin duda una de las derivaciones más extendidas en América Latina de la teoría de la modernización y de la investigación de la comunicación para el desarrollo.

La obra clásica de Rogers, *Difusión de Innovaciones*, publicada originalmente en 1962, estableció una línea de investigación cuyo modelo, en palabras del propio Rogers, consiste en lo siguiente:

Este modelo describe el proceso mediante el cual una *innovación* (definida como una idea práctica u objetivo percibido como nuevo por un individuo) es *comunicada* por medio de ciertos *canales* a través del *tiempo* a miembros de un sistema social. El modelo clásico especifica: 1) los estudios en el proceso decisión-innovación y la importancia relativa de varios canales en cada uno de los estudios; 2) la forma en la cual las características percibidas de las innovaciones afectan su tasa de adopción; 3) las características y el comportamiento de los adoptadores “tempranos” y “tardíos”; 4) el rol de los líderes de opinión en la difusión de innovaciones; y 5) los factores que intervienen en el éxito relativo de los agentes de cambio.

(...) El modelo clásico se originó a partir de los estudios efectuados por los sociólogos de los años cuarenta sobre la amplia utilización de innovaciones agrícolas (como el maíz híbrido). Actualmente, después de dos mil investigaciones y treinta y tres años, el enfoque de difusión todavía lleva consigo el sello de su origen intelectual, a pesar de que las bases de investigación se han ampliado para incluir innovaciones tales como medios anticonceptivos y la atención de una variedad de sociólogos. (Rogers, 1973: 74-75).

Esta descripción del desarrollo del enfoque es perfectamente documentable: Rogers y muchos de sus seguidores fueron modificando los postulados, métodos, estrategias y técnicas de investigación conforme se iban acumulando experiencias, no sólo en el campo del desarrollo rural, sino en muchos otros, y no sólo en los Estados Unidos o América Latina, sino en prácticamente el mundo entero.

Por razones diversas, en Colombia se concentraron, desde los años cincuenta, muchos de los esfuerzos pioneros de la investigación latinoamericana para el desarrollo rural. Anzola y Cooper (1985) destacan, por un lado, la creación en 1947 de Acción Cultural Popular (ACPO) y su programa de educación rural a través de las Escuelas Radiofónicas, a las que prestaremos atención más adelante, y por otro lado, a la institución del Frente Nacional, en 1958, “pacto por el cual, de mutuo acuerdo, los dos partidos tradicionales se turnan la presidencia cada cuatro años por un total de dieciseis” para evitar la recaída en regímenes militares. El contexto general en los sesenta lo resumen así:

Fruto de la política sectorial de los sucesivos gobiernos surgen varias instituciones descentralizadas a cuyo amparo florecerá la investigación en comunicación durante este periodo y el siguiente (1970-79). Es de particular relevancia la estrategia de cambio social que se impulsa para el sector rural, encarnada en la propuesta de reforma agraria (finalmente fallida) y en los dos institutos creados para apoyarla: el Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA) y el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA).

Este último, fundado en 1963, cuenta desde ese momento con un Departamento de Ciencias Sociales encargado de la investigación de apoyo a los programas de extensión: es el inicio de los estudios en comunicación para el desarrollo rural, y particularmente de la línea difusionista apoyada por fundaciones y universidades de los Estados Unidos, que reflejan las políticas de ese país representadas en la Alianza para el Progreso.

La influencia norteamericana se da también a través de los programas de formación a nivel superior en ese país, que acogen a un número pequeño pero significativo de expertos en comunicación que al regresar al país forman el núcleo básico de investigadores particularmente en el ICA; a lo cual se añade la presencia e incidencia académica de algunos profesores norteamericanos que se vinculan a universidades colombianas. (Anzola y Cooper, 1985: xvi).

Entre los estudios colombianos dentro de este contexto se pueden mencionar los de Gutiérrez y McNamara (1968), Vicente Alba Robayo (1967), Alba Robayo et al (1970), Fierro y Alba Robayo (1973), Arévalo y Victoria (1975) en el ICA; pero muy especialmente los de Deutschmann y Fals Borda (1962), Rogers y Bonilla de Ramos (1965) y Rogers y Herzog (1966).

El trabajo de Deutschmann y Fals Borda (Orlando, quien después sería uno de los impulsores de la investigación participativa) es un estudio de la difusión de seis innovaciones agrícolas en la aldea colombiana de Saucío y su comparación con investigaciones similares en los Estados Unidos. Las conclusiones son que el fenómeno se da de manera similar, por lo que el concepto de innovación es igualmente aplicable, a pesar de algunas diferencias en el proceso. Los de Rogers (con Bonilla y Herzog), son parte de la múltiple documentación producida por el proyecto que en 1964 presentó a la *Agency for International Development (AID)*, para ser realizado en cuatro años, bajo el título “Difusión de Innovaciones en Sociedades Rurales” (Rogers, 1964), del cual transcribimos algunos párrafos:

En tanto que se ha realizado mucha investigación sobre la difusión y adopción de prácticas agrícolas en los Estados Unidos (una revisión reciente de literatura incluye más de 600 publicaciones), sólo unas 40 investigaciones sobre este tópico se han realizado en sociedades en desarrollo. De éstas, pocas tienen el nivel de precisión planeado para este estudio. Se reconoce que hay factores específicos asociados con la adopción de nuevas ideas agrícolas en las culturas tradicionales. Los hallazgos norteamericanos no pueden ser aplicados en otros países sin una prueba apropiada. Un contexto cultural diferente cuenta mucho para que ciertos hallazgos no puedan sostenerse, y otros deban ser considerablemente modificados.

Por ejemplo, una generalización de varios investigadores norteamericanos es que la comunicación masiva es el factor más importante para crear conciencia de la innovación

pero la comunicación personal con amigos y vecinos es la más importante para convencer a los agricultores de adoptar la innovación. Lo que no se sabe hasta ahora es la validez de esta generalización en sociedades tradicionales, donde los medios masivos o no existen o son muy escasos.

A diferencia de los Estados Unidos, las decisiones de adoptar o rechazar una innovación agrícola en culturas tradicionales pueden ser tomadas, o al menos muy influidas, por la familia entera más que por el agricultor individual. Por ello, es especialmente importante considerar a la familia campesina y también la influencia del pueblo o comunidad cuando se investiga la adopción de tecnología agrícola.

Los resultados de la investigación propuesta serán de utilidad en todo tipo de programas de desarrollo, como los programas de asistencia técnica de la AID, de las Naciones Unidas, de la Alianza para el Progreso, los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos, las fundaciones y agencias privadas y los programas nacionales de desarrollo de la comunidad y de servicios de extensión. La investigación contribuirá a la comprensión teórica del proceso de desarrollo económico y social nacional. Los programas de cambio pueden ser planeados más efectivamente cuando se basan en una comprensión más adecuada de la difusión y de la adopción de prácticas agrícolas entre gente relativamente tradicional. La meta eventual de este tipo de investigación es acortar el tiempo requerido para que la tecnología agrícola alcance un uso amplio entre las familias campesinas de las naciones tradicionales.(...)

Esta investigación busca acelerar la adopción de tecnología agrícola explicando por qué los programas de cambio en la producción agrícola son relativamente exitosos o no exitosos en aldeas rurales de sociedades en desarrollo. (...) Más específicamente, el presente estudio enfoca tres clases de objetivos: el conocimiento útil para los agentes de cambio; los métodos útiles para investigaciones posteriores; y el reforzamiento de las instituciones participantes tanto de los Estados Unidos como de los países huéspedes. (Rogers, 1964: 1-5)

Los criterios para seleccionar los países latinoamericanos, africanos y asiáticos donde se realizaría el proyecto, incluyen el que el país tuviera un programa de acción para incrementar la producción agrícola, que hubiera un programa de asistencia técnica de la AID y contratos de ésta con universidades tanto norteamericanas como locales. Entre los países probables se mencionan India, Turquía y Pakistán en Asia, Colombia y Brasil en América Latina, Nigeria y Kenya en Africa.

De la documentación del proyecto en Colombia, que es muy extensa y detallada, tomamos dos ejemplos: el informe de Rogers y Bonilla de Ramos (1965) consiste en la descripción sistemática de “nuestros varios intentos para predecir la adopción de una innovación (la siembra de hortalizas) en tres pueblos campesinos de los Andes colombianos, usando tres métodos diferentes de predicción”. Para el estudio se seleccionaron como variables independientes la empatía, la cosmopoliticidad, las normas del cambio social, la exposición a los medios masivos y el

alfabetismo de los sujetos, y se emplearon los métodos de análisis de correlaciones múltiples y los enfoques configuracionales de Stuckert y de Sonquist y Morgan. El informe de Rogers y Herzog (1966) sobre el “alfabetismo funcional entre campesinos colombianos”, estudio también realizado en cinco comunidades campesinas de los Andes, da cuenta de que se encontraron altas correlaciones entre el alfabetismo funcional y el auto-concepto de alfabetismo y los años de escolaridad. Pero se encontró también que el alfabetismo funcional estaba relacionado con la exposición a los medios masivos, que era más característico de los niños que de los adultos, que estaba asociado con la empatía, la innovatividad doméstica y agrícola, con la motivación de logro, el tamaño de la granja, los viajes a centros urbanos, el conocimiento político y el liderazgo de opinión sociométrico.

Para el caso del Brasil, José Marques de Melo recopiló en 1978, bajo el título *Comunicación, Modernización y Difusión de Innovaciones en Brasil*, 186 referencias de estudios realizados tanto por norteamericanos (algunos de ellos conocidos como “brasileñistas”) como por brasileños, entre ellos sesenta tesis de postgrado presentadas sobre todo en las universidades de Wisconsin, Michigan State e Illinois, sobre el Brasil específicamente y cincuenta referencias más, de estudios generales o comparativos que incluían a Brasil. De toda esta documentación, seleccionó diez informes (Bostian, 1966; Fett, 1972a; 1972b; Herzog, 1973; Quesada, 1972; Whiting, 1971; Stanfield y Whiting, 1972; Bluhm y Fliegel, 1973; Johnson y Sturm, 1973; Schneider, 1974) y los publicó en la obra, traducidos al portugués. La justificación de tal esfuerzo está claramente explicada por el compilador en el Prefacio:

Encontramos un interés inusitado por los problemas brasileños de comunicación cuando examinamos la producción científica norteamericana. Causa sorpresa el volúmen de conocimientos que los investigadores de los Estados Unidos han acumulado sobre el fenómeno de la comunicación en la sociedad brasileña, como resultado de los estudios de campo que han realizado aquí. Más sorprendente aún es el hecho de que tales conocimientos no estén disponibles en los centros culturales del país y que no estén siendo incorporados críticamente al análisis del comportamiento de los medios en nuestra cultura. Son hechos que sólo pueden explicarse por las contradicciones históricas que delinear la evolución de los países dependientes... (Marques de Melo, 1978: 5)

Una situación muy similar, con el desarrollo de programas e investigaciones prácticamente idénticas que las realizadas en Colombia y en Brasil, se registró en México. Desde los trabajos de Alfonso Ruanova (1956; 1958), Gregorio Martínez Valdés (1960; 1962; 1970), Jesús Martínez Reding (1963; 1965), Leobardo Jiménez Sánchez (1963; 1967) y otros agrónomos egresados del Departamento de Periodismo Agrícola de la Universidad de Wisconsin y adscritos a la Rama de Divulgación Agrícola del Colegio de Postgraduados de Chapingo, hasta las dos *Reuniones*

*Nacionales de Comunicación Social en el Medio Rural* (1978 y 1979), organizadas por el Centro Nacional de Productividad (CeNaPro), la contribución mexicana a la investigación sobre la difusión de innovaciones agrícolas es también considerable.

Quizá el llamado “Plan Puebla” sea, por su extensión y amplia documentación de la investigación, el proyecto mexicano más importante en cuanto a comunicación y desarrollo rural. Algunos de los estudios referidos a él son los de Jairo Cano (1971), Díaz Cisneros y Felstenhausen (1972) y Delbert T. Myren (1974).

Una mención especial en el área de la difusión de innovaciones y la comunicación para el desarrollo rural en América Latina debe dedicársele a Juan Díaz Bordenave cuyos estudios pioneros en el nordeste brasileño (1964; 1966) fueron después ampliados hasta llevarlo a la capacitación de expertos latinoamericanos (1972, 1974) y a una continuada presencia e incansable labor, incorporando a su experiencia y formación en la tradición norteamericana los aportes críticos de, por ejemplo, Paulo Freire, raíz de muchos de los cuestionamientos que pusieron en crisis en los setenta a la investigación latinoamericana en comunicación para el desarrollo.

## 2.5 Crisis y crítica del paradigma dominante

Después de más de diez años de un intensivo y extenso esfuerzo de investigación sobre la comunicación y el desarrollo en América Latina y en otras regiones del mundo, en que los medios masivos fueron considerados “multiplicadores mágicos” y se estudiaron sus efectos en la innovación de las prácticas agrícolas, educativas, políticas y de salud pública en muchos países, Everett Rogers sintetizó en 1976 un consenso creciente entre los seguidores de la tradición norteamericana en una frase: “El decepcionante desempeño del paradigma dominante durante la década pasada lleva a considerar varias concepciones alternativas de la comunicación en el desarrollo” (Rogers, 1976: 100). En el número de *Communication Research* dedicado a las “Perspectivas Críticas sobre Comunicación y Desarrollo” editado por él, se incluyen, entre otros, tres trabajos de especial importancia para la investigación latinoamericana, que resumiremos en seguida.

Primero, Luis Ramiro Beltrán, en uno de sus textos más difundidos y citados (1976a), analiza cómo y por qué “la investigación sobre comunicación en Latinoamérica ha estado, y todavía lo está, considerablemente dominada por modelos conceptuales foráneos, procedentes más que todo de Estados Unidos de América”. Y se pregunta:

Los críticos no han explicado la actitud pasiva e imitativa que se denuncia. ¿Se debe esto a pereza intelectual, a falta de competencia o a ambas? ¿Impide el entrenamiento de muchos investigadores latinoamericanos en Estados Unidos que éstos perciban su diferente realidad? ¿Reside quizá la respuesta en lo relativamente nuevo de la investigación en comunicación en Latinoamérica? ¿O constituyen la falta de perceptividad, de imaginación creadora y de audacia rasgos de una mentalidad conformista y acrítica que se somete, por definición, al colonialismo cultural? (Ibid: 77-78).

Antes de intentar dar respuestas, obviamente negativas, a estas preguntas con la propuesta de “Una Nueva Ciencia de la Comunicación en Latinoamérica”, Beltrán sintetiza bajo el subtítulo “Ceguera ante la Estructura Social”, las principales críticas que los investigadores tanto norteamericanos como latinoamericanos han hecho al difusionismo, desde sus mismos supuestos generales:

Un supuesto básico del enfoque de difusión es que la comunicación por sí misma puede generar desarrollo, independientemente de las condiciones socioeconómicas y políticas. Otro es que el incremento en la producción y consumo de bienes y servicios constituye la esencia del desarrollo y que, a su debido tiempo, se derivará necesariamente de ello una distribución justa del ingreso y de las oportunidades. Un tercer supuesto es que la clave del

aumento en la productividad es la innovación tecnológica, sin tomar en cuenta a quiénes pueda beneficiar ni a quiénes pueda perjudicar (Ibid: 79)

Entre los análisis críticos que Beltrán recupera están los de Parra (1966), Havens y Adams (1966), Cuéllar y Gutiérrez (1971), Felstenhausen (1971), Díaz Bordenave (1974), Esman (1974) y Rogers (1975). Pero más allá de la investigación de la difusión de innovaciones, Beltrán cuestiona toda la tradición norteamericana de estudios sobre la comunicación. En la sección dedicada a “La Impronta de la Teoría sobre el Método”, afirma que:

El modelo de Lasswell implica una concepción vertical, unidireccional y no procesual de la naturaleza de la comunicación. Definidamente, omite el contexto social. Al hacer de los efectos sobre el receptor la cuestión capital, concentra en él la atención de la investigación y favorece al comunicador como un poseedor incuestionado del poder de persuasión unilateral. (Beltrán, 1976a: 91-92).

Esta preocupación original y fundante sobre los efectos de los mensajes y las funciones de los medios en la persuasión es para Beltrán la explicación del porqué “el análisis de contenido y la encuesta por muestreo por vía de entrevistas estructuradas llegaron a constituirse en el arsenal metodológico básico de la mayoría de los comunicólogos” (ibid: 94). La crítica de la pobreza teórica y la consecuente inadecuación para generar explicaciones pertinentes de la realidad social proviene, antes que nada, de algunos investigadores norteamericanos y europeos (Nordenstreng, 1968; McLean, 1966), cuyos argumentos refuerza Beltrán para concluir que:

Aunque gran parte de la investigación en comunicación realizada en Latinoamérica puede ser deficiente en cuanto a concepto y método, alguna es bastante refinada en cuanto al último y sigue muy de cerca los estándares norteamericanos pero no es menos débil en conceptos. No pocos investigadores de la región parecen propensos a olvidar que la obsesión por las propiedades metodológicas puede conducir hacia “un énfasis indebido en la forma de conducir la investigación junto con un abandono de su sustancia” (Deutsch y Kraus, 1965: 215). Habiendo aprendido a manejar bien los instrumentos matemáticos, algunas veces se enamoran tanto de ellos que el resultado que obtienen, a veces, es lo trivial o lo obvio empaquetado de manera impresionante en refinadas estadísticas. Algunos destacan, por ejemplo, la importancia de la confiabilidad al paso que soslayan la de la validez, lo cual puede producir deformaciones de la realidad social. Entonces, se puede preguntar, como lo hace Halloran (1974: 12): “¿Cuánto valor tiene ser preciso y consecuente respecto de algo que no es cierto o que no importa?” (Beltrán, 1976a: 103).

El trabajo de Beltrán concluye, como se había señalado, con la contrapartida a estas críticas y el señalamiento de lo que lleva “Hacia una Nueva Ciencia de la Comunicación en Latinoamérica”:

En la mayoría de los casos, los nuevos investigadores de la comunicación han concentrado sus esfuerzos en la búsqueda de las ideologías de los comunicadores detrás de los contenidos manifiestos de sus mensajes en los medios masivos, tomando a éstos como expresiones de los intereses pro *status quo* de la estructura de poder que domina la sociedad. (...) La huella de la teoría también está naturalmente presente en el nuevo tipo de investigación. Por lo general, estos investigadores niegan a la refinación matemática de la metodología tradicional norteamericana el poder de llegar hasta los más profundos patrones de significado con los cuales están fundamentalmente preocupados (Verón, 1969b; Mattelart, 1970). Por consiguiente, están recurriendo a técnicas no cuantitativas para análisis del mensaje o ensayando procedimientos semicuantitativos como accesorios a las percepciones intelectuales que procuran poner la investigación sobre comunicación al servicio del cambio estructural. (...) el hecho significativo es que, al fin, algunos estudiosos de la comunicación en Latinoamérica están dando señales de ser capaces de pensar por sí mismos y de enmarcar su trabajo en los términos de sus propias realidades. (Beltrán, 1976a: 104-106).

A estos estudiosos dedicaremos más adelante nuestra atención, pero antes hemos de terminar la revisión crítica del “paradigma dominante”.

El segundo de los trabajos latinoamericanos incluidos por Rogers entre las “Perspectivas Críticas sobre Comunicación y Desarrollo” es el de Juan Díaz Bordenave (1976) sobre la necesidad de nuevos modelos para la comunicación de innovaciones agrícolas en América Latina. Su extensa revisión de lo que ha sido la investigación comienza con un párrafo que, mediante una sencilla analogía, define el contenido:

Al igual que la ciencia aeronáutica evolucionó desde el concepto de motor lineal hasta la idea del motor de combustión circular, luego a la turbo-propulsión y más recientemente hasta la era del motor a chorro, la ciencia de la comunicación también ha evolucionado desde el concepto lineal simple de información e influencia hasta una idea más compleja de la comunicación como componente social dinámico. (Díaz Bordenave, 1976: 135)

La crítica de las insuficiencias y desviaciones de la investigación de la comunicación para el desarrollo rural es retomada por Díaz Bordenave, igual que por Beltrán, de los investigadores norteamericanos y latinoamericanos mismos por una parte y, por otra, de la “revolución” de Paulo Freire (1973) al proponer “la abolición, en educación y comunicación, de la mentalidad de transmisión y el reemplazarla por una clase de comunicación educativa más liberadora, que contendría más diálogo y estaría al mismo tiempo más centrada en el receptor y más conciente de la estructura social”. (Díaz Bordenave, 1976: 138). La necesidad de nuevos modelos para la investigación del desarrollo rural surge de que

En realidad, debido a que el modelo de difusión clásico se formuló bajo condiciones socio-económicas significativamente diferentes y de acuerdo con una posición ideológica incompatible con la realidad latinoamericana, las preguntas de investigación que utilizaron los investigadores latinoamericanos no tocan los puntos básicos que afectan el desarrollo rural. (Ibid: 145)

Sobre preguntas más pertinentes a la realidad y a los intereses latinoamericanos, Díaz Bordenave propone, como puntos focales prioritarios para la investigación en comunicación y desarrollo rural, los siguientes:

1 Estudiar la difusión y adopción como sistema de solución de problemas, comenzando no con la innovación y sus fuentes, sino con la situación, necesidades y problemas de los campesinos, considerando los flujos de comunicación horizontales y ascendentes por medio de los cuales los mediadores y los “centros de solución” articulan, transmiten y actúan sobre estas necesidades y problemas.

2 Estudiar el marco estructural en que se da (o no se da) la comunicación y la adopción, incluyendo la influencia de las formas de tenencia de la tierra, los efectos de la política agraria del gobierno sobre toma de decisiones y las consecuencias de la adopción de innovaciones dadas en cuanto al proceso global de desarrollo.

3 Estudiar los aspectos infraestructurales de la adopción de innovaciones, incluyendo sus relaciones configurativas con acceso a insumos, créditos, asistencia técnica, información, mercados, almacenaje, transporte y seguros.

4 Estudiar la adopción de innovaciones como experiencia de enseñanza-aprendizaje a fin de identificar las exigencias pedagógicas respecto a la difusión y adopción, como parte de un proceso más amplio de crecimiento mental y enriquecimiento humano de los campesinos.

5 Estudiar el funcionamiento de estrategias integradas de desarrollo rural en las cuales la concientización, educación, politización, organización y tecnificación desempeñen papeles integrados. (Ibid: 148-151).

Finalmente, en el tercero de los trabajos mencionados, el propio Everett Rogers (1976) retoma y reformula muchas de las críticas y propuestas que hasta entonces se habían acumulado:

Los críticos de la pasada investigación de la comunicación señalan que en ciertos aspectos nuestra preocupación primaria por determinar los efectos en la audiencia a través de encuestas puede haber distraído nuestra atención científica de otros asuntos prioritarios como quiénes controlan los medios, cómo se toman decisiones sobre políticas y programación en esas instituciones, y cómo operan esas organizaciones para realizar sus funciones de mediación, procesamiento de la información, producción de mensajes y retroalimentación. Generalmente, estos críticos argumentan un giro del enfoque principal

de la investigación en comunicación, de los efectos sobre la audiencia a la consideración de las instituciones de medios a través de un enfoque sistémico.

La comunicación para el desarrollo debe ser vista como un proceso total que incluye la comprensión del público y de sus necesidades, la planeación comunicativa alrededor de estrategias selectivas, la producción de mensajes, la diseminación, la recepción y la retroalimentación, más que sólo como una actividad unidireccional, directa, del comunicador al receptor pasivo. Esta conceptualización de la comunicación en el desarrollo implica un cuestionamiento del “enfoque de los componentes” en la investigación, frecuente en el pasado, en el cual se investigaba una variable de la fuente, una variable del mensaje o una variable del canal, para determinar cómo se relacionaba con uno o varios efectos. El enfoque de los componentes es esencialmente atomístico y mecanicista al desarticular heurísticamente los elementos del proceso comunicativo para tratar de entender su operación. Tal enfoque ignora la interacción sinérgica entre la fuente, el mensaje, el canal y el receptor. Falla al no captar la naturaleza sistémica del proceso comunicativo. Si la comunicación para el desarrollo se considera, entonces, como un proceso total, las interrelaciones entre sus componentes deben ser investigadas tanto como el entorno relevante en que el sistema de comunicación está inserto. Este acercamiento intelectual representa el enfoque sistémico de la comunicación para el desarrollo (Rogers y Agarwala-Rogers, 1976). (Rogers, 1976: 105)

Enrique Sánchez Ruiz (1986) completa la revisión de los factores que pusieron en crisis el “modelo comunicativo de la modernización”, dando lugar no sólo a los enfoques de sistemas como los propuestos por Rogers, sino sobre todo a las corrientes críticas propiamente latinoamericanas, a cuya revisión procederemos más adelante.

Los problemas y anomalías de la tradición investigativa de la modernización por difusión hacen transparentes los problemas que enfrentaron los estudiosos sobre la comunicación, la educación y el desarrollo dentro de esta misma tradición. En los años sesenta y setenta, la evidencia comenzó a acumularse, mostrando que la característica imputada a los medios de comunicación como “multiplicadores mágicos” de la modernidad y del desarrollo no estaban correspondiendo a las expectativas (Grunig, 1969; 1971; Felstenhausen, 1971; Havens, 1972; McAnany, 1978; O'Sullivan, 1979).

Lo que todos estos estudios mostraban era que los programas de cambio social y de educación no formal para el cambio social, que hacían uso extensivo de los medios masivos -la mayoría de ellos implantados en entornos microsociales- no estaban logrando los resultados esperados de “desarrollo”. Por ejemplo, el estudio de Grunig (1971) entre campesinos colombianos mostraba que *no todos* los contenidos de los medios eran necesariamente “pro-desarrollo”, como por ejemplo, presuponía Everett Rogers, cuya investigación era también sobre campesinos colombianos (Rogers y Svenning, 1969). Es decir, sólo la “información situacionalmente relevante”, en particular con respecto a las necesidades de toma de decisión de los campesinos, podría producir una diferencia real en

sus vidas. Pero, aun la información situacionalmente relevante fallaría en lograr algún cambio si existían rigideces estructurales, políticas y económicas, como la falta de acceso a la tierra, al crédito, a los insumos, etcétera. La conclusión de este tipo de estudios ha sido que:

Una comunicación habilidosa puede cambiar las percepciones de un campesino sobre su situación, pero no puede, actuando sola, cambiar mucho la situación. Puede ayudar a un granjero atrasado a ver oportunidades que él ignora, pero si existen pocas oportunidades, la información no las creará. (Brown y Kearn, 1967: 25).

Entonces, concluían los investigadores, “el cambio estructural es la esencia del desarrollo, y la comunicación un complemento” (Grunig, 1971: 582). Fueron muchos los estudios realizados durante la década pasada que apoyaban estas conclusiones básicas. El Instituto de Investigación de la Comunicación de la Universidad Stanford fue una vanguardia en el campo del estudio de la comunicación para el desarrollo durante las décadas de 1960 y 1970, bajo el liderazgo de Wilbur Schramm y con el apoyo financiero de diversas instituciones norteamericanas. Un reporte del mismo Instituto, que evaluaba quince años de actividades de la Agencia para el Desarrollo Internacional del Departamento de Estado norteamericano (US AID), llevaba como título *La Comunicación como Complemento* (Hornik et al, 1979) (Sánchez Ruiz, 1986: 30-31).

En el informe de la evaluación dirigida por Hornik, resumida en un artículo publicado en 1980, que significó el término de los financiamientos otorgados por la AID al postgrado en Comunicación y Desarrollo de Stanford y a la mayor parte de los programas desarrollados durante las dos décadas anteriores en América Latina, pueden encontrarse los corolarios más importantes que los investigadores norteamericanos extrajeron de su amplia experiencia internacional:

La Comunicación para el Desarrollo llena una docena de campos. Sus practicantes y sus investigadores han producido profusa y variadamente; una revisión de esos trabajos debe seleccionar sus fundamentos cuidadosamente, lanzar unas pocas preguntas y encontrar, si puede, un tema central para organizar las respuestas a esas preguntas.

Hemos puesto énfasis en aquellas aplicaciones que hacen algún uso de la tecnología comunicativa para proporcionar educación e información. Las tres preguntas que orientan esta revisión y sirven como guía son: ¿Qué roles desempeña la comunicación en el desarrollo? ¿Cuáles circunstancias llevan probablemente a una intervención particular al éxito o al fracaso? y finalmente, ¿Qué sabemos sobre la promesa de aplicaciones específicas?

Un tema central resuena en todas las experiencias exitosas de los años recientes. La tecnología comunicativa funciona mejor como un complemento -a un llamado al cambio social, a los cambiantes recursos, al buen diseño instruccional, a otros canales de comunicación, y a un conocimiento detallado de sus usuarios-. (Hornik, 1980: 10).

Los roles que la tecnología comunicativa ha desempeñado en los proyectos de desarrollo, según Hornik, son: como amplificador de bajo costo” (Mayo, Hornik y McAnany, 1976); como “catalizador institucional”; como “organizador y mantenedor” (Suppes, Searle y Friend, 1978); como “ecualizador”; para el “mejoramiento de la calidad”, como “acelerador de la interacción”; como “legitimador/motivador”; para la “prealimentación (feedforward)” y como “magnificador de la dependencia/integración”. De todas las experiencias pasadas, se ha aprendido que:

el éxito de cualquier intervención comunicacional es improbable sin una orientación previa hacia el cambio social en el sector, por las fuerzas políticas sustanciales. (...)

Las intervenciones comunicacionales deben complementar o ser acompañadas por cambios en los recursos o en los entornos. (...)

La introducción de una nueva tecnología comunicativa debe ser también complementada por un buen diseño instruccional. (...)

La conclusión más repetida por los investigadores interesados en la persuasión vía medios masivos es que la efectividad se aumenta complementando los mensajes de los medios con organización de grupos locales de audiencia para escuchar, discutir y decidir. (...)

Finalmente, un ingrediente necesario para una intervención comunicativa exitosa es que sea un complemento hecho sabiendo qué es lo que pasa en el campo. Los proyectos de comunicación suponen lo que es verdadero en el entorno de los beneficiarios intentados, un entorno que puede ser sustancialmente distante, geográfica y culturalmente, del de los patrocinadores y los ejecutantes del proyecto. En razón de esa distancia, es probable que los supuestos sean erróneos, sea en general o en detalles. Los proyectos de comunicación requieren saber qué está yendo bien y qué no. Necesitan mecanismos eficientes de recolección de datos y, no menos, tiempo y flexibilidad dentro de sus estructuras operacionales para definir la información que puede usarse y para sacar el mayor provecho de la información que se colecte. (...)

Entendemos que la tecnología comunicativa puede desempeñar una multitud de roles en el desarrollo y que su éxito en esos roles depende de cómo se haga y bajo qué circunstancias. Si como parte de esa comprensión más rica que ahora poseemos hay que expresar alguna cautela adicional, así sea. (Hornik, 1980: 17-23.)

## 2.6 La teoría de la dependencia y el cambio de marcos

Los procesos científicos, en tanto prácticas sociales históricamente determinadas, no pueden reducirse a la simple acumulación lineal, menos aún si se trata de las ciencias sociales y si estos procesos se ubican en espacios tan heterogéneos y desestructurados como los latinoamericanos. No es fácil explicar la relación entre las teorías de la modernización y de la dependencia como si fueran entes estáticos u opuestos armónicos. La evolución de ambas en América Latina, entre otras visiones menos extendidas o reconocidas, es en buena medida simultánea: a veces paralela, en ocasiones cruzada. No obstante, puede decirse que así como la teoría de la modernización predominó en los cincuenta, la de la dependencia lo hizo en los setenta, y que en más de un sentido la segunda surgió como reacción a las insuficiencias de la primera desde los años sesenta. Murga y Boils ofrecen una buena síntesis de este proceso:

La década de los sesenta es, sin duda, importante en el desarrollo del análisis social latinoamericano porque, paralelamente al agotamiento de las posibilidades dinámicas del proceso industrial, el fracaso de las políticas de cambio y la aparición definitiva de una clara situación de crisis social, comenzaron a dibujarse también los síntomas de una crisis teórica. (...)

El cuestionamiento y reformulación teórica del desarrollismo “cepalino” y de la sociología del desarrollo se explican también por la presencia de otros tres factores de singular importancia: la Revolución Cubana, la creciente heterogeneidad teórico-ideológica y el Plan Camelot.

Respecto del primero se ha dicho que la Revolución Cubana contribuyó sobremanera entre algunos sectores a la “toma de conciencia sobre las condiciones en que se procesaba el desarrollo latinoamericano” y “la necesidad de utilizar todos los recursos disponibles para promover los cambios que se consideraran necesarios para superar el estancamiento, la dependencia y la desigualdad” (Graciarena, 1970). Se trataba, pues, de elaborar diagnósticos más precisos de la crisis, así como de delinear e instrumentar diversos tipos de acción social para su superación. (...)

El segundo factor se refiere a la descomposición interna de la comunidad académica que, expresada en términos teóricos, hizo saltar las frágiles defensas que legitimaban y racionalizaban las bases científicas e ideológicas de la práctica científica dominante, obligando a buscar nuevos principios de fundamentación. (...)

Finalmente, en medio de esta crisis teórica, estalla el escándalo del llamado Plan Camelot, que deteriora definitivamente la imagen del estructural-funcionalismo norteamericano,

visualizado en su versión latinoamericana como el instrumento ideológico del imperialismo. Así, el Plan Camelot, “encaminado a descubrir las causas de la guerra interna en Latinoamérica” y los medios para evitarla (Galtung, 1968), acabó más bien arrastrando a su crisis y descrédito total a la práctica científica que ellos mismos -los “científicos” del seno imperialista- habían contribuido a establecer, consolidar y expandir en nuestros países. Al grado que llegó a ser frecuente “el rechazo de la literatura sociológica norteamericana y con ella de un estilo que se asoció muy de cerca con los desarrollos recientes de la sociología en América Latina” (Graciarena, 1970). (Murga y Boils, 1979: 19-22).

Si bien en realidad la carga ideológica (en el sentido político) no había estado nunca ausente en el estudio de lo social en América Latina, es a partir de los años sesenta cuando se constituyó en una dimensión crucial del debate científico, al oponerse a los valores de “neutralidad, objetividad e imparcialidad” de la ciencia social importada de los Estados Unidos, en medio de las luchas revolucionarias y de que la Revolución Cubana abrió los horizontes del cambio *posible*, pero también en medio de las estrategias continentales de contrainsurgencia, de la represión, y en muchos países, de los golpes de estado militares.

Desde el punto de vista estrictamente “científico”, que ciertamente no fue el único, ni el que más influyó en los “cambios de marco” que se produjeron para el estudio de la comunicación en América Latina en los sesenta como lo veremos más detenidamente después, el proceso de las ciencias sociales es nuevamente sintetizado con claridad por Murga y Boils en 1979:

Un balance de la bibliografía producida a partir de la segunda mitad de la década pasada demuestra la presencia de una corriente intelectual que, orientada por un cuadro teórico común (la dependencia estructural) y preocupada por una problemática común (la crisis del capitalismo dependiente latinoamericano), ha producido un corte significativo entre la temática pretérita y la actual. Aun cuando la problemática central sigue estando constituida por la preocupación por el desarrollo y el cambio, el foco del análisis centrado hasta entonces en torno a problemas, como eran las posibilidades, los obstáculos y los medios para alcanzar un desarrollo nacional autónomo, el carácter nacional-revolucionario de la burguesía industrial, el papel del Estado como promotor del crecimiento y moderador de los “conflictos sociales”, el ascenso y movilidad de la clase trabajadora y la ampliación del sistema de participación política, se transfirió a problemáticas enteramente nuevas que se generaron en la dinámica reciente del proceso, o que la nueva crítica había aprehendido como relevantes. Así comienzan a difundirse y “ponerse de moda” los estudios y análisis referidos a cuestiones centrales, como las empresas transnacionales y la desnacionalización, la crisis del capitalismo dependiente, el cuestionamiento sistemático de la vida económica y política dominante y la imposibilidad de la vía capitalista en tanto que alternativa política, el fracaso de la burguesía industrial como clase nacional-revolucionaria y su consiguiente subordinación a los intereses extranjeros, la conversión del Estado populista en un Estado autoritario-corporativo encargado de asegurar las condiciones necesarias para la realización

del nuevo modelo de acumulación, la superexplotación del trabajo y la pauperización de la clase trabajadora, la puesta en marcha de la contrarrevolución burguesa y el desmantelamiento de las organizaciones y movimientos popular-democráticos, etcétera.

En el plano metodológico se destacó que el estructural- funcionalismo, al privilegiar la concepción del equilibrio social, la parcelación arbitraria de la realidad social, el aislamiento del fenómeno de su compleja realidad social y al recurrir al arsenal de conceptos y teorías elaboradas para otras situaciones radicalmente diferentes a las de Latinoamérica, se incapacitaba para interpretar correctamente la realidad. (Murga y Boils, 1979: 23-24).

La más influyente, aunque no la única, de las fuentes intelectuales de este cambio de énfasis en la investigación social latinoamericana que dió lugar a la Teoría de la Dependencia, es sin duda el marxismo. Los supuestos dialécticos principales, tomados casi todos de formulaciones de Fernando Henrique Cardoso, son para Murga y Boils:

Primero, la aprehensión y explicación de las estructuras y procesos sociales demanda una visión integrada que articula la dialéctica social entre el proceso productivo, las clases y el poder. (...)

Segundo, si el análisis es, por un lado, totalizador, debe ser, por otro, histórico. Las estructuras se mueven y tienen su propia historia. (...) En otras palabras, no se trata de generalizaciones amplias, sino del análisis del funcionamiento de una sociedad dada en determinadas condiciones históricas particulares; es decir, del análisis dialéctico de situaciones concretas de dependencia. (...)

Finalmente, el tercer supuesto trata de ubicar el examen de los fenómenos sociales en una perspectiva que combine los planos internos y externos en una sola dinámica social: la del sistema capitalista mundial. Se parte así de una concepción estructural de las relaciones internacionales, que postula que el análisis de un país determinado debe hacerse insertándolo en una totalidad que rebasa los límites nacionales, es decir, internacional, y del cual, justamente, forma parte. En el caso de la sociedad latinoamericana, ellas pertenecen al sistema capitalista, lo cual implica el mantenimiento de un determinado tipo de relaciones con otras sociedades que también pertenecen a ese sistema. (Murga y Boils, 1979: 25-26).

Entre los muchos puntos polémicos de la teoría de la dependencia, que siendo una reacción ante la de la modernización debería dar cuenta de los mismos problemas que ésta y además de los no resueltos -o planteados- pertinentemente, es especialmente relevante uno que Elguea (1989) sintetiza así:

En el centro del programa de la dependencia se plantea una pregunta normativa: ¿cuál es el propósito del crecimiento y el desarrollo? La respuesta para los defensores de la

dependencia es: lograr una distribución equitativa de los beneficios y eliminar la pobreza; aceptan que el capitalismo genera crecimiento, pero junto con éste se presenta la pobreza y la desigualdad. La cuestión es si una etapa de no dependencia simple, con su consecuente participación reciente en los productos y la plusvalía globales, se traduciría en un mejoramiento proporcional de la distribución y la pobreza. Fagen (1978) piensa que no sucedería así, debido principalmente a la estructura interna de clases.

Para Fagen, las clases altas no sólo han acumulado riqueza, sino también cultura, poder, etc., mismos que serán utilizados para mantener sus privilegios. Más aún, sugiere que si el sistema productivo no cambia, tampoco lo harán las estructuras sociales ni los patrones de distribución. Sólo el Estado tendría el poder para modificar las condiciones existentes. Por último, Fagen plantea una pregunta importante: “Pero si no es por medio de un derrocamiento revolucionario, ¿cómo puede modificarse un gobierno no revolucionario para que desempeñe ese papel igualitario?” Para Fagen, esa es la pregunta clave. (Elguea, 1989: 89).

Como ésta, otras críticas al enfoque de la dependencia, lo han ido haciendo incorporar nuevos elementos, como las teorías del “colonialismo interno” propuestas por González Casanova (1965) y Stavenhagen (1965) para dar cuenta de las condiciones y de las relaciones “nacionales” con que interactúa necesariamente el imperialismo económico. Finalmente, la cuestión científica queda necesariamente sujeta a condiciones ajenas a su propia racionalidad, como son la acción política transformadora, la *praxis*, como refiere Elguea citando a Cardoso:

(...) los partidarios de la dependencia constatan la existencia de la dominación y la lucha (...) por tanto, estos análisis no presuponen una “neutralidad” científica. Deben considerarse más “verdaderos” porque parten de la idea de que, al discernir cuáles son los agentes históricos capaces de impulsar un proceso de transformación y al proporcionar a dichos agentes los instrumentos teóricos y metodológicos para sus luchas, capturan el significado del movimiento histórico y contribuyen a negar un orden dado de dominación. Así, son explicativos porque son críticos... (Cardoso, 1977: 16).

En el terreno de los estudios sobre la comunicación, no siempre bien ubicados con respecto al desarrollo descrito para las ciencias sociales (sociología, economía, ciencia política), sino en muchas ocasiones más bien provenientes en lo académico de las humanidades (filosofía, historia, letras), hay en los sesentas muchas coincidencias con los enfoques dependentistas, pero también otros procesos de cambio en gestación: además de los tradicionales estudios históricos y legales sobre la prensa y de las corrientes orientadas hacia la modernización y el papel de los medios en ella, surgen trabajos pioneros de gran trascendencia para el campo: los primeros “clásicos”, esfuerzos fundadores de una teoría latinoamericana de la comunicación.

Quizá el más explícitamente orientado a esa meta de construcción teórica sea *Comunicación y Cultura de Masas* del venezolano Antonio Pasquali, cuya primera edición tiene una fecha tan relativamente temprana como agosto de 1963. Desde el mismo prefacio a esa primera edición, Pasquali define su proyecto intelectual ubicándolo en su visión del contexto científico-político en que lo propone:

El pensamiento latinoamericano es acusado con frecuencia, aunque con cierto retraso histórico, de malgastar sus impulsos en un antropologismo de escaso coeficiente científico. La imputación es aceptable, en principio, si con ella se pretende enjuiciar la difusa y patriarcal mediocridad que nos aqueja. Pero peca por ignorante si pretende constituirse en el único criterio interpretativo de una compleja situación cultural que exhibe sus propios fermentos primaverales, una agónica conciencia de sus límites y fines y, a la vez, un deseo irrefrenable de modernidad, de rigor y de autenticidad. Uno de los principales denominadores comunes, en esta disgregada complejidad, es el de la lucha generacional contra la inconsistencia científica y moral de una *elite* grávida de oscuros compromisos, y hoy en muchas partes desdichadamente entronizada en el poder. La coyuntura histórica ofrece a la nueva inteligencia latinoamericana dos escapes de esa mediocridad: por un lado, el rigor exegético, la alineación acelerada sobre los grandes modelos del pensamiento contemporáneo, y por el otro, el de una tarea más comprometida y realista, destinada a forzar el devenir de aquellos grandes procesos sociales, políticos y morales cuya solución se considera previa a todo asentamiento en la investigación pura. (...)

El trabajo que ofrecemos al lector quiere ser un primer aporte categorial y documental a una de las tantas labores desalienantes que nuestro contorno cultural reclama con dramática solicitud: aquella que pretende racionalizar y curar uno de sus traumas más profundos, el de la atrofia comunicacional o del anquilosamiento dirigido en las formas básicas del saber.

Nuestra preocupación fundamental no es tanto la de analizar dialécticamente a una cultura como eflorescencia de un plexo socioeconómico determinado, sino la de fijar menos genéricamente, y desde una perspectiva aparentemente antagónica, las implicaciones culturales capaces de tipificar a una sociedad; concretamente, la implicación comunicacional. No se trata, pues, de evidenciar en primera instancia la dependencia causal entre una superestructura cultural atrofiada y una infraestructura económica de un cierto tipo, ni de analizar en detalle la relación de aquella con ésta, sino que partimos de un principio más directamente operante y el único capaz de fundamentar una auténtica sociología del saber. Nos referimos a la proposición axiomática que establece una mutua implicación dialéctica entre formas del con-saber (o saber-uno-de-otro) y tipos del convivir (referido a estructuras sociales globales), y que define al con-vivir en función del con-saber.

Un análisis de dicha función básica, del con-saber como problema eminentemente comunicacional y en todos sus modos y formas inaugura, pues, la novedosa posibilidad metodológica de acceder a una tipificación social por vías culturales o, más propiamente, comunicacionales. Dicho análisis del “cómo-se-sabe-uno-de-otro”, asumido cual un medio

privilegiado para la comprensión morfológica de las estructuras sociales, tiene en la realidad comunicacional latinoamericana (y por las razones que se verán) un excelente y tal vez único campo de pruebas. Puede emprenderse, además, con base en el conjunto de aportes conceptuales que (por no citar a la sociología, la antropología y la psicología) ofrecen hoy la semiótica y la cibernética, la filosofía, la teoría de la información y hasta un cierto filón de la poética contemporánea. El presente trabajo es, en este aspecto, un intento concreto por inaugurar un nuevo sistema categorial de la relación en los dominios de la razón sociológica. Tales categorías dinámicas son de inspiración comunicacional y constituyen, desde un cierto punto de vista, una traslación a la sociología de conceptos surgidos en contextos tales como la filosofía de la sociedad, la cibernética, la teoría de la información, etc. (Pasquali, 1963: 39-43).

La obra de Pasquali está llena por igual de ácidos ataques a los representantes del establishment intelectual conservador como a la forma y criterios con que son manejados los medios masivos en Venezuela; incluye formulaciones teóricas y argumentaciones filosóficas del más alto nivel de abstracción al igual que diagnósticos empíricos extremadamente detallados sobre la “oferta cultural” de los medios; propone al mismo tiempo, como punto de partida, un sistema categorial para definir la comunicación como una relación esencialmente distinta de la información y del conocimiento (Capítulo I), y en términos de “conclusiones nacionales”, como punto de llegada, proposiciones concretas “por una política de planificación de las comunicaciones masivas, como factor resolutivo del subdesarrollo cultural” (Capítulo VII).

Antonio Pasquali fue profesor de Ética en la Universidad Central de Venezuela y director de la Escuela de Letras, antes de ser fundador y director del Centro Audiovisual del Ministerio de Educación y del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), uno de los centros latinoamericanos más influyentes en los setenta. Su aportación teórica, que unos años después de *Comunicación y Cultura de Masas* continuaría en *Comprender la Comunicación* (1970), no obstante lo abstracta que parezca, estuvo acompañada de un trabajo de indagación empírica muy amplia sobre los medios y especialmente sobre la televisión venezolana, de donde surgió otro de sus libros, *El Aparato Singular: Análisis de un día de TV en Caracas* (1967), que junto a *La Televisión Venezolana y la Formación de Estereotipos en el Niño* (1968) de Eduardo Santoro y *El Huésped Alienante: Un estudio sobre audiencia y efectos de las radio-telenovelas en Venezuela* (1968) de Martha Colomina de Rivera, estableció, por un lado, sólidos antecedentes para el desarrollo crítico del campo en su país y América Latina, y por otro, bases para el diseño de políticas nacionales que, en Venezuela, condujeron al Proyecto RATELVE, encabezado por Pasquali, del que trataremos después. El planteamiento teórico esencial es expresado por el propio Pasquali en la siguiente forma:

El tipo y nivel de cultura que exhiben los grupos sociales está en función de sus medios de comunicación del saber, según una relación tanto más causal cuanto más subdesarrollada sea la cultura en cuestión. Debido a la especialización que el uso de tales medios implica en la actualidad, el saber pasa a manos de un reducido núcleo de agentes transmisores, quienes actúan como funcionarios y “expertos” de grupos de presión ajenos a las esferas culturales, para canalizarlo y enviarlo al dilatado ámbito de individuos receptores. Cuando la desproporción entre agentes transmisores y receptores aumenta hasta atrofiar la bilateralidad de la auténtica intercomunicación; cuando el grupo de transmisión profesionaliza y acapara el papel de informador, y el grupo de recepción se reduce al papel de informado, en relación irreversible, mengua la fuerza expresiva y autocreadora del saber, quedando reducida su difusión popular a una relación unilateral entre una oligarquía informadora convertida en elite y una muchedumbre indiferenciada de receptores, convertida en *masa*.

Explotando a fondo la más certera intuición de la sociología cultural (la que postula que el saber-en-común es el elemento constitutivo y no superestructural de lo social), se evidencia que los medios de comunicación no están en función de un saber dado, el cual sería a su vez el epifenómeno de una sustancia social antecedente, sino que la relación sociedad-saber-comunicación es en un todo inversa. Un tipo de sociedad está en función de un saber el cual, a su vez, es función de sus medios comunicantes. Las estructuras sociales no engendran *a posteriori* un saber del cual emanarían consecuentes medios de comunicación, sino que los medios de comunicación configuran y delimitan formas del saber, las cuales determinan y tipifican a un grupo social.

La función hace, o al menos “con-figura”, al órgano, como los actos virtuosos hacen la virtud, y no a la inversa. La filosofía ha rechazado siempre, y con razón, un “saber incomunicable” (como el de las experiencias místicas), o ha determinado desde sus comienzos que lo *incomunicable* es lo incognoscible, y lo incognoscible *no es*, pues supone que lo inexpresable es alógico, y lo alógico una “áгноia” o no-saber. El grado y modo de su comunicabilidad define, pues, a un saber como éste define a su plexo social; de lo cual puede directamente inferirse, en perspectiva sociológica, una mutua inherencia dialéctica entre los medios de comunicación del saber y su correspondiente grupo social. Sólo hay sociedad, *mitsein* o estar-uno-con-otro donde hay un con-saber, y sólo hay con-saber donde existen formas de comunicación.

De la relación funcional entre sociedad y medios-de-comunicación-del-saber se desprende que los caracteres de éstos son determinantes para aquellas, al menos en la medida en que siempre se ha considerado válida la relación inversa. Pero entre medios de comunicación y totalidad social no existe, sin más, una relación de causa-efecto, de parte-todo o de super-infraestructura, sino una inherencia o mutua inmanencia dialéctica. Tales axiomas inauguran la novedosa perspectiva metodológica de poder inferir el grado de una cultura de las interrelaciones sociedad-medios de comunicación; por ejemplo, la posibilidad de fundamentar un subdesarrollo cultural en razones de atrofia comunicacional, como se intentará en el presente caso. (Pasquali, 1963: 47- 48).

Al operar con este marco teórico el análisis de la “cultura de masas e información audiovisual en Venezuela: síntomas, causas y agentes transmisores”, Pasquali propone un marco estrictamente comunicológico y crítico del orden vigente, sin dejar de ser sistemático:

Empleamos la expresión *subdesarrollo cultural* para connotar en forma genérica y universalmente comprensible, el nivel cultural de una totalidad social cuya estructura sea más del tipo de *masa* que del tipo de *público* (y que según categorías comunicacionales, corresponde a un predominio de la relación de información sobre la relación de comunicación propiamente dicha). Nuestro único propósito es el de evidenciar tal predominio como factor funcional del subdesarrollo, y no el de utilizar dichas evidencias para formular síntesis antropológicas, sociológicas o existenciales que vendrían a ser otras tantas inferencias incorrectas y materia que no nos corresponde desarrollar. La conclusión a la que queremos llegar aquí es: *que el subdesarrollo de una sociedad de transición como la venezolana es el reverso sociocultural de un trauma comunicacional, productor de una brusca masificación favorecida por la pre-inexistencia de una sociedad de público. La tesis confirmativa sería: que las masificantes relaciones de información se han impuesto atropelladamente sobre un vacío histórico de relaciones comunicacionales y dialógicas. Si el venezolano de hoy es, en su mayoría, un mudo hombre-masa, es porque las elites del poder impidieron, en su oportunidad, que desarrollase los hábitos fundamentales del hombre público, y favorecieron el que una elite económica tomase todas las riendas de la masificante información. El actual subdesarrollo, lejos de ser eflorescencia anodina e impersonal de un con-ser antropológica o geográficamente condenado a la mediocridad tiene razones históricas nada fatales que una sociología de las comunicaciones puede perfectamente describir. Ha tenido y tiene, en una palabra, sus “funcionarios” y sus “expertos”; sus informadores-formadores y sus agentes de la alienación. Los vicios de muchas sociedades culturalmente subdesarrolladas (concretamente, de la venezolana) son, pues, auténticamente artificiales y por eso históricamente individuales; y sería oportuno - dicho sea de paso- que los sociólogos de otras latitudes (máxime de aquellas en donde tienen sus remotas oficinas los agentes centrales de la masificación) tomasen más en serio esta eventualidad. (Pasquali, 1963: 105-106).*

El proyecto teórico-social de Antonio Pasquali así formulado en 1963, expresa con claridad una tensión que habría, al menos desde entonces, de caracterizar al estudio de la comunicación en América Latina en sus afanes críticos. Porque el trabajo intelectual sobre la comunicación latinoamericana ha debido fincar su *desarrollo* en una permanente y multidimensional tensión con la *dependencia*; pero también, al hacerlo críticamente, en una no menos compleja y quizá más evidente tensión entre el rigor *científico* y la pertinencia *social*, en la que centraremos enseguida la atención.

Tercera Parte:

**Producción de conocimiento y transformación social  
de la comunicación en América Latina**

La generación de conocimiento científico sobre los fenómenos sociales y la acción política para transformar esos mismos fenómenos son trabajos cuya tensión cruza centralmente la historia contemporánea de las ciencias sociales y del estudio de la comunicación, de una manera especialmente notable en América Latina. Esta tensión, nunca definitivamente resuelta y por ello uno de los principales impulsores del desarrollo del campo, quedó claramente establecida como centro del debate en la década de los setenta. Generar conocimiento y transformar la sociedad son proyectos cuya realización exige la recurrencia a principios de acción distintos y muchas veces opuestos; los factores básicos para la organización del trabajo y para la definición de las operaciones que conduzcan hacia objetivos de uno u otro género suponen lógicas diversas, difícilmente conciliables; los sujetos que realicen esos proyectos a través de esos trabajos, adquieren identidades sociales distintas. El marxismo en sus múltiples versiones planteó el problema y sugirió caminos para articular en un proyecto histórico consistente los procesos evolutivos del conocimiento y la estructura social. En el estudio latinoamericano de la comunicación esta articulación teórico-práctica ha sido crucial, tanto cuando ha sido postulada como cuando ha sido eludida, por lo que su abordaje crítico es ineludible. Extraemos algunos planteamientos que creemos útiles para contextualizar adecuadamente el problema, de un artículo de Jorge Graciarena (1979):

Recién hacia la mitad del siglo XIX las ciencias sociales adquirieron todas las características de cuerpos de conocimiento que han cortado definitivamente su cordón umbilical con la teología, desprendiéndose, de esta manera, de una cosmovisión que fue decisiva en sus desarrollos anteriores, en que todo conocimiento sobre el hombre y el mundo estaba relacionado con el cielo y la tierra. La secularización del conocimiento fue, así, el prerequisite fundamental para la constitución del pensamiento social como ciencia concreta.

En este proceso formativo hay algunos aspectos que conviene tener presente. Los fundadores de las ciencias sociales fueron, sin excepción, científicos que procuraban un conocimiento objetivo y lógicamente riguroso de la realidad social, e ideólogos que pensaban y actuaban en una etapa histórica y dentro de una cultura determinada, al mismo tiempo que pertenecían y representaban a grupos y sectores de clases sociales (que declinaban o surgían, hegemónicas o sometidas) cuyos intereses e ideales interpretaron y promovieron vigorosamente como intelectuales.

Por eso hubo una fusión originaria entre teoría social, doctrina e ideología, en la cual el conocimiento aparecía inseparablemente vinculado a (y en gran medida dependiente de) formulaciones políticas y programas de acción. En verdad y desde la doctrina de la “mano invisible” de Adam Smith hasta Marx y Engels pasando por Bentham, Saint Simon, Comte y John Stuart Mill, nos encontramos con un pensamiento social en que, más aún, aparecen estrechamente relacionadas: teoría social y ética secular; pensamiento científico e ideología, disposición para comprender el mundo del hombre y la sociedad y modelos intelectuales para transformarlo y mejorarlo; realidad concreta y utopía. (...)

Hacia fines del siglo pasado comienza un proceso que ha continuado hasta ahora y que transformó profundamente el sentido original de las ciencias sociales. Me refiero a aquel por el que éstas fueron incorporadas a las universidades y se convirtieron en dos cosas vinculadas: en disciplinas académicas, por un lado; en profesiones liberales o burocráticas, por el otro. Para poder explorar someramente este proceso es necesario tener presente que las ciencias sociales originarias surgieron fuera de las universidades y que fueron pocos entre sus fundadores quienes tuvieron alguna relación con la doctrina superior. (...)

Los grandes científicos sociales que comenzaron a producir en las últimas décadas del siglo XIX y que continúan trabajando en el presente son ya, sin excepción, universitarios y cada uno de ellos está interesado -y así lo profesa- en un campo de preocupaciones intelectuales y sociales bastante más limitado que sus predecesores. Ya son pocos los que -como Pareto, Max Weber y Parsons- intentan construir vastos sistemas intelectuales que incluyan los principales aspectos de la vida social. Aún así, estos sistemas no llegan a tener la inclusividad y el carácter comprensivo de los diseñados por Comte, Marx o Spencer ni, menos aún, sus manifiestas connotaciones ideológicas. El hecho más importante es que, desde entonces, la gran mayoría de los científicos sociales trabajan en campos especializados, bien especificados y delimitados (Graciarena, 1979: 99-101).

La triple tendencia hacia la especialización, la institucionalización académica y la profesionalización ha estado presente, sin duda, como preocupación, como proyecto y en algún sentido también como obstáculo, en el estudio de la comunicación en América Latina. Estas tendencias que Graciarena propone como condicionantes históricas de las ciencias sociales en general y de la desarticulación teórico-práctica, pueden ayudar a contextualizar mejor las concreciones de la tensión entre producción de conocimiento y transformación social en nuestro campo:

Una derivación secundaria que tiene la conversión de las ciencias sociales en disciplinas académicas es su tendencia a especializarse y dividirse continuamente. Esto es, en un sentido, consecuencia de su incorporación a los currícula de las carreras académicas, la cual produce una segmentación que es a menudo arbitraria y está guiada por razones no intelectuales, principalmente burocráticas o pedagógicas. Proliferan así las disciplinas especiales que se tratan de convertir en ciencias autónomas y que tienen éxito en algunos casos, pues primero ganan el reconocimiento de las instancias académicas y, después, el del

público. En otro sentido, se nota una tendencia de las ciencias sociales tradicionales a segregarse y apartarse unas de otras, la cual se manifiesta principalmente en la incomunicación que se produce entre ellas. (...)

La emergencia de las disciplinas a partir de las ciencias sociales clásicas es la consecuencia de un proceso de raíces muy diferentes del que dió lugar a éstas. En rigor, las ciencias sociales fueron el resultado de la sedimentación de tradiciones y desarrollos intelectuales muy antiguos, que tienen troncos comunes, pero que siguieron vías separadas. Las disciplinas se formaron de otra manera. En realidad, fueron la consecuencia de varios procesos, algunos ya indicados, y corresponden a la institucionalización de las ciencias sociales, que se realiza en condiciones que implicaron presiones diversas y compromisos con requerimientos burocráticos, de currícula, personales y sociales. (...)

Es claro que no fue sólo la incorporación académica de las ciencias sociales lo que produjo esta diáspora que ahora las divide y que parcializa sus objetos de conocimiento. Sin duda, tanto o más importante que todo esto han sido ciertos desarrollos históricos y sociales que requerían un nuevo tipo de ciencia y de conocimiento social más adecuado a la nueva etapa en que entró la sociedad capitalista industrial europea hacia fines del siglo pasado (Graciarena, 1979: 101-102).

Puede señalarse que, evidentemente, las condiciones del desarrollo del capitalismo en América Latina no corresponden a las de los países industrializados y que los modelos de ciencia, de academia y de profesión universitaria importados a nuestros países se ubican, de entrada, en posiciones estructurales más contradictorias e inconsistentes que en sus lugares de origen. Además, en el campo del estudio de la comunicación, esta tensión incluye también la heterogeneidad de sus fuentes fundadoras: proviene tanto de aportes de especialistas en comunicación como de otros científicos sociales, de adscripciones *disciplinarias* muy diversas y ha surgido de proyectos tanto académicos (institucionalizados de distintas maneras) como políticos (inscritos en aparatos gubernamentales y en organizaciones opositoras).

Si el problema epistemológico es difícil de elucidar en sí, en las condiciones concretas del estudio latinoamericano de la comunicación, las determinaciones de la tensión conocimiento-transformación son aún más complejas. Hay todavía un extracto más del trabajo de Graciarena que puede ser útil citar aquí:

La presente coyuntura histórica de América Latina y la toma de conciencia que sigue a la Revolución Cubana y a otros episodios políticos, la condición política y culturalmente dependiente de los países de la región, se convierten, para muchos, en una “verdad de hecho”, que es reforzada por episodios tales como la penetración masiva y dominante de las corporaciones multinacionales (...). Es en relación a estos desarrollos históricos como

comienzan las tentativas de tecnocratización del Estado y el aparato político, de la universidad y la educación.

La época que sigue a estos desarrollos es una época militante, que les plantea a los universitarios, perentoriamente, la necesidad de un compromiso del que anteriormente se habían mantenido apartados, y muchos consideraban los problemas controvertibles como “no científicos” y pertenecientes a la arena política. Una ciencia social que prescribe un conocimiento aséptico y neutral, que se legitima a sí misma y que es promovida por las instituciones académicas y gubernativas del país hegemónico en la región, no podía ser por mucho tiempo el paradigma científico de una comunidad de universitarios fuertemente sensibilizada ante los diversos y angustiosos problemas políticos, económicos y sociales de sus países en particular y de la región en su conjunto.

En esta situación histórica se produce la confrontación que actualmente recorre a las ciencias sociales en América Latina y que tiene su origen en la recepción masiva de las ciencias sociales, positivas y pragmáticas, conforme al modelo dominante en las instituciones académicas de los países centrales (pero especialmente de Estados Unidos de América). (Graciarena, 1979: 105).

El “cambio de marcos” que experimenta el estudio latinoamericano de la comunicación en los setenta, cuando se debate vivamente tanto la función social y política de la investigación como las implicaciones epistemológicas y metodológicas de los modelos científicos vigentes y emergentes, puede verse como un intento muy pertinente y productivo para adoptar y/o crear los acercamientos científicos más adecuados a la realidad latinoamericana, pero también como un proceso estéril:

En ocasiones, lo que ocurrió fue el simple cambio de un marco de análisis prestado, a otro, a veces un poco más útil pero en ocasiones esterilizante, como cuando se tomaba al marxismo como una “doctrina” que produciría automáticamente todas las respuestas teóricas y prácticas ante los problemas latinoamericanos. Muy pocos se dieron cuenta de que el marxismo, de hecho, era parte de todo el proceso de expansión de la “civilización occidental” (Cfr. Gramsci, 1971: 416-418) (Sánchez Ruiz, 1988: 18).

Entre 1965 y 1975 ocurrieron, además, eventos sociopolíticos notables en América Latina, cuyo impacto influyó notablemente tanto en el debate teórico-ideológico como en los temas y enfoques que habrían de ser investigados por sujetos, y en condiciones, a menudo drásticamente redefinidas. Una apretada síntesis de los trayectos que habremos de revisar con algún detalle en esta sección, es la elaborada por José Marques de Melo en 1984, para quien en este periodo,

en nuestro continente emergía una vanguardia perpleja ante el impacto avasallador de la industria cultural. En la década de los sesenta, sus principales contingentes se localizaban en Venezuela y, en la de los setenta, en el Brasil, asumiendo un carácter de investigación-denuncia. Esa vanguardia, de inspiración frankfurtiana, detecta la expansión de las

empresas multinacionales en América Latina y diagnostica la diseminación de la ideología del consumo. Algunos estudios no sobrepasan la simple constatación de los nuevos fenómenos culturales. Otros dan un paso adelante, identificando los tentáculos imperialistas y señalando los peligros para la soberanía de los pueblos latinoamericanos. (...)

Las dos corrientes traducen un sentimiento de reacción latinoamericana en el avance del capitalismo, particularmente en su forma de actuación en la esfera cultural. La mayoría adopta una postura de aceptación, dirigiendo su mejor conocimiento a la verificación de nuevos valores ahí existentes, sin indagar sus orígenes, sus motivaciones. Un reducido segmento opta por el rechazo, anunciando casi apocalípticamente los efectos devastadores sobre las culturas nacionales, sin discernir sus contradicciones.

De repente, el dinamismo político latinoamericano produce la confrontación entre los investigadores de la comunicación y las transformaciones en proceso. En el Perú, la expropiación de los grandes rotativos y la perspectiva de su entrega a los sectores populares introdujo la temática de la estructura del poder comunicacional y su directa vinculación con el monopolio del poder político y económico disfrutado por las oligarquías nacionales. En Chile, la transición pacífica hacia el socialismo presenta el problema de las nuevas formas de gestión de los medios de comunicación en una sociedad democrática y sus responsabilidades culturales. Ambas experiencias, aunque cortas y efímeras, desempeñaron un gran papel de seducción sobre las nuevas generaciones de investigadores latinoamericanos. La investigación dejaba de ser una actividad abstracta, distanciada de la realidad, para ser un instrumento eficaz en el proceso de transformación social.

En Chile emergen dos escuelas distintas, identificadas apenas por el compromiso revolucionario. La interpretación estructural marxista del belga Armand Mattelart, demostrando la dominación ideológica realizada por los *mass media* y su vinculación a un proyecto multinacional, imperialista. El análisis cristiano-marxista del brasileño Paulo Freire, señalando la dureza del proceso de dominación social: la ausencia del diálogo en la comunicación cotidiana y su proyección en el silencio secular de las poblaciones oprimidas de todo el continente.

En el Perú, la osadía del gobierno militar nacionalista para enfrentar al núcleo del poder oligárquico, quitándole su principal instrumento de coacción pública -los periódicos de mayor circulación- suscita en los investigadores el interés por desvendar las tramas del macrosistema político y el papel que los sistemas nacionales de comunicación desempeñan en la formación de la opinión pública. Además de esto, la promesa de participación popular en la gestión de los vehículos expropiados crea la expectativa de una producción simbólica socializada y de una nueva forma social de propiedad de los medios de comunicación (Marques de Melo, 1984a: 6-7).

### 3.1 Transformaciones políticas y cambios en los medios

Las relaciones entre transformación social y estructura y funciones de los medios masivos ha sido uno de los núcleos principales sobre los cuales se ha buscado elaborar un conocimiento teórico sobre la comunicación que al mismo tiempo que provea de explicaciones consistentes sobre los medios como instituciones sociales, permita definir las dimensiones del cambio social en las cuales intervienen o pueden intervenir. En la segunda mitad del siglo XX las transformaciones sociopolíticas bruscas (cambios de régimen, luchas revolucionarias, golpes de estado) y el desarrollo de los sistemas de comunicación social han sido extremadamente intensas en la mayor parte de los países latinoamericanos, con todas las diferencias de circunstancia, tiempo y espacio y los más diversos resultados y consecuencias. Pero hay tres casos que son especialmente interesantes, ya que al componente «medios de comunicación» se le otorgó, durante o después de la experiencia, un papel relativamente protagónico en el proceso de cambio sociopolítico: el de la Revolución Cubana a fines de los cincuenta, el del régimen del Gral. Velasco en Perú y el del gobierno de la Unidad Popular en Chile a principios de los setenta. Por ser más recientes, no se revisan aquí, por ejemplo, los casos del periodo sandinista en Nicaragua (1979-1990) o los retornos a la democracia de Brasil (1985) o Chile (1990): cuando sucedieron, la investigación de la comunicación tenía un poco más de recursos para interpretarlos que en los tres casos anteriores.

Antes de 1959, el desarrollo de los medios masivos había seguido en Cuba esencialmente el mismo patrón de dependencia de los modelos de organización y funcionamiento norteamericanos, con claras articulaciones entre el gobierno nacional y las oligarquías internas, que otros países del continente. Incluso, Cuba inauguró su televisión en el mismo año, 1950, que los otros países precursores en Latinoamérica, Brasil y México (Fernández Christlieb, 1987: 34). Al triunfo de la Revolución, el primero de enero de 1959, según Ernesto Vera (1981), la prensa dominante en Cuba mantuvo como denominadores comunes los siguientes aspectos:

Fue un medio utilizado para negar y ocultar las mejores tradiciones de las luchas independentistas de nuestro pueblo; fue un permanente difamador de la ideología de la clase obrera, el marxismo-leninismo y su más firme exponente: la URSS primero y, posteriormente también los demás estados socialistas; apoyada en falsos valores trató de sembrar en la conciencia de nuestro pueblo la frustración, el conformismo, el fatalismo geográfico y político y, muy especialmente, el anticomunismo. Para cumplir estas tareas acordes con los intereses de los explotadores la prensa dominante en Cuba combinó los más variados métodos; entre ellos el confucionismo, el diversionismo, la deliberada sistemática adulteración de la verdad histórica de nuestro país y de todos los países que habían

emprendido el camino revolucionario. Centro de todas estas actividades difamatorias de la prensa fue en todo momento el anticomunismo (Vera, 1981: 294-295).

Los dos años siguientes, hasta que el régimen de Castro finalmente declaró en forma oficial su proyecto socialista, presenciaron la pugna ideológica entre la “Gran Prensa”, que se había fortalecido durante la dictadura de Batista (1952-1958), y la “prensa revolucionaria” cuyos problemas fundamentales resume Vera en los siguientes:

- a) ser “propagandista, agitador y organizador colectivo”, como había dicho Lenin, de las principales orientaciones del desarrollo de la nueva sociedad;
- b) contribuir eficazmente, como medio masivo de comunicación, a impulsar, esclarecer y acelerar las profundas transformaciones que comienzan a operarse en nuestra sociedad;
- c) transformarse ella misma simultáneamente con las transformaciones dirigidas por las fuerzas revolucionarias que van asumiendo el poder;
- d) enfrentarse a la difícilísima tarea de convertirse en inmovible baluarte de las causas más justas del pueblo frente a las campañas diversionistas, antipatrióticas y reaccionarias de la prensa burguesa, que durante algún tiempo continúa conservando la mayor parte de su poder;
- e) contrarrestar las campañas de la prensa reaccionaria, que se va haciendo cada vez más contrarrevolucionaria en la medida en que la Revolución se hace más profunda. (Ibid: 296).

Después del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos (abril de 1961) y ante el bloqueo norteamericano, la prensa “burguesa” desaparece de Cuba, pero la lucha ideológica se mantiene entre la prensa “revolucionaria” (el primer número de *Granma* circula el 4 de octubre de 1965) y las agencias y medios norteamericanos, desde el exterior.

La investigación y la práctica de la comunicación en Cuba, en consecuencia, se han desarrollado durante las últimas tres décadas basadas en marcos teóricos, ideológicos y empíricos radicalmente distintos de los imperantes en el resto de América Latina. Vera cita una declaración de Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del Partido Comunista y Ministro de Cultura de Cuba:

Hacer periodismo cuando triunfa la Revolución y se alcanza el poder revolucionario es una tarea infinitamente más compleja que hacerlo desde la oposición contra los enemigos de clase. Combatir a las tiranías, a los gobiernos títeres, al imperialismo, desde posiciones revolucionarias es relativamente fácil, aunque riesgoso y heroico. Decimos que es relativamente fácil porque son tantos los crímenes, tan evidentes las injusticias y tan

palpables los males sociales que para detectarlos y denunciarlos no hay necesidad de gran esfuerzo investigativo y periodístico.

Pero si desde el punto de vista heroico es mucho más elevada y grandiosa la tarea del periodista al combatir al imperialismo y a los gobiernos reaccionarios, desde el punto de vista del trabajo intelectual que debe realizarse para darle al periodismo todo su contenido, fuerza y posibilidades de desarrollo, ya dentro de la Revolución triunfante, la tarea es mucho más compleja y difícil. Ahora se trata de lograr un periodismo profundo y serio, despojado de superficialidad o sensacionalismo; objetivo como no lo ha sido jamás la tan pregonada prensa objetiva del imperialismo; crítico y constructivo para que ayude al desarrollo de la obra revolucionaria y, por supuesto, con una técnica periodística de primer orden. (Vera, 1981: 300-301).

Sin duda, una afirmación muy similar habría de hacerse con respecto a la investigación. En una revisión autocrítica reciente, Malena Xiqués, investigadora del Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), señala:

El trabajo de investigación social en los medios de difusión masiva en Cuba, que ya puede exhibir algunos años de vida, ha sido realizado con no pocos inconvenientes. Y no nos referimos, fundamentalmente, a los materiales, sino a los denominados de orden subjetivo -llevada y traída palabra, lamentablemente generalizada y desvirtuada-, al punto de que, en determinado momento, hubimos de conformarnos con que se reconociera (a un plano más o menos conciente y/o explícito) la conveniencia de obtener cierto tipo de retroalimentación acerca del destino de los mensajes transmitidos a través de esos medios. Así las cosas, fue asimilandose esta necesidad. Pero, fatalmente, la generalización de las investigaciones recayó en la *encuesta*, reduciéndose la visión de destinatarios de informes (realizadores, dirigentes de la programación de radio y televisión) a tal punto que se *asimiló* la investigación a este método como único camino de obtener información de utilidad para mejorar, por vía investigativa, las ofertas de programación a la población.

A fuerza de ser sinceros, “la culpa” de este reduccionismo no ha sido, jamás, de esos “destinatarios”, sino de los propios investigadores que, tal vez por la comodidad de la encuesta o, puede que -esta debe ser la hipótesis menos fuerte- por desconocimiento de la posibilidad de aplicación de otras técnicas y métodos de investigación, permanecemos por mucho tiempo en etapas primarias, de constatación, dentro del nivel empírico de investigación social, etapas insuficientes, en sí mismas, para satisfacer las necesidades que dan origen a nuestras dependencias investigativas; como insuficientes, en sí mismas, por no tener un correlato teórico en *nuestra* filosofía de las ciencias. (Xiqués, 1989: 1)

Un caso ciertamente diferente de planteamiento y resolución de la pugna ideológica a través -y a propósito- de la prensa en una situación de cambio social impulsado desde el poder, se dió durante el régimen (1968-1975) del General Juan Velasco Alvarado en Perú. Este periodo, llamado por

algunos revolucionario o simplemente “el proceso peruano”, comenzó con un golpe de Estado apoyado por diversos sectores de la izquierda -civil y militar- y terminó con otro, de signo mucho más claramente conservador, y se caracterizó por una serie de reformas sociales que desataron enconados debates y medidas radicales en la lucha por el poder. Carlos Ortega (1981) resume así los antecedentes de la expropiación de la prensa nacional en 1974:

(...) el grado de los conflictos se acentúa con los viejos círculos de poder económico. Los diarios, y con mayor timidez la radio y la televisión, vehiculizan una batalla ideológica a ratos ininteligible para la mayoría de la población, entre los sectores más radicales del gobierno y el *empresariado nacional*. El vasto y variopinto sector de la denominada izquierda radical *marxista*, totalmente ajeno a este enfrentamiento básico, agudiza a su modo las *contradicciones*, a través de un sindicalismo reivindicacionista, de una fraseología virulenta y de una batalla frontal *contra el gobierno* como si se tratara de un todo coherente y caracterizable de modo inequívoco; la derecha, el imperialismo, los partidos políticos de la reacción pasan totalmente a segundo plano (Ortega, 1981: 542)

El papel actual y futuro de los medios de comunicación en el país es un “asunto crucial” que va cobrando cada vez mayor relevancia en el Perú de principios de los setenta. Nuevamente en versión de Ortega:

El debate sobre este problema tiene, es verdad, una presencia recurrente a lo largo de todo el periodo comprendido entre 1968 y 1974 y aún más allá de esta fecha. Se da directamente referida al aspecto concreto de la propiedad, la estructura y el uso de los medios pero también al interior de otras temáticas a través de cuyo tratamiento las partes en pugna infieren constantemente de modo velado o explícito la importancia fundamental y decisoria del manejo de los medios masivos de comunicación. Así, el problema de la comunidad laboral, el de la vida sindical, el de la reforma educativa, etc., se vinculan a través de la gran controversia con aquel tema que los propietarios de los medios denominan genérica e interesadamente como la *libertad de prensa*, señalándola prolijamente como “la primera de todas las libertades” o “aquella de la cual dependen todas las demás libertades”, mientras que el gobierno, o por lo menos sus voceros más radicales, se cuidan en señalar que es la *libertad de empresa* la que en realidad tratan de cautelar “quienes hasta ahora han manejado de acuerdo a sus egoístas intereses familiares o de círculo económico, los órganos de información desinformando, confundiendo, engañando y alienando a un pueblo que jamás tuvo acceso ni participación en los procesos y sistemas de comunicación que tienen tan decisivo peso en la vida individual y colectiva de nuestra sociedad” (Raúl Meneses Arata, Ministro de Transportes y Comunicaciones, 1973) (Ortega, 1981: 543-544).

El 26 de julio de 1974, el Gral. Velasco Alvarado expidió dos decretos-ley (números 20680 y 20681) por los cuales establecía un Estatuto de Prensa y expropiaba los seis diarios limeños de circulación nacional: *El Comercio*, *La Prensa*, *Correo*, *Ojo*, *Ultima Hora* y *Expreso*. Ante una

quiebra inminente en 1971, *La Crónica* había pasado desde entonces a poder del gobierno y *Expreso*, con su vespertino *Extra*, había sido expropiado desde 1970. En el Estatuto de Prensa se establecía, entre otras cosas:

Que, en la etapa actual del proceso [de la Revolución], es necesario que los medios de comunicación masiva, sin desmedro de las funciones generales que les son propias, contribuyan activamente, con el inmenso poder que su misma naturaleza les otorga, al esfuerzo de construcción de una sociedad libre y solidaria en que todo hombre y todos los hombres puedan realizarse;

Que con tal objeto es indispensable que los órganos de prensa de mayor influencia en la formación de la conciencia nacional dejen de ser voceros y defensores de intereses minoritarios;

Que es igualmente necesario que no se conviertan en piezas integrantes de un monopolio estatal, sumiso al Poder Público y monocrorde en sus juicios y apreciaciones sobre la acción de éste;

Que es, por el contrario, imprescindible que constituyan órganos mediante los cuales los sectores significativos de la población organizada, así como las entidades, organismos y segmentos que los integran, expresen con entera libertad e independencia sus aspiraciones, necesidades, puntos de vista y críticas; ejerzan una fiscalización permanente y responsable del Poder Público; y constituyan canales auténticos de expresión y difusión de los distintos enfoques ideológicos que encuadran dentro de los parámetros de la Revolución Peruana; (...)

Los diarios de distribución nacional se organizarán y funcionarán como órganos de servicio social auto-financiados (...) pertenecerán a los sectores significativos de la población organizada que determine la Ley (...) y en ellos deberán tener cabida, en actitud pluralista y dialogante, los enfoques ideológicos que encuadran dentro de los parámetros de la Revolución Peruana. (Decreto-Ley No 20680, en *Comunicación y Cultura* 3, 1974: 223 y en *Chasqui* 1, 1981: 45).

En consecuencia, el decreto de expropiación asignó la propiedad de *El Comercio* a las organizaciones campesinas, de *La Prensa* a las comunidades laborales, de *Ultima Hora* a los trabajadores de servicios, de *Expreso* y *Extra* a las organizaciones educativas, de *Correo* a los profesionales, de *Ojo* a los escritores, artistas e intelectuales, y mantuvo a *La Crónica* como una empresa pública del Estado. (Decreto-Ley No 20681, en *Comunicación y Cultura* 3, 1974: 228-230; en *Chasqui* 1, 1981:51-53; Roncagliolo, 1978: 48-58; Delli Sante, 1982: 49-67).

Los objetivos de la expropiación nunca llegaron a ser alcanzados, entre otras razones por el mecanismo de transferencia establecido, que Angela Delli Sante sintetiza así:

(...) al expropiar los periódicos con la supuesta finalidad de entregarlos a los “sectores organizados” de la población, éstos en realidad fueron entregados a comités directivos nombrados *directamente* por el gobierno peruano, sin consultar a las organizaciones de base de los supuestos “sectores organizados”. Los comités directivos tenían como tarea principal reorganizar los periódicos y reorientarlos ideológicamente mientras se lograba la transferencia efectiva en julio de 1975. Cada periódico fue entregado a personas que apoyaban los principios populistas del gobierno, pero quienes a la vez tenían cierto nivel de preparación intelectual que los acreditaba en esta tarea. (Delli Sante, 1982: 53).

Un estudio muy amplio, conducido por Moisés Arroyo Huanira, Manuel Olivari Escobar y Javier Vela Jones (1977), comparando la estructura y contenido de la prensa antes y después de la socialización, demostró que, hasta agosto de 1977:

1 La propiedad definitiva de los medios es aún una incógnita: continúa el status administrativo en manos de directores nombrados por el gobierno o se profundiza el sistema en vía a su total socialización (...)

2 La prensa peruana en la actualidad, después de tres años de decretada, no es auténticamente libre. Si bien no pertenece a los grupos minoritarios y oligárquicos, tampoco tiene plena libertad de expresión, al ser dirigida por personas nombradas por el Estado y al no haber pasado a los sectores sociales a los cuales estaba destinada.

3 La prensa peruana socializada no refleja cambios estructurales en su ideología. Mayormente ha seguido las pautas y estilo de la prensa capitalista, encontrándose en su contenido información trivial, ilustraciones y títulos sensacionalistas, artículos eruditos y profusión de imágenes eróticas.

4 En la actualidad los diarios no reflejan íntegramente el pensamiento de sus respectivos sectores, pues sus directores son nombrados por el Estado. Cabe mencionar también dos factores negativos: burocracia excesiva, aumentada en los diarios socializados desde la expedición de la ley respectiva, lo que ha atentado contra la economía de las empresas; y, la mayoría de los directores nombrados no son profesionales del periodismo, sino abogados, filósofos, educadores, historiadores, lingüistas, sociólogos, etc.

5 El diario *El Comercio* tiene el mayor porcentaje de publicidad (60.6%) y *La Crónica* el menor (11.1%). El primero sobrepasa el límite señalado por la legislación publicitaria.

6 Las informaciones de la prensa socializada no han ofrecido versiones objetivas y críticas de los sucesos cotidianos, tal como se desprende del análisis de las unidades informativas. Muchas veces han magnificado, con carácter triunfalista, las obras del gobierno, con ausencia de una crítica objetiva, vale decir, imparcial.

7 Los personajes destacados por la prensa socializada han sido, mayormente, los mismos que en la etapa pre-socializada: personajes mundiales de la política internacional, políticos nacionales, héroes deportivos, artistas del cine, del teatro, de radio y televisión. En porcentaje mínimo ha variado el enfoque de valores recreacionales a socioeconómicos y culturales.

8 El contenido temático ha variado muy poco después de la socialización de la prensa. Se destacan los mismos temas de 1974: deportes, asuntos sociales, económicos y política internacional. Temas intrascendentes internacionales, han merecido excesivo destaque en detrimento del análisis y reflexión sobre problemas nacionales. (Arroyo et al, 1977: 93-95).

El régimen de Velasco cayó en 1975 y tres años después el gobierno del Gral. Francisco Morales Bermúdez, que lo derrocó, derogó el Estatuto de Prensa mediante el Decreto-Ley No 22284, en que se especifican los términos de la devolución de la prensa a dueños privados: “25% a los obreros, 25% a los dueños originales en el momento de la expropiación y 50% en la Bolsa de Valores”. Así terminó lo que Luis Ramiro Beltrán llamó “la iniciativa más innovadora y audaz tomada respecto de la propiedad de la prensa en la historia de América Latina” (1982: 9). El epílogo vendría a darlo en 1980 el régimen de Fernando Belaúnde Terry (en un nuevo periodo presidencial, pues el golpe de Velasco en 1968 fue contra él), con la Ley No 23226, que dejó sin efecto el decreto expropiatorio de 1974 y delegó facultades al presidente constitucional,

para resolver la restitución a los propietarios de sus acciones, bienes tangibles e intangibles, así como para dar solución a los problemas legales, económicos, tributarios, financieros, administrativos, laborales y demás, creados como consecuencia de tales actos de despojo de los diarios. (Ley del Congreso de la República del Perú, en *Chasqui* 1, 1981: 54-56).

La expropiación y posterior devolución de la prensa peruana a grupos empresariales es un hecho histórico que ha sido muy estudiado, así como el Plan Inca que prometía seguir el mismo camino con la radio y la televisión (Ortega, 1981: 539). Peirano y Kudo (1982) reportan 65 trabajos (el 8.66% de los documentos que revisan como productos de investigación sobre comunicación en el Perú) sobre el tema, que podría plantearse como un excelente ejemplo de lo que postula Manuel Martín Serrano:

Desde que existen los MCM no hay lugar para la contradicción *estructural* entre el sistema político y el comunicativo. Numerosos ejemplos históricos muestran que, a la larga, se termina produciendo un ajuste entre la organización sociopolítica y la organización de la producción comunicativa de masas. (Martín Serrano, 1985: 13).

Este mismo postulado podría aplicarse al caso chileno, en que durante el régimen de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende (1970-73), la prensa desempeñó un papel constante de

oposición al gobierno socialista democráticamente electo, pero se trataron de impulsar alternativas populares. Más de una década después, Armand y Michèle Mattelart (1987), analizan de la siguiente manera “una experiencia clásica y moderna a la vez”:

No tiene nada de extraño que la noción de dependencia cultural, y la de resistencias y culturas populares, hayan discurrido por separado en los años sesenta, época en la que la izquierda latinoamericana está atravesada por estrategias contradictorias en las que el protagonista popular no ocupa el lugar preponderante. Por un lado, la extrema izquierda inspirada en la revolución cubana pone énfasis en los aspectos puramente militares de la lucha. Es la época de la teoría “foquista”, en la que un grupo ilustrado piensa poder movilizar a una masa que difícilmente se mueve. Por otro lado, los partidos obreros están convencidos de su papel de vanguardia en la preparación de la toma del Estado. Por último, la concepción dominante de lo político aparta deliberadamente la idea de la necesidad de crear progresivamente una hegemonía popular y la posterga para los mañanas revolucionarios. Concepción que privilegia lo que Gramsci llamaba “la guerra de posición” en detrimento de una “guerra de movimiento”, una guerra que tenga en cuenta los movimientos contradictorios que recorren a la sociedad civil y al Estado.

La llegada de la Unidad Popular en Chile, en 1970, empezará a agrietar ese bloque de convicciones demasiado firme. Clásico, este proceso lo fue desde muchos ángulos (...) Desde otro punto de vista, Chile dejaba de ser clásico. Y la pregunta “¿Qué hacer?” con los medios heredados por la izquierda, sirvió para calibrar la escasa utilidad de muchos de los enfoques consagrados, cuando se trataba de buscar una alternativa frente a los medios hegemónicos. La Unidad Popular tenía que enfrentarse con una burguesía, ciertamente dependiente, pero dotada también de inteligencia política, que le había proporcionado su larga trayectoria de gestión de los asuntos públicos en una democracia representativa muy real. Se trataba para ella de enfrentarse con una burguesía que había permanecido en su sitio y de aceptar el envite del pluralismo político. Lo que separaba a los textos de los clásicos marxistas de la realidad vivida por el pueblo chileno era el hecho de que bajo las formas más variadas, la cultura de masa interpellaba incesantemente a ese pueblo.

En efecto, no se trataba para nada de repetir la experiencia de Cuba, que había empezado a construir el socialismo en una isla haciendo tabla rasa de los medios anteriores, por convicción y, a la vez, forzada por el bloqueo norteamericano. Se trataba, aún menos, de ignorar soberanamente el peso de esta cultura y de volver a la concepción predominante en los países del socialismo real donde la norma de la democratización de la cultura es, ante todo, la del acceso a la alta cultura. Lo que separaba a estas realidades del Este de la que había vivido el Chile popular era precisamente que la realidad vivida por los chilenos se desarrollaba en una área cultural en la que la cultura industrializada y un modelo de democratización de los bienes culturales a través del mercado habían dejado huella en las mentalidades colectivas, configurando una relación con el ocio y con el trabajo.

La cuestión ideológica y cultural estaba de nuevo en primer plano, desafiando los enfoques mecanicistas que habían convertido a la ideología y a la cultura en un subproducto de la economía. Era preciso tener en cuenta esta cultura de masa convertida en elemento de la cultura cotidiana. Por primera vez, la cuestión de la contradicción entre conciencia y deseo, conciencia y gusto, aparecía entre líneas, al menos en los debates sobre la transformación de las formas y de los contenidos mediáticos: “El pueblo aprecia los productos de esta cultura, incluso en sus capas más movilizadas”. Existe una contradicción entre los análisis políticos de los dirigentes y de los intelectuales, que hablan de alienación, y la experiencia subjetiva del consumidor.

La estrategia puesta en práctica por las fuerzas de la oposición, incluso si ésta tenía que estar agradecida al apoyo logístico de los Estados Unidos y de ciertas firmas multinacionales, no venía dictada desde el exterior, sino que estaba realmente producida a partir de un análisis de las relaciones de fuerzas entre los diversos actores de la sociedad chilena. Forma eminentemente moderna de resistencia frente a un proyecto socialista la de esta estrategia que combina una amplia alianza entre las corporaciones del empresariado y las asociaciones profesionales de la pequeña burguesía. Moderna porque se apoya en la defensa de intereses vinculados con la función profesional y no ya con una vaga pertenencia a una clase media; moderna, precisamente, porque rompe con la idea de una clase media amorfa, pasiva, despolitizada, vientre flácido de la sociedad de masa. Además ¿no era acaso la presencia masiva de esta clase media y de los diversos intereses de los gremios que la componían, lo que otorgaba a la cuestión de la cultura y de la ideología un lugar preponderante? (Mattelart y Mattelart, 1987: 209-210).

La problemática de la “cultura de masas” fue, en efecto, tema central de confrontación entre las búsquedas de comprensión, muy apoyadas por la literatura europea y norteamericana, y los intentos de intervención en el manejo de los medios masivos, aún no plenamente desarrollados aunque sí firmemente establecidos en los países más “avanzados” de América Latina, como el Chile de los años sesenta. Inevitablemente, a la discusión sobre la “cultura de masas” correspondió la tematización de la “ideología” como principal clave teórico-práctica orientadora del debate y de la acción. Munizaga y Rivera (1983) ofrecen datos importantes para contextualizar el caso chileno:

La investigación sistemática del campo de las comunicaciones sociales se inicia en Chile a partir de 1960. La orientación, así como el impulso que esta actividad recibe, es resultado de una serie de circunstancias concatenadas, entre las cuales la de mayor peso será el nuevo rol del Estado en el área comunicativa. (...)

En la década del sesenta, la comunicación masiva comienza a ser considerada como un proceso fundamental para el logro de objetivos públicos, tales como la integración y participación social y la conservación de formas culturales propias. El logro de estos objetivos no se percibe como suficientemente garantizado por el control privado, de tal manera que el Estado asume progresivamente un rol más activo que el mero control a través

de la legislación, llegando a la operación directa de las estructuras de emisión. Esta tendencia se esboza ya en el hecho de que un gobierno liberal como el de Jorge Alessandri entregará la gestión de la televisión chilena a las universidades; y alcanza su punto culminante en la Ley de Televisión, promulgada en 1969.(...)

La expansión del aparato comunicativo, producto del aumento de receptores potenciales y de su propia expansión tecnológica, es incentivada por el aparato estatal, que ve en él una fuente central de socialización, debate y espacio privilegiado del juego democrático. (...)

El acceso de la Unidad Popular al gobierno, en 1970, inaugura un periodo de profundización de la lucha política. La sociedad chilena se escinde y polariza, solicitada por dos proyectos contradictorios sustentados por fuerzas que no logran romper el equilibrio en el sistema de poder sino hasta el golpe militar de 1973. Esta situación, si bien no altera la estructura del sistema de comunicación prevaleciente, sí trastoca su funcionamiento. (...)

A fines de 1970, la oposición promueve reformas constitucionales tendientes a garantizar el acceso a los medios de comunicación de todas las fuerzas políticas existentes, y a mantener inalterada la estructura de propiedad de los medios: el Estatuto de Garantías Constitucionales, aprobado por el Congreso en enero de 1971. Este acuerdo, sin duda, pone en tensión al grupo gobernante. Por una parte, se ve impelido a mantener y resguardar los principios liberales que dan sustento al sistema comunicativo, lo cual le acarrea legitimidad; pero por otra, lo deja inerme para impedir los desbordes de los medios que la oposición controla, lo que produce tensiones dentro de las fuerzas políticas y sociales que constituían su base de apoyo.

La oposición, por su parte, readeucía con rapidez su concepción del sistema comunicacional, de acuerdo a los requerimientos del nuevo contexto. Desde una concepción de los medios como instrumentos informativos, de educación y entretención, aparentemente neutros, pasa a emplearlos como instrumentos de movilización social, puntales de la lucha político-ideológica. El grupo gobernante no alcanza a madurar un proyecto alternativo a éste, de tal modo que se ve subsumido en su dinámica.

Es así como los medios de comunicación sufren una aguda polarización, reflejo de la situación general del país: los contenidos aparecen con signo invertido, según sean tratados por los medios adictos al gobierno o por los opositores. (...) Dicha situación altera la visión relativamente consensual de la realidad entregada por los medios anteriormente: los matices se vuelven cortes violentos. Asimismo, los medios se tornan, cada vez más, en agentes activos de la pugna de poder.

La investigación y acción en el ámbito comunicacional se ven involucradas en este enfrentamiento, hecho comprensible no sólo por la extensión del conflicto a todos los niveles de la sociedad chilena, sino también porque su desarrollo y acción se ubican en el ámbito universitario, relacionado en forma directa con la gestión y manejo de diversos medios de comunicación (Munizaga y Rivera, 1983: 17-19).

Aquí es necesario ubicar el papel desempeñado por el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), creado en 1969 en la Universidad Católica de Chile, cuyos trabajos sobre la coyuntura chilena circularon muy ampliamente en toda la América Latina. Munizaga y Rivera describen en síntesis las problemáticas abordadas por el CEREN:

En 1970 los esfuerzos investigativos se centran en la estructura de propiedad de los medios de comunicación y en el análisis de los contenidos de aquellos, con el objeto de “desmitificar” el sistema comunicacional burgués. Durante los dos años siguientes, esta denuncia se lleva a un nivel más general y se analiza el control económico y de los contenidos de la comunicación ejercido por los países centrales. En el plano nacional, los escritos se centran en el problema de las políticas comunicativas: en 1971 se busca demostrar la predominancia del sistema burgués en el ámbito comunicativo, las consecuencias que ello trae y se entregan pautas para revertir esta situación. En 1972 se realizan análisis críticos de las políticas culturales de la UP y se hacen sugerencias para su mejoramiento. Durante 1973 las preocupaciones del equipo se dirigen hacia campos más operacionales: se realizan estudios específicos con una base más empírica, destinados a alimentar una acción directa de comunicación de base. La mayor parte de estos trabajos son publicados, posteriormente, fuera de Chile (Munizaga y Rivera, 1983: 38).

Entre los trabajos más representativos del CEREN, pueden mencionarse: “Salvación y Sabiduría del hombre común: la teología del Reader's Digest” (1972) de Ariel Dorfman, “Para entender los medios: medios de comunicación y relaciones sociales” de Jesús Manuel Martínez (1970), “El cerco de las revistas de ídolos” de Mabel Piccini (1970), los materiales compilados por Manuel Antonio Garretón, director del CEREN entre 1970 y 1973, bajo el título *Cultura y Comunicaciones de Masa* (1976), y por supuesto, los libros de Armand Mattelart, varios de ellos escritos en colaboración: *Los Medios de Comunicación de Masas. La ideología de la prensa liberal*, con Michèle Mattelart y Mabel Piccini (1970), *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*, con Carmen y Leonardo Castillo (1970), *Para leer al Pato Donald*, con Ariel Dorfman (1972), *Agresión desde el Espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites* (1972), *La comunicación masiva en el proceso de liberación* (1973), *La cultura como empresa multinacional* (1974), *Multinacionales y Sistemas de Comunicación* (1977), *Frentes Culturales y Movilización de Masas* con Michèle Mattelart (1977), *Comunicación e Ideologías de la Seguridad* (1978) con Michèle Mattelart y *Los Medios de Comunicación en Tiempos de Crisis* (1980), también con Michèle.

El desenlace de la transición democrática al socialismo en Chile, abruptamente cortada por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y los diecisiete años de dictadura militar que le siguieron, dejó huellas y experiencias sociopolíticas y culturales de enorme profundidad y amplitud no sólo en

Chile sino en todo el territorio latinoamericano y más allá. La experiencia para la teoría de la comunicación es también fundamental:

Tres años, 1970-1973, fueron muy pocos, pero también muy largos, para deducir algunas preguntas que, a partir de entonces, obsesionarán a las teorías y a las prácticas de transformación de los medios. Enfrentados durante los años sesenta con las fuentes del estructuralismo francés (Althusser, Barthes, Greimas y muchos otros), ciertos sectores de la izquierda, comprometidos con el proceso chileno, calibraron la distancia entre el trabajo de lectura ideológica y la construcción de las alternativas. Por primera vez, en un momento revolucionario, la cuestión de las lecturas singulares, de las lecturas activas, de las lecturas de resistencia opuestas por los consumidores a la lógica unívoca del esquema estímulo-respuesta, emerge como cuestión insoslayable.

Por primera vez también, se impone la dificultad de disociar forma y contenido, creando una separación entre aquellos que sólo consideran la cuestión de la alternativa como un cambio de contenido y los que no la consideran fuera de una profunda modificación de las relaciones sociales de producción. No habría que esperar mucho tiempo para que la misma cuestión fuera planteada por las izquierdas europeas, en los albores de las primeras experiencias de radios libres.

Después de Chile, ya no podrá hablarse de historia de la comunicación alternativa, únicamente en términos de uso de los medios por parte de los movimientos de liberación. El Chile popular ha permitido que se reflexione sobre su uso alternativo en los juegos de poder de una democracia parlamentaria.

Proceso moderno, pero también proceso clásico: el proceso chileno permanecerá todavía encerrado en unas problemáticas de clase y no en unas problemáticas de movimiento (Mattelart y Mattelart, 1987: 210-211).

### 3.2 La teoría crítica y el análisis ideológico

El desarrollo de la teoría y la investigación de la comunicación en América Latina, aún en sus particularidades más específicas, es inexplicable al margen de su evolución en el resto del mundo, especialmente en Europa y los Estados Unidos. La búsqueda de la pertinencia social en los estudios sobre la comunicación latinoamericana, más que ignorar el conocimiento producido en los países desarrollados, ha suscitado la tensión entre la incorporación acrítica de los modelos y conceptos importados y la adaptación creativa para la explicación de fenómenos socioculturales desconocidos o intrascendentes en otras regiones del mundo. Pero la generación de conocimiento sobre la comunicación ha tenido también sus desarticulaciones y disparidades, en ocasiones radicales, entre los mismos países “avanzados”. El norteamericano James W. Carey exponía el siguiente panorama ante colegas británicos en 1977:

En los años siguientes a la segunda guerra mundial, la ciencia social americana realizó una incursión sin precedentes en la vida cultural europea. La frase «ciencia social americana» cubre un territorio muy amplio, desde luego, pero principalmente me refiero al esfuerzo dominante en esa obra, esfuerzo al que pueden ponérsele etiquetas como las de conductista, positivista, empirista y, en un sentido menor, pragmático: psicología conductista y sociología funcional, si se quiere una designación más específica. Este cruce del Atlántico en viaje de vuelta no reflejaba necesariamente la superioridad de la ciencia social americana, sino más bien la situación general económica y cultural de la postguerra. Si se dio esa especie de Plan Marshall cultural fue a causa de que la desorganización de la guerra se introdujo en el saber europeo: una buena parte de una generación de intelectuales perdidos en el campo de batalla, tradiciones desbaratadas, las universidades en confusión y una moderna diáspora que llevó a grandes intelectuales a trabajar en lugares desconocidos y, a menudo, poco receptivos.

Al igual que pasó con el Plan Marshall, el flujo hacia fuera de la intelectualidad americana no se armonizó con el flujo del pensamiento europeo hacia Norteamérica. En los años inmediatamente posteriores a la guerra los americanos experimentaron pocas pérdidas por ese flujo unilateral del comercio intelectual, pero en los años recientes el pensamiento europeo se ha reafirmado con el resurgimiento de tradiciones anteriores a la guerra, como el marxismo y la fenomenología, y de nuevos campos del pensamiento, como el estructuralismo, que reflejan un medio definidamente europeo. Por desgracia, esta disciplina sigue teniendo aún poca influencia sobre la ciencia social americana, que permanece en un estado de feliz inconsciencia del trabajo científico desarrollado en Europa, salvo cuando se trata de modificaciones hechas a las ideas e investigación esencialmente americanas.

La situación existente en la investigación de la comunicación refleja el esquema general de las ciencias sociales. Cuando la investigación de la comunicación se desarrollaba en Europa, la marea de la exportación intelectual americana se encontraba en su punto álgido y eran pocos los textos sobre comunicación que no iban sellados con el *Made in America*. La investigación americana sobre la comunicación penetró profundamente en Europa a principios de la década de los cincuenta y la investigación relevante a ambos lados del Atlántico se organizó alrededor de conceptos tales como «masa», «efectos» y «funciones», que indicaban la dirección de las preocupaciones americanas. En años más recientes, la investigación europea sobre el tema ha vuelto la mirada buscando inspiración en las figuras clásicas del pensamiento social europeo: al marxismo y la fenomenología, el estructuralismo y las tradiciones nativas de crítica literaria que derivaban y eran influidas por esos movimientos intelectuales más amplios. Desgraciadamente, las noticias de estos desarrollos en la investigación europea sobre la comunicación sólo se filtraban en los Estados Unidos de modo indirecto. Lo que en el continente se llama ciencia cultural y en Gran Bretaña, menos pretenciosamente, estudios culturales, ha sido por regla general mal entendido, ignorado o mal interpretado en los Estados Unidos (Carey, 1981: 461-462).

Una permeabilidad mucho mayor, tanto a los enfoques provenientes de Europa como a los norteamericanos, caracteriza sin duda a la investigación de la comunicación desarrollada en América Latina. Tanto las corrientes de amplia tradición como las “novedades” teóricas generadas en Europa han sido incorporadas al pensamiento latinoamericano sobre la comunicación, especialmente desde los años sesenta.

La influencia europea más notable y extendida es la teoría crítica desarrollada por los miembros del Instituto para la Investigación Social que, fundado en 1923, se convertiría en el marco institucional de la llamada Escuela de Frankfurt: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Leo Lowenthal, Walter Benjamin, Herbert Marcuse y, en tiempos más recientes, Jürgen Habermas. Las aportaciones de la Escuela de Frankfurt provienen de la crítica cultural y una recuperación de los elementos críticos de la filosofía social marxista, además del desarrollo dialéctico de aportes previos de Karl Korsch, György Lukács, Berthold Brecht o Sigmund Freud. A diferencia de la sociología de la comunicación imperante hasta entonces, la teoría crítica de Frankfurt se opuso a la aceptación de una investigación orientada abiertamente por los intereses de los organismos empresariales o gubernamentales para los que el conocimiento y el uso de los medios masivos respondía a una estrategia instrumental, y propuso en cambio una concepción basada en la totalidad histórica en que tales medios se insertan. Ya en 1943, con su *Dialéctica del Iluminismo*, Horkheimer y Adorno “realizaron un exhaustivo análisis de la naturaleza represiva de la sociedad capitalista avanzada, en que la Razón se encuentra sometida a una reducción de sus valores instrumentales y operativos” (Saperas, 1985b: p.170). Esta línea de pensamiento fue desarrollada desde entonces hasta culminar, primero, en la obra de Marcuse, quien en *El Hombre Unidimensional* advierte:

...en el medio tecnológico, la cultura, la política y la economía se unen en un sistema omnipresente que devora o rechaza todas las alternativas. La productividad y el crecimiento potencial de este sistema estabilizan la sociedad y contienen el progreso técnico dentro del marco de la dominación. La razón tecnológica se ha hecho razón política (Marcuse, 1968: 18).

Después vendría Habermas, con su *Teoría de la Acción Comunicativa* (1989), mucho más orientada por el estudio del lenguaje. Pero las tareas del Instituto, cuyos fundadores y principales impulsores debieron abandonar a mediados de los treinta por la emergencia del nazismo, refugiándose tanto Adorno como Horkheimer y Marcuse en los Estados Unidos, siguieron diversas líneas de interés, de influencia variable. En América Latina, el concepto de <<industria cultural>>, acuñado por Horkheimer y Adorno, fue retomada desde los años sesenta por los primeros investigadores críticos latinoamericanos, especialmente en Venezuela y Brasil. Antonio Pasquali (1970) hace el siguiente “Elogio de la Escuela de Frankfurt”:

Pocas escuelas de pensamiento, en estos años, han sido tan apresuradamente redescubiertas, editadas, criticadas y tiradas al cesto de lo obsoleto como la de Frankfurt. No nos referimos tanto a las aún importantes franjas marginales (Benjamin, Fromm, Kracauer y otros), sino al meollo representado por Adorno, Horkheimer y Marcuse. Pudiera pensarse equivocadamente que, habiendo sido identificado su pensamiento con el de las contestaciones estudiantiles de 1968, aquel terminó por correr la misma suerte que éstas, y que la *Dialéctica del Iluminismo* es a la teoría crítica lo que un Cohn-Bendit a la praxis política. Nada más injusto y contrario a la propia doctrina de la Escuela, cuyos textos proclaman reiteradamente que *la teoría no es propaganda* y que no corresponde al filósofo transformar el mundo con sus manos.

Una interpretación más plausible sería aquella que se desprende de un conocimiento directo de los textos y de las polémicas que suscitaron en la década 1965-1975. El nuevo vino no cabía en ningún viejo odre, y el hecho terminó por irritar a todo el mundo: a los hegelianos, a la academia marxista, a los secuaces de la filosofía analítica, a los fenomenólogos y heideggerianos, a los corifeos del progreso tecnológico, a quienes no entendieron nada, y en general, a todo cuidador de alguna ortodoxia. (...)

Para quienes se ocupan de la fundamentación teórica de las Comunicaciones, Frankfurt es una obligada estación de tránsito y reflexión. A sus principales autores debemos, sepase o no, casi todos los argumentos críticos que hoy pasan por lugares comunes, y un descubrimiento destinado a marcar época: el de que la libre y competitiva *industria cultural* (fórmula por ellos acuñada) reproduce, *mutatis mutandis*, los esquemas de la manipulación autoritaria teorizados y practicados por Goebbels. (Pasquali, 1970: 225-226).

Años después de haberse establecido como “la alternativa” a la sociología de la comunicación norteamericana, la teoría crítica frankfurtiana sería a su vez criticada y abandonada en América Latina, no siempre mediante un apropiado “ajuste de cuentas” como el realizado por Jesús Martín Barbero:

Con los de Frankfurt la reflexión crítica latinoamericana se encuentra implicada directamente. No sólo en el debate que plantea esa Escuela, sino en un debate con ella. Las otras teorías sobre la cultura de masas nos llegaron como mera referencia teórica, asociadas a, o confundidas con un funcionalismo al que se respondía “sumariamente” desde un marxismo más afectivo que efectivo. Los trabajos de la Escuela de Frankfurt indujeron la apertura de un debate *político* interno: en un principio, porque sus ideas no se dejaban utilizar políticamente con la facilidad instrumentalista a la que sí se prestaron otros tipos de pensamiento de izquierda, y más tarde porque paradójicamente fuimos descubriendo todo lo que el pensamiento de Frankfurt nos impedía pensar a nosotros, todo lo que de nuestra realidad social y cultural no cabía ni en su sistematización ni en su dialéctica. De ahí que lo que sigue tenga un innegable sabor a ajuste de cuentas, sobre todo con el pensamiento de Adorno, que es el que ha tenido entre nosotros mayor penetración y continuidad. El encuentro posterior con los trabajos de Walter Benjamin vino no sólo a enriquecer el debate, sino a ayudarnos a comprender mejor las razones de nuestra desazón: desde dentro, pero en plena disidencia con no pocos de los postulados de la Escuela, Benjamin había esbozado algunas claves para pensar lo no-pensado: lo popular en la cultura no como su negación, sino como experiencia y producción (Martín Barbero, 1987a: 49).

Ante el “elitismo” del pensamiento adorniano, que en buena medida contribuyó a alejar a los investigadores de la experiencia directa del consumo de los productos culturales “de masas” y por tanto a fundamentar sus críticas cada vez más en principios abstractos, en los últimos años se ha encontrado en Benjamin otro tipo de relación del intelectual con la cultura masiva. Mattelart lo expresa así, coincidiendo con Martín Barbero:

Son conocidas las diferencias que, en el seno de la Escuela de Frankfurt, enfrentaron, acerca de más de una cuestión el pensamiento de Walter Benjamin con el de Theodor Adorno y el de Max Horkheimer, cuando se trataba de evaluar el cambio introducido por la reproducción mecanizada de la obra de arte en la significación de la creación cultural. En contra de sus dos colegas, Benjamin estimaba que el valor “cultural” de la obra de arte había sido sustituido por su valor exhibitivo. Así como los dos primeros veían en esa mercancía muy diferente, llamada “ocio”, la degradación del tiempo libre, Benjamin, por su parte, celebraba la posibilidad que ofrecía la exhibición de que se reconciliaran la crítica, la actitud del entendido y el placer. (...)

Allí donde otros veían “mal gusto”, “vacuidad”, “falta de calidad”, “conciencia soporífica”, él, en cambio, reivindicaba la legitimidad de otras formas culturales, distintas de las que consagraba la tradición clásica sobre la calidad estética: ópera, ballet, arte, literatura.

¿Acaso no les reprochaba a Adorno y a Horkheimer una cierta sacralización del arte, la nostalgia de una experiencia cultural libre de ataduras respecto de la técnica? Interpretó justamente al revés la noción de patrimonio cultural, al defender y reivindicar literalmente la noción de movimiento, que, a su juicio, caracterizaba la aparición simultánea de nuevas formas de comunicación y de nuevas formas culturales (Mattelart y Mattelart, 1987: 121).

Después de la obra de los de Frankfurt vendría la influencia, menor que ésta, de analistas europeos más recientes de la cultura de masas, como Edgar Morin y Jean Baudrillard. Por otra parte, sin embargo, esa problemática fue abordada también desde múltiples esfuerzos teóricos para conceptualizar la «ideología».

Uno de los primeros en abordar el impacto cultural de los medios masivos desde el concepto de ideología en América Latina fue el filósofo venezolano Ludovico Silva, quien propuso la categoría de *plusvalía ideológica* en un libro con ese mismo título, publicado en 1970. El prologuista, Juan Nuño, resume magníficamente tanto la influencia de la Escuela de Frankfurt sobre Silva como la aportación de éste:

El “constructo intelectual” de *plusvalía ideológica*, creado por Ludovico Silva, trata de describir una situación y de denunciar las consecuencias que de aquélla se derivan. Lo que encubre la *plusvalía ideológica* es lo que Adorno llamaría “industria cultural”, propia de las sociedades avanzadas; industria que tiende al control masivo de las conciencias mediante procedimientos tecnológicos de difusión de ideas. Lo que Ludovico Silva agrega al estudio de semejante mecanismo productor de una determinada cultura es el esquema marxista de la teoría del valor: si, en el orden de las producciones materiales, la base generativa del capitalismo es el excedente del valor-trabajo, del que se obtiene el margen de beneficio, y a partir del cual se produce la explotación material y la enajenación social, asimismo (es el razonamiento de Silva), en el orden cultural, que ha pasado a ser una expresión industrial autosuficiente, ha de registrarse el correspondiente fenómeno de plusvalía. En tanto montaje en paralelo, la argumentación de Ludovico Silva es inobjetable; sin embargo, una vez admitido como plan de trabajo, es menester llevar el esfuerzo descriptivo hasta el final para desmontar con todo detalle el mecanismo de producción de la plusvalía en el campo ideológico (Nuño, en Silva, 1970: 9).

Apenas un año después de la aparición de *La Plusvalía Ideológica* en Caracas, se publicó en México otro libro de Ludovico Silva: *Teoría y Práctica de la Ideología* (1971), en el cual continúa la revisión teórica iniciada en el primer texto con ensayos sobre la teoría marxista de la ideología, la concepción de la ideología y la utopía en Karl Mannheim y la ideología del “fin de las ideologías”. Pero en los dos últimos capítulos, Silva acomete el “estudio de algunas formas prácticas de la ideología capitalista, y más concretamente de la ideología capitalista en el subdesarrollo latinoamericano”. El primero de estos capítulos está dedicado a “Los comics y su

ideología, vistos del revés” y el último al “Sueño Insomne. Ideas sobre televisión, subdesarrollo, ideología”, con epígrafe de Max Horkheimer e introducción “en homenaje a Teodoro Adorno”.

Esfuerzos analíticos sobre la ideología de los productos de la cultura de masas, coincidentes en la preocupación de Silva por desvendar la manipulación y la enajenación que se cernía sobre América Latina, se desarrollaron en diversos países a principios de los setenta. Quizá el más conocido de estos proyectos de análisis ideológico sea el elaborado por Ariel Dorfman y Armand Mattelart en Chile a fines de 1971: *Para leer al Pato Donald. Comunicación de Masa y Colonialismo* (1972), múltiplemente reeditado hasta la fecha. En su “pro-logo para pato-logos”, los autores explicitan sus propósitos:

El lector que abre este libro seguramente se sentirá desconcertado. Tal vez no tanto porque observa uno de sus ídolos desnudado, sino más bien porque el tipo de lenguaje que aquí se utiliza intenta quebrar la falsa solemnidad con que la ciencia por lo general encierra su propio quehacer. Para acceder al conocimiento, que es una forma del poder, no podemos seguir suscribiendo con la vista y la lengua vendadas, los rituales de iniciación con que las sacerdotisas de la “espiritualidad” protegen y legitimizan sus derechos, exclusivos, a pensar y a opinar. De esta manera, aun cuando se trata de denunciar las falacias vigentes, los investigadores tienden a reproducir en su propio lenguaje la misma dominación que ellos desean destruir. Este miedo a la locura de las palabras, al futuro como imaginación, al contacto permanente con el lector, este temor a hacer el ridículo y perder su “prestigio” al aparecer desnudo frente a su particular reducto público, traduce su aversión a la vida y, en definitiva, a la realidad total. El científico quiere estudiar la lluvia y sale con un paraguas.

Desde luego, no se trata de negar aquí la racionalidad científica, o su ser específico, ni de establecer un burdo populismo; pero sí de hacer la comunicación más eficaz, y reconciliar el goce con el conocimiento. Toda labor verdaderamente crítica significa tanto un análisis de la realidad como una autocrítica del modo en que se piensa comunicar sus resultados. El problema no es mayor o menor complejidad, más o menos enrevesado, sino una actitud que incluye a la misma ciencia como uno de los términos analizados (Dorfman y Mattelart, 1972: 9).

El trabajo así presentado contiene análisis de contenido de más de cien historietas de Walt Disney, realizados con base en las categorías marxistas de la ideología. También presenta información acerca del complejo industrial y económico que las produce, “haciendo hincapié en la dominación económica y cultural que implica” (Munizaga y Rivera, 1983: 84). Entre las conclusiones del libro, bien vale la pena citar el primer párrafo:

No es una novedad el ataque a Disney. Siempre se lo ha rechazado como propagandista del “american way of life”, como un vendedor viajero de la fantasía, como un portavoz de la “irrealidad”. Sin embargo, aunque todo esto es cierto, no parece ser esta la catapulta

vertebral que inspira la manufactura de sus personajes, el verdadero peligro que representa para países dependientes como el nuestro. La amenaza no es por ser portavoz del american way of life, el modo de vida del norteamericano, sino porque representa el american *dream* of life, el modo en que EEUU se sueña a sí mismo, se redime, el modo en que la metrópoli nos exige que nos representemos nuestra propia realidad, para su propia salvación (Dorfman y Mattelart, 1972: 151).

El libro tuvo un impacto inmediato. No puede olvidarse el contexto en que apareció -el régimen socialista de Allende- ni la novedad del discurso. En el prólogo a la tercera edición (Buenos Aires, 1972), Héctor Schmucler señala algunas de las reacciones:

Cuando este libro apareció en Chile, hacía poco más de un año que la Unidad Popular había asumido el gobierno. En todos los sectores de la sociedad comenzaba a evidenciarse -más o menos dramáticamente- que el intento de transformar una realidad pone en tensión al conjunto de la estructura existente. Todos los aparatos que constituyen el aparato social se reordenan y en este reacomodo surgen conflictos específicos aún en las zonas cuyas formas de existencia parecieran trascender a los proyectos de cambios sociales. Se volvía a comprobar que la relación estructura/superestructura mantiene un vínculo bastante más estrecho que el vulgarizado por un pensamiento que, aunque se quiere revolucionario, repite los gestos de un positivismo rigurosamente mecanicista. En la llamada estructura se subsume, en realidad, la totalidad de las relaciones sociales. (...)

En ese contexto, la aparición de un estudio sobre el pato Donald y la línea de personajes producidos por Disney, viene a perturbar una región postulada como indiscutible; algo así como querer analizar críticamente la belleza de un atardecer. No es extraño, pues, que el libro tuviera una repercusión aparentemente desmesurada. Los diarios de la derecha chilena lo leyeron inteligentemente: sus comentarios abandonaron la sección bibliográfica y ocuparon un lugar en la política. La Associated Press difundió un alarmado cable entre sus abonados del mundo y el sacrilegio de hablar contra las creaturas de la empresa Disney fue noticia en diversos puntos del planeta. De simplificación en simplificación, *France Soir*, el diario de mayor tiraje en Francia, tituló en primera plana: “El pato Donald contra Allende”, mientras en Chile el diario derechista *El Mercurio* no demostraba ningún humor para hablar del tema (Schmucler, en Dorfman y Mattelart, 1972: 3-4).

También en el campo académico, por supuesto, hubo reacciones, entre ellas una que desató una polémica famosa entre dos grupos de investigadores dedicados al análisis ideológico de los productos de la cultura de masas a partir de diversas interpretaciones del marxismo. Todo comenzó con una reseña crítica sobre *Para leer al pato Donald*, firmada por Paula Wajzman (1974) y publicada en la sección “Polémica: las imágenes del imperialismo”, en el número uno de *Lenguajes*, revista de lingüística y semiología dirigida por Eliseo Verón.

Es difícil referirse con cierta precisión a un libro tan huidizo. A lo largo de sus páginas caleidoscópicas asistimos tan pronto a afirmaciones contradictorias, surgidas de una posible asociación libre en torno del material, como a desarrollos más coherentes donde, en cambio, los recortes historietísticos sólo cumplen un papel ilustrativo, vano intento de confirmar conceptos que parecen serle previos. (Wajzman, 1974: 127).

El propio Verón, en el mismo número de *Lenguajes*, en un artículo acerca de “la producción social del conocimiento”, va más allá, ubicando el debate en el terreno de las relaciones entre ideología y ciencia, militancia política y rigor metodológico:

La contradicción entre la demanda práctica (política) y las condiciones de la investigación es aun más clara en el estudio de Mattelart y Dorfman sobre el pato Donald. En este trabajo, no sólo se aplica como método el comentario intuitivo e interpretativo del material (de una manera que es, dicho sea de paso, sumamente dudosa); el caso me parece más grave: *el problema del método ha desaparecido completamente como problema.*

Si se plantea, en un caso particular, la contradicción entre las condiciones impuestas por la investigación, por una parte, y la intensa demanda social de aplicaciones prácticas que sean a la vez políticamente relevantes, por otra parte, el semiólogo se encuentra ante una alternativa y debe *elegir*. Optar por la inserción política y abandonar las exigencias contenidas en el proceso de producción de conocimientos -conviene decirlo muy claro- me parece una *elección perfectamente legítima*. Pero entonces, ¿para qué mantener todo el “aparato retórico” del lenguaje “científico”? Si se trata de hacer una lectura, lo más lúcida posible, de la prensa burguesa para desenmascarar sus trampas, ¿qué necesidad hay de hablar de “paradigma y sintagma”, de “saturación del corpus”, de “escritura”, de “ejes semánticos”? Es evidente, a mi juicio, que la jerga científica no hace sino *ocultar* la opción que, en los hechos, se ha realizado. Podemos preguntarnos por qué.

Pienso que, sencillamente, lo que está en juego es *la identidad social del intelectual en cuanto tal*. En efecto, se supone que él contribuye a la lucha política con su capacidad profesional en tanto “especialista”. De no ser así, ¿en qué consistiría su aporte específico? Es por eso que, aun en los casos en los que se ha optado *de hecho* por la tarea de relevancia político-ideológica, dejando de lado las condiciones objetivas impuestas por la tarea de construcción de teoría y de investigación, no resulta tan fácil abandonar el lenguaje técnico: *la identidad del “intelectual” depende de ello*, y por lo tanto también el carácter específico de la imagen que el “intelectual” debe dar *para responder a lo que la demanda social le está pidiendo en su carácter de “especialista”* (Verón, 1974a: 123).

Jorge B. Rivera (1986) ubica en la historia de la investigación de la comunicación en Argentina a las dos revistas que concentraron los proyectos en pugna en los años anteriores al golpe de Estado militar de 1976:

Así como *Lenguajes* pone el acento en el análisis semiológico de la producción social de la significación (más que en lo que denominaríamos “sociología de la cultura”), una revista contemporánea como *Comunicación y Cultura* privilegiará, en cambio, una actitud más frontalmente “socio-política” en relación con los fenómenos, procesos y prácticas de la comunicación masiva y de la cultura en general, frente a las presiones tutelares y magistrales de los centros internacionales del poder.

*Lenguajes*, sin desconocer la situación misma de la dependencia cultural y la estructura de la dominación imperialista (antes bien, poniéndola de relieve, tras la cortina cientificista de la semiología) examina los lenguajes, las comunicaciones masivas, los mensajes, los códigos y los discursos, en términos de “mercancías” nada “inocentes”, que portan en sus mecanismos de producción y circulación los signos de un proceso múltiple de mercado, de intercambio, de reproducción, etc.

*Comunicación y Cultura*, en su primera etapa argentina, se aproxima a los medios masivos y a la comunicación bajo las premisas de la lucha ideológica y desde una perspectiva fuertemente alternativista, con los medios entrevistados casi exclusivamente como *aparatos de difusión de ideologías* y con las prácticas comunicacionales en una dirección de franca ruptura con el dominio de las ideologías del poder.

No es arbitrario, en consecuencia, que *Lenguajes* se subtitule, muy técnicamente, “revista de lingüística y semiología”, en tanto que *Comunicación y Cultura* adopta el subtítulo de “la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano”. Tampoco es aleatorio que *Comunicación y Cultura* apunte sus baterías polémicas sobre *Lenguajes*, a través de un artículo de Héctor Schmucler aparecido en el número 4. (Rivera, 1986: 41).

Efectivamente, en ese artículo, titulado “La investigación sobre comunicación masiva”, Schmucler rebate las críticas al libro de Mattelart y Dorfman publicadas en *Lenguajes*, pero sobre todo plantea el proyecto de su grupo como respuesta a “¿para qué investigar sobre los medios masivos de comunicación?”

Situación histórica y método son coordinadas a tener necesariamente en cuenta para encarar el objeto “comunicación masiva”. Es posible que nadie cuestione esta afirmación y sin embargo se establezcan diferencias profundas (ideológicas, por supuesto) entre quienes la acepten. Se trata de saber si por un lado va la historia (la política, la ideología) y por otro los métodos (la ciencia). Y aquí una nueva postulación:

Sólo es “científico”, elaborador de una verdad, un método que surja de una situación histórico-política determinada y que verifique sus conclusiones en una práctica social acorde con las proposiciones histórico-políticas en las que se pretende inscribirlas. Lo contrario, la consideración política y la “práctica científica” como fenómenos paralelos (es decir, separados), concluye en un acompañamiento infinito -como las paralelas euclidianas- sin que jamás una roce a la otra. Mientras, cada una de esas llamadas prácticas establecen

ciencias y políticas en las que necesariamente se confunden. Dicho sin metáfora geométrica: le guste o no al científico, siempre su ciencia se vincula a una política. Y, lo quiera o no, toda política condiciona una ciencia. Luego vienen los casos de supercherías conscientes, pero eso entra en el campo de las conductas individuales. (Schmucler, 1975: 5).

Esta “postulación” de Schmucler que, entre otras fuentes surge de “una práctica social directa o indirecta (es decir, realizada por otros y asumida por mí) que fue modificando concepciones que teníamos hace algunos años sobre el papel de los medios masivos de comunicación” (ibid: 4), es el argumento que con mayor fuerza se esgrime como réplica a las críticas de *Lenguajes*:

Lo que Verón no puede concebir por razones ideológicas es que la participación política de un especialista no se realiza en cuanto tal sino en relación a su acuerdo con un proyecto político; y allí pone en juego lo que sabe y lo que puede. ¿O es que alguien puede imaginar que Karl Marx hizo política en función de su especialidad en economía, por ejemplo? ¿O, a la inversa, dejó a un lado su “ciencia” para hacer política? (...)

El artículo de Paula Wajzman sirve ejemplarmente para mostrar los riesgos de engaño que lleva implícita la división antagónica entre ciencia e ideología. Refugiada en la “ciencia” del psicoanálisis, la autora no tiene ojos ni oídos para la significación social de las producciones sociales. Sería ingenuo negar las motivaciones profundas del placer o el rechazo de determinadas lecturas. ¿Pero qué tiene que ver esto con la ideología que ratifican esas lecturas? (ibid: 9-10).

Finalmente, como “La elección de un camino”, Schmucler detalla la respuesta a la pregunta inicial de su artículo (¿para que investigar sobre los medios masivos de comunicación?):

El extenso comentario sobre la revista *Lenguajes* nos ha permitido reflexionar acerca de algunos temas que hacen a nuestra propuesta más general. Hasta ahora sabemos que no nos interesa investigar en comunicación masiva desde dos de las perspectivas más frecuentes: a) la que se ofrece como legitimación de la actual estructura social, para la cual los medios masivos deben cumplir un papel regulador de la sociedad y en esa medida ser instrumento de la hegemonía ideológica de los sectores dominantes; b) la que se postula como “develadora” de la ideología de los mensajes pero prescinde de la circunstancia político-social en la que ese mensaje se inscribe. Investigar entonces, ¿por qué y para qué? Intentemos algunas precisiones:

1 (...) La significación de un mensaje podrá indagarse a partir de las condiciones histórico-sociales en que circula. *Estas condiciones significan, en primer lugar, tener en cuenta la experiencia socio-cultural de los receptores.* Es verdad que el mensaje comporta significación pero ésta sólo se *realiza*, significa realmente, en el encuentro con el receptor. (...)

2 Es preciso diferenciar distintos mensajes que se presentan a un mismo receptor que posee diversos niveles de experiencias, pues la capacidad de convicción de los medios está estrechamente ligada a los varios planos ideológicos que conviven en un receptor único. En el momento de la decodificación, cuando la significación surge, se pone en contradicción o no el sistema de codificación del emisor con las condiciones de decodificación del receptor. El “poder” de los medios puede ser nulo e incluso revertirse en la medida que el mensaje es “recodificado” y sirve de confirmación del propio código de lectura. (...)

3 De lo anterior se deduce que, según nuestro criterio, es inútil comenzar el estudio por el mensaje (lo que no descarta su análisis), que es preciso bucear en las condiciones de recepción de ese mensaje para obtener datos reales sobre su significación y que esas condiciones tienen sustancialmente un referente político.

4 Consecuentemente, cualquier investigación que intente ser útil deberá partir de la situación socio-económica en que el mensaje circula. La situación política del receptor condicionará la acción (la significación) del medio. La caracterización económica del propio medio ofrecerá pistas útiles para entender las razones que determinan la emisión de uno u otro mensaje. Política y economía constituyen la estructura donde se instala el llamado “comunicador” y que establece el condicionamiento para la producción de mensajes.

5 Cuando afirmamos la “utilidad” de la investigación presuponemos un *para algo o alguien*. Concebidos los medios masivos como instrumentos de transmisión ideológica, es fácil deducir que concebimos su acción en el campo de una lucha que atraviesa toda la actividad humana. La investigación que tiende a comprender el lugar de los medios en ese proceso, se integra, pues, a la batalla ideológica.

6 Así definida, la investigación sobre los medios masivos adquiere un carácter estrictamente instrumental que presume la posibilidad de utilizar las formas de comunicación masiva en uno u otro sentido. Según este criterio el marco de la investigación queda definido por las necesidades del nivel de desarrollo de la conciencia popular dentro de un proyecto general. (...)

7 La definición del *objeto* de investigación, que caracteriza una de las facetas constitutivas de toda ciencia de acuerdo a los criterios en vigencia, no cristaliza, en nuestro caso, en un corpus determinado. El objeto en estudio es más bien una función: la circulación de ideología en condiciones particulares de decodificación. El objeto, por lo tanto, se va elaborando de acuerdo al proyecto político-cultural que lo define.

La respuesta al interrogante inicial parece no admitir demasiados matices: investigar sobre comunicación masiva para develar su estructura y funcionamiento actual a fin de volcarlos al servicio de un proyecto socio-político que en el caso de América Latina tiene como primer objetivo la liberación del imperialismo (...) (Schmucler, 1975: 11-14).

El análisis ideológico de la comunicación masiva en América Latina, aun sobre la base de postulados básicos compartidos, tomó en los años setenta distintas -y en muchas ocasiones mutuamente opuestas- vías de desarrollo. Por un lado, después de la obra de los miembros de la Escuela de Frankfurt, comenzaron a sucederse las influencias, sobre todo francesas, para la adopción de una “teoría de la ideología” que permitiera sustentar los análisis y plantear explicaciones más satisfactorias sobre la “cultura de masas”, el “imperialismo cultural” y la “manipulación/ enajenación” ejercidas a través de los medios. Así se leyó a Althusser, a Poulantzas, a Godelier, a Foucault, a los ya mencionados Morin y Baudrillard, a Lacan, a Levi-Strauss, a Bourdieu, etcétera. Pero también, con o sin reconocimiento de esas influencias, se intentó teorizar: uno de los primeros y más sólidos de estos intentos fue el desarrollado por el brasileño Gabriel Cohn:

Las nociones básicas que orientan las versiones dominantes del análisis sociológico de la comunicación y de la cultura en las sociedades contemporáneas carecen de valor *teórico*, porque corresponden a la incorporación acrítica de nociones oriundas de contextos claramente ideológicos.

En consonancia con esto, las concepciones de la sociedad subyacentes en el uso de esas nociones también son más *ideológicas* que teóricas; es decir, reproducen la realidad en lugar de trascenderla explicativamente.

Los procesos comunicativos y culturales en gran escala en las sociedades contemporáneas no pueden analizarse únicamente en términos de la difusión y el consumo de bienes culturales, ni sobre la base del estudio de los grupos sociales insertos en ese proceso. Tales áreas son precisamente las que requieren un análisis en profundidad, constituyendo por tanto un aspecto del problema y no el objeto específico de estudio.

La categoría teórica básica para el análisis de la comunicación y de la cultura es la de *ideología*. El análisis debe concentrarse en las condiciones de producción de una modalidad específica de manifestación ideológica, y en el modo en que esa producción se refleja en sus productos.

De donde se sigue que el análisis no puede tomar como punto de partida los mecanismos del mercado en el área cultural, sino que debe examinar cómo se constituyen, simultáneamente, los bienes culturales en cuanto mercancías, y sus consumidores.

Tomados los bienes culturales como mercancías, el análisis debe concentrarse en ellas, para considerarlas simultáneamente como resultados de una modalidad dada de producción y como condicionantes de modalidades correspondientes de consumo.

De donde se deduce que el análisis sociológico de la comunicación y de la cultura debe operar en el nivel de los *mensajes* producidos y difundidos en gran escala en sociedades complejas.

El análisis de la comunicación debe ser inmanente a aquello que es comunicado -los mensajes-, y las inferencias sociológicamente relevantes sólo pueden formularse a través del uso sistemático de la categoría *ideología*.

En consecuencia, las bases de una *teoría sociológica de la comunicación* están dadas por el análisis de los mensajes, considerados como componentes de *sistemas ideológicos* que remiten a los determinantes más profundos de su constitución y manifestación.

De esto deriva la convicción de que el análisis sociológico de la comunicación encuentra en esos términos sus condiciones de legitimidad científica. Convicción que, evidentemente, no debe entenderse como una profesión de fe dogmática, sino como definición de un programa de trabajo (Cohn, 1974: 46-47).

Además de este aporte de Cohn, originalmente su tesis doctoral (1971), en Brasil destacan en los setenta los trabajos de Bosi (1972), Miceli (1972), Moreira (1977), Caldas (1978) y Milanesi (1978) sobre la “industria cultural”. Por otra parte, la semiología, utilizada como instrumento metodológico para el análisis ideológico del discurso masivo, dio lugar a estudios sobre lo popular (Fausto Neto, 1977), la comunicación política (Delbert, 1978; Freitas, 1978) y la prensa (Serra, 1979).

En Chile, además de la obra de Dorfman y Mattelart ya mencionada, pueden señalarse los estudios semiológicos y semántico-estructurales sobre la prensa “pseudo amorosa” de Michèle Mattelart (1970); sobre las revistas juveniles “de ídolos” de Mabel Piccini (1970); sobre la “estructura mítica de los discursos sobre la legalidad” en la prensa, de Luis Felipe Ribeiro (1972); sobre las telenovelas de María de la Luz Hurtado (1973); sobre las teleseries policiales de Giselle Munizaga (1975); sobre las historietas de Naim Nomez (1974) y sobre los lenguajes audiovisuales de Fernando Ossandón (1973).

En Argentina, el precursor indiscutible del análisis ideológico es sin duda Eliseo Verón, discípulo de Claude Levi-Strauss e introductor de la semiótica estructural, a quien dedicaremos un poco más de atención en la sección siguiente. Entre sus primeras aportaciones teóricas cabe mencionar *Conducta, Estructura y Comunicación* (1969) y “Para una semiología de las operaciones translingüísticas (1974b) y entre sus análisis empíricos, aunque la carga teórico-metodológica es también fuerte en ellos, “Ideología y Comunicación de Masas: la semantización de la violencia política” (1969), “Comunicación de Masas y Producción de Ideología: acerca de la constitución del

discurso burgués en la prensa semanal” (1973 y 1974c). Además de las de Verón, otras aportaciones argentinas son las de Juan Carlos Indart (1974) sobre la anécdota en el género informativo, de Heriberto Muraro (1973) sobre la ideología en el periodismo televisivo, de Oscar Masotta (1969) y Oscar Steimberg (1974) sobre las historietas, las de Virginia Erhardt (1973 y 1974) sobre las novelas de Corín Tellado y la de Ana María Nethol et al (1973) sobre el libro de lectura en la escuela primaria.

### 3.3 El estructuralismo y el denunciismo

A principios de 1969 se constituyó en París la Asociación Internacional de Semiótica, abierta a “todos aquellos que trabajan en campos donde la noción de *signo* es o puede ser reconocida y discutida, tales como la lógica, la lingüística, la teoría de la información, el análisis de las relaciones sociales, el estudio de los tipos de discurso (epistemología, antropología, psicoanálisis, etcétera), la poética, la estética”. El comité ejecutivo lo formaron Emile Benveniste, Roman Jakobson, Juri Lotman, Umberto Eco, Julia Kristeva, entre otros. Dos latinoamericanos participaron de la fundación y del primer consejo directivo de la AIS: Décio Pignatari de Brasil y Eliseo Verón de Argentina, que a su vez promovieron la creación de sus respectivas asociaciones nacionales: la Argentina en 1970, que fue la segunda en el mundo sólo después de la Italiana, y la Brasileña en 1972.

La revista *Lenguajes* fue órgano de difusión de la Asociación Argentina de Semiótica, y en ella alcanzaron a aparecer dos revisiones amplias y muy serias, “acerca de la producción social del conocimiento” bajo las categorías de «estructuralismo y semiología» en los tres países latinoamericanos donde primero se adoptaron estos acercamientos, precisamente en el periodo en que se trataba de hacer analizable la operación de la ideología en la comunicación masiva. La primera de estas revisiones es de Eliseo Verón y se refiere a Argentina y Chile. Comienza por definir términos y propósitos:

Términos tales como “estructuralismo” y “semiología” serán usados aquí en un primer nivel, de tipo descriptivo, para hacer referencia a la configuración de procesos históricos de difusión y transformación ideológica que han sido identificados bajo esos nombres en el plano, por decirlo así, de la “conciencia social”. Desde este punto de vista, el presente artículo es una suerte de revisión del desarrollo de lo que ha sido llamado “estructuralismo” en una región particular del mundo. Naturalmente lo que en esta última ha recibido ese nombre algo tiene que ver con lo que ha sido identificado con igual nombre en otras partes. En un nivel diferente, sin embargo, mi propio artículo está por cierto inspirado en una determinada concepción de la semiología. Trataré ante todo de clarificar este aspecto, con el fin de justificar el haber elegido Argentina y Chile como casos particulares. (...)

La comparación entre Argentina y Chile ofrece una buena oportunidad para estudiar la inserción diferencial del “estructuralismo”, debido a condiciones estructurales diferentes para la producción de la significación. A primera vista y si los consideramos como procesos de influencia que tienen origen externo, las condiciones de introducción y difusión del “estructuralismo” parecen sin embargo, en ambos casos, muy similares. La misma área geográfica y cultural, el mismo idioma. Tanto en Argentina como en Chile, es Francia el

centro principal desde el cual el estructuralismo ha sido importado. Los trabajos específicos que representan esa influencia son, en términos generales, los mismos. Con esto quiero decir que cuando comienzan a aparecer los trabajos locales, las fuentes bibliográficas citadas son aproximadamente las mismas de ambos lados de la cordillera. Por lo demás, los dos países pertenecen a la misma área de influencia de la industria del libro en lengua castellana.

No obstante, el estructuralismo ha conocido en cada uno de estos países un destino cultural diferente. Ha sido ubicado diferencialmente dentro del campo ideológico, y su “impacto” ha sido distinto. Más específicamente, las contradicciones y distorsiones que caracterizan la producción de conocimiento en los países dependientes del Tercer Mundo se manifiestan en cada caso bajo distinta forma.

En la Argentina, la vida de la inspiración estructuralista ha sido siempre exclusivamente académica, y dentro del mundo académico el estructuralismo no ha sido nunca percibido como especialmente vinculado al pensamiento marxista. Entre los grupos intelectuales más activos políticamente provocó de hecho reacciones que fueron desde una cierta desconfianza hasta la condenación ideológica explícita, a veces en nombre del marxismo. Por otro lado, varios de los autores influenciados por el pensamiento estructuralista se han reclamado, ellos también, del marxismo. En este sentido, la situación argentina reprodujo hasta cierto punto las reacciones contradictorias que el estructuralismo despertó, dentro del campo marxista, en la misma Francia.

Desde su inicio (relativamente más tardío que en la Argentina) el estructuralismo y la semiología chilenos recibieron una marca cultural diferente. Los autores locales inspirados de una u otra manera por el estructuralismo estaban vinculados a grupos intelectuales muy activos políticamente en el campo de la izquierda marxista; el desarrollo de las ideas y métodos del estructuralismo y la semiología fue inmediatamente percibido como asociado a la teoría marxista y algunos de los trabajos locales han tenido un peso considerable en el contexto de la lucha política e ideológica que caracteriza la situación chilena (Verón, 1974a: 96-99).

Verón ubica en los años cincuenta los primeros rastros de la influencia estructuralista en Argentina a través de algunos trabajos de Lévi-Strauss, introducidos por Gino Germani en su cátedra sociológica. Pero la primera producción local le parece bien representada en el simposio organizado por el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella en 1967 bajo el título general de “Teoría de la Comunicación y Modelos Lingüísticos en Ciencias Sociales”, del cual surgió *Lenguaje y Comunicación Social* (1969d).

Desde un comienzo, la influencia del estructuralismo dio lugar, naturalmente, a un interés por las “estructuras de significación” en general y por los fenómenos del lenguaje en particular, pero sin dejar de lado un interés intenso y simultáneo por el estudio del comportamiento social concreto, aspecto casi totalmente ausente de la obra de Lévi-Strauss.

Esta particular combinación de una problemática derivada del estructuralismo con una cierta preocupación “pragmática” resultó de la convergencia de varias orientaciones diferentes. En primer lugar, naturalmente, la influencia de Lévi-Strauss junto con la de la lingüística estructural, especialmente la representada por los trabajos de Roman Jakobson. En segundo lugar, lo que en Estados Unidos se conoce como “teoría de la comunicación humana”, en particular la obra de Gregory Bateson. Del lado sociológico, una temprana reacción contra el funcionalismo, alimentada en el marxismo, pero estimulada también por ciertos autores “marginales” como Harold Garfinkel, Howard Becker y Erving Goffman, algunos de cuyos trabajos fueron introducidos en los cursos de Sociología alrededor de 1964. La inserción del estructuralismo en este contexto tuvo especial importancia en el campo de la psiquiatría de inspiración psicoanalítica. (Verón, 1974a: 105-106).

Ya en 1968, en la introducción de *Lenguaje y Comunicación Social*, bajo el sugerente título “Hacia una Ciencia de la Comunicación Social”, Verón pensaba en la necesidad y en la posibilidad de una confluencia teórica multidisciplinaria. Después de señalar los aportes fundacionales de Marx, Freud y Saussure, y de otros autores más recientes, propone:

Las referencias mencionadas sólo corresponden a una parte, aunque probablemente la más importante, del proceso de investigación y construcción de teoría que culmina actualmente en el interés generalizado por la comunicación. Dicho proceso es lo bastante complejo y constituye una red lo suficientemente enmarañada como para que convenga intentar una delimitación. En la actualidad, “estructuralismo”, semiología, teoría de la comunicación, teoría de la información, lingüística, cibernética y aun varias otras denominaciones, se utilizan con frecuencia y están asociadas de diferentes maneras a una configuración conceptual sumamente confusa, pero que adquiere creciente prestigio ideológico. Tal vez no sea inútil inventariar las principales líneas de trabajo, tratando de trazar sus alcances (Verón, 1969c).

Tales líneas relacionan: ciencia de la comunicación, semiología y lingüística; lingüística y antropología estructural; antropología estructural y sociología; antropología estructural y ciencia de la comunicación; ciencia de la comunicación y teoría de la información; ciencia de la comunicación y cibernética; ciencia de la comunicación y psicolingüística (ibid: 16-27). Volviendo a la revisión del estructuralismo, ahora en Chile, Verón recalca las diferentes inserciones:

El año que marca el “climax” de la *moda* estructuralista en los grupos intelectuales de Argentina (1969), corresponde en Chile a los primeros signos de una actividad local sistemática y productiva, en el plano de la teoría y la investigación inspiradas de una u otra manera por el estructuralismo y/o la semiología. Desde su inicio, esta actividad se halla firmemente instalada desde un punto de vista institucional: la mayor parte de los investigadores influenciados por el estructuralismo y la semiología pertenecen a centros universitarios, en particular a la Universidad Católica de Chile, en Santiago.

(...) En un país caracterizado por instituciones políticas muy estables y una clase media cuyo peso no puede ignorarse, las condiciones de una transición al socialismo sin lucha armada (suponiendo que tal cosa sea posible) exigen poner en marcha a la vez cambios estructurales y transformaciones culturales profundas.

Dentro de este contexto, la influencia del estructuralismo y la semiología se concentró de inmediato en el estudio de los mecanismos del poder cultural, en particular las comunicaciones masivas. Durante la campaña electoral, una de las tareas decisivas en este campo consistió en analizar y denunciar las trampas ideológicas preparadas por los principales medios masivos, en manos de la burguesía, contra los candidatos de la Unidad Popular. Una vez el gobierno popular en el poder se establecieron otros objetivos prioritarios: definir estrategias para estimular el nivel de la conciencia social en la nueva situación económico-política; para amplificar el proceso de participación y movilización de la clase obrera; para explorar nuevas formas de comunicación capaces de iniciar la destrucción de la cultura de clase existente, dominada por los estereotipos de la burguesía. (Verón, 1974a: 114-116).

Verón reconoce, finalmente, que después del “climax” en 1969, la investigación estructuralista y semiológica quedó en una posición marginal en Argentina, cada vez más distanciada “con respecto al contexto social y político del país”, mientras que en Chile el “riesgo” es precisamente el contrario. El artículo termina con afirmaciones fuertes, motivo de la polémica respuesta de Héctor Schmucler antes reseñada:

Tanto en la Argentina como en Chile los semiólogos están especialmente interesados en el estudio de los fenómenos ideológicos. Este foco específico podría por cierto otorgar a la investigación semiológica en América Latina su rasgo distintivo. Resulta claro además que este campo de investigación puede permitir, más fácilmente que otros, obtener resultados que posean relevancia política y utilidad práctica en el contexto del combate hacia el socialismo en esta parte del mundo. Ahora bien, el problema central de una teoría semiológica de las ideologías es, a mi juicio, el problema de *los métodos*. Es en este plano que se ubica el desafío crucial para el desarrollo de la semiología (y por lo tanto, para sus posibilidades de aplicación práctica). Y se corre constantemente el peligro ya de construir un discurso puramente especulativo sobre la ideología “en general” (posibilidad que ciertas consecuencias del estructuralismo, como por ejemplo, la teoría althusseriana han tendido a estimular), ya de redescubrir la lectura ideológica “inteligente” y puramente intuitiva de un texto. (...)

Si la semiología puede tener algún interés para el estudio de los mecanismos ideológicos en el plano de la sociedad global, debe permitirnos ir mucho más allá de este “conocimiento práctico”. Mucho más allá quiere decir: un trabajo extremadamente complejo que es necesario desarrollar en no menos de dos niveles. Uno, la construcción de una teoría sistemática de la ideología-en-los-lenguajes; el otro, la construcción de un conjunto explícito de operaciones metodológicas concebidas para la manipulación (y eventualmente,

en las aplicaciones prácticas, para la producción) de los textos. Estas dos tareas están muy lejos de haber sido realizadas. Esta circunstancia, naturalmente, impone ciertas condiciones a la construcción de teoría y a la investigación: debemos trabajar sobre conjuntos relativamente pequeños de textos; las posibilidades de generalización deben ser cuidadosamente estudiadas, etc.

Ahora bien, bajo tales condiciones, la teoría y la investigación sobre las ideologías tiene tal vez un interés *menos inmediato* del que se podría suponer, desde el punto de vista de una *demanda social o política* de carácter práctico. La relativa adecuación entre las condiciones que definen la relevancia política de un cierto trabajo y las condiciones en que *puede efectivamente realizarse* es sin duda variable, y depende del tipo de problema del que se trate y de otros factores vinculados con las circunstancias dentro de las cuales pueda llevarse a cabo un trabajo de investigación. Sea como fuere, debemos estar preparados para enfrentarnos, en muchos casos, a una *falta de adecuación*. Es más, *pienso que la situación "esperable" y "normal" en un país dependiente es aquella caracterizada por una contradicción objetiva entre las condiciones para la inserción política revolucionaria y las condiciones para la producción de conocimientos*. Esta contradicción me parece casi formar parte de la definición de lo que es el capitalismo dependiente a nivel cultural (Verón, 1974a: 121-122).

Muy distinta en otro sentido, aunque también coincidente en algunos rasgos, es la trayectoria del estructuralismo en Brasil, según la revisión de Haroldo de Campos (1976), igualmente publicada en *Lenguajes*. Aquí la perspectiva, más que con las ciencias sociales o las prácticas políticas, está vinculada con la literatura:

La manifestación de las tendencias estructuralistas en Brasil no sólo es un epifenómeno de la moda estructuralista, más exactamente de su prestigio en la cultura francesa, tradicional punto de referencia de los movimientos intelectuales brasileños. De hecho, por lo menos en el caso de la lingüística y de la crítica literaria, varios factores peculiares de la vida cultural brasileña preparan, mucho antes de la década del sesenta (...), el camino de la orientación estructuralista entre nosotros. Estos factores pueden resumirse así: 1) la actividad pionera del lingüista Joaquín Mattos Camara Jr, discípulo de Roman Jakobson; 2) la divulgación en Brasil de los métodos objetivos del *new criticism* anglo-norteamericano, principalmente por obra del crítico Afranio Coutinho; 3) la tentativa de elaboración de un método sociológico-estructural del crítico Antonio Candido; 4) la divulgación del formalismo ruso en los trabajos de Boris Schnaiderman; 5) el movimiento de poesía concreta, en los primeros años de la década del cincuenta, que reunió a poetas y críticos en un movimiento que asume, en la cultura brasileña, características semejantes a las del futurismo ruso, por el constante diálogo que promovió, y promueve, entre especulación teórica e innovación en la práctica textual (Campos, 1976: 117-118).

Una vez revisados en detalle los aportes provenientes de esos “factores” brasileños en su interrelación con las influencias estructuralistas francesas, Campos termina delineando un panorama más actual y ubicando su propia postura:

A partir de la década del sesenta, evidentemente, se amplió e intensificó en Brasil la penetración del estructuralismo, ya entonces alentada por la copiosa bibliografía que llegaba sobre todo del área francesa.(...)

Como no podía dejar de ocurrir, trabóse también aquí la inevitable discusión “estructuralismo y/o marxismo”, que, como sucedió en otros países, fue frecuentemente sectaria y poco productiva. Los problemas llamados “semiológicos” comenzaron a preocupar a un número cada vez mayor de estudiosos y se publican revistas o números especiales de periódicos para su discusión en el ámbito universitario y fuera de él. El influjo de ese verdadero *boom* estructuralista fue muy grande en el ámbito universitario, considerándose que en Brasil, así como en otros países, la militancia crítica por medio de libros, revistas, etc., se combina asiduamente con el ejercicio de la docencia universitaria. Se han multiplicado las tesis universitarias de tenor estructuralista o, por lo menos, atentas a los aportes del estructuralismo, algunas de ellas reveladoras de apreciables dotes críticas de sus autores. (...)

Si en nuestra cultura se han dado las condiciones para crear un ambiente propicio a las manifestaciones estructuralistas, a partir de una singular combinatoria de datos y elementos, característica de nuestro contexto en más de un aspecto, si somos capaces de contribuir a lo que se puede llamar un “pensamiento estructural” con intervenciones propias, marcadamente personales e incluso anticipadoras, no poseemos ningún motivo para no tener fe en el futuro. (Campos, 1976: 128-129).

Ciertamente, y reubicando el desarrollo de la semiótica en relación con la comunicación en Brasil, habría que considerar, sólo a modo de ejemplo, la producción de tesis de postgrado en las dos universidades brasileñas que tienen este campo por orientación principal: la Federal de Rio de Janeiro y la Católica de São Paulo (casi 300 tesis en conjunto), así como la producción de sus profesores desde los años setenta. (Vassallo, 1990).

El número 15 de *Chasqui* estuvo dedicado a la “lectura crítica de mensajes, con aportes de Desiderio Blanco (1985), Ariel Dorfman (1985), Hugo Assmann (1985) y Daniel Prieto Castillo (1985); en 1988, la revista de FELAFACS, *Diá-logos*, dedicó su número 22 especialmente a las relaciones entre semiótica y comunicación social, en el cual colaboraron Adrián Gimete-Welsh de México, Oscar Quesada de Perú y Armando Silva de Colombia, trazando los panoramas respectivos en sus países. Es claro que a las aportaciones primeras de Eco, Barthes, Greimas o Jakobson, se han ido uniendo otras más recientes, gracias al impulso que la propia semiótica ha cobrado en el mundo y, en América Latina, a la difusión crítica que le han dado a las nuevas

corrientes especialistas tan reconocidos como Gilberto Giménez en México, Desiderio Blanco en Perú o Monica Rector en Brasil, tanto en la línea greimasiana (estructural) como en la derivada de la obra de Peirce.

Pero en los años setenta, como hemos visto, el más notable foco de interés por la semiología estuvo puesto en el desvendamiento de la ideología, estrechamente vinculado por una parte con las luchas políticas y por otra con los debates “epistemológicos” sobre la cientificidad, preocupación en ocasiones excesiva de los investigadores latinoamericanos. En esta línea, cabe rescatar nuevamente una aportación de Eliseo Verón, fechada en 1975 aunque publicada hasta 1987:

Para plantear correctamente el problema ciencia-ideología, resulta indispensable abandonar el campo cerrado delimitado por la polémica filosófica continuismo/ discontinuismo, progresismo/ruptura. Se intenta responder a la pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre ciencia e ideología? Ahora bien, como ya veremos, semejante pregunta, así planteada, no admite respuesta. Digamos por el momento que habría que descomponerla: *ella debe recibir respuestas diferentes según el nivel del proceso de producción de sentido en el cual nos colocamos al formularla. (...)*

Siempre ha sido mucho más fácil afirmar una diferencia absoluta entre “ciencia” e “ideología” que comprender las *relaciones* necesarias entre lo ideológico y la cientificidad. Para llevar a término (bien o mal) la primera tarea (producir una diferencia) tenemos toda la epistemología moderna al alcance de la mano. El punto de vista según el cual hay dos instancias (“ciencia” e “ideología”) cuya diferencia absoluta hace falta establecer para poder fundar un cierto concepto de Conocimiento, no sólo ha sido el patrimonio de todas las formas de positivismo, empirismo y cientificismo; buen número de interpretaciones formuladas en nombre del marxismo cayeron en la misma trampa: denunciando la naturaleza “ideológica” de los discursos sociales y fundándose a sí mismos como el discurso de la Ciencia, cada uno de estos “marxismos vulgares” reprodujo la ideología de la diferencia absoluta entre el Error (las ideologías de las clases dominantes) y la Ciencia, la Verdad (del lado de la clase obrera revolucionaria). Todas las perspectivas (a derecha e izquierda) que plantean el problema en términos de una diferencia absoluta entre dos instancias, siguen el mismo camino y llegan al mismo resultado: separar el producto del conocimiento del sistema productivo, esconder la verdadera naturaleza de lo que se llama una “ciencia” (a saber, un sistema productivo) e ignorar, en consecuencia, *que lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido.*

(...) Es precisamente en el nivel de los efectos de sentido, es decir, en el nivel de las condiciones de recepción (o de “reconocimiento”) donde es no sólo posible sino necesario introducir una distinción con respecto a dos tipos de efectos: el que se puede llamar *cientificidad* y el que se puede llamar *efecto ideológico*.

Para resumir lo esencial, podemos decir lo siguiente: *la “cientificidad” es el efecto de sentido por medio del cual se instaura, en relación con un dominio determinado de lo real, lo que se llama el “conocimiento científico”; puede tener lugar en el interior de un cierto tipo de discurso (el de la ciencia o de las ciencias) que está (como todo discurso socialmente producido) determinado ideológicamente en el nivel de sus condiciones de producción. (...)*

*El efecto de sentido llamado “cientificidad” puede producirse cuando un discurso que describe un dominio de lo real, discurso sometido a condiciones de producción determinadas, se tematiza a sí mismo, precisamente, como estando sometido a condiciones de producción determinadas. (Verón, 1987: 13-25).*

Con toda certeza puede afirmarse que no eran principios teóricos y meta-teóricos como los trazados por Verón en sus “Fundaciones” citadas, los que prevalecieron entre los estudiosos de la comunicación latinoamericana en los setenta. De hecho, Verón se radicó desde 1971 en París, donde ha seguido su brillante producción, en francés.

A mediados de la década de los setenta, en la mayor parte de los países latinoamericanos se habían instalado gobiernos militares, dictaduras de diverso grado de “dureza”. El compromiso político, por tanto, apremió como nunca a los investigadores, convertidos por convicción o a la fuerza en opositores. Muchos de ellos tuvieron que dejar sus países y reconstruir, en otras tierras, sus proyectos, que en muchos casos, inevitablemente, dadas las “condiciones de producción” que los determinaban, desembocaron en un discurso denunciante, forma peculiar de resistencia intelectual militante.

Puede englobarse en tres grandes temáticas el conjunto de “objetos de investigación” comunicacional denunciados como vehículos de la dominación, tanto interna (nacional) como externamente (Latinoamérica o el “Tercer Mundo”): a) las tramas ideológicas de los medios masivos; b) la estructura transnacional de la información (noticias, publicidad, etc.); y c) la represión de formas “alternativas” o populares de comunicación. Dado que en las secciones siguientes revisaremos con mayor detalle los desarrollos sobre estas tres temáticas, nos limitamos ahora a citar algunos párrafos de un trabajo de Leonardo Acosta, “Medios Masivos e Ideología Imperialista” (1973), que puede considerarse muy representativo del discurso “denunciante” y “militante” latinoamericano, y que fue muy difundido en su época:

La expresión “medios masivos de comunicación” -surgida en los Estados Unidos- esconde ya una trampa, o acaso varias. En primer lugar, tales medios no constituyen realmente un vehículo de la comunicación humana, pues comunicación implica diálogo, intercambio, y los *mass media* hablan, pero no admiten respuesta. Son, en todo caso, medios de

transmisión o de difusión. En segundo lugar, los términos “masivo”, “masa”, empleados por la sociología burguesa son conceptos abstractos, imprecisos y equívocos. Así, la referencia a “medios masivos” podría sugerir el empleo, por parte de las masas populares, de ciertos vehículos transmisores de mensajes, lo cual no ocurre en la sociedad capitalista. Pero además, si se trata de *medios* de difusión, debemos saber a qué *fin*es están destinados, y quién o quiénes están en disposición de utilizar esos medios de acuerdo con los fines establecidos de antemano.

Desde la prensa masiva hasta la televisión, estos medios se han desarrollado por primera vez en los Estados Unidos, paraíso del capitalismo monopolista y del moderno imperialismo financiero. Estos medios masivos y su producto final, la llamada “cultura de masas”, asumen un papel cada día más importante como complejo industrial-ideológico destinado a justificar y perpetuar el sistema capitalista y en particular el *establishment* norteamericano, o sea, el complejo financiero-político-militar que constituye la médula del imperialismo yanqui. (...)

Es conocida la penetración cultural e ideológica de los medios masivos imperialistas en la América Latina y en el resto del mundo. Su objetivo es la colonización cultural del planeta según los patrones de la “cultura de masas” y sus variantes elitistas más refinadas para las miméticas clases dominantes y sectores “cultos” de los países colonizados. Proponen la aceptación sin crítica de modelos tecnológicos de televisión y demás medios, como si fueran “neutrales” y propagan escuelas filosóficas y modas culturales (subideologías) que actúan como germen de colonización o de revisionismo.

El enfrentamiento a esta ofensiva ideológica debe comenzar por una desmitificación total de los medios masivos de manipulación imperialista y su cultura *pop*, contra los cuales el arma más eficaz es el marxismo-leninismo con su método dialéctico. En un país dominado por el imperialismo y sus burguesías satélites, la lucha ideológica es ardua e inseparable de las demás formas de lucha por la liberación y la implantación del poder revolucionario. Los medios de difusión del proletariado y demás fuerzas progresistas siempre están a un nivel más bajo, más “primitivo” que los de la burguesía, la cual controla todos los recursos. La clase explotada “está condenada a usar como máximo los medios de transmisión abandonados por la clase dominante”, como ha señalado desde la perspectiva latinoamericana Jesús M. Martínez. Pero la organización de las masas revolucionarias puede hacer que esos medios sean más efectivos, como lo han sido el fusil de los guerrilleros o las trampas de bambú vietnamitas frente a los cañones, tanques y aviones imperialistas. (...)

Es perfectamente aplicable a los medios masivos en general lo que planteaba Lenin respecto a la prensa comunista, cuando proclamaba su necesaria oposición a la prensa burguesa mercantil, guiada por el individualismo y el afán de lucro, y proclamaba que la prensa comunista debía ser “no sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo.” (Acosta, 1973: 5-26).

### 3.4 Educación masiva o liberación popular

En su estudio sobre *La educación como imperialismo cultural* (1977), el investigador norteamericano Martin Carnoy contrapone el concepto de educación escolarizada adoptado por las teorías del desarrollo y la modernización al que se desprende de las teorías de la dependencia y del colonialismo. Desde aquí analiza, en términos económicos y políticos, el papel social asignado a las escuelas y a la educación en general en los Estados Unidos y por éstos a todos los países sujetos a su hegemonía, como los latinoamericanos:

En los últimos diez años, la política exterior de Estados Unidos se ha dedicado a la formación de una fuerza militar flexible capaz de contener a la Unión Soviética, imponer la hegemonía sobre los rivales europeos en el Medio Oriente y combatir con operaciones de contrainsurgencia y escaramuzas en cualquier parte del mundo. (...)

El papel de la escolarización formal en el reparto de los papeles sociales ya estaba bien establecido en el mundo para 1945. (...) En un esfuerzo para “ponerse a la par” de los niveles de desarrollo europeos, los países del Tercer Mundo trataron de formar una población culta y altamente calificada. Los ayudaron en esta empresa Estados Unidos y las antiguas potencias coloniales europeas, porque veían en la educación escolar un importante medio de ayudar a los centros periféricos a superar las dificultades políticas y al mismo tiempo crear una mano de obra especializada que sirviera para el proceso de industrialización. La principal influencia de Estados Unidos era y sigue siendo la insistencia en el adiestramiento científico y técnico y la formación de destrezas técnicas en las ciencias sociales y la administración de negocios. El Tercer Mundo ha creado mercados locales y ha decidido proteger la producción local. La reacción de los países adelantados ha sido invertir no sólo en la producción de mercancías no perecederas en la periferia (montaje de automóviles, refrigeradores, etc.) sino también en el tratamiento de materias primas que anteriormente se hacía en los mismos países adelantados. Todas estas inversiones forman un sistema capitalista mundial, de modo que su distribución y el tipo de bienes producidos son todavía función de las necesidades del centro central y de los centros periféricos. La educación escolar que acompaña a esta industrialización es, pues, también función de esas necesidades. (...)

Los cambios de carácter del imperialismo han tenido, pues, importantes efectos en la expansión de la educación formal en el Tercer Mundo. Pero poco o ningún cambio de estructura social ha acompañado a esta expansión. En Latinoamérica, donde se ha estado produciendo el crecimiento económico desde el siglo pasado, la expansión de la escuela formal acompañó la creciente industrialización y la necesidad de una fuerza de trabajo socializada. En algunos lugares -Argentina, Brasil y Chile-, esta expansión ocurrió primero, antes de la primera guerra mundial. Pero en Asia y Africa, y sobre todo en ésta, [y en otros

países latinoamericanos] la expansión de la escuela se está produciendo independientemente de la industrialización.(...)

El último intento por parte de los países adelantados, en particular también Estados Unidos, para resolver la “crisis educacional” es la introducción de la tecnología educacional. El fin declarado de la televisión educativa, la radio y la instrucción por computadoras es poner formas relativamente “baratas” de instrucción (TV, radio, computadoras) en lugar de las “caras”, como los maestros buenos (que no abundan), para que el mundo de los niños pueda recibir una instrucción formal sin pérdidas, y aun con mejoramiento, de la calidad.

En esta difusión de la educación formal está implícita la creencia fundamental en la capacidad que tiene el capitalismo de proporcionar trabajo a todo el mundo por medio del mercado y en la capacidad de la escolarización para hacer de seres humanos tradicionales, improductivos, elementos productivos del desarrollo capitalista. Ninguna de estas premisas parece sustentarse empíricamente. Al no haber logrado el desarrollo capitalista, sobre todo en los países periféricos, hacer que cada quien participe en el crecimiento económico, en especial frente a la creciente escolarización promedio y las expectativas resultantes, crea importantes contradicciones en esos países. (Carnoy, 1977: 57-59).

El empleo de los medios masivos de comunicación para extender la “modernización” a través de apoyos a los sistemas educativos en los países latinoamericanos fue, desde los años sesenta, una preocupación constante que dió lugar a innumerables proyectos, muchos de ellos importados de los Estados Unidos. Entre la extensa bibliografía que documenta estos intentos de establecer vínculos entre la comunicación y la educación masivas, seleccionamos sólo un caso, muy representativo: el de *Sesame Street* o *Plaza Sésamo*, por el papel que desempeñó la investigación en su diseño original y en su adaptación para América Latina, así como en la denuncia crítica de su implantación.

Armand Mattelart (1973b), Raúl Cremoux (1976) y Michèle Mattelart (1984), aportan datos sobre el origen del proyecto en Nueva York, en 1967, y sus características:

Durante más de una década, la Corporación Carnegie, junto con otras instituciones entre las que destacan la Oficina de Educación y el Instituto Nacional de Salud Mental, habían detectado un grave problema nacional cuya solución aún permanecía ignorada: el deteriorado contexto ambiental en que se desarrollaba buena parte de la población preescolar de los Estados Unidos de América. Contando con el financiamiento de la Corporación Carnegie, la señora Joan Ganz Cooney entregó (...) un informe intitulado *Los Usos Potenciales de la Televisión en la Educación Preescolar*. (...) Sólo tres meses más tarde se hacían todas las gestiones para formar lo que se conocería luego con el nombre de Children's Television Workshop. (...) Los departamentos fundamentales dentro de la composición del Taller de Televisión Infantil fueron dos: Producción e Investigación. El Area de Investigación se subdividía en dos objetivos. El primero consistía en saber hasta

dónde el programa de televisión mantendría la atención del televidente. Y el segundo, en determinar en qué medida se alcanzaban los objetivos de educación previstos. Así, en uno y otro caso se requerían estudios de *marketing* y de sondeos de penetración. (Cremoux, 1976: 64, 76 y 77)

Armand Mattelart da una gran cantidad de datos sobre los aspectos financieros y políticos de la serie, tanto en su producción norteamericana como en sus adaptaciones al español y el portugués:

...los expertos que fabricaron la serie educativa infantil *Sesame Street*, en menos de cuatro años de proyección, han realizado más de veinticinco investigaciones, han movilizado a más de un centenar de especialistas en conducta infantil, sociólogos, pedagogos y psicólogos para estimar si se están alcanzando los objetivos, cuidadosamente delineados con anterioridad, del nuevo producto para niños. Dentro de poco tiempo, datos similares procedentes de las evaluaciones efectuadas en los países del Tercer Mundo irán a abastecer las computadoras y los modelos cibernéticos de simulación de las universidades norteamericanas y ofrecerán al niño latinoamericano la explicación de su subdesarrollo mental y de su “complejo de inferioridad”. (...)

Para confeccionar los 130 primeros programas de *Sesame Street* en el curso de los años 1968-1970, el Taller Infantil gastó una suma de alrededor de los cuatro millones trescientos mil dólares y para mantener sus otras secciones de investigación y de evaluación desembolsó un suplemento de casi dos millones seiscientos mil dólares. Lo que eleva sus gastos totales a unos siete millones de dólares. En el año presupuestario 1970-1971, el taller produjo otros 145 episodios de *Sesame Street* y preparó su nueva serie para niños de siete a diez años, titulada *The Electric Company*. Todo lo cual hizo subir sus costos de producción a cuatro millones setecientos cincuenta mil dólares y sus otros gastos a más de dos millones. En el año 1971-1972, se empezó a fabricar los primeros 130 programas de la nueva serie y se siguió con la confección de otros 130 programas de *Sesame Street* con un desembolso total de siete millones setecientos mil dólares, más los gastos de sus demás secciones que treparon hasta tres millones seiscientos mil dólares. Lo que quiere decir que el presupuesto anual, en permanente crecimiento, del taller infantil bordeaba en 1972 los once millones de dólares. ¿De dónde proceden estos fondos? La mayor parte de las contribuciones tiene su origen en el gobierno norteamericano que las encauza a través de su Departamento de Salud, Educación y Bienestar. Las demás fuentes pertenecen directa o indirectamente a las fundaciones y a ciertas corporaciones industriales. (...)

Ahora bien, cuando la serial se inserta en la realidad de los países latinoamericanos, el producto cambia de estatuto. Primero, la financia en forma mayoritaria una corporación industrial; la adaptan, bajo asesoramiento de científicos latinoamericanos y norteamericanos, y la distribuyen organizaciones televisivas comerciales. Tal fue el caso de *Plaza Sésamo*: su adaptación fue pagada en un 60% por la Xerox, fue administrada por la empresa Producciones Barbachano Ponce SA, propietaria de cadenas televisivas, y está distribuída a nivel latinoamericano por el monopolio privado de la televisión mexicana, Televisa. El

fenómeno se repitió en Brasil donde, con el financiamiento principal de la Xerox, *Vila Sésamo* se convirtió en una coproducción del monopolio televisivo y periodístico O Globo de Rio de Janeiro y de la empresa TV Cultura de São Paulo. En segundo lugar, como en la mayor parte de los países latinoamericanos la televisión está dominada por grupos económicos, los compradores de este tipo de seriales pertenecen necesariamente a los dueños del capital televisivo. (...) A fin de cuentas, cuando aterriza en América Latina, a falta de cadenas con fines didácticos, *Sesame Street* escapa al circuito educativo y entra de lleno en el ámbito comercial donde viene a engrosar la reserva de los canales cuya racionalidad de hecho se opone -por lo menos formalmente- a los objetivos perseguidos por la serie educativa. (A. Mattelart, 1973b: 147, 166-167 y 172-173).

Con un poco más de distancia temporal (y también geográfica, pues escribe en París), Michèle Mattelart resume en 1984 las posiciones críticas mantenidas incluso al describir el proyecto:

Destinada a salvar las dificultades que presentan los niños de las minorías étnicas en su relación con la institución, *Plaza Sésamo* se propone hacer “de la pedagogía un placer”. Para enseñar el alfabeto, los números y ciertos conceptos básicos, recurre a los elementos de la cultura masiva que la televisión comercial popularizó entre su público infantil: mensajes publicitarios, dibujos animados, marionetas, comedias, etcétera. *Plaza Sésamo* tendrá un éxito enorme. Traducida a varias lenguas, circulará en la mayor parte de los países del mundo. (...) *Plaza Sésamo* fue la primera acción educativa que encauzó la relación entre educación/cultura masiva/tecnología hacia un mercado industrial. (...)

El lugar decisivo en la preparación y el advenimiento de la serie educativa *Plaza Sésamo* la tuvieron dos fundaciones en particular: la fundación Ford y la fundación Carnegie. Su compromiso se ubicará en la confluencia de tres problemas determinantes para la serie: A fines de los años sesenta dicho compromiso había precedido con mucha anterioridad al establecido por el Estado bajo la presión de un concurso de circunstancias particulares. Esos tres problemas son los siguientes: 1) ¿cómo puede resolver la crisis de la educación la tecnología audiovisual? 2) ¿cómo ponderar el impacto de un sistema televisivo abandonado a la dinámica de la racionalidad comercial? 3) ¿cómo restablecer una igualdad de oportunidades para los niños de las minorías étnicas en materia de educación? *Plaza Sésamo* será la culminación de las reflexiones, de los experimentos llevados a cabo y de las investigaciones conducidas por estas dos fundaciones acerca de estos problemas advertidos por ellas de manera muy precoz. Los objetivos de la serie, los métodos que usará, serán en gran medida tributarios de los principios de acción y de la filosofía que animará a las fundaciones en su recorrido a través de esos temas y el modo de enfrentar sus desafíos. (...) Para asegurar el encuadre científico permanente de la serie se crearon dos grupos de investigadores que correspondían a dos instancias de la investigación: la *formativa* y la *sumativa*. La primera, la investigación formativa, estaba destinada a calibrar la programación de los segmentos de la serie, asegurando al mismo tiempo el trabajo de evaluación de esos segmentos y del esquema de progresión de conocimientos que utilizaban para redefinirlos eventualmente, según las reacciones del joven público sometido a las

pruebas. La segunda, la investigación sumativa, se proponía evaluar los efectos y medir los conocimientos adquiridos por los niños sometidos a la serie educativa, después de haber establecido muestras significativas. (M. Mattelart, 1984: 101-102, 104 y 118).

El psicólogo Rogelio Díaz Guerrero encabezó en México el equipo de investigación responsable de la versión latinoamericana, titulada *Plaza Sésamo*. En un libro publicado en 1975, da cuenta detallada del aparato científico montado para el proyecto a partir de 1970.

El libro que ahora presentamos al público de México y los técnicos interesados en este campo, se divide en cinco partes: en la primera se reportan los estudios precursores; éstos se realizaron allá por el verano de 1971 y tuvieron por objeto determinar el nivel de desarrollo y de conocimientos de los niños de 3 a 5 años de distintas clases sociales, tanto en el Distrito Federal como en el campo mexicano. (...) En la compleja tarea de la investigación formativa para el desarrollo de un programa educacional, además de determinar las llamadas *baselines*, es decir, el promedio y la varianza de los conocimientos de los niños a los que se dirige el programa, existen muchas otras funciones en las que los psicólogos y los educadores pueden ser de servicio a los productores del programa. Un ejemplo nos lo dan las dos reuniones del Consejo Asesor Interamericano de Educadores de Plaza Sésamo; éste se reunió por primera vez el 18 de marzo de 1971 en Caracas, Venezuela. (...) El 8 de marzo de 1972, ahora en Macuto, Venezuela, frente a un hermoso océano, se reunió de nuevo el Consejo Asesor. (...) En la segunda parte de este libro se presenta el documento, al que se han integrado muchas de las recomendaciones recibidas del Comité Asesor; en él se analizan punto por punto y se definen operacionalmente los objetivos educacionales específicos, es decir, el currículo del programa de Plaza Sésamo. (Díaz Guerrero et al, 1975: 6-11).

La tercera parte de la obra expone los estudios de atención y la cuarta los estudios experimentales realizados. Finalmente, la quinta parte presenta el *script* del programa piloto y su crítica por los investigadores. Otros documentos “técnicos” del proyecto, correspondientes a la tercera etapa (1982) de *Plaza Sésamo*, son presentados en el número 12 de *Comunicación y Cultura*.

Otro proyecto de comunicación educativa de amplísima escala, aunque éste frustrado, es el documentado en *Comunicación y Cultura* No 3: un satélite educativo para América del Sur, cuyos “antecedentes” son ennumerados por Roberto Ballochi (1974). Queda claro que la iniciativa es norteamericana, canalizada a través de un organismo denominado Centro Audiovisual Internacional Vía Satélite (CAVISAT); que involucró a los ministerios de Educación de los países sudamericanos y después a la UNESCO y el PNUD y que, a pesar de cambios sustanciales hacia una iniciativa más propiamente regional, no se pasó de los “estudios de viabilidad”. Tanto Héctor Torres (1974) como Enrique Santos (1974), ambos colombianos, señalan en sendos artículos en el

mismo número las circunstancias e inconvenientes del proyecto CAVISAT para la soberanía nacional. Unos años después, Héctor Schmucler resumió así el proceso:

En 1969 se presenta en Chile el proyecto CAVISAT. Con la presencia de algunas universidades latinoamericanas, otras de Estados Unidos y empresas comerciales norteamericanas, se decidió efectuar estudios de factibilidad y promover la puesta en marcha del proyecto que incluía la elaboración de programas educativos, desde alfabetización hasta instrucción profesional y universitaria, destinados a niños y adultos en América Latina. Financiado por la COMSAT y otras empresas de Estados Unidos, entre ellas la General Electric, el proyecto CAVISAT provocó reacciones de los gobiernos latinoamericanos por la interferencia que significaba para la autodeterminación en el dominio cultural y educativo.

Los directivos del CAVISAT no creían en esas cosas y se dispusieron a llevar a cabo el proyecto mal que les pesara a los gobiernos de la región. Razones: a) el espacio orbital es libre; b) posibilidad, en un plazo breve, de disponer de satélites de transmisión directa que no requerirían de estaciones terrenas distribuidoras de la señal; c) posibilidad de reconocer y dar títulos académicos norteamericanos a los alumnos latinoamericanos. En enero de 1970, los ministros de Educación de la región andina, reunidos en Bogotá, formaron el Convenio Andrés Bello de “integración educativa, científica y cultural”. En las mismas jornadas, daban por tierra definitivamente con el proyecto CAVISAT al reafirmar “el derecho de cada país a determinar soberanamente su sistema educativo que es inalienable y rechazar cualquier intervención de gobiernos o entidades extranjeras mediante emisión vía satélite hecha sin el consentimiento previo y expreso de cada uno de los países destinatarios.”

La misma reunión de ministros resolvía solicitar al PNUD y a la UNESCO que, con la colaboración de la UIT, se efectuara un estudio de la factibilidad de un sistema de satélites para comunicaciones y desarrollo en la región andina. De allí surgiría, con la incorporación de tres países no pertenecientes al Convenio Andrés Bello, Argentina, Chile y Paraguay, el proyecto SERLA (Sistema de Educación Regional Latinoamericano). Tras numerosas reuniones y estudios, en 1973 el SERLA tuvo su punto culminante con la publicación de un “Diseño y metodología del estudio de la viabilidad de un sistema regional de teleducación para los países de América del Sur”. No pasó de allí: fue su último gesto grandilocuente. (Schmucler, 1982: 28-29).

Es necesario mencionar también, entre los proyectos de mayor alcance en el empleo de los medios de comunicación para la educación masiva, el caso de la Telesecundaria en México, investigada por Mayo y otros (1973) y luego por Montoya y Rebeil (1983), y los estudios del Centro de Teleducación (CETUC) de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1979).

Por otro lado, desde una óptica educativa micro-social, aunque en algunos casos hayan alcanzado una gran extensión, son innumerables las experiencias y los proyectos de comunicación realizados en América Latina, muchos de ellos íntimamente vinculados con la investigación. El papel de la Iglesia Católica en este campo, con muy diversas modalidades y circunstancias, ha sido muy activo y variado, aun como influencia a proyectos “laicos” de promoción y educación popular.

Indudablemente el aporte fundamental y más influyente ha sido el generado por Paulo Freire, de quien el prologuista de *La Educación como Práctica de la Libertad* (1969), Julio Barreiro, dice:

Paulo Freire fue profesor de historia y de filosofía de la educación en la Universidad de Recife, hasta 1964. Su interés por la educación de los adultos, en un país como Brasil, que urgentemente precisa de ella, se despertó hacia 1947 y empezó sus trabajos en el Nordeste, entre los analfabetos. Su conocimiento de las formas y métodos tradicionales de alfabetización bien pronto le parecieron insuficientes. Pecaban de los dos grandes defectos característicos de toda nuestra educación, sobre todo a niveles primarios y secundarios: se prestan a la manipulación del educando; terminan por “domesticarlo”, en vez de hacer de él un hombre realmente libre. Hacia 1962, Paulo Freire había realizado ya variadas experiencias aplicando el método que fuera concibiendo a lo largo de su trayectoria.

En muchos lugares, trabajando con campesinos, llegó a obtener resultados extraordinarios: en menos de 45 días un iletrado aprendía a “decir y escribir su palabra”. Alcanzaba a ser el “dueño de su propia voz”. Resultados de esta naturaleza impresionaron vivamente a la opinión pública y la aplicación del sistema se fue extendiendo con el patrocinio del gobierno federal. Entre junio de 1963 y marzo de 1964 se organizaron cursos de capacitación de “coordinadores” en casi todas las capitales de los estados. (...) El plan para el año 1964, en vísperas del golpe de Estado, preveía la inauguración de 2000 “círculos de cultura”, que se encontrarían capacitados, ese mismo año, para atender aproximadamente a dos millones de alfabetizados, a razón de 30 por círculo, abarcando cada curso una duración no mayor de dos meses. Se iniciaba así una campaña de alfabetización en todo el territorio del Brasil, a escala nacional y con proyecciones verdaderamente revolucionarias. En las primeras etapas alcanzaría a los sectores urbanos y en las siguientes a los sectores rurales.

Lógicamente, las clases dominantes no iban a tolerar esta transformación de una sociedad que, no bien accediera a las fuentes del conocimiento, no bien tomara conciencia, cambiaría radicalmente la estructura de Brasil. Esa misma lógica demuestra, *contrario sensu*, que la pedagogía de Paulo Freire corresponde admirablemente con la emergencia de las clases populares en la historia latinoamericana y con la crisis definitiva de las viejas élites dominantes. (Barreiro, en Freire, 1969: 9-11).

Exiliado en Chile, Paulo Freire recibió apoyo del gobierno de Eduardo Frei (1964-1970) para el desarrollo de sus investigaciones y la aplicación de su sistema. Fue allí que su pedagogía liberadora cobró dimensión mundial, gracias a la publicación en 1965 de *La Educación como Práctica de la*

*Libertad* (1969) y en 1968 de *Pedagogía del Oprimido* (1970). Desde Chile, Paulo Freire viajó a los Estados Unidos y luego se radicó en Ginebra, donde terminó en 1969 *¿Extensión o Comunicación?* (1973) y en donde trabajó con el Consejo Mundial de Iglesias coordinando y elaborando proyectos educacionales en varios países, principalmente africanos (Darcy de Oliveira, 1979). Regresó al Brasil en 1980. Poco después fue entrevistado por José Marques de Melo (Freire, 1982a):

El exilio me enseñó la latinoamericanidad. Pero la latinoamericanidad que aprendí en Chile, sólo fue viable en tanto que luego reaprendí mi *recifidad*. Fue la conciencia de lo nacional lo que me preparó para lo universal. El exilio me universalizó. Y digo esto sin sobreestimar el prestigio ganado. No, no. Lo digo existencialmente. El exilio me universalizó en tanto me dió la conciencia más profunda de mis profundas características de recifense, de nordestino, de brasileño. Fue mi recifidad que me hizo hombre de mundo. Y cuanto más me transformaba en hombre de mundo, tanto más pude crecer. (...)

Estoy sumamente interesado en estudiar el discurso popular. Sobre ello estudio con algunos lingüistas la sintaxis, la semántica y el uso de metáforas en el pueblo; cómo la abstracción se presenta en términos de lenguaje; el problema del lenguaje de clase y los valores de clase reflejados en el lenguaje; las dificultades que la juventud encuentra en relación al lenguaje; la lectura y la escritura; sobre todo el problema del silencio, de la represión que esa generación, hoy con 20 o 22 años, enfrentó y vivió durante la niñez. (...)

Es interesante que todo el lenguaje usado en la teoría de la comunicación, en la cibernética, es un lenguaje puramente ideológico y castrante. Siento mucho asombro cuando un hombre o una mujer de izquierda recurre a expresiones como “transmisor”, “receptor”, “medio”, “contenido” o “mensaje”. De por sí, ese lenguaje es ideológico: el transmisor es el sujeto que transmite el mensaje, el mensaje es el objeto suyo, propio, personal. Esto es profundamente peligroso. Es el medio adecuándose al receptor para ser más eficaz a la transmisión. Yo no empleo jamás esas expresiones. En mi lenguaje político-pedagógico no existe “receptor” que sea sólo “receptor”. Al aceptarlo, usaría el que usted usó hace un momento, “receptor” también “productor” de un cierto mensaje. Eso no puede pasar desapercibido para un liderazgo revolucionario. En este sentido, la revolución tiene que cambiar el ser mismo del medio. Tiene que originar los caminos del retorno. Dar voz a quien antes era un pueblo paciente. (Freire, 1982: 8-12).

Además, por supuesto, de sus aportaciones pedagógicas teóricas y prácticas, Freire formuló principios sobre las relaciones entre educación, comunicación y conocimiento que han sido muy influyentes sobre todo en lo que se desarrollaría en América Latina bajo las denominaciones de «comunicación participativa», «comunicación popular», «comunicación alternativa», que revisaremos un poco más adelante. Pero también en los proyectos de comunicación de la Iglesia Católica, tanto en sus formulaciones “oficiales” (CELAM, 1984; 1986) como en la inspiración de

las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y de la Teología de la Liberación. En *¿Extensión o Comunicación?* apunta Freire:

El sujeto pensante no puede pensar solo: no puede pensar sin la coparticipación de otros sujetos, en el acto de pensar, sobre el objeto. No hay un “pienso” sino un “pensamos”. Es el “pensamos” que establece el “pienso” y no al contrario. Esta coparticipación de los sujetos en el acto de pensar se da en la comunicación. El objeto, por esto mismo, no es la incidencia final del pensamiento de un sujeto, sino el mediatizador de la comunicación. De ahí que, como contenido de la comunicación, no puede ser *comunicado* de un sujeto a otro. (...)

La educación es comunicación, es diálogo, en la medida en que no es la transferencia del saber, sino un encuentro de sujetos interlocutores, que buscan la significación de los significados. (Freire, 1973: 74-75 y 77).

En otra entrevista, sostenida en 1987 con Anamaría Fadul, Paulo Freire expresa algunos otros elementos definitorios de su trayectoria, que desde su regreso al Brasil ha producido nuevos libros (Freire, 1982b; 1984; 1985, 1987a, 1987b):

Si en 1987 yo fuera la misma persona de los años cincuenta en Brasil y en los sesenta y setenta en el exilio, habría dos explicaciones: o era un genio o era un desastre; genio sé que no soy y mediocre tampoco. Soy y no soy la misma persona, porque somos y no somos lo que fuimos, ya que nunca fuimos verdaderamente, siempre estamos en proceso. La práctica me enseñó que debería ser mucho más crítico, pues en algunos momentos resbalaba hacia una posición idealista. En *Educación como Práctica de la Libertad* no hablé ni una sola vez de clase social. Ya en *Pedagogía del Oprimido* ese concepto aparece muchas veces. Por tanto, en mi obra nunca hablé del oprimido en términos individuales. Fundamentalmente soy el que era, aunque creo que avancé en claridad, en la comprensión marxista de la educación y de la realidad.

Busqué a Marx, lo que no había hecho en *Educación como Práctica de la Libertad*, “a petición” de los campesinos, de los obreros. Fue la dura y fría realidad de los barrios pobres de Chile, de Bolivia, las agudas miserias del Nordeste brasileño las que me remitieron a la obra de Marx, cuya lectura iluminó mi percepción de esas realidades. Comencé a percibir mejor mi percepción anterior, corriendo menos el riesgo de parecer idealista. Sin embargo, mi encuentro con Marx no mató el gusto de mi encuentro con Cristo. (...) Un buen marxista, y hay muchos en América Latina, me podría decir: vives un poco contradictoriamente, pues tu postura pedagógica es correcta ya que tiene fundamentos marxistas, pero cuando crees en un a-priori de la historia, no eres marxista. La cuestión fundamental es que no acepto la obra de Marx ni como Biblia ni como catecismo, porque el mismo Marx ya decía que la única cosa que sabía es que no era marxista. Mi postura es cómo enfrentar un pensamiento que se generó en la historia. (Freire, 1987c: 89-90).

Una buena síntesis de la aportación teórico-metodológica freireana a la investigación de la comunicación-educación fue publicada en 1975 por Joao Bosco Pinto, Miguel Arnulfo Angel y Víctor Reyes, del departamento de investigaciones del Instituto Colombiano de Desarrollo Social (INCODES):

El origen histórico de la investigación temática está vinculado con el trabajo de la educación de adultos del pedagogo brasileño Paulo Freire, en base a un método psicosocial. Quienes están dedicados a la práctica de este método se han dado cuenta de su riqueza metodológica y han empezado a formular con mayor claridad sus supuestos teóricos y desglosar su desarrollo como metodología investigativa y como práctica social. Actualmente, se está utilizando la investigación temática en EEUU, Colombia, Chile, Perú, Bolivia, Venezuela y otros países, la misma que nació en parte como fruto de una insatisfacción con las metodologías tradicionales de investigación social.

La investigación temática implica una epistemología que es dialéctica, busca un conocimiento científico de la realidad, no un conocimiento puro y real de ella; tiene como objetivo el estudio de la creación cultural de las comunidades. La investigación temática, de acuerdo a las exigencias, reconoce también tres niveles de investigación, a saber: descriptiva, analítico-reductiva e histórico-genética.

Este tipo de investigaciones, metodológicamente se puede dividir en tres momentos: el primero que se conoce con el nombre de “momento investigativo”, que a su vez se subdivide en etapa previa, en la que se forma el grupo de investigadores; primera etapa, en la que se determina y reconoce el área de trabajo; la segunda etapa, en la que se toman los primeros contactos con los grupos naturales existentes, se realizan observaciones del modo de vida, se hace un inventario de ellas y luego se discuten; la tercera etapa, en la que se discuten los temas codificados en los círculos de investigación con miembros de la comunidad, además se verifica la temática con algunas técnicas de medición y se ordena el material recogido para el análisis.

El “momento de tematización” consta de dos etapas: en la primera se hace un análisis crítico del universo temático recogido en los círculos de investigación y se forman unidades pedagógicas de temas transformados en problemas analíticos para ser presentados a la comunidad. La segunda etapa se refiere a la elaboración de los códigos de los temas a tratar, se prepara a los coordinadores de los círculos de cultura, de textos guías y de material didáctico. El “momento problematizador” consta también de dos etapas: en la primera se presentan y discuten con la comunidad los programas a realizarse y en la segunda se decodifica la temática en círculos de cultura o pequeños grupos pedagógicos. (Bosco Pinto et al, 1975: 11-12).

Los estudios *sobre* la obra de Freire y su aportación al estudio y la práctica de la comunicación latinoamericana son múltiples. Entre ellos, mencionaremos el del brasileño Venício A. De Lima, *Comunicación y Cultura: las ideas de Paulo Freire*, presentado como tesis doctoral en la

Universidad de Illinois en 1979 y publicado en Brasil dos años después. De Lima hace notar que Freire se refirió explícitamente a la comunicación sólo en *¿Extensión o Comunicación?* y sin embargo su contribución es importantísima al campo.

(...) este trabajo argumenta implícitamente que las ideas de Freire constituyen un vigoroso desafío intelectual para quienes mantienen un compromiso con la liberación del hombre. Freire es un hombre religioso y su pensamiento está imbuído de optimismo y fe en los seres humanos. Él siempre creyó que, a pesar de todas las adversidades y obstáculos, el hombre, un día, será libre. Es en este sentido que él es utópico. Pero su utopía, como señaló Pierre Furter, no tiene nada de ilusorio, de fantástico o intangible; se trata de una utopía revolucionaria, que significa un “rechazo a aceptar ese *status quo*; contestación, revaluación y exigencia de lo posible y de lo grandioso, en oposición a lo mediocre” (De Lima, 1981: 129)

Otra aportación teórico-metodológica latinoamericana en el campo de la comunicación educativa, también extendida en múltiples proyectos en diversos países, fue la sistematizada por Francisco Gutiérrez en *El Lenguaje Total, Pedagogía de los Medios de Comunicación* (1972), *Pedagogía de la Comunicación* (1974) e *Ideogenomatesis en el Lenguaje Total, Praxis del Método* (1975). Basada tanto en fuentes europeas como en Freire, la metodología de Gutiérrez, centrada en la elaboración y estudio analítico de un “núcleo generador”, pudo ser ampliamente experimentada tanto en situaciones escolarizadas como comunitarias. Después de revisar “20 años de lenguaje total” en un artículo reciente, Gutiérrez resume:

Las experiencias de la Pedagogía de la Comunicación con los sectores populares llevan al convencimiento de que lo situacional del hombre es doble solo en la esfera de la producción, en esa totalidad concreta en la cual cotidianamente se inserta el hombre para hacer y para ser. De allí que será en el contexto de los procesos productivos en donde la Pedagogía de la Comunicación logrará encontrar nuevos derroteros y las nuevas pistas derivadas de los retos de una búsqueda obligante y esperanzadora.

Es un hecho palpable que el sistema dominante viene apoyando, con mucha fuerza y contenido económico, a lo largo y ancho de América Latina, a numerosos grupos productivos desde la dimensión economicista con la pretensión de superar así el conjunto de problemas sociales que afectan a las mayorías pauperizadas. Contra estas medidas impulsadas por los gobiernos y por las transnacionales, surgen experiencias productivas populares con una concepción de desarrollo no impuesto sino nacido de las propias organizaciones y movimientos populares.

En esta concepción de desarrollo se destaca como ingrediente básico “el equilibrio entre los factores que dan contenido económico y los principios que le dan contenido social”. El logro de este equilibrio supone que aunque la actividad productiva se constituya en el eje principal del proceso, esta tiene necesariamente que estar enmarcada en un contexto

sociopolítico con claros alcances organizativos tendientes a la constitución de movimientos sociales concretos.

Es evidente que los elementos de esta nueva forma de pensar el desarrollo y la vida social, llevan implícitos innumerables desafíos que es preciso vencer para constituirse verdaderamente en movimientos sociales con posibilidades de transformación.

En resumen, la adecuada integración de los criterios economicistas con los de rentabilidad social, exige inventar y poner en marcha formas alternativas de producción que puedan insertarse en el mercado capitalista dependiente. Gestar y producir, por ejemplo, nuevas propuestas tecnológicas, redes de comercialización que materialicen la unidad de los productores populares, capacidad colectiva para planificar aspectos básicos de la vida comunal, y todas aquellas innumerables iniciativas que la creatividad popular diseñe para que sus portadores sean cada día más dueños de sus destinos. (Gutiérrez, 1990: 45).

Por otro lado, están también las múltiples experiencias de educación popular a través de la radio, que tienen su origen en el formato de las “escuelas radiofónicas” creado en Colombia por el sacerdote Joaquín Salcedo en 1947, mediante Acción Cultural Popular (ACPO) y “Radio Sutatenza”, documentadas y evaluadas por V. Marie Primrose (1965), Hernando Bernal (1967), Luis Ramiro Beltrán (1975), Juan Braun (1975) y Patricia Anzola (1982). En Bolivia, la organización de estos proyectos giró en torno a Escuelas Radiofónicas Bolivianas (ERBOL), según los estudios de Tirado y Retamozo (1977) y Ronald Grebe et al (1989). En Chile, el Secretariado de Comunicación Social (SEDECOS) impulsó investigaciones como las de Raymond Colle (1973; 1975) y realizó una evaluación de la educación de adultos por radio en Honduras, Ecuador, Guatemala y Chile (SEDECOS, 1976). En Ecuador se cuenta con el estudio de Braun (1976) y en Brasil con los de Horta (1972), FEPLAM (1980) y Piovesan (1986). Finalmente, sobre experiencias de radiodifusión en zonas indígenas, algunos estudios son los de Albó (1974) y Quiroga y Albó (1974) en Bolivia y el de O'Sullivan (1975) en México. En años más recientes, pueden mencionarse los trabajos de Orlando Encinas (1982), María Cristina Mata (1982), Antonio Cabezas (1984), López Vigil et al (1984), José Pérez Sánchez (1984) y Jorge Villalobos (1989).

En 1982, la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER) publicó los resultados del proyecto ASER (Análisis de los Sistemas de Educación Radiofónica), dirigido por Eduardo Contreras, cuyo objetivo

consistió en explorar la problemática global de la educación radiofónica en América Latina, asegurando un carácter participativo de las propias instituciones, retroalimentando su acción educativa-promocional y generando una capacidad investigativa al interior de cada una. La investigación estuvo también destinada a suplir deficiencias de investigaciones

“externas” que habían estudiado sólo aspectos parciales de las instituciones de educación radiofónica afiliadas en ALER.

ASER constituye una experiencia pionera en el campo de una investigación sistemática y comparada del contexto, estructura y funcionamiento de 27 instituciones de educación radiofónica del continente. (Contreras, 1982: IX-X).

La ALER, muestra muy representativa del desarrollo de una organización continental surgida de iniciativas populares y de la Iglesia Católica alrededor de proyectos de comunicación, “es una asociación privada fundada en 1972, que integra a 41 instituciones de educación radiofónica de 17 países de Latinoamérica. Estas instituciones, con una orientación cristiana, trabajan en los ámbitos de la educación de adultos, la comunicación y la promoción de las organizaciones de base; en áreas rurales y sectores urbanos marginales” (ibid: 1-2).

En 1986, CIESPAL publicó una recopilación bibliográfica en tres tomos sobre Comunicación, Educación y Cultura Populares en América Latina (CIESPAL, 1986a, 1986b y 1986c). En el tercer tomo, correspondiente a la educación popular, se incluyen 200 resúmenes bibliográficos y un ensayo introductorio de Milton Ortega, una parte del cual puede servir para concluir esta sección:

La educación popular no está planteada en los sectores comprometidos con ella como algo aislado del contexto político. En la misma intencionalidad y quizá en la motivación generadora está el cambio del modelo político.

La educación para que sea popular, comunitaria, debe ser liberadora y democrática. En esta relación recíproca se juegan todas las experiencias en las naciones pobres de Latinoamérica y de otros países del Tercer Mundo.

La acción impugnadora que veíamos en la educación y comunicación populares no apunta al cambio individual de sus actores, sino va hacia la formación social, al cambio radical de las estructuras opresoras a nivel político; esta lucha no se encuadra únicamente al interior de las naciones, sino que hoy se ha vuelto una lucha internacional. Esta impugnación, entendida como camino, proceso, se alimenta de momentos rutinarios y excepcionales.

En la educación popular no podemos despreciar los productos provenientes de la utilización de medios de comunicación alternativos como el mimeógrafo artesanal, cartel, cartelera, cabinas radiofónicas, asambleas y demás técnicas participativas.

La investigación en la educación y comunicación populares debe ir unida a los aportes de las ciencias sociales y a la práctica educativa de los sectores populares, esclareciendo cada vez más la intrincada red de formación socio-económica y procesos culturales, educativos o comunicacionales.

La educación liberadora-democrática va profundamente relacionada con las otras formas alternativas en otros espacios de la realidad social, como las propuestas metodológicas de investigación-acción participativa, autogestión, autodiagnóstico y en medio de estas variables se entiende con mayor rigurosidad -incluso teórica- el proceso social y la utopía planteada. (Ortega, 1986: 27-28).

### 3.5 Imperialismo cultural y comunicación alternativa

Con precisión variable tanto en los conceptos como en los referentes, durante los años setenta se realizaron muchos intentos en las ciencias sociales para dar cuenta de los procesos de cambio tanto desde escalas “macro” (nacional, internacional) como desde múltiples escalas “micro” (regionales, locales, comunitarias). En el campo de la comunicación, también con distintos grados de precisión, se acuñaron términos y detrás de ellos se constituyeron “corrientes de estudio” que muy pronto tuvieron que ser reformulados y rearticulados, tratando de vincular los enfoques “macro” con los “micro”. En la primera de estas escalas, de alcance global, puede ubicarse el estudio del «imperialismo cultural», que muy precozmente fue relacionado en América Latina con esfuerzos de conceptualización de escala “micro”, englobados a su vez en lo que se llamó «comunicación alternativa». Ninguno de los dos términos ni las corrientes que nombraban logró definiciones consensuales y suficientemente sólidas, pero las experiencias y los debates suscitados impulsaron la investigación de la comunicación hacia enfoques más amplios durante los años ochenta, tanto alrededor de la “transnacionalización de la cultura” como de la “comunicación popular”.

*Comunicación y Cultura* dedicó en 1979 su número 6 al Imperialismo Cultural, tema que los directores (Armand Mattelart y Héctor Schmucler) introdujeron en términos críticos, según las que en adelante serían perspectivas teóricas muy influyentes, siguiendo a Gramsci:

A fuerza de repetirse, la expresión “imperialismo cultural” ha adquirido un valor casi ecuménico y, por lo tanto, pocas veces se intenta volver sobre su verdadera significación. Sin embargo, las luchas liberadoras y revolucionarias mantenidas por diversos pueblos en las últimas décadas han mostrado un hecho que merece meditar: en el campo de la cultura es infinitamente más fácil constituir frentes nacionales antiimperialistas que establecer estrategias unificadas para los procesos que se desarrollan en ese terreno. Si la coincidencia es total para señalar al enemigo exterior y la índole de sus agresiones, se multiplican las fracciones cuando se trata de postular actitudes precisas en los lugares específicos donde se verifican las batallas ideológicas.

Como todo concepto, el de imperialismo cultural está marcado por las condiciones concretas (materiales) de su gestación. Un análisis cuidadoso de las disímiles respuestas ofrecidas por los distintos sectores de la sociedad a la penetración y el dominio de la cultura imperialista, permitiría detectar el paralelismo de las definiciones intentadas por cada grupo y la situación de ese grupo en el conjunto social. No sería extraño, en ese caso, observar en el enfoque de la “dominación cultural” las mismas contradicciones que las existentes en la aproximación que realizan sobre el proceso nacional en su totalidad.

Cuando se considera la realidad desde la perspectiva de los intereses actuantes a nivel nacional e internacional, no siempre se tiene suficientemente en cuenta que las fuerzas imperialistas constituyen sólo uno de los polos de la contradicción y que el otro polo, el país llamado “dependiente”, está constituido por grupos sociales en conflicto. De las contradicciones, alianzas y antagonismos de clases y fracciones de clases que se manifiestan en este último polo, van a depender las respuestas que se ofrezcan a la agresión. Cada vez más resulta necesario volver nuestra mirada sobre las situaciones de los países particulares, pues en la actualidad la dominación no resulta sólo de la fuerza del dominador, sino -y fundamentalmente- de los sectores que en el polo dominado se identifican con el enemigo exterior para vivir como propios los intereses y las concepciones del otro. (*Comunicación y Cultura* No 6, 1979: 3-4).

La mayor parte de los artículos publicados en ese número de *Comunicación y Cultura* fueron presentados en la Conferencia Internacional sobre Imperialismo, Cultura y Resistencia Cultural, realizada en Argel en octubre de 1977. Entre ellos, el de Bernard Cassen (1979) denuncia a “la lengua inglesa como vehículo del imperialismo cultural”, partiendo de la definición que sobre éste ofrece Herbert Schiller:

conjunto de los procesos que introducen a una sociedad en el seno del sistema moderno mundial y la manera en que su capa dirigente es llevada, por la fascinación, la presión, la fuerza o la corrupción, a modelar las instituciones sociales para que correspondan a los valores y a las estructuras del centro dominante del sistema o a convertirse en su propagandista (Schiller, 1976 en Cassen, 1979: 75).

No deja de ser interesante la importante contribución de investigadores críticos norteamericanos y europeos en la formulación y desarrollo latinoamericano de la temática del imperialismo cultural (luego continuado, entre otras líneas, como “imperialismo de medios”, Tunstall, 1977). Por ejemplo, el mismo Herbert Schiller publicó en 1970, en los Estados Unidos, un libro que sería muy difundido y citado en América Latina: *Mass Communications and American Empire*, traducido como *Comunicación de Masas e Imperialismo Yanqui* (1976b) y los investigadores finlandeses Kaarle Nordenstreng y Tapio Varis (1976) realizaron para la UNESCO un informe sobre la circulación de los programas de televisión en el mundo. De estos investigadores, *Chasqui* publicó varios aportes tempranos (Nordenstreng y Varis, 1974; Varis y Salinas, 1977), antecedentes directos de estudios muy difundidos, como el de Livia Antola y Everett Rogers (1984) o *Comunicación Dominada* (1980), de Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox. En todos estos trabajos, y en muchos otros del mismo género, hay datos muy detallados e interpretaciones muy críticas sobre la “invasión cultural” de América Latina por los Estados Unidos (Muraro, 1985).

Armand Mattelart fue uno de los primeros, y seguramente el más importante, de los investigadores que desde América Latina plantearon los problemas de la transnacionalización de la cultura y la

comunicación no sólo en los medios masivos sino también en la tecnología, el entretenimiento y el turismo (1974), en la “industria” publicitaria, mercadotécnica y de la investigación comercial (1975), en la electrónica “pesada”, las tecnologías espaciales, la educación, la política, la propaganda y el espionaje (1977). No obstante las deformaciones que sus trabajos fueron sufriendo en la amplísima difusión que tuvieron en Latinoamérica, Mattelart no dejó nunca de advertir las necesarias reservas críticas que son mucho más claras en sus obras más recientes (Mattelart, Delcourt y Mattelart, 1984; Mattelart y Stourdze, 1984; Mattelart y Mattelart, 1987; Mattelart, 1989). En el citado número 6 de *Comunicación y Cultura*, señalaba, en 1979:

Un primer peligro acecha a los análisis del imperialismo y, más en particular, del imperialismo cultural e ideológico. Sin querer, muchos consagran y, de hecho, convalidan el mito de su omnipotencia y omnisciencia. Los estudios críticos del imperialismo a veces suelen ser víctimas de una especie de “contrafascinación” del poder. Los productos culturales que se bombardean desde las metrópolis son tantos que, en principio, deberían ahogar cualquier resistencia posible. Si de algunas denuncias e, incluso, de ciertos análisis se desprende esa visión casi apocalíptica es porque el imperialismo es tratado como un *deus ex machina*. Fórmula cómoda, en la medida en que puede servir para explicar, incorrectamente, el fracaso de ciertas estrategias para enfrentar al imperialismo, del tipo: “el enemigo era tan fuerte que resultaba invencible”.

Los bombardeos se realizan siempre en contra de un actor social. Los procesos, cuando se consideran al margen de las condiciones concretas de las luchas sociales, sin un análisis de clases, crean necesariamente la impresión de que el avance victorioso del enemigo es fatal ¿cómo precaverse contra tales errores de análisis?

Una primera medida terapéutica consiste en evitar confundir la lógica de la supervivencia del capitalismo con la ineluctabilidad de sus triunfos. El proceso de acumulación de capital requiere de formas cada vez más perfeccionadas de control social y de modalidades cada vez más totalitarias. El objetivo de lo que se llama “imperialismo cultural” es contribuir a la creación de un modelo de ciudadano que sea apropiado a la era del capitalismo. El refuerzo de los instrumentos de dominación cultural, que algunos interpretan como un signo de salud del capitalismo, pone también de manifiesto sus intentos por dar respuesta a una situación de crisis en la cual la obtención de beneficios tiene que enfrentarse, cada vez más, con el escollo del ascenso de las luchas sociales. No hay que confundir el ciclo inexorable de la expansión del capital creado por el proceso de acumulación y la necesidad de obtener beneficios, con la imagen abrumadora de su marcha triunfalista.

Una segunda medida terapéutica consiste en volver a una perspectiva aparentemente elemental y situar al imperialismo y su acción en el juego de las distintas relaciones de fuerzas. El imperialismo sólo puede actuar en la medida en que es parte integrante del movimiento de las fuerzas sociales nacionales. En otros términos, las fuerzas externas no pueden introducirse y ejercer su acción deletérea en una nación sin la mediación de las

fuerzas internas; sólo no podrían desempeñar un papel decisivo. Plantear el problema del imperialismo es, pues, plantear también el problema de las clases que le sirven de sostén en las diversas naciones y, al mismo tiempo, sopesar la relación de las clases dominantes con la metrópoli, su grado de dependencia respecto de la potencia hegemónica. En estos tiempos en que florecen las denuncias sobre empresas multinacionales, es urgente interrogarse acerca de la noción de “cultura nacional”, esa cultura que, como señalaba Lenin, es elaborada y administrada por las clases dominantes de cada nación. Estas precauciones nos evitan asimilar realidades tan diferentes como la francesa y la brasileña, por ejemplo, frente a la hegemonía norteamericana y recuperar la especificidad del compromiso imperialista con las diversas burguesías locales.

Tal enfoque tiene el mérito de reconciliar el estudio del macrosistema multinacional que domina las relaciones entre las naciones, con el de las distintas realidades nacionales donde, a través de relaciones de clase específicas, y en una situación determinada de las fuerzas productivas, se manejan las alternativas de lucha contra el poder imperialista. (Mattelart, 1979: 9-10).

Un buen número de las investigaciones que sobre las estructuras de propiedad y de control de los medios masivos se realizaron en casi todos los países latinoamericanos a partir de los años setenta tomaron esta línea: la que vincula los “poderes” de las burguesías nacionales con las empresas transnacionales y los intereses políticos y económicos norteamericanos. *Neocapitalismo y Comunicación de Masa* (1974) de Heriberto Muraro, es uno de los ejemplos más importantes en este sentido. Sin embargo, la misma relación dialéctica fue a veces ignorada, al dejarse de lado en ciertos análisis la consideración “nacional” de las relaciones entre los detentadores de los medios y las clases medias y populares, “receptoras” de los mensajes difundidos por ellos.

Algunos de los estudios sobre las estructuras nacionales de propiedad y de control de los medios fueron los elaborados, por ejemplo, por Fátima Fernández Christlieb (1976; 1978; 1981; 1982) en México; por Heriberto Muraro (1973; 1973-1974; 1976) en Argentina; por Lugardo Alvarez y otros (1975), Elizabeth Fox (1978; 1982) y Eduardo Ramos (1979) en Colombia; por Juan Gargurevich (1972; 1976; 1977) en Perú; por Abelandia Rodríguez (1976) y Diego Portales Cifuentes (1978; 1981) en Chile; por Sérgio Caparelli (1980) y Elvira Federico (1982) en Brasil; por Joaquín Santana (1976) en Cuba; por Antonio Pasquali (1963; 1970) y Oswaldo Capriles (1976a; 1976b) en Venezuela. Buena parte de estos estudios se vincularon ya, directamente, con la investigación que giró en torno al diseño de políticas nacionales de comunicación, que revisaremos después.

Las coyunturas políticas y la cobertura (y hasta intervención) de ellas por los medios masivos, fueron también investigadas, a veces en relación con el imperialismo cultural y la actuación de las

agencias transnacionales y en ocasiones más bien en términos de la dominación a escala “nacional”; algunos estudios pueden considerarse muestras del más puro “denuncismo”, mientras que otros significaron aportaciones metodológicas o axiológicas considerables. Unos cuantos ejemplos de éstos últimos, todos de alguna manera relacionados con los regímenes autoritarios en los países del cono sur o sus antecedentes y consecuentes inmediatos son los trabajos de Eliseo Verón (1969b, 1973 y 1974c); Margarita Graziano (1974); Schmucler y Zires (1978); Patricia Terrero (1982) y Ariana Vacchieri (1986) sobre Argentina; los de Abelanda Rodríguez (1975); Gilberto Giménez (1975) y Giselle Munizaga (1981) sobre Chile; los de Cremilda Araujo Medina (1977); Bernardo Carvalho (1981); María Luisa Mendonça (1983) y Sérgio Mattos (1984) sobre Brasil.

A mediados de los setenta los estudios críticos sobre los flujos informativos transnacionales y las consecuentes documentación y denuncia de los desequilibrios mundiales y la dependencia informativa de América Latina, constituyeron otra aportación importante, luego relacionada con las propuestas de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) sobre todo desde la UNESCO. Dos centros de investigación destacaron especialmente en este campo: el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO) de la Universidad Central de Venezuela, creado por Antonio Pasquali en 1971 y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), establecido en México en 1976.

En Venezuela la larga tradición político-académica de los periodistas y la alta significación de sus organismos gremiales (Díaz Rangel, 1987: 447-452), contribuyeron a que desde los años sesenta fueran formulándose ahí una serie de problemas con la información internacional que en las siguientes décadas serían extensamente investigados. Entre los trabajos precursores venezolanos se cuentan *Pueblos Subinformados* (1976) de Eleazar Díaz Rangel, originalmente publicado en 1966 y reeditado diez años después, *El Imperio de la Noticia* (1982) de Héctor Mujica, cuya primera edición es de 1967, e *Información, Dependencia y Desarrollo* (1976) de José Antonio Mayobre.

El ILET fue establecido en México en 1976, como “una organización no gubernamental sin fines de lucro”. Sus “objetivo fundamental” fue definido los siguientes términos:

desarrollar estudios e investigaciones pragmáticas sobre los fenómenos transnacionales y, en particular, sobre la estructura transnacional de poder que actúa en el interior de la mayoría de los países del Tercer Mundo. Inicialmente, el ILET tiene definidas dos áreas principales de trabajo: “información y dependencia” y “empresas transnacionales”.

El papel del ILET fue sumamente importante en los debates internacionales sobre las políticas nacionales de comunicación y el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación. Su director ejecutivo, el chileno Juan Somavia fue, junto a Gabriel García Márquez, uno de los dos latinoamericanos que formaron parte de la Comisión Internacional sobre Problemas de Comunicación constituida en 1976 por la UNESCO bajo la presidencia de Sean MacBride (MacBride et al, 1980). Algunos de los libros más representativos de la producción del ILET en México, ampliamente difundidos, son: *La Información en el Nuevo Orden Internacional* (1977a) y *La Noticia Internacional* (1977b), compilados por Fernando Reyes Matta; *Iglesia, Prensa y Militares* (1978), del mismo y Rafael Roncagliolo; *El desafío jurídico de la comunicación internacional* (1979), compilado por Alberto Ruiz Eldredge; *Trampas de la información y neocolonialismo* (1979) de Gregorio Selser y Rafael Roncagliolo; *Compropólitan: el orden transnacional y su modelo femenino* (1980) de Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo; *Poder Económico y Libertad de Expresión* (1981a) de Diego Portales Cifuentes; *Comunicación Transnacional, conflicto político y cultural* (1982), compilado por Diego Portales; *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (1983), otra compilación de Fernando Reyes Matta; *América Latina en la Encrucijada Telemática* (1983) de Armand Mattelart y Héctor Schmucler; *Los laberintos de la crisis* (1984) de Alcira Argumedo; y *La Era Teleinformática* (1985), compilado por Gabriel Rodríguez. Estos dos últimos fueron ya editados en Argentina, una vez que la mayor parte de los investigadores chilenos, peruanos y argentinos que se habían exiliado en México y trabajaban en el ILET, habían regresado a sus países de origen.

Como insinúan los mismos títulos de los libros, las investigaciones del ILET fueron transitando, sin perder su eje central (los fenómenos de la transnacionalización) de una preocupación casi exclusiva por la circulación de la información en el mundo, hacia problemáticas más complejas, como las referidas a la comunicación alternativa y las nuevas tecnologías de información y comunicación en América Latina, teniendo siempre presente el estudio del poder. Este “tema” del poder fue casi una obsesión para los estudiosos de la comunicación en la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta. Uno de los más notables intentos por no separar en la teoría y en la investigación las escalas “macro” y “micro” de la dominación a través de la comunicación, fue publicado en 1978 por CIESPAL: *Comunicación Masiva: discurso y poder* de Jesús Martín Barbero, de cuya primera parte: “El debate latinoamericano sobre comunicación masiva”, extraemos algunos párrafos ilustrativos:

Como toda teoría viva, la reflexión crítica latinoamericana sobre la comunicación esta atravesada por tensiones y contradicciones múltiples. Al no ser un juego de espejos sino una práctica, su índice de verdad, su fuerza, no reside tanto en su validez lógica como en su capacidad de construir lo real. Y las huellas que ese trabajo de “lo real” deja en la reflexión,

dan cuenta, en negativo, del esfuerzo por romper el cerco y de la incidencia de las condiciones de producción sobre el producto. (...)

Lo exógeno no son los productos que se consumen sino las estructuras de producción de los conocimientos y de la existencia social toda. Es por esto que la pregunta de base, la que irrita, es la que interroga sobre el papel histórico que las ciencias están jugando, y más particularmente las llamadas sociales, en la dinámica ideológico-cultural de la dominación de clase dentro de la región. (...)

En pocos campos del saber la fascinación de lo científico está tan viva y a la moda como en el de las comunicaciones. Y es mucho lo que tiene que ver con ello la resistencia, la incompreensión y la violencia de los ataques con que fue recibida la crítica. (...)

La conclusión tenía que ser radical: cambiar de perspectiva exige no sólo cambiar de método, ya que una aproximación crítica al fenómeno de la comunicación no puede ahorrarse el cuestionamiento de la matriz epistemológica-teórica de esa "ciencia". Lo metodológico no es autónomo, su coherencia lógica es parte del proyecto teórico, de una particular concepción del objeto a partir del cual ciertos problemas son formulables y abordables y otros no. (...)

Un cierto agotamiento, una sensación de círculo y de repetición afecta hoy al estudio de las comunicaciones masivas. El aplastamiento de los pueblos del cono sur en los que se gestaba la reflexión más vigorosa, junto con los impases que dividen y gastan a las izquierdas, han llevado el estudio o a un academicismo en el que los problemas, reducidos a fórmulas, son vaciados de todo mordiente sobre la realidad, o a un oportunismo político que está de moda utilizar el tema desde otras fórmulas no menos simplonas. Se hace necesario sacar la problemática tanto de las limitaciones formales que le impone el esquema cibernético-lingüístico como de la estrechez a la que le ha conducido cierto análisis político en la teoría y en las posibilidades de intervención sobre el proceso. Porque tanto un esquema como el otro se han vuelto ineficaces para dar cuenta del espesor y la complejidad de los fenómenos. Y para ello es necesario seguir de cerca el acontecimiento pero también el desarrollo actual de las ciencias humanas, de la antropología y la sociología de la cultura, de la semiología y el psicoanálisis. Necesitamos una revisión crítica de los fundamentos y una ampliación del campo de los "objetos". (...)

De lo que se trata entonces, al estudiar las comunicaciones, los procesos de producción y consumo de la significación, de la cultura, es de desmontar la lógica social que codifica, da sentido al proceso de producción global. (...)

Sólo si la comunicación es pensada como el espacio de un trabajo social cuyas condiciones son ocultadas por ciertas operaciones de ese mismo trabajo, sólo entonces el mito estalla. Ya que entonces lo que queda al descubierto no son las "subjetividades", las buenas o malas intenciones, las artimañas del emisor, sino la racionalidad codificante de un sistema que se objetiva en formas, en estructuras y operaciones que con-forman cualquier mensaje.

Y si las informaciones alienan no es porque engañen sino porque están trabajadas por el mismo código desde el que se producen los misiles o los cosméticos. El “sujeto” no habita en la conciencia sino en ese inconsciente desde el que el código trabaja tanto las necesidades que el mercado impone como los deseos que pujan por desbordar, por estallar los márgenes con que el cuerpo social claustra, controla, domestica, codifica la pulsión, la libido. La racionalidad es la misma. (...)

Las rupturas marcadas conducen a una propuesta básica: hacer pasar el estudio de la comunicación del espacio regido por el concepto de sistema o estructura al espacio que abre el concepto de práctica. (...) Lo que intentamos plantear es que mientras la comunicación siga siendo pensada como algo superestructural no habrá manera de romper con el espacio de la estructura y el sistema y por tanto no será posible concebir su inserción multidimensional y plurideterminada en el modo de producción, ni mucho menos en una formación social concreta. Mientras que un concepto de práctica que entienda éste como el lugar de la contradicción sujeto-objeto, materia-sentido, y cuya tipología no viene dada por los productos sino por los trabajos, por las diferentes producciones, sí posibilita esa inserción. (...)

El problema del poder y su transfusión por los medios plantea hoy características especiales. Porque lo que tiene que ser legitimado hoy, además de la explotación económica, es la programación, la reglamentación de cualquier tipo de necesidad, acostumbrando a la gente a que entre el sujeto y su deseo haya siempre una mercancía que lo “valore” y domestique, es decir lo cuantifique, lo haga mercantizable. Y la lógica última de los medios es la que introduce el control en lo primario y básico: el deseo y la palabra. (...)

Nombraremos entonces discurso de los medios al dispositivo de la mass-mediación en cuanto ritual operativo de producción y consumo, articulación de materias y sentidos, aparatos de base y puesta en escena, códigos de montaje, de percepción y reconocimiento. Ello exige la construcción de una teoría crítica de lo discursivo que nos lleve del espacio del signo al de las prácticas discursivas y ese desplazamiento marca los límites que tanto el materialismo histórico como el psicoanálisis plantean a la semiología y a su pretensión de erigirse en teoría unitaria de la significación, abriendo así el análisis a la pluralidad y diversidad de los discursos sociales. (Martín Barbero, 1978: 15-48)

En un momento mucho más reciente, tematizando los conceptos de “comunicaciones, culturas y movimientos sociales emergentes”, Jesús Galindo ofrece un marco adecuado para introducir la revisión de lo que en los años setenta se llamó la “comunicación alternativa”:

El paradigma de la comunicación de los medios de comunicación masiva representa un mundo del poder centralizado y ejercido sobre extensos y numerosos grupos humanos. Cuando la tecnología de la radiodifusión apareció, era posible optar por una relación de emisor-receptor bilateral, pero esta opción no se desarrolló, la vida social no lo permitió

entonces. Lo que pasó es historia, la radio y la televisión se conformaron de acuerdo con la lógica de organización política de nuestros tiempos, una voz y muchos oídos. El sentido común aprobó este esquema, lo legitimó, permitió que se desarrollara. Por otra parte, como la lógica del gran poder central lo indica, la decisión sobre el esquema quedó en pocas voluntades, y el mundo de esas decisiones permaneció lejos de la vida de los consumidores de información.

La vida cotidiana de los actores sociales de nuestro mundo contemporáneo conoció los medios de comunicación en su doble ubicación, como algo que penetró en su tiempo y espacio privados en forma incluso intensa, como algo que no le pertenece y se conforma por fuera de los órdenes de control del mundo a su acceso. La presencia de los medios en nuestro mundo representa con claridad la separación de los mundos de la toma de decisiones sobre las mayorías y la vida cotidiana de esas mayorías. La vida social tiene marcas de este modelo en todas sus lógicas de organización colectiva, en este molde se conforman todas las vidas particulares, ése es el gran continente de las relaciones sociales. De esta situación se ordenan tanto la democracia como la dictadura, de esta relación básica se ordenan las cadenas de relaciones de escala particular. Pero algo hay de específico en este ámbito de lo colectivo, en algo se separa de la vida microsociedad, pero en algo también la afecta y condiciona. (...)

La comunicación se ha convertido en un movimiento hacia un modelo emergente de vida social. El final de este siglo y algo más, parece ser el tiempo de transición de una gestación que lleva por lo menos dos siglos hacia una nueva forma de ser vital, hacia el surgimiento de una nueva civilización. La comunicación es un ejercicio que parece llevar hacia ese futuro, la idea de poner en común algo entre dos entidades separadas, parece ser el camino de unidad entre dos a partir de un tercer elemento que los implica pero no los clausura. Ser uno en la diversidad podría ser el título de la era que se avecina, la comunicación es el medio hacia ella, en este sentido su búsqueda como un fin es síntoma del tránsito hacia algo distinto que incluye todo lo que hemos sido hasta hoy. (Galindo, 1990: 31-33).

La emergencia de comunicaciones “otras” (Martín Barbero, 1981: 237), en principio totalmente ajenas a las lógicas de la comunicación y la cultura “masivas” y paulatinamente mezcladas con ellas en la vida de los sectores populares (Martín Barbero, 1987b), se convirtió, desde los años setenta, en un desafío a los investigadores latinoamericanos de la comunicación, predominantemente preocupados por “comprender el mundo para transformarlo”. La emergencia, entonces, en la atención de los investigadores, de este desafío teórico-práctico, produjo en principio una proliferación de términos y de conceptualizaciones que llegó en un momento a grados alarmantes. Según refiere la investigadora brasileña Christa Berger, su colega Regina Festa identificó treinta y tres denominaciones diversas para esta comunicación “otra”, que reflejan “la concepción del mundo” de sus autores pero que tienen, no obstante, dos ingredientes en común: la búsqueda de la transformación social y el requerimiento de la participación de los actores sociales. La lista de términos es la siguiente:

1. Comunicación popular
2. Comunicación alternativa
3. Comunicación popular alternativa
4. Comunicación alternativa popular
5. Comunicación popular emancipadora
6. Comunicación participativa
7. Comunicación participatoria
8. Comunicación comunitaria
9. Comunicación grupal
10. Comunicación de base
11. Comunicación emergente
12. Comunicación de resistencia
13. Comunicación militante
14. Comunicación de los marginados
15. Comunicación liberadora
16. Comunicación autogestionaria
17. Comunicación dialógica
18. Comunicación movilizadora
19. Comunicación del oprimido
20. Comunicación horizontal
21. Comunicación sociopolítica
22. Comunicación intermedia
23. Comunicación popular educativa
24. Comunicación alterativa
25. Comunicación democrática
26. Comunicación rural
27. Comunicación de las clases subalternas
28. Comunicación marginal
29. Prensa alternativa
30. Prensa “nanica” (enana)
31. Prensa popular
32. Prensa sindical
33. Folkcomunicación (Festa, 1984 en Berger, 1989)

Aunque el desarrollo de experiencias y conceptualizaciones “alternativas” sobre la comunicación ha recorrido prácticamente todos los países latinoamericanos, muy probablemente el caso brasileño sea más ilustrativo que otros, ya que incluye ingredientes tan disímolos como las culturas tradicionales y populares en una sociedad con enormes desigualdades sociales, la resistencia de los sectores populares a la dictadura militar y la interacción con una industria cultural muy ampliamente desarrollada. Christa Berger ofrece una panorámica general de estos movimientos en Brasil:

Los antecedentes de la comunicación popular y alternativa en Brasil se encuentran en la efervescencia política de principios de los sesenta. La instauración de Brasilia como la nueva capital federal; la elección de Janio Quadros y João Goulart para la presidencia; la visita de Guevara y Eisenhower, constituyen el telón de fondo de estos años caracterizados por la dialéctica liberación-represión.

En la medida en que la sociedad se organiza de manera distinta al pasado, se establecen nuevos tipos de organización cultural y, consecuentemente, surge un nuevo tipo de intelectual. Categorías como “aculturación” son sustituidas poco a poco por conceptos como “transplantación cultural”, “cultura alienada”, etcétera. Los responsables de estas sustituciones son los investigadores del ISEB (Instituto Superior de Estudios Brasileños) quienes, según Renato Ortiz (1985), inauguraron una nueva perspectiva para pensar la problemática de la cultura brasileña. (...)

Al inicio de los años sesenta, dos movimientos ponen en práctica de manera diferenciada las ideas políticas desarrolladas teóricamente por el ISEB: el Movimiento de Cultura Popular en Recife (MCP) y el Centro Popular de Cultura (CPC) de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), ambos contruidos con base en el concepto de “alienación cultural”. Se iniciaba así la historia de la construcción de una identidad nacional progresista que atravesaba la organización de la sociedad civil, la conciencia política de los estudiantes y los vínculos de éstos con el pueblo.

Por otro lado, los industriales conservadores aliados al capital multinacional pretendían desestabilizar el gobierno de Goulart al crear el IBAD (Instituto Brasileño de Acción Democrática) y promover una “invasión” extranjera en los órganos de difusión. En estos tiempos la información era tendenciosa y partidaria. Se llevaba a cabo, literalmente, una guerra en los medios de comunicación. Para muchos, fueron decisivos los acontecimientos de marzo de 1964. Al mismo tiempo que se aceleraba la internacionalización del capital y la intervención de los intereses norteamericanos en la política brasileña bajo las auspicios del IPES/IBAD, los sectores progresistas, basados en la producción intelectual del IBASE, seguían la discusión sobre lo popular y lo nacional y buscaban nuevos caminos. Todo debería ser “nuevo”, al igual que años más tarde, todo debería ser “alternativo”.

De la Iglesia Católica surge una militancia de izquierda que, organizada como Acción Popular (AP), conquista la UNE y llega a contar con tres presidentes sucesivos que colocan el movimiento estudiantil a la vanguardia de la lucha política. Paulo Freire pone en práctica su método de alfabetización concientizadora. Los Centros de Cultura Popular impulsan un debate en torno a la dependencia de los países subdesarrollados y organizan conjuntamente con la UNE la lucha antiimperialista que se convierte en tema esencial de las manifestaciones estudiantiles, influenciando también el texto artístico (Berger, 1990: 10-12).

El golpe militar de 1964 reprime y silencia todo movimiento popular, especialmente en el periodo más “duro” de la dictadura brasileña (1968-1978). Berger resume el clima con una breve cita de Darcy Ribeiro: “En los diez años de vigencia del AI-5, la censura federal prohíbe más de quinientos filmes, cuatrocientas obras de teatro, doscientos libros, además de millares de canciones. Unos como subversivos, otros como pornográficos” (Ribeiro, 1985 en Berger, 1990: 15).

Pero estos diez años se caracterizan también por una comunicación de resistencia, indicio de la acumulación de fuerzas por parte de los grupos de oposición. Es cuando se da la expansión de la prensa alternativa, cuando el abanico que lo ceñía era tan grande como hoy son los discursos que la rodean. Es en la prensa alternativa en donde los intelectuales van a buscar subsidios para sobrevivir en cuanto intelectuales y donde los militantes de los partidos políticos van a buscar material para sus análisis de coyuntura. Es también la lectura predilecta de los estudiantes de ciencias sociales y el único espacio de trabajo para muchos opositores del régimen. (...)

Es en este periodo que las tres formas de comunicación se entrelazan y representan sectores sociales claramente diferenciados. La comunicación masiva se relaciona con los intereses del capital internacional; la comunicación alternativa con la organización de los intelectuales en torno de un proyecto histórico nacional y la comunicación popular con la organización de los movimientos sociales de base. (Berger, 1990: 15-16).

La misma autora (1989) nos proporciona una bibliografía brasileña sobre la comunicación popular y alternativa, dentro de la cual destacan los aportes de Luiz Beltrão (1980), Regina Festa (1984), los libros compilados por José Marques de Melo (1980), Carlos Eduardo Lins da Silva (1982) y Lins da Silva y Festa (1986). Por otra parte, para el estudio de la cultura brasileña son fundamentales, entre otros, los aportes de Renato Ortiz (1985; 1988; 1989) y de Muniz Sodré (1972; 1977; 1984; 1989; 1990).

En Venezuela se cuenta también con una amplia trayectoria en cuanto a la documentación e impulso de las experiencias de comunicación alternativa. Más de la mitad del contenido publicado en la *Revista ININCO*, (cuatro números) tiene que ver con el tema. En el número 1 (1980), se incluyen artículos de Oswaldo Capriles, Mario Kaplún, Margarita Graziano y José Martínez Terrero; en el número 3 (1981), de Tulio Hernández y Oscar Lucien, Alfredo Chacón, César Miguel Rondón, María Luisa Allais, Enrique González Ordosgoiti y Oswaldo Capriles (1981a); en el número 4-5 (1982), de Oswaldo Capriles (1982a), Jorge Cáceres, Luis Orlando Torrelles y otros, Mauricio Hernández y nuevamente Oswaldo Capriles (1982b). Por su parte, la revista *Comunicación, Estudios Venezolanos* ha dedicado también una buena proporción de su espacio a la exposición y discusión de experiencias y propuestas de comunicación alternativa y popular. En el número conmemorativo de su décimo aniversario (51-52, 1985), esta revista elaborada por el

“equipo Comunicación” (Jesús M. Aguirre, Marcelino Bisbal, José Ignacio Rey, Berta Brito, Francisco Tremonti, Sebastián de la Nuez, José Martínez Terrero, Ronald T. Romero y César Miguel Rondón en 1985), revisó sistemáticamente “el pensamiento sobre comunicación alternativa en *Comunicación*” en un documento firmado por Ricardo Martínez, quien concluye:

Por la revisión de los principales materiales producidos por el equipo *Comunicación* es evidente que desde su inicio se presenta como un grupo orientado a la búsqueda de alternativas y crítico de los sistemas comunicacionales vigentes. Esta orientación inicial manifestada en las presentaciones de los primeros números, se expresa de manera más clara en el número 7 (abril de 1976) cuando se plantea la formación del comunicador social y las formas y propósitos de la investigación en esta materia. El concepto de “alternativa” toma cuerpo hasta convertirse en definición del equipo.

Las primeras elaboraciones expresas sobre comunicación alternativa no se dan sino en el número 28/29 (septiembre de 1980), con la advertencia de una admitida ambigüedad y sin la expresa manifestación de un pensamiento de equipo. A partir de ese momento, sin embargo, el tema toma las páginas de la publicación e identifica al equipo. De una primera etapa de acercamientos se ha pasado a esta segunda cuando el cuerpo de doctrina es ya más sólido, cuando se reconoce que la discusión viene engendrándose desde los primeros números, cuando se presenta un grupo de experiencias ejemplificadoras y se intenta un recuento histórico de la aparición y consolidación del término.

La tercera época corresponde al número 35/36 (diciembre de 1981) y se caracteriza por la aparición de documentos formalmente presentados a nombre del equipo. La discusión interna no ha terminado, pero hay conciencia en un cuerpo básico de proposiciones. Esta es la situación actual. (...)

La comunicación alternativa no es la “idea fija” del equipo *Comunicación* pero es su desarrollo más completo y el que le identifica. Es también uno de los aportes más significativos de un grupo de investigadores venezolanos a la comprensión de la comunicación en América Latina, aporte especialmente valioso si se considera la proverbial dificultad para un esfuerzo reflexivo mantenido, organizado, coherente y permanentemente vinculado a la docencia y a la realidad nacional (Martínez, 1985: 137-138).

En un libro reciente (1989), uno de los miembros del equipo *Comunicación*, Marcelino Bisbal, resume la propuesta del grupo:

La comunicación alternativa:

1. Es un movimiento, no un sistema.
2. Trata de ir rompiendo el consenso manipulado, que hace posible de hecho la vigencia de una opresión comunicacional generalizada.

3. Trata de fomentar la iniciativa emisora de quienes hoy no tienen voz.
4. Trata de poner en marcha un proceso de comunicación horizontal y participativo, en el que emisores y receptores puedan intercambiar permanentemente sus papeles.
5. Trata, más allá de lo estrictamente comunicacional, de inaugurar nuevas formas de relación social.
6. Trata de convertir a la sociedad en una escuela de receptores críticos.
7. Trata de que se vaya imponiendo una nueva concepción de “objetividad” informativa, desde la óptica de los grupos sociales dominados.
8. Trata de subvertir el lenguaje dominante. Así mismo, trata de desatar una “contracultura” emergente.
9. Trata de diversificar o descentralizar los medios o canales de comunicación, adecuando la propiedad y la gestión de los mismos a una comunicación verdaderamente democrática.
10. Trata de articular orgánicamente el proceso de una nueva comunicación al proceso de cambio hacia una nueva sociedad. (Bisbal, 1989: 378-379).

Otro esfuerzo notable de sistematización conceptual y de recuperación de experiencias concretas sobre la comunicación alternativa fue el coordinado en México por el investigador argentino Máximo Simpson Grinberg (1981). El libro incluye dos partes: la primera, dedicada a los “planteamientos teóricos”, incluye trabajos de Jesús M. Aguirre, Armando Cassigoli, Javier Esteinou Madrid, Diego Portales (1981b), Fernando Reyes Matta y el propio Simpson. La segunda, bajo el rubro “conceptualizaciones y praxis comunicativa”, incluye aportes mexicanos (Leopoldo Borrás; Gustavo Esteva), venezolanos (Oswaldo Capriles, 1981b), peruanos (Juan Gargurevich), uruguayos (Mario Kaplún), colombianos (Jesús Martín Barbero), argentinos (Daniel Prieto Castillo), chilenos (Jorge Andrés Richards) y brasileños (Gregorio Selser). El proyecto de Simpson contó con el apoyo del ILET, que atendió muy ampliamente la temática de lo alternativo. No puede soslayarse la importancia del proyecto “Altercom” o “comunicación alternativa para la mujer” (Santa Cruz y Erazo, 1982; ILET, 1982) o el seminario “Comunicación y Pluralismo: alternativas para la década” (México, noviembre de 1982), de donde surgió el libro *Comunicación Alternativa y Búsquedas Democráticas* (1983), compilado por Fernando Reyes Matta. En esta publicación se incluyen textos de Fernando Reyes Matta, Alfredo Paiva, Diego Portales, Adriana Santa Cruz, Antonio Cerveira de Moura, Fernando Lozada y Gridvia Kúncar, Marcelo Vizcaíno, Marcelo

Contreras, Sylvia Schulein y Soledad Robina, Luis González Quintanilla, Carlos A. Afonso, Fred Stangelaar y el “consenso del seminario”, algunos extractos del cual son:

La primera constatación es la existencia de una multiplicidad de experiencias de comunicación, enraizadas en la búsqueda del movimiento popular, en la perspectiva de la recuperación de espacios sociales democráticos y participativos. Estas experiencias se despliegan en formas micro, meso y macro alternativas, constituyendo campos de una fecunda relación entre sectores intelectuales comprometidos con el movimiento popular y las organizaciones y actores de éste.

La comunicación alternativa no es un fenómeno en sí mismo. Ella se define en el marco de lo político, determinada por una vocación de cambio, que busca transformar las estructuras opresivas en beneficio de la creación de modelos de desarrollo solidarios, participativos y democráticos en todos los ámbitos sociales. Por ello el seminario asumió que la comunicación alternativa es expresión de un propósito *alterativo*. Esto es, voz en luchas y acciones llevadas adelante por las diversas expresiones del movimiento popular para lograr ser sujeto histórico y conductor del espacio político-social latinoamericano.

La diversidad, a la vez que la riqueza de estas prácticas, todavía dificulta hablar de un modelo de comunicación alternativa. Esta, más bien, debe ser entendida como un proceso animado por la acción de los comunicadores que, a partir de una opción definida dentro del espacio de los conflictos sociales, emerge como espiral, desde el polo nacional-popular, conformando respuestas diversas ante las formas dominantes creadas por el capitalismo en su fase transnacional. Ello remite a confrontar opresiones tanto nacionales como internacionales que sofocan el desarrollo plenamente democrático de amplias mayorías latinoamericanas. (...)

La industria cultural tiene un signo que determina y genera una cultura, la cual impregna a todos los ámbitos sociales. La comunicación alternativa no puede dar la espalda a esta realidad. Debe asumirla en la perspectiva de un proyecto de rescate, donde lo industrial se haga alternativo. Dentro de este marco se hacen más claros los tres espacios de comunicación alternativa planteados en el seminario:

- a) el de los *medios alternativos*, expresión desde y con los sectores populares;
- b) el del *mensaje alternativo*, con una presencia tanto en los medios alternativos como en las brechas del sistema industrial cultural dominante;
- c) el del *consumo alternativo* o consumo crítico, instancia de reflexión colectiva en el seno de las organizaciones sociales de base y populares sobre los medios y sus mensajes (Reyes Matta Comp, 1983: 239-242)

La simple enumeración de los distintos aportes que sobre la comunicación popular y alternativa surgieron desde fines de los setenta en América Latina sería muy larga y difícil de manejar. Por ello nos limitamos a mencionar algunos trabajos más sobre esta línea: *Comunicación Horizontal: cambio de estructuras y movilización social* (s/f) de Frank Gerace Larufa; *El Salvador: medios masivos y comunicación popular* (1984) de Ricardo Sol; *Discurso autoritario y comunicación alternativa* (1980), de Daniel Prieto Castillo; *Educar para transformar, transformar para educar* (1985) de Carlos Núñez Hurtado; y las compilaciones de CIESPAL (1985) sobre *Comunicación Popular Educativa*, que incluye trabajos de Carlos Rodrigues Brandão, Fernando Ossandón, Daniel Prieto Castillo (1985a; 1985b), el CINEP, Carlos Crespo Burgos, Gloria Dávila de Vela, Eduardo Contreras (1985a; 1985b) y Alfredo Paiva; la de CLACSO (1987), con colaboraciones de Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Tulio Hernández, Raymundo Mier, Alcira Argumedo, Ana María Nethol, Carlos Monsiváis, Ana María Fadul, Beatriz Sarlo, Nicolás Casullo, Aníbal Ford, Luis Gonzaga Motta, María Cristina Mata, Luis Roberto Alves, Isabel Urioste, el CEPES, Luis Peirano, Paulina Gutiérrez y Giselle Munizaga, Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, Jorge B. Rivera, Amparo Cadavid y Fernando Reyes Matta; y la de IPAL (García Canclini y Roncagliolo eds, 1988), con textos de Néstor García Canclini (1988a; 1988b), José Joaquín Brunner, Robert A. White, Bernardo Subercaseaux, Rosa María Alfaro, María Cristina Mata y otras, Carlos Eduardo Lins da Silva, Ricardo Sol, Hernando Martínez y otros, Francisco Lacayo y Georgina Granda Gómez.

Entre 1981 y 1987, CIESPAL impulsó un proyecto auspiciado por la Fundación Friedrich Ebert bajo la conducción de Luis Gonzaga Motta, Eduardo Contreras Budge y Daniel Prieto Castillo, orientado a la capacitación metodológica de comunicadores, tanto universitarios como adscritos a organismos gubernamentales y privados o a movimientos populares, alrededor de la planificación y evaluación de proyectos de comunicación, especialmente los participativos y educativo-populares. La influencia de estos talleres se extendió por todos los países latinoamericanos y dio origen a varios manuales muy útiles, entre ellos *El Autodiagnóstico Comunitario* (1984) y *Diagnóstico de Comunicación* (1985c) de Daniel Prieto; *Planificación Comunitaria* (1984) y *Evaluación de Proyectos de Comunicación* (1985c) de Eduardo Contreras; y *Planificación de la Comunicación en Proyectos Participativos* (1984) de Luis Gonzaga Motta. Contreras plantea de esta manera las implicaciones “científicas” de estas experiencias:

Las variadas prácticas de comunicación y educación popular (en un sentido bastante generoso del término) y la progresiva aunque lenta socialización y sistematización de dichas experiencias, han ido planteando diversos desafíos de carácter operativo, estratégico y teórico. Uno de ellos se refiere al cómo investigar tales prácticas de comunicación popular. No se trata de un asunto técnico aunque el problema del manejo informado de procedimientos investigativos específicos sigue muy vigente, sino de la adecuación del

método de estudio a su objeto de análisis, y del sentido que la acción investigativa adquiere o debe adquirir como acompañante de prácticas de comunicación popular en proceso.

Deseamos centrar nuestra reflexión no tanto desde la perspectiva de cómo la investigación puede ayudar a la comunicación popular, sino desde el lado opuesto: cómo las prácticas de comunicación popular son un lugar privilegiado para *redimensionar partes significativas del quehacer investigativo en comunicaciones*. (...)

Ahora bien, ¿en qué sentidos específicos puede la comunicación popular (...) contribuir a reformular orientaciones y procedimientos de la investigación? Deteniéndose brevemente en cada una de ellas, señalemos al menos estas cinco áreas que ni con mucho agotan el asunto: carácter aplicado de la investigación, socialización de la producción de conocimientos, tipos de estrategias y métodos de investigación, formación del investigador, integración orgánica del investigador y de la función investigativa a las prácticas comunicativas del movimiento popular.

La precariedad de los esfuerzos de comunicación popular y el tipo de inquietudes prácticas que deben resolver en sus operaciones cotidianas exigen respuestas apropiadas, eficientes, oportunas y pragmáticas de la investigación. Presionados por la urgencia de la acción, no pueden esperar indefinidamente por resultados. La *investigación-acción* representa, en ese sentido, la intención deliberada de vincular producción y aplicación de conocimiento objetivado y útil para emprender acciones específicas. (...)

Es claro que la *investigación participativa* es una forma de investigación-acción, pero en la cual el énfasis está, por un lado, en la producción socializada de conocimiento y en su “devolución” o apropiación por los participantes, y por el otro, en el propio proceso de aprendizaje de la realidad concreta y de los modos de aprehenderla, es decir, también en la socialización del proceso de producción de conocimiento y no sólo en los resultados de éste. De ahí su marcado énfasis educativo, en ocasiones excesivo en desmedro de la propia tarea investigativa. (...)

En general (...) hay acortamiento, abaratamiento, simplificación metodológica en la IP. Y desde cierta perspectiva más convencional podrían plantearse dudas sobre la precisión, la validez y la replicabilidad de los conocimientos producidos. Entonces, más bien deberían encontrarse los aportes novedosos en los *planteamientos orientadores y las estrategias generales* que faciliten la imbricación de la investigación con la acción, la educación, la reflexión, la participación. Y efectivamente, ahí es donde se encuentran las mayores contribuciones. (...)

Respecto a la propia enseñanza de nivel superior para la investigación, no debe confundirse la investigación-acción y/o participativa, con una *desvirtuación* de lo que es investigar, es decir, indagación sistemática a través de métodos y técnicas determinadas, con todas las normas de rigor para obtener confiabilidad y validez de datos y resultados. Particularmente riesgoso es confundir una actitud de investigador aplicado y comprometido con lo popular,

con actitudes de voluntarismo o de facilismo, o con certidumbres ideológicas que se disfrazan de lenguaje científico. (...)

La comunicación y la educación popular no se dan en el vacío. Presuponen, como cuestión general, la inserción del equipo investigador en el proyecto histórico popular. Luego, *a más de -y no en vez de-* la formación seria en investigación, al investigador no le debe ser ajena una noción de estrategia política. (Contreras, 1985b: 184-201).

### 3.6 Políticas nacionales de comunicación y democracia

Podría afirmarse, sin demasiado riesgo de exagerar, que la tensión entre la generación de conocimiento sobre la comunicación en América Latina y la transformación social de los sistemas respectivos en términos de impulso a la democracia, se sintetizó en el movimiento hacia la definición de políticas nacionales de comunicación, que atravesó el continente en los años setenta y ochenta. Aunque la opinión más generalizada es que esos movimientos condujeron a un fracaso tras otro (Fox, 1989b; 1989c; Capriles, 1990), dejaron un cúmulo de aprendizajes todavía no completamente asimilados.

Luis Ramiro Beltrán formuló el tema en una definición que ha constituido la referencia casi común a todos los estudios:

Una política nacional de comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación en un país.

Las políticas parciales de comunicación son conjuntos de prescripciones de comportamiento aislados que se interesan únicamente por determinadas partes o aspectos del sistema y proceso de comunicación social. Estas políticas son formuladas, fragmentaria e independientemente, por propietarios de medios de comunicación, por profesionales de la comunicación y por funcionarios del gobierno, y cada una responde naturalmente a sus intereses respectivos. Como tales, entran a menudo en conflicto entre sí.

Una política nacional de comunicación *democrática* hace que las políticas parciales sean necesariamente explícitas, procura integrarlas por medio de consenso o conciliación y aspira a tener una duración razonablemente sostenida, sujeta sin embargo a evaluación y revisión constantes (Beltrán, 1976b: 4)

Unos años después, Roncagliolo y Avila, al establecer una tipología de las políticas nacionales de comunicación, pusieron de relieve las oposiciones básicas en juego:

Parece necesario distinguir un conjunto de tipologías de las políticas nacionales de comunicación. Sin pretender ser exhaustivos, proponemos introducir por lo menos seis criterios referidos en una terminología también provisional, a:

\* el nivel de formulación de las PNC: lo implícito VS lo explícito.

- \* su cobertura y articulación interna: lo parcial VS lo global.
- \* su grado de articulación extracomunicacional: marginal VS integrada.
- \* sus propósitos sectoriales (comunicacionales): concepción mercantil VS servicio público.
- \* sus propósitos sociales: autoritarismo VS democracia.
- \* sus propósitos nacionales” transnacionalización VS soberanía cultural. (Roncagliolo y Avila, 1985: 40-47).

En cuanto a los antecedentes del gran movimiento desencadenado en América Latina a propósito de las políticas nacionales de comunicación, el trabajo antes citado de Luis Ramiro Beltrán recupera sistemáticamente toda la historia:

Quizá un poco antes de que la preocupación por las políticas nacionales de comunicación alcanzara un punto notorio en Latinoamérica, a nivel de cada país ya existía la preocupación por los papeles de la comunicación en lo que se refiere a fomentar la integración entre los Estados de esta región. (Beltrán, 1976b: 6)

Cita el Convenio Andrés Bello para la “integración cultural, educativa y científica” de los países andinos, firmado en 1970 en el marco del Acuerdo de Cartagena; los acuerdos de los ministros de Comunicación en su primera reunión realizada en Cali en mayo de 1974; y los esfuerzos de integración en el área de teleeducación, auspiciados desde los años sesenta por la fundación Konrad Adenauer. Después analiza las “iniciativas espontáneas” de Perú, Venezuela y Brasil. El primero de estos casos, alrededor de la expropiación de la prensa por el gobierno del Gral. Velasco Alvarado, lo hemos revisado ya; el caso de Venezuela es resumido por Beltrán como sigue:

En agosto de 1975, el Congreso de Venezuela promulgó una ley que creó el *Consejo Nacional de la Cultura*. Este instrumento de política general deberá habilitar al Estado para *reorientar, reorganizar y robustecer sustancialmente las instalaciones gubernamentales de radio, televisión y cinematografía*, mediante el establecimiento de una *Corporación Estatal de Radio y Televisión*. Esto, a su vez, debe resultar en la puesta en marcha de una política nacional de radio y televisión, cuyo bosquejo ya se ha elaborado.

Si se llevan a efecto completamente, las medidas sobre comunicación deberían colocar al Estado en una *base de poder paritaria* con los intereses privados que han dominado hasta el momento la situación de comunicación masiva. En efecto, bajo la ley aprobada, la corporación descentralizada de radio y televisión, “Ratelve”, podría llegar a tener tal naturaleza y magnitud técnica y financiera que sería capaz de hacer lo que la empresa privada no hace: *utilizar la comunicación al servicio del desarrollo nacional en general y, en particular, para promover la cultura y la educación a beneficio de las masas*. Y esto no

involucrará la nacionalización de los medios privados de comunicación aunque facilitaría su control en lo que se refiere a que se persuadan de actuar en forma diferente y modifiquen la calidad e intención de sus mensajes. (Beltrán, 1976b: 10)

Un poco más adelante volveremos sobre el *Proyecto RATELVE*. Por ahora seguimos a Beltrán en la revisión de los “antecedentes” del movimiento hacia las políticas nacionales de comunicación con su revisión del caso brasileño:

Las actuales políticas de comunicación de Brasil (...) se han evaluado en un estudio reciente de Shinar y Dias (1975), quienes dieron especial énfasis a la cuestión de una Política Nacional de Comunicación en ese país. Los autores llegaron a la conclusión de que, a pesar de la amplia legislación que existe en casi todas las áreas de radiodifusión y otros campos de la comunicación, todavía no se ha logrado un enfoque sistemático que se refleje en la estructura, operaciones y producción de la comunicación en Brasil. Analizando los objetivos de las políticas de comunicación, estos autores encontraron que predominaban los siguientes: 1) la integración nacional; 2) el desarrollo socioeconómico; 3) la promoción de los valores culturales y educativos; y 4) el provecho financiero para las empresas privadas. (ibid.,: 12).

Hay que recordar que Brasil en 1975 era gobernado bajo el signo de la “seguridad nacional” por un regimen militar que, como en el resto de los países latinoamericanos (excepto Cuba, Colombia, Bolivia y Chile), puso la televisión en manos del capital privado. Pero regresando a la revisión de antecedentes, realizada por Beltrán, el tema de las políticas nacionales de comunicación fue decididamente impulsado por la UNESCO:

Respondiendo a la voluntad manifiesta de los Estados miembros, la UNESCO ha estado propiciando la existencia de políticas educativas, científicas y culturales desde hace unos quince años. Al respecto, ha suministrado asistencia técnica a los gobiernos interesados, realizando reuniones y promoviendo investigación y literatura útiles para que los países formulen, establezcan y ejecuten dichas políticas nacionales.

En 1971, la UNESCO comenzó a realizar un trabajo de promoción similar en cuanto a políticas nacionales de comunicación, en cumplimiento de un mandato especial recibido de los Estados miembros. En efecto, en su decimasexta sesión realizada en 1970, la Conferencia General de la UNESCO autorizó al Director General a “ayudar a los Estados Miembros a formular sus políticas relativas a los grandes medios de información.” (ibid: 13).

Beltrán revisa enseguida las reuniones de consulta convocadas por la UNESCO: París, 1972; Bogotá, 1974; San José, 1975; Quito, 1975, en las cuales se fue acumulando una gran cantidad de informes y de propuestas que, al circular, provocaron la reacción de las dos principales

agrupaciones patronales del área: la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), que hicieron todo lo posible por evitar la celebración de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación para América Latina y el Caribe, finalmente celebrada en San José, Costa Rica, en julio de 1976.

La “Declaración de San José”, informe final de tal Conferencia, contiene 14 “declaraciones” y 30 “recomendaciones”. Las primeras señalan:

Los representantes de los gobiernos de los Estados de América Latina y el Caribe, miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), reunidos con motivo de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, convocada en San José (Costa Rica) del 12 al 21 de julio de 1976,

Declaran:

- \* Que el hombre tiene la necesidad vital de expresarse, debiendo garantizársele por tanto la facultad libre y espontánea de relacionarse dentro de la comunidad.
- \* Que esta actitud humana se manifiesta en todo tiempo y lugar y en toda clase de organización social.
- \* Que en su afán de comunicarse el hombre ha creado las más diversas formas y medios que constituyen todas las expresiones de la cultura.
- \* Que es un derecho humano el acceso a todos los bienes de la cultura y la participación libre y democrática en las varias manifestaciones del espíritu.
- \* Que debido al crecimiento de la población y al aumento consiguiente de sus necesidades espirituales y materiales, el talento científico del hombre ha creado medios o instrumentos cada vez más eficaces que facilitan el acercamiento y la comunicación de la especie.
- \* Que estos medios forman parte de los recursos de la sociedad, del patrimonio científico de la humanidad, y por lo mismo constituyen componentes fundamentales de la cultura universal.
- \* Que existen sectores de población que han de salir todavía del aislamiento en que se encuentran llevándolos a comunicar entre sí y a ser informados del acontecer nacional y universal.
- \* Que velar por el uso pacífico y benéfico de los medios de comunicación es responsabilidad de todos los miembros de una sociedad.

- \* Que los estados tienen obligaciones y responsabilidades sociales, económicas y éticas en todo cuanto se refiere al estímulo, apoyo, promoción y difusión de bienes de la comunidad para el desarrollo integral, individual y colectivo.
- \* Que por lo tanto, deben promover en los hombres y los pueblos la toma de conciencia de sus responsabilidades presentes y futuras y sus capacidades de autonomía, multiplicando las oportunidades del diálogo y de la movilización comunitaria.
- \* Que establecer planes y programas para el uso extensivo y positivo de los medios de comunicación dentro de las políticas de desarrollo debe ser responsabilidad conjunta del Estado y los miembros de la sociedad.
- \* Que las políticas nacionales de comunicación deben concebirse en el contexto de las propias realidades, de la libre expresión del pensamiento y del respeto a los derechos individuales y sociales.
- \* Que las políticas de comunicación deben contribuir al conocimiento, comprensión, amistad, cooperación e integración de los pueblos, en un proceso de identificación de anhelos y necesidades comunes, respetando las soberanías nacionales, el principio jurídico internacional de no intervención entre los Estados, y la pluralidad cultural y política de las sociedades y los hombres, en la perspectiva de la solidaridad y la paz universales.
- \* Que las Naciones Unidas y los organismos de su Sistema, especialmente la UNESCO, deben contribuir en la máxima medida de sus posibilidades a este proceso universal. (Conferencia... 1976: 116-117).

Sobre la base de esas “declaraciones”, la Conferencia elaboró treinta recomendaciones, ante las cuales Luis Aníbal Gómez, miembro observador de la delegación venezolana, señala:

Una idea general de lo que la prensa llamó el “espíritu de Costa Rica” aparece en la *Declaración de San José*, aprobada por unanimidad. En cuanto a las recomendaciones y resoluciones, y en la imposibilidad de transcribir y comentarlas todas, a los efectos de este trabajo (...) nos limitaremos a dos o tres de ellas consideradas (cuando no atacadas) por la gran prensa nacional e internacional como las más significativas de la reunión intergubernamental. (...)

La creación de Consejos Nacionales de Políticas de Comunicación. A partir de una exhortación del Presidente Daniel Oduber en su discurso de apertura de la Conferencia en la cual, dicho sea de paso, denunció las presiones de que había sido objeto su gobierno para que la reunión no se realizara en ese país, la Recomendación No 7 recogió ampliamente y por unanimidad dicha exhortación (...):

1. La Conferencia... recomienda a los Estados miembros de América Latina y el Caribe la creación de Consejos Nacionales de Políticas de Comunicación en los que tendrán participación los grupos interesados y sectores sociales de base de acuerdo con el derecho interno de cada país. Dichos consejos tendrán competencia de asesoramiento para la formulación de políticas de comunicación que deseen aprobar los órganos legislativos competentes.

2. Invita al Director General a que contribuya con la asistencia técnica de la UNESCO a la implementación de los Consejos Nacionales de Políticas de Comunicación que podrán a la vez constituir un factor decisivo de integración regional.

Reconocimiento de la potestad estatal en materia de comunicación. Una de las proposiciones de la delegación venezolana, aprobada por unanimidad, (...) recogida en la Recomendación No 6 de manera amplia y explícita, constituye también en nuestra opinión otra de las notables conquistas de la reunión intergubernamental. (...) Una lectura detenida de dicha Recomendación destaca su importancia.

La Conferencia recomienda a los Estados miembros de América Latina y el Caribe:

1. Reconocer que es potestad de los Estados la formulación de las políticas y planes nacionales en materia de comunicación social, aun cuando debe señalarse el principio de que, previo reconocimiento a las características de cada país, pueden establecerse planes para integrar las opiniones de los diversos sectores que intervienen en los procesos de comunicación a nivel local.

2. Reconocer el carácter decididamente importante y prioritario que tiene la inclusión del sector de la comunicación social y la información en la planificación del desarrollo económico y social.

3. Que los gobiernos inicien actividades que permitan crear y poner en funcionamiento sistemas nacionales de comunicación social e información.

4. Que los gobiernos inicien la revisión de la normativa existente en sus respectivos países en materia de comunicación social e información, con miras a actualizarla e integrarla de manera coherente en políticas consecuentes con los sistemas nacionales de comunicación e información enmarcados dentro de la perspectiva global de desarrollo.

5. Reconocer que en el conjunto de objetivos generales que comprenden las políticas en comunicación social sean tomados en cuenta los siguientes principios:

a) Definición de las responsabilidades sociales tanto del sector público como del sector privado, en cuanto sea aplicable, en la dinámica de la comunicación social.

- b) Consideración global de los medios de comunicación social en relación con su empleo.
- c) Necesidades reales de la población en materia de comunicación social y sus prioridades.
- d) Garantía de acceso y participación colectiva en el sistema de comunicación social.
- e) Definición nacional respecto a la problemática de la tecnología del sector.
- f) Coherencia en las metas y estrategias del sector comunicación social con las de los otros sectores que integran el proceso global de desarrollo planificado.
- g) Resguardo de la identidad histórica y cultural y de la soberanía de los estados.

6. Reconocer que tanto la formulación de las políticas como la elaboración de los planes en materia de comunicación debe realizarse a través de mecanismos integrados ubicados al más alto nivel político y administrativo del sector público.

7. Reconocer que en la planificación del sector de la comunicación social se debe tomar en cuenta lo siguiente:

- a) la responsabilidad y el derecho que tienen los países de fortalecer y desarrollar medios de comunicación social propiedad del Estado a fin de asegurar la eficacia de los planes en la materia.
- b) La necesidad de los estados de establecer en el sector de la comunicación social una inversión acorde con las prioridades y responsabilidades del sector dentro de la planificación global del desarrollo.
- c) Las metas de integración tanto a nivel externo como interno.

8. Que los países desarrollen programas nacionales y regionales orientados a la formación de recursos humanos aptos para trabajar en la formulación de política, en la investigación, la planificación y ejecución de programas de comunicación social.

La creación de una Agencia de Noticias para América Latina y el Caribe.(...) (Gómez, 1976: 39-42).

El optimismo de Gómez, manifiesto desde el título mismo de su artículo: “fin del monólogo, inicio del diálogo”, duró muy poco. En 1982, Luis Gonzaga Motta publicó un balance crítico de los resultados de la Conferencia de San José:

La realidad actual latinoamericana muestra que hubo muy pocos cambios en el uso de la comunicación en los procesos de transformación social. Es verdad que durante los últimos años, los medios de carácter privado expandieron y ampliaron significativamente su radio de acción, alcanzando un número cada vez más grande de personas. Sin embargo, este crecimiento se debe mucho más a la expansión del capitalismo industrial en la región, a la incorporación natural de nuevos mercados, a la urbanización, a la alfabetización y al crecimiento de la infraestructura de comunicaciones antes que a una acción conscientemente coordinada por parte de los gobiernos.

En realidad, el impacto de la conferencia de Costa Rica fue pequeño, casi nulo, en términos prácticos. Muy pocos gobiernos de la región se preocuparon de aplicar lo que ellos mismos habían aprobado anteriormente. La mayor parte de las pocas experiencias de democratización iniciadas por los gobiernos no prosperó debido a presiones diversas, sin lograr cambiar nada. Otras veces, las treinta recomendaciones de la reunión de Costa Rica acabaron favoreciendo, consciente o inconscientemente, a gobiernos autoritarios, los cuales han sido muy eficientes en el control de los sistemas nacionales de comunicación y en el uso de estos sistemas para la persuasión y la propaganda política.

Así, la propuesta de políticas nacionales de comunicación, que en su inicio pareció a los sectores progresistas un camino conveniente para recorrer, debe ahora rediscutirse a la luz de las experiencias recientes y revisada como alternativa para la democratización de la comunicación. Los profesionales teóricos y prácticos de la comunicación del continente (profesores, investigadores, periodistas, educadores, etc.) deben reformular sus propias posiciones de la década pasada y reorientar sus actitudes y luchas partiendo de las experiencias concretas. (Motta, 1982: 14-15).

Además de los estudios publicados por la UNESCO sobre las políticas de comunicación en Brasil (Camargo y Pinto, 1975), Colombia (Carrizosa et al, 1976), Costa Rica (Fonseca, 1976) y Perú (Ortega y Romero, 1976), destaca entre la extensa bibliografía del tema el libro *Políticas Nacionales de Comunicación* (1981), editado por CIESPAL, donde se incluyen los siguientes trabajos: de José María Pasquini sobre Argentina; Cremilda Araujo Medina sobre Brasil; Elizabeth Fox sobre Colombia; Ernesto Vera sobre Cuba; Raquel Salinas Bascur sobre Chile; Oscar Reyes Bacca sobre Honduras; Carlos Ortega sobre Perú; y Raúl Agudo Freites sobre Venezuela, además de una extensa introducción de Peter Schenkel.

En un esfuerzo más reciente, y notablemente publicado primero en inglés, Elizabeth Fox reunió bajo el título *Medios de Comunicación y Política en América Latina: la lucha por la democracia* (1989), un conjunto de ensayos evaluativos de los intentos de reforma emprendidos en Latinoamérica bajo el rubro de políticas nacionales de comunicación. En la síntesis con que se abre el texto, Fox puntualiza los diversos aspectos de la(s) historia(s) del tema:

América Latina fue la primera región del Tercer Mundo, considerada en su conjunto, que identificó determinados problemas en sus sistemas nacionales de medios, propuso políticas nacionales de comunicaciones y, en algunos casos, llevó a cabo grandes reformas estructurales en la radiodifusión y en la prensa. (...)

Gobernantes, planificadores, críticos de los medios e intelectuales de diferentes países aspiraban a remediar algunos de esos problemas [censura, insuficiencia de profesionales, programación importada, control casi enteramente privado de los medios, carencia de servicios públicos y canales para la participación y el acceso populares], mediante políticas nacionales de comunicación. Esas políticas debían orientar las inversiones en infraestructura de comunicaciones y la adopción de las nuevas tecnologías, coordinar los sistemas nacionales de comunicación e información con los objetivos de desarrollo económico y social y guiar el entrenamiento de nuevos profesionales. Esas políticas debían garantizar también el contenido nacional y fortalecer la soberanía nacional, en particular en lo referente a la cultura y a los flujos de información a través de las fronteras. (Fox, 1989b: 19-20).

Los casos de Cuba, Perú y Chile, países en que hubo reformas a las políticas y a los sistemas de medios, que hemos revisado ya, fueron, también según Fox, las primeras y casi únicas experiencias prácticas de transformación de la comunicación masiva. Luego, Fox menciona los casos de México y Venezuela:

Las reformas en los medios de comunicación propuestas por gobiernos electos en Venezuela y México fueron objeto de intensos debates públicos, pero jamás se aplicaron. Los autores de las reformas no eran nuevos grupos políticos que representasen diferencias radicales respecto a los regímenes anteriores, como era el caso en Cuba, Perú o incluso Chile. En ambos países, las reformas propuestas fueron prácticamente el primer intento, por parte de un gobierno, de regular o imponer a los *mass-media* un rol de servicio público.

A comienzos de los años setenta, el gobierno mexicano emprendió una serie de reformas políticas y sociales necesarias para acomodar en el sistema político a nuevos grupos sociales y políticos y para preservar el poder del partido gobernante. Con objeto de llevar a cabo estas reformas, éste se vio en la necesidad de liberarse de su dependencia anterior respecto a los medios privados y crear sus propios canales de comunicación.

Los esfuerzos de los presidentes Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982) para conseguir que la televisión comercial se acoplase a los programas gubernamentales y para regular el nuevo derecho constitucional a la comunicación toparon con una fuerte oposición, tanto por parte de la industria privada como de facciones dentro del partido gobernante. La oposición del sector privado, los vínculos personales entre miembros del gobierno y los medios privados y el rol básicamente funcional de los *mass-media* privados dentro del sistema político mexicano consiguieron, finalmente, tener

mayor peso que los sentimientos y las necesidades del gobierno favorables a la reforma. Los medios de propiedad gubernamental, sin embargo, se expandieron (Fernández, 1982). (Fox, 1989b: 38-39).

Además del trabajo de Fátima Fernández (1982), ya citado por Fox, han analizado y documentado extensamente la experiencia mexicana, entre otros, Rubén Sergio Caletti en el mismo libro (1989), Enrique Sánchez Ruiz (1983), Arredondo y Sánchez (1986), Beatriz Solís (1983) y Solís y Avilés (1985).

La síntesis de Fox para el caso venezolano es la siguiente:

En Venezuela, en respuesta, en parte, a la crítica de los intelectuales y de figuras culturales nacionales, Carlos Andrés Pérez, elegido presidente en 1974, intentó llevar a cabo una reforma de los modestos medios de propiedad pública. Pérez nombró una comisión para reorganizar los gastos estatales en publicidad y reformar la administración pública de las instituciones culturales con objeto de cubrir las necesidades populares de información, educación y entretenimiento. La comisión recomendó la creación de un “auténtico sistema mixto” de medios públicos y privados que permitiese una cobertura geográfica más amplia, una mayor presencia de mensajes orientados al desarrollo y una mayor participación pública en la selección y elaboración de los programas. La comisión recomendó también que el gobierno cambiase las tradicionales políticas de *laissez-faire* y las subvenciones indirectas al sector privado a través de la publicidad del gobierno.

Las recomendaciones de la comisión chocaron con una fuerte oposición por parte de los anunciantes y los propietarios privados de emisoras radiofónicas y periódicos, así como de partidos políticos rivales. Todos ellos cuestionaban el derecho del gobierno a sojuzgar los medios a los intereses de una política cultural nacional. Las recomendaciones de la comisión no fueron nunca aplicadas, aunque algunas de las reformas propuestas durante el mandato de Pérez, por ejemplo, la regulación de la publicidad, se convirtieron en leyes durante la presidencia de Luis Herrera Campíns a comienzos de los ochenta (Capriles, 1980b) (Fox, 1989b: 39-40).

Se trata nuevamente, de las propuestas contenidas en el *Proyecto RATELVE* (1977) que, a diferencia del proyecto mexicano, fue publicado íntegro (360 páginas), aun después de haber sido desechado. Al principio del libro, el *Informe* mismo presenta un “resumen general”:

#### 1. *La Opción Política:*

Al constituir en noviembre de 1974 los comités para el diseño de las nuevas políticas de producción, conservación y difusión cultural, no escapó a la Comisión Preparatoria del Consejo Nacional de la Cultura que el sector de la RADIOTELEVISION sería tal vez el de más difícil tratamiento. Todas las fuerzas políticas, los líderes de opinión, los sectores culturales consultados por la comisión preparatoria del CONAC, coincidían en señalar la

prioridad del problema y en pedir fórmulas terapéuticas realmente eficaces. A solicitud del Responsable del área, la plenaria decidió constituir un Comité de Radio y Televisión razonablemente numeroso, con el doble propósito, 1o, de elaborar un informe sobre nuevas políticas de radiodifusión que no fuera un documento académico más, destinado a las gavetas, sino un plan ambicioso pero en lo posible irrefutable, realista y viable; y 2o, de lograr por primera vez un diálogo desprejuiciado entre expertos, técnicos y personeros de las cuatro instituciones del Estado con injerencia en la radiodifusión: OCI, MINCOMUNICACIONES, CANTV y CORDIPLAN. La operación resultó exitosa: durante las veinticuatro reuniones hubo siempre diálogo crítico y de mucha altura y un manifiesto deseo común de servicio público que honra a cada uno de los integrantes de dicho comité, presagiando un futuro muy positivo a los nuevos servicios públicos de radiodifusión.

Es evidente que tanto entre los expertos en comunicaciones como entre los funcionarios públicos y los técnicos -ésto es, entre los más calificados exponentes de la opinión pública en el sector- hay un deseo *común* de mejorar radicalmente la radiodifusión nacional; faltaba solamente esta iniciativa del CONAC, para concertarlo y expresarlo. A pesar de algunas imperfecciones debidas en parte al corto tiempo de que se dispuso, el presente documento pretende ser el más completo producido en el país sobre radiotelevisión, y el que condensa el mayor consenso posible de especialistas y responsables del sector público.

Desde un comienzo, en virtud de vigentes disposiciones y precisas instancias emanadas de las más altas esferas, el comité descartó la conveniencia de atribuir los nuevos servicios de radiotelevisión, en exclusividad, a un solo sector de la administración pública. Se impuso la tesis del forzoso carácter interdisciplinario o interinstitucional que habrán de adoptar todas las decisiones futuras en materia de radio y televisión.

## *2. La Opción Metodológica:*

Sólo se indica en líneas muy generales (para la metodología específica se verán los capítulos correspondientes), que el comité discutió a fondo el problema y optó finalmente por organizar el informe en cuatro grandes renglones, a saber:

Capítulo I: Define los principios generales y diseña el modelo ideal, óptimo y factible de la nueva Radiodifusión Venezolana;

Capítulo II: Contiene el diagnóstico descriptivo y analítico de los actuales sistemas públicos y privados de Radiodifusión;

Capítulo III: Define la nueva política en Radiodifusión que debe adoptar el Estado Venezolano, tomando en consideración los elementos del modelo ideal, óptimo y factible, contrastado con las evidencias del diagnóstico;

Capítulo IV: Fija el pre-diseño de la nueva institución (Radiotelevisión Venezolana: RATELVE), que se propone para la realización de dicha política, como conclusión instrumental del capítulo anterior. (*Proyecto RATELVE*, 1977: 9-10).

Curiosamente, el libro de Fox no incluye ningún trabajo específico sobre Venezuela, aunque contiene estudios sobre otros países: Chile (Catalán; Hurtado), Perú (Gargurevich y Fox), México (Caletti), Colombia (Fox y Anzola), El Salvador (Sol), Argentina (Muraro; Landi), Brasil (Guimaraes y Amaral; Sarti), Uruguay (Faraone y Fox) y Bolivia (Rivadeneira). Dos párrafos más de Fox completan su síntesis del tema:

A pesar de las grandes diferencias en las filosofías políticas que motivaron las reformas y los debates, dichas reformas y debates -en Cuba, Perú, Chile, Venezuela y México- compartían algunas características comunes. Todas las reformas guardan relación, de uno u otro modo, con la introducción en los medios de funciones de servicio público, la preservación de tradiciones culturales y creativas y la formulación de políticas beneficiosas para los numerosos sectores desfavorecidos de la sociedad. A su manera, también guardaban relación con proyectos de estructuras democráticas y disposiciones financieras y de gestión que fuesen representativas, participativas y operativas. Y ninguna de ellas, con la excepción de Cuba, proponía el control del Estado o de un partido sobre los medios como única alternativa al control de empresarios privados. (...)

Superficialmente, complementando las posiciones cambiantes de los actores principales, las experiencias de los medios latinoamericanos durante las últimas décadas parecían desafiar gran parte de la teoría aceptada que había dado lugar a los movimientos de reforma. Por ejemplo, con objeto de producir y financiar contenidos nacionales, los medios se habían hecho transnacionales. Con objeto de proporcionar servicios públicos, se habían convertido en enormes conglomerados privados y comerciales. (Fox, 1989b: 40 y 50).

En otra obra, significativamente titulada *Días de Baile: el fracaso de la reforma en la televisión de América Latina* (1990), Elizabeth Fox revisa con mayor detalle los antecedentes tanto de “la reforma” como de “la no reforma”, y dedica un capítulo a cada uno de los siguientes casos: las reformas de las televisiones mexicana, chilena, venezolana y peruana, y las no reformas de las televisiones colombiana, brasileña y uruguaya.

El caso es que, ante el retraimiento de los gobiernos latinoamericanos con respecto a las declaraciones y recomendaciones que ellos mismos habían hecho en la reunión de San José, los investigadores y políticos comprometidos con el impulso de las políticas nacionales democratizadoras de la comunicación, derivaron la mayor parte de sus esfuerzos en una dirección coincidente, pero de mucha mayor envergadura: la pugna por el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, alrededor de la UNESCO. Para algunos, este

fue un grave error (Capriles, 1990), vistas las consecuencias: el reforzamiento de los poderes transnacionales, el retiro de Estados Unidos y otros países de la UNESCO, el descuido del trabajo teórico y el maniqueísmo, la desatención a las cambiantes realidades nacionales, etc. Mattelart y Schmucler publicaron en 1982 una reflexión que puede servir bien para cerrar esta sección:

Tener como mira la democracia, redefine la manera de observar las realidades latinoamericanas y la relación que establecen con las experiencias de otros continentes. Si se intenta generar una verdadera teoría crítica de la comunicación que sirva a una práctica igualmente crítica opuesta a los modelos dominantes, deberíamos cruzar experiencias que se desarrollen en distintas partes del mundo (sur-sur, norte-sur) que propicien formas de comunicación democrática, asumirlas como problemáticas comunes -similares y diferentes- y a partir de ellas elaborar conceptualizaciones que nos conduzcan a una formulación teórica. La calidad de la problemática es muchas veces más importante que su localización geográfica. A la internacionalización propiciada por la cultura transnacional, es preciso oponer un nuevo tipo de internacionalismo que borre las viejas huellas de la transferencia unilateral de modelos teóricos, y que tantas veces nos han encasillado en problemas y soluciones que en realidad eran otra expresión del flujo desigual de la información.

Para ello, se vuelve imprescindible recuperar la historia reciente de las experiencias latinoamericanas que trataron o tratan de alentar formas de comunicación popular. Ninguna experiencia futura podrá dejar de tener en cuenta los errores y los aciertos de esta ya larga acumulación histórica que es patrimonio de la cultura popular. La amnesia es mala consejera cuando se trata de construir una teoría crítica. (Mattelart y Schmucler, 1982: 10).

## Cuarta Parte:

**Crisis, proyecciones y vinculaciones en el estudio de la comunicación en América Latina**

Los acelerados cambios y las espectaculares transformaciones -y reafirmaciones- que se han sucedido en los últimos años a nivel mundial en las macroestructuras económicas, políticas y culturales, han planteado un desafío de enormes proporciones a ese pequeño sector de la humanidad que ha optado por desempeñar la función de entender y explicar a otros lo que acontece, cómo y por qué.

Gracias a la rápidamente creciente capacidad de cobertura de los sistemas informativos y a la cada día mayor interrelación entre los diversos ámbitos, escalas y dimensiones de la vida de los individuos, de los grupos y de las naciones, la capacidad de entender el mundo tiene implicaciones cada vez más inmediatamente prácticas. Por ello puede pensarse que la múltiple variación de las formas de interacción sociocultural tendrá una trascendencia cada vez mayor.

La comunicación, como concepto global para nombrar la interrelación entre sujetos sociales y el intercambio, creación e imposición de *sentidos* por diversos medios y en todos los órdenes de la existencia, va cobrando una mayor importancia en la conciencia social. Modernidad o postmodernidad aparte, la comunicación se nos impone como efecto y como causa, como instrumento y como ingrediente indispensable de cualquier práctica sociocultural. Entender la comunicación es cada vez más necesario para entender el mundo.

Este planteamiento, aun en versiones mucho mejor articuladas, no es en absoluto un discurso novedoso. Por lo menos desde los años cincuenta es un tópico reiteradamente frecuentado, casi siempre en tono ricamente polémico, por filósofos, ensayistas, novelistas, publicistas, analistas políticos y culturales y hasta por científicos sociales. La comunicación ha estado presente en libros y revistas académicas, pero también en los periódicos y en la televisión. En buena medida por ello, “estudiar comunicación” se convirtió en una opción de moda para miles de universitarios, deseosos de seguir una carrera “con mucho futuro”.

Y sin embargo, el conocimiento sistemático acumulado sobre la comunicación en los últimos cuarenta o cincuenta años no es ni con mucho suficiente para entenderla ni para, a través de ella, entender el mundo contemporáneo. Ideologías simplificadoras aparte, la tarea de fundar

*teóricamente* el estudio de la comunicación conserva su pertinencia y necesidad: sus avances están todavía lejos de alcanzar su objeto. Y si esto es cierto en los países “desarrollados”, lo es por una doble razón en los dependientes, como los latinoamericanos.

En secciones anteriores hemos recurrido a algunos analistas del desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, cuyos aportes contextualizan en panoramas más amplios los trayectos del estudio de la comunicación, ya que concebimos a este campo como una área especializada de las ciencias sociales, a pesar de que su posición siga siendo marginal dentro de ellas (Fuentes y Sánchez, 1989: 10-12). Entre tales analistas, Heinz R. Sonntag, alemán establecido en Venezuela, nos proporciona un marco sobre la institucionalización de la investigación social, que consideramos muy útil y actual:

Obviamente, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales (y en especial de la investigación) en América Latina y el Caribe ha sido complejo y difícil. Por una parte, para que ellas pudieran adquirir carta de ciudadanía en los centros académicos de la región, éstos tuvieron que deshacerse de pesadas cargas heredadas del pasado, entre ellas el decimonónico modelo napoleónico de la división entre la enseñanza y la investigación, manifiesta en la instalación simultánea de universidades (para la primera) y academias (para la segunda). Por la otra, el pensamiento social tuvo que recorrer un largo camino desde su existencia como una suerte de *hobby* para juristas y ensayistas con inquietudes sociales, hasta convertirse en preocupación sistemática acerca de la cuestión social.

Hubo algunas manifestaciones de una institucionalización relativamente temprana de las ciencias sociales, justo en aquellos países en los que se dió un desarrollo capitalista igualmente temprano. Ello no puede sorprender, ya que es generalmente aceptada la hipótesis (...) que el desarrollo de las ciencias sociales sistemáticas, en teoría e investigación empírica, acompaña al proceso de modernización capitalista de las sociedades; es éste el que hace surgir la cuestión social. Fue entonces en Argentina, Brasil, México, Chile y, en menor medida, Uruguay, donde hubo primeros intentos de institucionalizar el pensamiento social a través de la creación de institutos y escuelas. (...)

La masiva institucionalización de las ciencias sociales en la gran mayoría de los países latinoamericanos ocurrió paralelamente con el periodo de expansión capitalista global después de la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente modernización de las sociedades latinoamericanas (Sonntag, 1988: 69-70).

Para Sonntag, “las ciencias sociales latinoamericanas de los años cincuenta y sesenta no sólo han impregnado su desarrollo posterior”, dentro del contexto de la institucionalización consolidada (aunque en algunos países del Cono Sur rota durante el periodo militar) y de la correspondiente tensión con los tres paradigmas principales: el *desarrollismo cepalino*, el *dependentismo* y el *marxismo-leninismo ortodoxo*. Para él, éstas épocas pasadas “también pesan sobre las tendencias y

perspectivas que se han abierto en esta nueva crisis, tan presente...” (Ibid: 20). El concepto de crisis, que Sonntag aplica tanto al sistema capitalista y a las sociedades latinoamericanas como a las propias ciencias sociales, tiene una extraordinaria claridad:

Las crisis son, en el marco de este trabajo, periodos más o menos prolongados de transformaciones y modificaciones de un sistema societal. Tales transformaciones hacen que dicho sistema salga de este periodo (si es que sale como tal) con características diferentes a las que lo habían marcado antes, tanto en el modo estructural de su funcionamiento como en su dinámica. (...)

Referido lo anterior a la crisis del quehacer científico-social en la región (y en todas partes del mundo), es menester constatar que ella, como crisis de los paradigmas, es una de las cristalizaciones de la crisis en los otros órdenes de la vida societal. Esto es: es posible que muchos de los conceptos y categorías con los que se había venido trabajando no concuerden ya con la realidad porque ésta ha cambiado, y que los métodos con los que se ha intentado aprehender su esencia no sirvan porque ésta, en sus nuevas formas de apariencia, se resiste a aquellos. Pero es igualmente posible que la complejidad de los fenómenos engendrados por la crisis cree confusiones, haga crecer desmesuradamente las limitaciones y siembre incertidumbres, todo lo cual podría degenerar (¿o tal vez ya ha degenerado?) en un cuestionamiento interno de los criterios del quehacer científico-social, agravado por el externo que proviene de las corrientes neoclásicas, neoliberales y neopositivistas, y subsiguientemente en silenciar al pensamiento y las ciencias sociales de América Latina. (Ibid: 78 y 141-142).

Esas ciencias sociales latinoamericanas, que han alcanzado en los últimos treinta años un grado de *desarrollo independiente* reconocido por la mayor parte de sus analistas, enfrentan una serie de retos tanto “internos” (referidos a su propia estructura) como “externos” (provenientes del entorno sociocultural y político-económico general). Aún desde fuera del campo de la comunicación -y desde fuera también de América Latina- el quehacer científico en general está sujeto a profundas transformaciones, que es necesario comprender:

...a lo largo de las últimas dos décadas ha tenido lugar un cambio espectacular. Dentro de la filosofía de la ciencia natural, el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de escritores tales como Kuhn, Tuolmin, Lakatos y Hesse. En su lugar ha surgido una “nueva filosofía de la ciencia” que desecha muchos supuestos de los puntos de vista precedentes. Resumiendo decididamente esta nueva concepción, en ella se rechaza la idea de que puede haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas de forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas. Estos desarrollos de la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en el pensamiento de la ciencia social, al tiempo que han

acentuado el creciente desencanto respecto a las teorías dominantes en la “corriente principal” de la ciencia social. El resultado de tales cambios ha sido la proliferación de enfoques del pensamiento teórico (Giddens y Turner, 1990: 11).

Uno de los desafíos más frecuentemente formulados, en este marco, para las ciencias sociales latinoamericanas, es la reflexión y la investigación sobre la “crisis de paradigmas”, que de acuerdo a la versión de Sonntag:

Si estamos viviendo una crisis del quehacer en las ciencias sociales de América Latina, la tarea de quienes las practican es la de analizar sus características y las exigencias que plantea, siempre y cuando no se tenga una noción apocalíptica y fatalista de ella. Esto implica reexaminar los paradigmas existentes, desechar lo que hay que desechar, renovar lo que se puede renovar y construir nuevos instrumentos teóricos y conceptuales para aquellos fenómenos que se nos presentan sobre la marcha de los procesos sociales. En este esfuerzo, que es, por lo demás, intrínseco al carácter mismo de las ciencias sociales, se inscribe también la necesidad de practicar en forma permanente una ciencia social de la ciencia social, con la finalidad de contribuir a la autorreflexión necesaria y de evitar que se caiga en esquematismos estériles (Sonntag, 1988: 155-156).

La pretensión de este texto es, precisamente, contribuir en ese sentido desde el estudio de la comunicación.

#### 4.1 Temáticas, objetos y procesos

La investigación de la comunicación en América Latina, como hemos visto, puede muy bien revisarse, en sus trayectorias pasadas y en vistas al futuro, como una larga serie de *retos*, de desafíos tanto internos (científicos, académicos) como sobre todo externos (socioculturales, políticos). La década de los ochenta, en efecto, época de crisis en todos los ámbitos, aspectos y dimensiones de la vida, ha visto transcurrir para el estudio de la comunicación en América Latina un conjunto creciente de “retos” que se acumulan sobre los formulados anteriormente y convierten con ello al campo en una red de tensiones irresueltas y de insuficiencias múltiples, cada vez más intrincadas.

Jesús Martín Barbero se fue convirtiendo, a lo largo de la década de los ochenta, en un líder de la investigación latinoamericana de la comunicación, en un “formulador de las cuestiones”, en un impulsor del campo hacia la continua renovación crítica y una permanente e inacabable reorientación en términos de pertinencia social del trabajo. Un documento suyo, presentado en julio de 1980 en la Asamblea de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) celebrada en Bogotá, y luego publicado en diversas revistas, titulado precisamente “Retos a la Investigación de Comunicación en América Latina” (Martín Barbero, 1982), marcó no sólo el necesario balance sobre los setenta, sino que al señalar las tendencias que deberían atenderse en los ochenta, puede leerse ahora casi como un “programa” de lo que movería al campo en ésta última década. Algunos extractos del documento, por ello, sirven perfectamente como marco de la revisión de las tensiones vigentes, en esta última parte de nuestro texto:

Los años ochenta se inician con un claro reflujó de la utopía revolucionaria y un marcado retorno de las fuerzas conservadoras. Y ello tanto en los Estados Unidos como en los países más vanguardistas de Europa. Mientras, en América Latina se inicia un proceso de transición de las dictaduras hacia formas de “democracia controlada” al tiempo que en las viejas democracias se endurece la represión. Sólo Centroamérica parece ir a contracorriente: los levantamientos populares retoman el proyecto y el idioma de la revolución, pero esos levantamientos están siendo duramente controlados, cercados económica y políticamente. Y toda Latinoamérica vive un “estado de emergencia permanente” en el que, como afirma Mabel Piccini, “las formas coercitivas de dominación deberán necesariamente cubrir las debilidades de las instituciones civiles incapaces de establecer un marco normativo común”. En los últimos años, el conflicto entre el carácter internacional de la estructura económica y el carácter nacional de la esfera política se ha tornado insoluble. Pero a su vez se ha convertido, paradójicamente, en una de las claves de la retórica de los dictadores, retórica con la que se trata de mistificar el hecho de que son

cada vez más las transnacionales las que dictan las normas que deben adoptar las políticas nacionales. Este contexto replantea las condiciones de trabajo del investigador en ciencias sociales y, en particular, en el área de la comunicación masiva. Tres aspectos me parecen especialmente relevantes de ese nuevo contexto:

*Primero.* En el campo de la investigación, las tácticas de dominio están cambiando. La “derecha” ha comenzado a perder el asco a ciertos temas; aun más, le está robando a las izquierdas algunos de sus más preciados “objetos”, y los está sometiendo a una operación de lavado y neutralización. La fragmentación y la descontextualización se establecen como condiciones para la objetivación, es decir para que una problemática pueda ser “tratada científicamente”. (...) Los campos de lucha no están ya tan deslindados como hace algunos años. Y en muchas ocasiones no está nada claro el sentido, es decir, al servicio de quién o de qué se está trabajando. (...)

*Segundo.* Las nuevas tecnologías de comunicación se presentan y reciben como la matriz de un nuevo modelo social, de una pseudo-utopía con la que el capitalismo conjura su crisis y pretende salvarse esta vez. (...) Para una reflexión crítica que sigue seriamente amarrada a una concepción instrumentalista de la técnica, el peso histórico y el entramado político de esas tecnologías, la racionalidad que ellas materializan, se escapa, desaparece. O fascinación o rechazo maniqueo. (...)

*Tercero.* La cada día más estrecha y más específica articulación económica-política de las comunicaciones con el proceso social global. En el plano económico, “las comunicaciones están penetrando hasta el corazón del trabajo y del sistema productivo” (S. Hall), no sólo por el aporte fundamental de los medios al proceso de valorización del capital sino por el papel que la información juega ya en cuanto materia prima de cualquier producción e incluso como redefinidora de los procesos mismos de producción. En el plano político, las nuevas comunicaciones, resultantes del encuentro de la telecomunicación con la informática, vienen a replantear seriamente la función y relaciones del Estado, especialmente del Estado y los medios, a partir del control que unas pocas transnacionales ejercen sobre la investigación y la producción en este campo. Es todo el modelo democrático occidental el que está siendo afectado por la dirección en que marcha la “sociedad informatizada”. (Martín Barbero, 1982: 99-100).

Dentro de ese contexto de crisis, es decir, de transformaciones ante las cuales las decisiones y las posturas tomadas pueden llevar a un mejoramiento o a un empeoramiento de las situaciones, Martín Barbero ubica el problema epistemológico de la producción teórica sobre la comunicación en Latinoamérica, como el centro de sus preocupaciones y de sus propuestas, bajo el rubro de “la persistencia de la teoría negada y la esquizofrenia que alimenta”:

Tema-trampa, la problemática del hacer teórico sigue mirándose en América Latina como algo sospechoso. Desde la derecha, porque hacer teoría es un lujo reservado a los países ricos y lo nuestro es aplicar y consumir. Desde la izquierda, porque los problemas “reales”,

la brutalidad y la urgencia de las situaciones no dan derecho ni tiempo al quehacer teórico. Y sin embargo la teoría es uno de los espacios clave de la dependencia. Ya sea a través de la creencia en su neutralidad-universalidad o de la tendencia a vivir de las modas, a buscar las herramientas teóricas no a partir de los procesos sociales que vivimos sino desde un compulsivo reflejo de estar al día. Pero la dependencia no consiste en asumir teorías producidas “fuera”; lo dependiente es la concepción misma de la ciencia, del trabajo científico y su función en la sociedad. Como en otros campos, también aquí lo grave es que sean exógenos no los productos sino las estructuras mismas de producción.

La investigación crítica en ciencias sociales, y particularmente en lo que se refiere a la comunicación masiva, se ha definido casi siempre en Latinoamérica por su ruptura con el funcionalismo. Pero quizás esa ruptura ha sido más afectiva que efectiva. Al funcionalismo se lo descalifica “en teoría” pero se sigue trabajando en él en la práctica. Con frecuencia se ha roto solamente con su jerga pero no con la racionalidad que lo sustenta. Y así seguimos atrapados en su “esquema”. (...)

El esquema funcionalista no racionaliza quizás únicamente el proceso de dominación del capital sino también otras formas de lo político, de ejercicio del poder, que subsisten pertinaces en su “negación”. Porque lo que el modelo funcionalista impide pensar es la historia y la dominación, precisamente lo que él racionaliza, es decir, oculta y justifica. Lo que no cabe definitivamente en ese modelo es la contradicción y el conflicto. De manera que la verticalidad y la unidireccionalidad no son efectos sino la matriz misma del modelo, su matriz epistemológica y política. Y es importante señalar que esa matriz sigue viva en la complicidad que con ella mantiene la lingüística estructural al descartar del análisis el espesor histórico-social del lenguaje, esto es, al dejar por fuera la complejidad y la opacidad del proceso, todo aquello que excede y subvierte el tranquilo ir y venir de la información, todo aquello que es huella del sujeto histórico y pulsional, todo aquello que es poder, control o fiesta en la comunicación.

La persistencia de esa teoría alimenta una particular esquizofrenia que se hace visible en tantas investigaciones que se proclaman críticas, con una concepción totalizadora de lo social, pero cuyo método, cuya práctica analítica fragmenta lo real e impide conocer aquello que inicialmente se planteaba como objeto. Atención, porque el problema no se sitúa en el ámbito de lo “subjetivo”, no es un problema de error de los investigadores. Esa esquizofrenia nos remite otra vez a la concepción instrumentalista de los métodos y las técnicas, que es la predominante en nuestras universidades a través de esos cursos de Método en los que se enseña “funcionalismo-marxismo-estructuralismo”. Y en los que los métodos se estudian desvinculados de la historia, de los problemas y las disciplinas en que se gestaron, convertidos en recetarios de técnicas, en fetiches cuyo rigor interno coherencia formal puede garantizar la verdad de lo encontrado, más allá y por fuera de las condiciones sociales del problema que se investiga, o cuya verdad interna puede llegar a suplir la observación atenta y rigurosa de los datos y los procesos empíricos.

Esa esquizofrenia se plasma, por un lado, en la tendencia al teoricismo, a confundir investigación con especulación, en la tendencia a un discurso vago y generalizante con el que se trata de tapar no sólo la falta de trabajo empírico sino también el escapismo político: hacer investigación para no tener que pasar a la acción, o mejor, se hace un tipo de investigación que no nos involucre, una investigación generalista que no exija “práctica” alguna, porque investigando lo particular, sobre lo que es posible intervenir, se corre el riesgo de descubrir no sólo argumentos para “criticar” el sistema sino herramientas para transformarlo. Pero esa esquizofrenia se plasma también en la falta de producción y la abundancia de reproducción, en la ausencia de creatividad y la abundancia de divulgación. Que es otra forma de escapismo, escapismo al riesgo de abrir brechas nuevas en nombre de un pragmatismo positivista y chato que relega la imaginación a la esfera de lo artístico, de lo literario, desterrándola del trabajo científico y del quehacer teórico. Pragmatismo que se alimenta de aquella concepción epistemológica según la cual investigar se reduce a operativizar un modelo, a aplicar una fórmula, y en la que la objetividad se confunde con la estadística.

Frente a esa concepción instrumentalista es necesario hacer hoy hincapié en que un método no es sólo una herramienta para abordar un objeto-problema; es también un punto de vista sobre el objeto que impide o posibilita que algo sea considerado problema. De manera que no se puede hablar en abstracto de que un método es más eficaz que otro, y habrá que introducir esas incómodas preguntas: ¿eficaz para qué y para quién? ¿qué es lo objetivable desde ese método, qué instancias, qué dimensiones de lo real pueden convertirse en “objetos” de conocimiento, en problemas? (...)

Los diferentes métodos delimitan campos de objetos y esa delimitación funciona como mediación de unas determinadas condiciones sociales -y de unos determinados proyectos políticos-. Y es a esas condiciones a las que es necesario remitir el valor y el alcance de una investigación. Teniendo en cuenta que la relación del método al objeto plantea no sólo la mediación de lo social global sino también esas otras mediaciones sociales particulares -que van desde la situación política por la que atraviesa un determinado país hasta las instituciones que posibilitan-limitan la investigación, la división social del trabajo y las ideologías profesionales, etc. Pero sin que la asunción de esas mediaciones implique, por ejemplo, aceptar el chantaje epistemológico que significa el hacer de la especialización una justificación de la fragmentación de lo real. (ibid: 101-103).

Ante tal panorama, la propuesta de Jesús Martín toma como base “ciertas rupturas y los desplazamientos que implican”, pero advierte de entrada, manteniendo la consistencia de su discurso, que “las rupturas de que voy a hablar no son meras rupturas teóricas, son más bien las implicaciones teóricas del acontecer que vivimos, las huellas que en el espacio del quehacer teórico y metodológico están dejando ciertos desplazamientos en lo político” (ibid: 103).

Comencemos por la ruptura con lo que Mattelart ha llamado la “*contrafascinación del poder*”, ese funcionalismo de izquierdas según el cual el sistema se reproduce fatal, automáticamente y a través de todos y cada uno de los procesos sociales. (...)

La otra ruptura clave se produce en la toma de conciencia de *la actividad de los dominados en cuanto cómplices* de la dominación pero también en cuanto *sujetos de la decodificación y la réplica* a los discursos del amo. Respecto a la dimensión de complicidad es toda la problemática del mal llamado “receptor” la que está siendo replanteada radicalmente. (...)

Pero no sólo hay complicidad, también hay resistencia y réplica. Es nuestro sofisticado arsenal de análisis el que no está hecho para captar esa actividad. Apenas estamos comenzando a sentir la necesidad del desplazamiento metodológico que nos dé acceso a la lectura que los diferentes grupos populares llevan a cabo. (...)

Esas rupturas-desplazamientos están indicando un avance importante en dos direcciones: una que busca ubicar históricamente los procesos y los productos de la “cultura masiva” por relación a las culturas populares, y otra que busca contextualizar lo que se produce en los medios por relación a los demás espacios de lo cotidiano. (ibid: 104-105).

Finalmente, Jesús Martín indica los tres campos de investigación en comunicación que “se configuran actualmente como estratégicos” y que fueron de hecho explorados prioritariamente como tales durante los ochenta: el orden o estructura internacional de la información, el desarrollo de las tecnologías que fusionan las telecomunicaciones con la informática, y la llamada comunicación participativa, alternativa o popular.

[La estructura transnacional de la información] es un campo en que los investigadores latinoamericanos están siendo pioneros y en el que su aporte está siendo fundamental tanto en la formulación del problema como en el señalamiento de alternativas. Quizá en ningún otro campo la investigación ha estado tan eficazmente articulada a la denuncia. Y es que en el estudio de esa problemática están convergiendo los conceptos más lúcidos de la investigación latinoamericana en ciencias sociales -y en especial de la teoría de la dependencia- con propuestas que recogen una vasta experiencia política y de trabajo en el ámbito de la cultura. A este respecto quisiera únicamente plantear la necesidad de ahondar en el estudio de las estructuras de producción de la información, pero no sólo en la dimensión económica de estas estructuras, que ha sido la más estudiada hasta ahora, sino también en la dimensión política e ideológica. (...)

El campo de las nuevas tecnologías se está convirtiendo aceleradamente en uno de los enclaves económico-políticos más decisivos del momento actual. En los países altamente industrializados, un tercio del producto nacional bruto procede ya de la manufactura o el procesado de información. Y por otra parte, el desarrollo de esas tecnologías está directamente ligado a la carrera armamentista y a la conquista espacial. (...) Necesitamos de una investigación capaz de asumir la complejidad del reto que las tecnologías plantean: que

no sólo relativice su eficacia-fetichismo y la mistificación que produce quizá la verdadera eficacia de las nuevas tecnologías consista en hacer que el sistema social y la racionalidad que lo sustenta salgan de la crisis intactos, -y hasta reforzados- sino que sea capaz de poner al descubierto las virtualidades de transformación, las contradicciones que generan y, por tanto, las posibilidades de acción y de lucha que abren. (...)

Aunque dicho de muchas maneras y con alcances muy diversos, desde los utópicos hasta los ceñidos a posibilidades de intervención inmediatas, un propósito fundamental parece definir lo alternativo en materia de comunicación en Latinoamérica: transformar el proceso, la forma dominante y normal de la comunicación social, para que sean las clases y los grupos dominados los que tomen la palabra. Y en ese sentido la comunicación alternativa no es aquí nada nuevo ya que desde las experiencias pioneras de Paulo Freire, proyectadas después a multitud de grupos en todos los países del continente, la comunicación ha estado ligada más a la liberación del habla, de la actividad y la creatividad popular que a la potencia o el tipo de medios utilizados. (ibid: 106-109).

Casi una década después, al revisar el “panorama bibliográfico de la investigación latinoamericana en comunicación 1985-1989”, Martín Barbero (1989b) agrupa en tres las temáticas principales tratadas por los investigadores en libros y artículos: las políticas, tecnología y democracia; las industrias culturales, transnacionalización y culturas populares; y los medios, públicos y usos. Pero en una recuperación más a fondo de los trayectos y los alcances del estudio latinoamericano de la comunicación, Martín Barbero apunta hacia una nueva síntesis en los noventa, en su aportación al seminario sobre *Comunicación y Ciencias Sociales* con que FELAFACS conmemoró su décimo aniversario en octubre de 1991. En unas cuantas páginas iniciales, que aquí transcribimos casi completas, Martín Barbero sintetiza el paso “de las hegemonías a las apropiaciones: la construcción de la transdisciplinariedad”:

El campo de estudios de la comunicación en América Latina se forma por efecto cruzado de dos hegemonías: la del pensamiento instrumental en la investigación norteamericana y la del paradigma ideologista en la teoría social latinoamericana. Hacia finales de los años sesenta la modernización desarrollista convierte la comunicación en terreno de punta de la “difusión de innovaciones” y ésta nos llega animada por un proyecto teórico que opera “traduciendo” la sociedad a comunicación -pues ella constituiría el motor y el contenido último de la acción social- y reduciendo la comunicación a los medios, a sus dispositivos tecnológicos, sus lenguajes y sus saberes propios. Al otro lado, la teoría de la dependencia y la crítica del imperialismo cultural padecerán de otro reduccionismo: el que le niega especificidad a la comunicación en cuanto espacio de procesos y prácticas de producción simbólica y no sólo de reproducción ideológica. (...)

Cuando a mediados de los setenta estos dos reduccionismos se encuentran en las escuelas de comunicación, muchos planes de estudios -ayudados sin duda por el realismo mágico- le mezclarán a la enseñanza de destrezas y herramientas para *manejar* los medios, teorías y

análisis para denunciar cómo *somos manejados* por ellos. Frágil mezcla que ha estado legitimando hasta hace poco una profunda escisión entre concepciones teóricas y prácticas profesionales, entre saberes técnicos y crítica social. Pues si con su reubicación en el ámbito de las ciencias sociales los estudios de comunicación se abren a la tematización de las implicaciones de los medios en los procesos de dominación, ello no significó sin embargo la superación de concepciones que, o disuelven los procesos de comunicación en la generalidad de la reproducción social o hacen de las tecnologías comunicacionales un irreductible exterior del que sólo los efectos serían sociales.

De esa amalgama esquizoide no permitieron salir ni el pensamiento de la Escuela de Frankfurt ni la semiótica. Pues lo que, especialmente en los textos de Adorno, se leyó fueron argumentos para denunciar la complicidad intrínseca del desarrollo tecnológico con la racionalidad mercantil. Y al asimilar la lógica del proceso industrial a las leyes de la acumulación del capital, la crítica legitimó la huida: si la racionalidad de la producción se agota en la del sistema no había otra forma de escapar a la reproducción que siendo improductivos (!). El sesgo en la lectura encontró complicidad en el Adorno que en uno de sus últimos textos afirmó que en la era de la comunicación de masas “el arte permanece íntegro cuando no participa en la comunicación” (Adorno, 1980: 416).

Tampoco los aportes de la semiótica permitieron superar la escisión. Al descender de la teoría general de los discursos a las prácticas de análisis, las herramientas semióticas sirvieron casi siempre al reforzamiento del paradigma ideologista. “La omnipotencia que en la versión funcionalista se atribuía a los medios pasó a depositarse en la ideología, que se volvió dispositivo totalizador de los discursos. Tanto el dispositivo del efecto, en la versión psicológico-conductista, como el del mensaje o el texto en la semiótico-estructuralista, terminaban por referir el sentido de los procesos a la inmanencia de lo comunicativo, pero en hueco. La mejor prueba de ese vacío está en que la denuncia desde la comunicación no logró superar casi nunca las generalidades de la manipulación o la recuperación por el sistema” (Martín Barbero, 1987a: 222). Y ello porque, dentro y fuera de la academia, la investigación de la comunicación no pudo en esa etapa superar su dependencia de los modelos instrumentales y de lo que Mabel Piccini ha llamado “la remisión en cadena a las totalidades” (1987: 16), siéndole así imposible abordar la comunicación como dimensión constitutiva de la cultura y por tanto de la producción de la sociedad. (Martín Barbero, 1991: 1-4).

En artículos y ponencias presentados en diversos foros, Jesús Martín fue desarrollando -y haciendo circular, con mayores oportunidades de *discusión* que en épocas pasadas- su propia visión del campo, articulando la perspectiva político-social con la teórico-metodológica y educativa, ante los cambios que se estaban gestando y era necesario apropiarse. Siendo el marco de referencia general *De los Medios a las Mediaciones* (1987a), complementado luego por *Procesos de Comunicación y Matrices de Cultura. Itinerario para salir de la razón dualista* (1989c), Martín Barbero ha planteado y clarificado nuevas perspectivas a la constitución del campo académico de la

comunicación en América Latina. Entre otros textos, sus colaboraciones a *Diálogos de la Comunicación* (Martín Barbero, 1988; 1990a; 1990b), son avances de lo que en 1991 formula de una manera más sintética y específica:

A mediados de los ochenta la configuración de los estudios de la comunicación muestra cambios de fondo. Que provienen no sólo ni principalmente de deslizamientos internos al propio campo sino de un movimiento general en las ciencias sociales. El cuestionamiento de la “razón instrumental” no atañe únicamente al modelo informacional sino que pone al descubierto lo que tenía de horizonte epistemológico y político del ideologismo marxista. De otro lado, la “cuestión transnacional” desbordará en los hechos y en la teoría la cuestión del imperialismo obligando a pensar una trama nueva de actores, de contradicciones y conflictos. Los desplazamientos con que se buscará rehacer conceptual y metodológicamente el campo de la comunicación vendrán del ámbito de los movimientos sociales y de las nuevas dinámicas culturales abriendo así la investigación a las transformaciones de la experiencia social.

Se inicia entonces un nuevo modo de relación con y desde las disciplinas sociales no exento de recelos y malentendidos pero definido más que por recurrencias temáticas o préstamos metodológicos por *apropiaciones*: desde la comunicación se trabajan procesos y dimensiones que incorporan preguntas y saberes históricos, antropológicos, estéticos; al tiempo que la historia, la sociología, la antropología y la ciencia política se hacen cargo de los medios y los modos como operan las industrias culturales. (...)

Más decisivo sin embargo que la tematización explícita de procesos o aspectos de la comunicación en las disciplinas sociales es la superación de la tendencia a adscribir los estudios de comunicación a una disciplina y la conciencia creciente de su estatuto transdisciplinar. Es lo que muestra la reflexión de R. Fuentes (1991) sobre la multidimensionalidad y complejidad disciplinaria que da forma a la “desapercibida comunidad” de los investigadores de la comunicación en México. O a lo que nos enfrenta y convoca el reciente libro de N. García Canclini (1990) al interrogar el espacio de la comunicación desde la desterritorialización e hibridaciones que producen en América Latina la entrada y salida de la modernidad. En esta nueva perspectiva industria cultural y comunicaciones masivas son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura, que corresponden no sólo a innovaciones tecnológicas sino a nuevas formas de sociabilidad con que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad. Es desde las nuevas formas de juntarse y de excluirse, de reconocerse y desconocerse, que adquiere espesor social y relevancia cognitiva lo que pasa en y por los medios y las nuevas tecnologías de comunicación. Pues es desde ahí que los medios han entrado a *constituir lo público*, esto es, a mediar en producción del nuevo imaginario que en algún modo integra la desgarrada experiencia urbana de los ciudadanos. Ya sea sustituyendo la teatralidad callejera por la espectacularización televisiva de los rituales de la política, o desmaterializando la cultura y descargándola de su sentido histórico, mediante

tecnologías que como los videojuegos o el videoclip proponen la discontinuidad como hábito perceptivo dominante. (Martín Barbero, 1991: 4-6).

Finalmente, el texto de Martín Barbero sienta las bases para “pensar la sociedad desde la comunicación”, argumentándola como “un lugar estratégico para el debate a la modernidad”, en un enfoque que hace confluír trayectos y situaciones tanto de los *objetos* socioculturales como de los *puntos de vista* académicos para dar cuenta de ellos y sus movimientos:

Transdisciplinariedad en los estudios de comunicación no significa entonces la disolución de sus objetos en los de las disciplinas sociales sino la construcción de las articulaciones - mediaciones e intertextualidades- que hacen su especificidad. Esa que hoy ni la teoría de la información ni la semiótica, aun siendo disciplinas “fundantes”, pueden pretender ya. Como lo demuestran las puntas de investigación de estos últimos años en Europa y los Estados Unidos (Wolf, 1990; Schlesinger, 1990; Murdock, 1990), y que como en América Latina, presentan una convergencia cada día mayor con los avances de los estudios culturales, que hacen posible la superación de la razón dualista que impedía pensar las relaciones y conflictos entre industrias culturales y culturas populares por fuera de los idealismos hipostasiadores de la diferencia como exterioridad o resistencia en sí. Ha habido que soltar pesados lastres teóricos e ideológicos para que fuera posible analizar la industria cultural como matriz de desorganización y reorganización de la experiencia social (García Canclini, 1991), en el cruce con las desterritorializaciones y relocalizaciones que acarrearán las migraciones sociales y las fragmentaciones culturales de la vida urbana. Una experiencia que viene a echar por tierra aquella bien mantenida y legitimada separación que colocó la masificación de los bienes culturales en los antípodas del desarrollo social, permitiendo así a la élite adherir fascinadamente a la modernización tecnológica mientras conserva su rechazo a la industrialización de la creatividad y la democratización de los públicos. Es esa misma experiencia la que está obligando a repensar las relaciones entre cultura y política, a conectar la cuestión de las políticas culturales con las transformaciones de la cultura política justamente en lo que ella tiene de espesor comunicativo, esto es de trama de interpelaciones en que se constituyen los actores sociales. Lo que a su vez revierte sobre el estudio de la comunicación masiva impidiendo que pueda ser pensada como mero asunto de mercados y consumos, exigiendo su análisis como espacio decisivo en la redefinición de *lo público* y en la construcción de la democracia.

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aun menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada. (Martín Barbero, 1991: 6-7).

## 4.2 Confluencias teórico-metodológicas

Dentro del marco general de crisis y reformulaciones que en todos los órdenes priva al inicio de los noventa en el campo de estudio de la comunicación en América Latina, parece ser tiempo de reestablecer la discusión teórica, desde una perspectiva epistémica y referencial más amplia que el ámbito específico de la teoría.

Por una parte, debería ser posible emprender la formulación sistemática del conocimiento y el instrumental científico disponibles para dar cuenta de la realidad comunicacional que nos circunda y nos atraviesa, asumiendo al menos tres lecciones que las décadas pasadas deben haber dejado: en primer lugar, que la teoría de la comunicación no debería formularse unidisciplinariamente, sino desde el espacio conceptual de la socio-cultura en términos de totalidad histórica. En segundo lugar, que las herencias epistémicas positivistas, deductivistas y funcionalistas deben desmontarse críticamente para dar paso a lógicas más complejas y pertinentes al objeto, la acción intersubjetiva, a partir de la dialéctica. Y en tercer lugar, que la producción de conocimiento y el conocimiento producido no pueden desarticularse, por lo que los modelos a construir deberán ser elaboraciones teórico-metodológicas operables y confrontables con las prácticas concretas.

Por otra parte, reconociendo que la producción de conocimiento sobre la comunicación es en sí misma una práctica socio-cultural -y comunicacional- determinada histórica y estructuralmente, la discusión teórica debe integrar a los investigadores comprometidos con el objeto comunicación, independientemente de sus adscripciones disciplinarias, así como la metodología de la investigación de la comunicación de hecho ha comenzado ya a integrar conceptos e instrumentos desarrollados en otros sectores de la ciencia social. De manera que el campo de la comunicación, desde la teoría, debe construirse al mismo tiempo como un enfoque con identidad específica y abierto a los intercambios con otros enfoques científicos sobre la sociedad y la cultura.

De esta manera, el objeto de estudio, la comunicación, podría quedar definido, en sus términos más generales, como las relaciones, establecidas e investigadas a través de sus múltiples mediaciones, entre *producción de sentido e identidad de los sujetos sociales* en las *prácticas socioculturales*. Una definición así rompe tanto con el reduccionismo “comunicacionista” que se ha centrado en el estudio de los llamados “medios masivos”, como con los enfoques lineales y unidimensionales de la operación comunicativa, heredados del paradigma informacional o los que consideran el sentido inmanente a los mensajes.

Hacia la confluencia en consideraciones como éstas parecen estar tendiendo en los últimos años los avances de diversos investigadores latinoamericanos, sin que pueda hablarse todavía, no obstante, de consensos sólidos y productivos, que tendrán que trabajarse en los noventa. Uno de los aportes más claramente orientados hacia ese fin es el que ha estado elaborando Enrique Sánchez Ruiz. Una parte de lo que más recientemente ha publicado (1991) como fundamento conceptual de “una metodología histórico-estructural”, puede ser muestra de lo que el campo tendrá que desarrollar en el futuro próximo:

Desde un punto de vista general y como primera aproximación, por método entendemos un conjunto de principios, presupuestos y patrones básicos de razonamiento, mediante los cuales el científico liga la teoría, los conceptos y los datos de la experiencia, y no meramente como una serie de procedimientos estandarizados o de técnicas predeterminadas y universales (Suppe, 1977: 864; Blaug, 1982: xi). Para investigar lo concreto, escogemos o producimos, y empleamos, entonces, un marco metodológico determinado, *no* porque lo consideremos una suerte de algoritmo para producir verdades, sino porque demuestra su utilidad -en la práctica concreta de investigación, y por sobre otros que también pueden tener algún grado de utilidad-, para generar *preguntas e hipótesis significantes* sobre fenómenos y procesos *complejos*, como las relaciones sociales, el cambio social, etcétera; pero también para producir o adaptar procedimientos e instrumentos *relevantes* para intentar contestar las preguntas o sostener la verosimilitud de las hipótesis.

El método se considera como parte de un marco más amplio, porque “si la metodología presupone un método, la primera siendo la expresión explícita del segundo, el método presupone a la teoría -ontológica, axiológica, epistemológica-” (Marcovic, 1979: 5). En la práctica social y cotidiana de investigación, cualquier científico, incluyendo el científico social, pone en operación una serie de técnicas para producir y analizar e interpretar datos, que a su vez tienen alguna relación *más o menos* explícita y *más o menos* “orgánica” con un(os) procedimiento(s) *más o menos* socialmente aceptados por la comunidad científica a la que aquel pertenece. Dichos procedimientos, a su vez, tienen *algún* grado de congruencia con elaboraciones teóricas sistemáticas y con una serie de principios básicos y patrones de razonamiento, así como de presupuestos sobre cómo es la realidad, y cómo es posible conocerla, y con un cierto marco de valores, con frecuencia implícitos más que explícitos. (...) El que ejerzamos en la indagación de lo complejo un cierto conocimiento “tácito” (Polanyi, 1969) y no en su totalidad conciente no nos dispensa el que debamos ir tratando de explicitar y reconstruir tales presupuestos, principios y procedimientos “tácitos”, en la medida en que avanza nuestra práctica científica, atendiendo al carácter -en principio- *racional* de esta práctica social. Esto implica ejercer una “vigilancia epistemológica” constante, durante el ejercicio profesional de la producción de conocimiento (Bourdieu et al, 1975).

Lo que, siguiendo a Kuhn (1970) llamamos paradigma, en cuanto que visión “científica” del mundo, fuente a su vez de preguntas y de intentos de respuesta de índole cognoscitiva, puede entenderse en una dimensión más sociológica e histórica como una “tradicción de

investigación” (Laudan, 1978): como “un conjunto de presupuestos generales sobre las entidades y procesos que conforman un dominio de estudio, y sobre los métodos apropiados para investigar los problemas y construir las teorías en tal campo de estudio”. Es decir, una tradición de investigación, desde un punto de vista ontológico, incluye concepciones *más o menos* explícitas sobre qué entidades elementales existen y cómo interactúan. Y, desde un punto de vista metodológico, desarrolla directrices *más o menos* explícitas sobre cuáles son las formas legítimas de abordar la indagación sobre tales entidades y sus interrelaciones. (Sánchez Ruiz, 1991: 12-13).

Los trabajos sobre metodología en el campo de la comunicación latinoamericana no son muy abundantes aunque en los últimos años se han publicado algunos, representativos de diversas perspectivas pero en principio promisorios en términos de confluencias. Uno de estos estudios es el de Maria Immacolata Vassallo de Lopes (1988), cuyo interés principal es, precisamente, la formulación de un modelo metodológico para la investigación de la comunicación.

Entendida ampliamente como teorización del proceso de producción de conocimiento y como “investigación sobre la investigación”, la Metodología, en una ciencia, constituye el espacio por excelencia de reflexión de un campo de conocimiento sobre sí mismo, en cuanto práctica teórica. (...)

Las características de las condiciones concretas de producción de una ciencia provienen, en última instancia, de sus paradigmas científicos, que proporcionan el “repertorio disponible” de posibilidades teóricas, metodológicas y técnicas en un momento determinado del desarrollo de la disciplina en una situación social determinada. Es en ese repertorio donde se realizan las operaciones de construcción del lenguaje científico que están asentadas sobre un sistema de decisiones por parte del investigador. Son decisiones que tienen que ver con la utilización de modelos interpretativos de análisis, la selección y operacionalización de conceptos, la formulación de hipótesis, el uso de determinadas técnicas de recolección de datos, etc.

El modelo metodológico que vamos a proponer, en lugar de basarse en un discurso sobre el Método en general, se fundamenta en las condiciones concretas de la práctica científica en Comunicación. Son dos los *principios básicos* que orientan la construcción de este modelo metodológico:

- 1) la reflexión metodológica no se hace de un modo abstracto porque el saber de una disciplina no es separable de su implementación en la investigación. Ya Comte afirmaba que *el método no es susceptible de ser estudiado independientemente de las investigaciones en que es empleado*, lo que implica que nos neguemos a disociar el método de la práctica de su aplicación, así como referir el discurso sobre el método particular de determinada disciplina a un discurso sobre el Método. Este último, por situarse en un nivel alto de abstracción y formalización, será accionado

sólo en cuanto sea pertinente para la discusión de los métodos particulares aplicados en Comunicación.

2) La reflexión metodológica no sólo es importante y necesaria para crear una *actitud consciente y crítica* por parte del investigador en cuanto a las operaciones científicas que realiza en la investigación y en cuanto al cuestionamiento constante a que debe someter los métodos ante las exigencias que le impone la realidad. A partir del estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podrá alcanzarse un buen sistema de hábitos intelectuales que, sin duda, es el objetivo esencial de la Metodología. (Vassallo, 1988: 79-80).

El modelo propuesto por la investigadora brasileña se aplica tanto a la lectura o análisis de las investigaciones ya realizadas como a la orientación y diseño de las prácticas de investigación. Está formado por componentes “paradigmáticos” (niveles o instancias) y “sintagmáticos” (fases o etapas). De esta manera, aunque en las prácticas de investigación son indisolubles, el modelo distingue “los momentos de construcción/reconstrucción de la *estructura*, o sea de la articulación de los diferentes niveles metodológicos, y los de construcción/reconstrucción del *proceso*, de la articulación de las diferentes fases metodológicas al interior de la investigación.” (ibid: 103). Los *componentes paradigmáticos* (ibid: 104) del modelo metodológico son:

Instancias Metodológicas	Operaciones Metodológicas
(A) Epistemológica (vigilancia epistemológica)	(1) Ruptura epistemológica
(B) Teórica (marcos de referencia)	(2) Construcción del objeto científico
(C) Metódica (marcos de análisis)	(3) Formulación teórica del objeto
(D) Técnica (construcción de los datos)	(4) Explicitación conceptual
	(5) Exposición
	(6) Causación
	(7) Observación
	(8) Selección
	(9) Operacionalización

Por su parte, los *componentes sintagmáticos* (ibid: 118) del modelo metodológico son:

Fases Metodológicas	Operaciones Metodológicas
(I) Definición del objeto (teorización de la problemática)	(1) Problema de investigación (2) Marco teórico de referencia (3) Hipótesis
(II) Observación (técnicas de investigación)	(4) Muestreo (5) Técnicas de recolección
(III) Descripción (técnicas y métodos de descripción)	(6) Análisis descriptivo
(IV) Interpretación (métodos de interpretación)	(7) Análisis interpretativo  (8) Conclusiones

Las conclusiones que señala Vassallo con respecto al modelo que propone tanto para la lectura analítica como para la guía práctica de investigaciones en comunicación apuntan a las que parecen ser cuestiones esenciales en el campo latinoamericano, y en ese sentido abren nuevas perspectivas que deberán ser exploradas más extensamente en los noventa:

Cuando definimos la metodología practicada en la investigación como un sistema interno de opciones, adoptamos una concepción de método no-tecnicista y profundamente no-dogmática. Esa concepción no tiene nada que ver con alguna sugerencia de banalización o de simplificación del trabajo metodológico. Al contrario, en la misma medida en que la creatividad y la experimentación quedan enraizadas en el carácter decisorio de la metodología, aparecen las exigencias correlativas de dominio del conocimiento metodológico, de rigor intelectual crítico y de responsabilidad científica. (...)

La fragilidad, cuando no la ausencia, del dominio metodológico en el corpus de investigaciones que analizamos mostró, tal vez de una manera exagerada, una situación que es general en el campo de la comunicación. El dualismo teoría-metodología es bastante acentuado, cuando se sabe que la exigencia es de equilibrio y de articulación entre esos dos niveles. No se hace teoría si no es dentro de una determinada estrategia metodológica, y ésta, sin teoría, resulta ser un esqueleto sin carne. Creemos, por ello, que no basta con detectar este obstáculo sino que es posible superarlo a través de medidas que fortalezcan lo que llamamos la formación profesional en investigación. Esa formación debe incluir, además de la (insustituible) práctica de investigación, una preocupación acerca de la enseñanza de la investigación, importante vía para el dominio de conocimientos metodológicos y principalmente para la formación de actitudes y disposiciones conscientes ante y en la investigación. (ibid: 137-138).

En consonancia con esta propuesta, y con otras desarrolladas por algunos investigadores latinoamericanos, quizá en un exceso de optimismo algunos hemos visto emerger recientemente vigorosos procesos de renovación metodológica en la investigación latinoamericana de la

comunicación. Hemos visto, por una parte, el desarrollo práctico de ingeniosos procedimientos de acercamiento a la complejidad sociocultural de las prácticas de comunicación, y por otra parte, la conciencia crítica de múltiples reformulaciones conceptuales, profundamente enraizadas ética y políticamente y al mismo tiempo comprometidas estrictamente con el rigor que se espera de la investigación científica. Creemos que aunque está muy lejos la pretensión de contar con modelos globales y universales, los aportes metodológicos que se han estado probando y desarrollando podrán irse constituyendo en las herramientas que las prácticas de investigación en el campo necesitan para ser cada vez más “internamente” consistentes y “externamente” pertinentes. Como dimensión articuladora del conocimiento teórico y la acción concreta, la metodología se está convirtiendo, felizmente, en una prioridad del trabajo académico en comunicación.

La competencia metodológica, que ha sido una de las principales debilidades estructurales del campo, como lo señalaba en 1976 Luis Ramiro Beltrán en su clásico recuento de la “investigación con anteojeras”, se manifiesta en los proyectos y procesos particulares de investigación, pero se integra y explica sólo a nivel colectivo. El hecho de que los investigadores más competentes expongan y discutan los diseños y recursos metodológicos que utilizan y que estas propuestas puedan ser probadas y desarrolladas una y otra vez concretamente por otros investigadores, es una señal muy alentadora de las posibilidades de consolidación del campo, que es urgente reforzar y extender.

### 4.3 Las asociaciones y agencias vinculadoras

Para la “corriente dominante” (estructural-funcionalista) en la sociología de la ciencia, los métodos o procedimientos de investigación disponibles son, todavía, muy limitados. Merton ha señalado los principales en el origen del campo: el análisis de contenido, “transferido” de la investigación de la comunicación de masas y la prosopografía, “transferida” a su vez de la historia; por otro lado, como desarrollos “específicos de la especialidad”, el análisis de citas (*citation analysis*), los “parámetros de la ciencia” (Cfr. Price, 1963), y los “índices científicos”. (Merton, 1977: 24-58). Más tarde, se han incorporado como métodos de investigación en la sociología de la ciencia la observación etnográfica, la historia de vida, el análisis semiótico (de los textos científicos) y el análisis de redes de comunicación, entre otros. Es decir, métodos que apuntan, de diversas maneras, hacia enfoques socioculturales de análisis.

Diana Crane, autora de *Invisible Colleges* (1972), un estudio sobre la “difusión del conocimiento en comunidades científicas”, propuso hace veinte años una innovación notable para la sociología de la ciencia norteamericana, al concluir que la fragmentación metodológica del campo ha impedido su desarrollo teórico:

La sociología del conocimiento sólo emergerá como area útil de indagación si puede desarrollarse un modelo teórico común para explicar el repertorio completo de productos culturales. Si puede lograrse esto, parece probable que el término sociología del conocimiento deje de ser útil. Sociología de la Cultura, siendo una designación más amplia, sería más apropiada. (Crane, 1972: 129).

El enfoque de Crane parte de una crítica a las teorías y métodos que “midan” el crecimiento del conocimiento, pero conserva un concepto de comunicación científica proveniente de la investigación sobre difusión de innovaciones, por cierto uno de los “círculos sociales” o comunidades científicas que investiga empíricamente. Presta mucha atención a las redes de intercambio de información científica y relaciona su funcionamiento con el desarrollo del conocimiento, pero aún para ella misma, este enfoque conceptual resulta insuficiente:

En las páginas precedentes se ha afirmado que los problemas de la comunicación científica pueden entenderse en términos de la interacción entre un complejo y volátil frente de investigación y un sistema formal de comunicación estable y mucho menos flexible. El frente de investigación crea conocimiento nuevo; el sistema formal de comunicación lo evalúa y disemina más allá de las fronteras del área de investigación que lo produjo. El hecho de que el frente de investigación esté en continuas evolución y desarrollo, hace difícil

para cualquiera mantenerse al día sobre los nuevos hallazgos en un área de investigación únicamente por medio de los artículos que aparecen en el sistema formal de comunicación. La misma área de investigación parece tener una red de comunicación informal muy efectiva, pero no todos los miembros del área participan de ella y los científicos de otras áreas rara vez entran en contacto con ella.

Muchas de las dificultades de los científicos para encontrar información a través del sistema formal de comunicación parten del hecho de que frecuentemente buscan información sobre áreas que les son relativamente poco familiares.

Es claro que el enorme crecimiento de nuevo conocimiento está exigiendo mayor flexibilidad en el sistema formal de comunicación. El progreso en el manejo de este sistema puede ser el resultado de una mejor comprensión de las formas como los científicos usan las ideas y de los tipos de ideas que les son más útiles. El rango completo de innovaciones en el sistema formal de comunicación tiene todavía que ser explorado (Ibid, 128).

La influencia de Derek Price, su tutor (Ibid, ix), es apreciable en Crane, especialmente en cuanto a que los desarrollos sociométricos y bibliométricos introducidos por el primero (Price, 1963), impiden una consideración más amplia del aspecto comunicacional de la dinámica sociocultural constitutiva de las comunidades científicas. Además, la influencia directa de Everett Rogers (Crane, 1972: ix), líder de la investigación sobre difusión de innovaciones, antes de que ésta fuera críticamente reformulada por el propio Rogers (1976) ante su insuficiencia para impulsar la modernización de la agricultura en el Tercer Mundo (Sánchez Ruiz, 1986), generan una concepción de la “sociología de la cultura” y de la ciencia que señala certeramente lagunas, pero que es incapaz de formular adecuadamente la alternativa:

El problema de la relación entre la estructura interna de una determinada institución cultural y los productos culturales desarrollados y aceptados dentro de ella no ha sido explorado por la sociología del conocimiento. La tendencia a ver a los grupos sociales como entidades abstractas más que como conjuntos de individuos cuyos modos de interacción pueden ser observados con precisión es la causa probable de esta falla. Similarmente, los factores sociales que influyen la difusión de ideas sólo han sido tratados superficialmente en la tradición de la sociología del conocimiento. Para comprender tales fenómenos se necesita una teoría de las comunicaciones y de la transmisión de innovaciones, y la sociología del conocimiento no la ha proporcionado. (Crane, 1972: 130).

El carácter sociocultural de los problemas centrales de la sociología de la ciencia parece estar claramente establecido, aunque no los instrumentos metodológicos para resolverlos. Esto quizá se deba a que el origen reconocido está en la obra de Kuhn (1970), cuyo interés era histórico y no sociológico, y que la controversia desatada a propósito de su obra fue, más que nada, con filósofos de la ciencia, que habían rechazado siempre la relevancia de la dimensión social de la producción y

el desarrollo del conocimiento científico. Una de las interpretaciones sociológicas más productivas del aporte de Kuhn, es la de Barry Barnes:

La investigación científica, tan a menudo descrita íntegramente en función de la “razón” y la percepción del individuo aislado y su experiencia, es expuesta (por Kuhn) como una interacción compleja entre una comunidad que investiga con su cultura recibida y su medio (Barnes, 1986: 37).

En otra obra, el mismo Barnes sugiere un “tercer enfoque” sociológico posible de la ciencia:

En vez de analizarla como un agente del cambio social, o como una subcultura cerrada en sí misma, puede investigarse la medida en que su propia estructura y cultura sociales derivan de las del conjunto de la sociedad (Barnes, 1980: 16).

De alguna manera en sintonía con este acercamiento, creemos que trabajando la comunicación desde una perspectiva sociocultural, un enfoque que la interroga como práctica social de significación, es decir, como una relación entre sujetos sociales *mediada por la producción de sentido*, puede establecerse una estrategia metodológica de investigación que, a través del análisis del discurso, permita identificar *cómo* opera esa “interacción compleja entre una comunidad que investiga con su cultura recibida y su medio”, comenzando por la constitución de esa comunidad. Y para ello, sin duda, es fundamental reconstruir la historia de las asociaciones académicas y las agencias vinculadoras que han operado en el campo de la comunicación en Latinoamérica.

La más importante de las asociaciones profesionales de investigadores de la comunicación en la región es sin duda la ALAIC (Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación), constituida en 1978. José Marques de Melo, su presidente de 1989 a 1992, resume así su historia:

La ALAIC fue fundada en Caracas en noviembre de 1978, por iniciativa de un grupo de investigadores de la comunicación (Antonio Pasquali, Luis Ramiro Beltrán, Jesús Martín Barbero, Eleazar Díaz Rangel entre otros), comprometidos con el avance de esta disciplina académica en América Latina. La principal conquista de ALAIC fue la legitimación de la nueva área del conocimiento dentro de la UNESCO y las agencias internacionales de fomento científico. Hasta entonces, las investigaciones de la comunicación se confundían con los estudios realizados bajo los cánones de las ciencias sociales, principalmente la sociología. Gracias a la actuación de ALAIC, la comunicación fue reconocida como un área autónoma de investigación académica, naturalmente sin rechazar la articulación interdisciplinaria, una característica intrínseca de las humanidades.

También correspondió a ALAIC la responsabilidad de movilizar a la comunidad dedicada al estudio de la industria cultural, motivando la creación de asociaciones nacionales de investigadores de la comunicación. Esas entidades surgieron en Brasil, México, Venezuela,

Argentina, Colombia, Chile, Perú, República Dominicana y Bolivia. Se organizaron diversos seminarios para estudiar temas emergentes de la realidad comunicacional latinoamericana, confrontando las visiones de investigadores de diferentes países. Además, la ALAIC promovió, con el apoyo de una agencia canadiense (IDCR), el levantamiento de la bibliografía contemporánea sobre la investigación de la comunicación en algunos países de la región. Participó también en las campañas por el establecimiento de un nuevo orden mundial de la información y la comunicación, por la vigencia de políticas nacionales de comunicación y por la creación de agencias regionales de noticias. (Marques de Melo, 1991: 100-101).

Bajo la presidencia de los venezolanos Luis Aníbal Gómez y Oswaldo Capriles (sustituido al final de su gestión por Alejandro Alfonzo) y los colombianos Jesús Martín Barbero y Patricia Anzola, la ALAIC desarrolló sus actividades, que al final de la década de los ochenta disminuyeron en intensidad y alcance, al grado que, por iniciativa de las asociaciones brasileñas y mexicanas, debió iniciarse en 1988 un proceso de “reconstitución” sobre nuevas bases e impulsos, que José Marques de Melo resume:

La crisis vivida por ALAIC no constituyó un hecho aislado, contándose en la deuda social responsable de la configuración de lo que se dió en llamar la “década perdida”. Felizmente, la acción de destacadas personalidades de nuestra comunidad (entre los cuales están Rafael Roncagliolo, Luis Peirano, Jesús Martín Barbero, Anamaria Fadul, Fátima Fernández y Joaquín Sánchez) impidió la desagregación de ALAIC. Reunidos informalmente en Barcelona, en julio de 1988 durante el 16 Congreso de la AIERI, cerca de veinte latinoamericanos asumieron la causa de la reconstitución de ALAIC. (...) En diciembre de 1988 se reunieron en la ciudad paulista de Embu-Guaçu representantes de las principales organizaciones brasileñas y mexicanas del área de la comunicación (INTERCOM, ABECOM, UCBC, AMIC, CONEICC) y de la OCIC/AL, firmándose entonces una convocatoria a la Asamblea de Reconstitución de ALAIC (...que) se realizó en la ciudad de Florianópolis (Santa Catarina, Brasil), el 8 de septiembre de 1989 (...) contando con representantes de 12 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México, Nicaragua, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela). (...) Al final del encuentro, la colombiana Patricia Anzola entregó el mandato de la asociación al brasileño José Marques de Melo, electo presidente para el trienio 1989-1992, junto a un consejo directivo integrado también por Javier Esteinou Madrid (México), Diego Portales (Chile), Margarida Kunsch (Brasil) y Enrique Sánchez (México). (ibid).

Aunque su ámbito de acción no es estrictamente la investigación, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) ha sido también, desde su constitución en octubre de 1981, un organismo de apoyo y difusión académicos a la investigación latinoamericana. Las actividades de FELAFACS han sido muy variadas y han abarcado a los veinte países de la región. Por una parte, los Encuentros Latinoamericanos (1982, México; 1984,

Florianópolis; 1986, Bogotá; 1989, Panamá) y los innumerables talleres y seminarios organizados por la Federación han permitido articular la problemática y los recursos de la enseñanza y la investigación de la comunicación en torno a situaciones concretas. Por otra parte, las publicaciones (libros y revista *Diálogos de la Comunicación*, con sus fascículos y cuadernos), han reforzado esa articulación por medios impresos de amplia distribución.

En su diagnóstico sobre *La Formación Profesional de Comunicadores Sociales en América Latina* (1985), FELAFACS consideraba a la investigación como uno de los “contextos para la reflexión sobre el problema de la formación profesional de comunicadores en América Latina”, de la siguiente manera:

Como ya se ha especificado, las demandas de los desarrollos teóricos son cualitativamente diferentes de las demandas canalizadas por los canales institucionales. En este nivel -el de los desarrollos teóricos- no se formulan políticas, ni se piensa o trabaja directamente sobre los problemas de docencia de la disciplina; aunque ocasionalmente y aisladamente los investigadores se refieran a los desfases e inadecuaciones que perciben en la forma de concebir y/o practicar la comunicación en las escuelas, especialmente en el nivel de los pregrados. No significa ésto que la instancia teórica de la investigación y reflexión en comunicación se encuentre aislada de instituciones como UNESCO, CIESPAL y FELAFACS; pues al interior de estas trabajan grupos de investigadores que efectivamente aportan a la problemática de la enseñanza. (FELAFACS, 1985: 31).

Aunque señala que “no parecen existir relaciones de *comunicación* entre el sector universitario y el grupo o grupos que trabajan en investigación en comunicación” (ibid: 31), el diagnóstico de FELAFACS apunta uno de los principios fundamentales de integración académica latinoamericana que la Federación -y las asociaciones nacionales que la forman- han perseguido y desarrollado en la última década y que ha contribuido quizá más que cualquier otra institución, a la extensión y fortalecimiento de una comunidad académica en el campo.

A reserva de analizar con detenimiento las aportaciones de estas y otras organizaciones académicas en el campo de la comunicación en América Latina, parece indudable que las posibilidades de desarrollo para el campo tienen en la institucionalización una condición esencial, de manera que pueda considerarse a las asociaciones académicas como una especie de infraestructura para la investigación.

#### 4.4 La investigación en las universidades

En su reflexión sobre los principales “asertos” vigentes a principios de los noventa en las escuelas latinoamericanas de comunicación, el presidente de FELAFACS, Joaquín Sánchez incluye el de que “la investigación no es del campo del pregrado, pertenece al postgrado”, argumentando de la siguiente manera:

Sobre esta pretensión de lograr una mayor formación de comunicadores en el pregrado, me parece que lo que ha ocurrido en el pasado es lo mismo que anotábamos acerca de los actuales currículos, en donde los aspectos tocantes a la comunicación, llámense disciplinas, etc., se añadían simplemente para esperar que la mezcla de todo ello “produjera” un excelente comunicador social.

La investigación evidentemente es un aspecto que hace más profesional -o mejor- que sí profesionaliza al comunicador social. El problema está en definir qué tipo de investigación y en qué dosis la debe manejar el egresado de Comunicación. Nadie niega la importancia de la misma para las prácticas profesionales tradicionales como el periodismo, la publicidad y las producciones en medios visuales; sin embargo, ésta se valora más como un elemento importante para las llamadas tesis de grado, muchas veces al servicio de esta etapa final de formación sin incidir en los procesos de formación para la producción. En mi opinión lo que puede diferenciar al profesional egresado de una universidad de un empírico es precisamente la dimensión teórica e investigativa del ejercicio profesional. Considero que los niveles de investigación en los que se mueven no pocos profesores en las asignaturas pertinentes, son más para los postgrados y ordinariamente se mantienen en las grandes metodologías de las ciencias sociales, en donde un estudiante de pregrado se pierde en un mar insondable de teorías, epistemologías y metodologías. Por esta razón la crítica que se suele hacer a la investigación está fundada más bien en la forma como se ha incorporado la investigación a los currículos y la metodología que se ha empleado para la enseñanza y aplicación de la misma.

Es conveniente estudiar la incidencia de los egresados en el desarrollo de los actuales programas de comunicación. Actualmente cuentan las universidades latinoamericanas con postgrados en comunicación repartidos así: México (5), Brasil (6), Colombia (1), Panamá (1), República Dominicana (1), Venezuela (1), Chile (2), Puerto Rico (1). Estos programas han ido creciendo poco a poco de tal manera que están pensados dentro del desarrollo de la comunicación en América Latina como el ámbito propio para la investigación más interdisciplinaria y menos orientada a las profesiones. FELAFACS está realizando una acción coordinadora para permitir la formación del profesorado y de investigadores de la comunicación. (Sánchez G., 1991: 12).

A propósito de los postgrados en comunicación como espacios para el desarrollo de la investigación y la teoría, hay una serie de puntos controversiales que sólo en los noventa comienzan a ser clarificados. A manera de ejemplo, las conclusiones de la Primera Reunión Nacional de Postgrados y Centros de Investigación en Comunicación mexicanos, celebrada en Guadalajara en junio de 1989 refieren a que:

Se constató que los postgrados no son instancias de investigación que alimenten a programas de formación, sino que surgen de la demanda y la estructura escolar. Los programas de maestría son propuestas que, viniendo desde la docencia tienen a la investigación más como un problema que como un insumo. De ahí que sea interesante observar cómo se articula la relación docencia-investigación en cada una de las instituciones. También se enfatizó la escasez de recursos humanos calificados para la investigación.

La lógica universitaria -o institucional- condiciona el planteamiento de cada uno de los programas. Sus objetivos entran en la lógica propia de cada institución. De ahí que haya que plantear cómo entiende cada programa las necesidades sociales.

Las maestrías son en muchos casos “puntas de lanza” de las instituciones a las que pertenecen, y se constata la manera como la comunicación sigue afectando a cotos disciplinares muy cerrados haciendo que se abran a la interdisciplinariedad.

Preocupa que en poco tiempo ocurra el “boom” de las maestrías, tal y como ocurrió con las licenciaturas, en vista de que se sabe de por lo menos cinco instituciones más que piensan abrir postgrados próximamente. Se observa que se abren centros de estudios sin investigar las necesidades a las que sus propuestas darían satisfacción. Por ello se considera conveniente evaluar la experiencia de los que ya tienen tiempo funcionando para hacer algún tipo de pronunciamiento conjunto, que retome esa experiencia y proporcione un panorama del postgrado en el país.

Se observa también que el nivel académico de la licenciatura ha bajado, por lo que en ocasiones se pretende que la maestría subsane sus deficiencias. Por otro lado, en otros casos las exigencias con respecto a la maestría son tan altas que corresponderían más a un doctorado satisfacerlas. Es conveniente señalar cuáles son los mínimos constitutivos de un programa de maestría: al hacerlo se obligará a redefinir tanto la licenciatura como el doctorado.

Se planteó el problema de la formación universitaria versus la capacitación profesional: respecto a los supuestos éticos y sociales ¿los programas de maestría deben pretender reproducir o incidir en la transformación social? Respecto a la temática de estudio ¿deben formar académicos, profesionales de la comunicación o ambos?

Asímismo se tocó la cuestión de la especialización y su relación con la independencia-dependencia para trabajar en problemas que institucionalmente no se consideran relevantes. (CONEICC, 1989).

A pesar de coincidir en diversos puntos, los postgrados brasileños son evaluados de una manera mucho más positiva por el Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq), en un documento oficial publicado en 1990:

Los cursos de postgrado... vienen a atender las necesidades de recursos humanos calificados para el pregrado. (...) Junto a esa función reproductora, destinada a la formación de personal docente calificado, los cursos de postgrado atienden las funciones transformadoras, buscando el desarrollo pleno de la investigación científica, además de -en menor grado y en forma precaria- atender a segmentos del mercado.

(...) Los diversos programas de postgrado (...) resaltan la importancia de la diversidad de experiencias que, orientadas por una pluralidad de perspectivas científicas, no se oponen sino que se complementan y permiten encarar el campo teórico de la comunicación como un área científica fuertemente relacionada con las ciencias sociales y humanas. (...) De hecho existe la interdisciplinariedad necesaria en el abordaje de la comunicación y, al mismo tiempo, una paulatina conquista de identidad autónoma dentro de las ciencias humanas. (CNPq, 1990: 13, 19).

Sin embargo, la problemática de la relación docencia universitaria-investigación de la comunicación rebasa con mucho la situación de los postgrados, cuyo difícil desarrollo es más bien una manifestación de las desarticulaciones subyacentes que un elemento de transformación. Aunque no son muchos los investigadores latinoamericanos dedicados al estudio del propio campo académico, pueden señalarse últimamente algunos esfuerzos por clarificar las perspectivas académicas en las universidades.

A propósito de esto puede decirse que aunque sería incongruente tratar de entender a las universidades latinoamericanas como actualizaciones de un modelo homogéneo, es un hecho que en su mayor parte están orientadas por la herencia napoleónica de formación profesionalizante, lo cual explicaría en buena medida la generalización de ciertas características de las carreras de comunicación: la dependencia en su orientación de la estructura comercial hegemónica en los medios masivos y la desvinculación de la docencia con la investigación. Pero aun cuando las diversas modalidades de inserción en la vida política y social de los distintos países, y los propios proyectos académicos, enfrentan muchas veces a las universidades entre sí, en la última década ha habido un notable esfuerzo de confluencia, impulsado por FELAFACS, alrededor de la problemática que les es común.

Como ha señalado agudamente Mauricio Antezana (1984), la formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina se realiza en medio de tres tensiones medulares: la crisis de las universidades en lo que toca a sus funciones sociales y que en el campo de la comunicación las hace oscilar entre el “teoricismo” y el pragmatismo; la presión de una industria cultural crecientemente dominada por consorcios transnacionales, y la necesidad de resguardar los espacios para el trabajo teórico y la consolidación de una ciencia que se quiere poner al servicio de intereses sociales mayoritarios.

A partir de los diagnósticos que han ido elaborándose en los ochenta, y como consecuencia de los avances alcanzados y los procesos y articulaciones ya establecidos, puede sostenerse que el futuro de la formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina impone, al menos, las siguientes condiciones: un esfuerzo muy intenso para rescatar el carácter universitario del trabajo académico, de su autonomía con respecto al Estado y a la empresa privada, que le han ido imponiendo sus lógicas; una multiplicación de los espacios de diálogo y discusión seria de los problemas comunicacionales entre los investigadores y docentes entre sí y de ellos con los profesionales y los usuarios de los servicios; una búsqueda consciente y sistemática en las universidades de vinculaciones concretas de la investigación con la producción de comunicación en todos los ámbitos de la actividad social, especialmente aquellos en que las necesidades comunicacionales estén menos atendidas; un trabajo intenso de sistematización y difusión del conocimiento producido, actualmente disperso; y un reforzamiento sustancial en los aspectos metodológicos del trabajo científico, educativo y profesional de los comunicadores universitarios latinoamericanos (Fuentes, 1989).

#### 4.5 Las infraestructuras del campo

No hay duda de que es la interrelación de muchos factores, algunos de los cuales se conocen bien, la que puede explicar el explosivo crecimiento del campo académico de la comunicación en América Latina y la aceleración de su tasa de reproducción en los ochenta a pesar de las condiciones socioeconómicas adversas. Podemos advertir una muy grande y creciente heterogeneidad en el crecimiento, tanto entre países como, al interior de los mayores, entre regiones. Evidentemente, hay enormes brechas y fuertes divergencias entre las instituciones, que hacen engañosas y arriesgadas las generalizaciones; pero precisamente por todo ello hablamos de un “campo”, más que de un “sistema” académico latinoamericano de la comunicación.

El concepto de *campo* (cultural, intelectual, académico, educativo), que debemos a Pierre Bourdieu y a quienes han difundido, explicado y desarrollado su obra en Latinoamérica, como Néstor García Canclini, permite reconocer las tensiones y los desfases entre los actores que lo constituyen con sus prácticas, más que los ingredientes y articulaciones relativamente estables y homogéneos o las autorregulaciones con que un sistema preserva su identidad, esto es, su estructura.

Por “campo académico” entendemos, entonces, a bastante más -de hecho otra cosa- que el conjunto de instituciones donde se imparten estudios de nivel superior. Incluimos en él a la teoría, la investigación, la formación universitaria y la profesión, y centramos el concepto en las prácticas que realizan actores o agentes sociales concretos -sujetos individuales y colectivos- con el fin de impulsar proyectos sociales específicos; en este caso, estructuras de conocimiento y pautas de intervención sobre la comunicación social.

De ahí que cuando se especifica “campo académico”, no es a las prácticas sociales de comunicación (masivas o no) a las que se hace referencia, ni a las instituciones que se han especializado en su ejercicio y en su control social, sino a aquellas que toman a éstas como su referente, es decir, las que son realizadas principalmente por universitarios, dentro o fuera de las instituciones de educación superior, con el propósito general de conocer, explicar e intervenir en la transformación intencionada de las prácticas sociales de comunicación. Hay otros campos cuyas prácticas y objetos intersectan, a veces en confluencia, a veces en contraposición, con nuestro campo académico, cuyas fronteras no están siempre bien definidas; pero ésta es precisamente una de las condiciones centrales que nos permiten acercarnos conceptualmente a su análisis sin deformar totalmente su realidad.

Por supuesto, las prácticas académicas son también prácticas sociales de comunicación, pero su especificidad se sostiene en la dimensión “meta-comunicativa” que constituyen para poder abordar sus propósitos de generación, difusión, promoción y reproducción de conocimiento sobre la comunicación, sólo una parte del cual tiene pretensiones científicas. De hecho, cada vez más investigadores de la comunicación reconocen que la mayor parte del conocimiento disponible en el campo es más ideológico que científico, lo cual no necesariamente tiene connotaciones negativas, ya que no sólo entre nosotros, el carácter mismo de la “cientificidad” del conocimiento en ciencias sociales según el modelo de las naturales, está en debate. Para Edgar Morin, “no llegamos todavía a aceptar el desafío de la complejidad de lo real; estamos aún en la era bárbara de las ideas”.

Visto de esta manera, el campo académico es un espacio sociocultural específico, en el cual concurren actores sociales sujetos a las determinaciones y condicionamientos que definen su identidad y sus funciones sociales desde marcos mucho más amplios que los académicos por una parte y los comunicativos por la otra, pero que con su actividad, socialmente legitimada e institucionalizada, mantienen una cierta “autonomía relativa”. El campo académico es, en síntesis, un espacio social definido por prácticas sociales concretas, muchas de las cuales se expresan mediante discursos, donde puede reconocerse el conocimiento operante sobre los objetos de estudio: es decir, sobre otros conocimientos, discursos y prácticas sociales.

Para que el campo académico se constituya y desarrolle, hay una serie de condiciones que pueden considerarse “infraestructurales”, es decir, sistemas sin los cuales las relaciones entre sujetos y las articulaciones entre sus prácticas son imposibles. Uno de estos sistemas básicos, para la investigación latinoamericana de la comunicación es el de la documentación académica que, a pesar de ser reconocido como un apoyo de importancia fundamental, no se ha extendido ni desarrollado suficientemente en América Latina. No se pueden ignorar, por supuesto, los valiosos aportes del Centro de Documentación de CIESPAL, los esfuerzos pioneros de Luis Ramiro Beltrán o José Marques de Melo, los Centros de Documentación de IPAL en Lima, INTERCOM en Sao Paulo o CONEICC en Guadalajara o el proyecto de ALAIC que a principios de los ochenta promovió la sistematización de la documentación sobre comunicación en Perú, Colombia, Chile, Brasil, Argentina, México y Bolivia. Sin embargo es claro que estos esfuerzos han quedado muy aislados y que, en todo caso, han demostrado ser insuficientes; también parece indudable que no se ha extendido, sobre todo en las escuelas de comunicación, la cultura de la revisión bibliográfica y documental amplia y precisa como base para la elaboración de proyectos de investigación. Hay aquí un verdadero círculo vicioso: los investigadores no demandan servicios de apoyo documental cuando no tienen acceso fácil y directo a los centros, y éstos no crecen, entre otras razones, por falta de evidencias sobre su utilidad.

Si se concibieran los centros de documentación como sistemas de comunicación y apoyo académico más que como simples archivos, poco menos que muertos, de materiales impresos de todo género, y se lograra interconectar eficientemente sus recursos, probablemente podría romperse el círculo vicioso del escaso uso y la mínima pertinencia de los servicios para los investigadores. Más que los problemas logísticos, técnicos o financieros, indudablemente presentes, es fundamental el problema “cultural” o educativo, incluso simplemente informativo, que impide un uso más extendido e intenso de los recursos y servicios documentales disponibles en Latinoamérica. A principios de los noventa hay esfuerzos en marcha encaminados a fortalecer, o a establecer por primera vez, los vínculos continentales necesarios para crear una red latinoamericana de centros de documentación en comunicación, que merecen ser multiplicados y apoyados.

Por otra parte, cada vez está menos justificado el aislamiento de los esfuerzos académicos latinoamericanos y la incomunicación entre instituciones o personas con propósitos similares o complementarios por la ineficiencia o el costo del correo o el teléfono. Sin desconocer las grandes disparidades que persisten o aún se incrementan, ni el problema de los costos, es evidente que la disponibilidad de nuevas infraestructuras tecnológicas para usos académicos ha crecido muy notablemente en los últimos años, al grado de que el fax o la microcomputadora son ya instrumentos de uso común. Igualmente, en los noventa se extenderán a la mayor parte de las instituciones las redes de correo electrónico y otras innovaciones que hace no muchos años parecían inaccesibles. En esto también parece haber dos direcciones deseables de los usos para la investigación de la comunicación y su desarrollo en América Latina: una, fundamental, para interconectar fluida y eficientemente los centros y poder así fomentar la cooperación, hasta ahora relativamente incipiente por las distancias; y otra, estratégica, para compartir no sólo productos, sino procesos de investigación, con los colegas de otras regiones, de una manera mucho más “equilibrada” que hasta ahora.

Independientemente de los viajes y las publicaciones, que han sido los principales medios de contacto y difusión del trabajo académico en comunicación dentro y fuera de América Latina, la posibilidad de intercambio cotidiano aprovechando las nuevas infraestructuras interactivas en la producción de las investigaciones, deberá ser un recurso crecientemente utilizado, también, para dar a conocer integralmente la investigación latinoamericana y no sólo la investigación que se hace en América Latina, siguiendo todavía modelos importados.

A diferencia de la década de los ochenta, cuando la opinión generalizada entre los investigadores de la comunicación fue la de rechazar la implantación de nuevas tecnologías de información, en los noventa la actitud parece ser mucho más pragmática que ideológica, apropiando recursos antes

inaccesibles para incrementar la posibilidad de producción en común de sentido sobre la producción de sentido.

#### 4.6 Para la formulación de los nuevos retos

Un texto como éste no puede tener conclusiones. En primer lugar, porque precisamente su propósito principal es “abrir el horizonte futuro” del campo académico de la comunicación en América Latina; en segundo lugar, porque los “balances” y juicios autocríticos se han tomado más como punto de partida que como objetivo. Además, porque si bien puede ya hablarse de una densa y compleja trama histórica del estudio de la comunicación en Latinoamérica, tres décadas no son suficientes para considerar que sus pautas, límites y tendencias están plenamente establecidas. De manera que, para cerrar la larga aunque incompleta revisión que hemos propuesto, no queda sino señalar algunas de las líneas de trabajo sobre las cuales habrán de desarrollarse los avances más productivos del campo académico de la comunicación en la última década del siglo XX.

En primer lugar, consideramos el entorno más general en que el campo habrá de concretar sus posibilidades. Los sistemas comunicativos e informativos y sus multidimensionales articulaciones con los sistemas económicos, políticos y culturales tanto globales como nacionales, regionales y locales, han estado cambiando radical y aceleradamente en los años más recientes, y lo seguirán haciendo. En los países dependientes los imperativos científico-epistemológicos y ético-políticos son dobles: no sólo es necesario entender lo proveniente de los países hegemónicos, sino también lo que, desde la base de nuestras propias identidades, media nuestra posición en el mundo. De ahí la importancia de afirmar y extender los criterios de *pertinencia social* del trabajo académico, que han sido una constante entre las preocupaciones de los investigadores latinoamericanos. Pero también de ahí la importancia de afinar y extender los criterios de *rigor científico* que impidan caer nuevamente en los extremos discursivos ultra-ideologizados de los setenta.

Algunas “pistas” para la “deconstrucción de la crítica y rediseño del mapa” propuestas por Jesús Martín Barbero indican una de las tendencias sintéticas más importantes del campo de la comunicación/cultura:

Colocada en el centro de la reflexión filosófica, estética y sociológica sobre la crisis de la razón y la sociedad moderna, la problemática de la comunicación desborda hoy los linderos y los esquemas de nuestros planes de estudio y de nuestras investigaciones. El campo que hasta hace poco acotaban con nitidez las demarcaciones académicas ya no es más el campo de la comunicación. Nos guste o no, otros desde otras disciplinas y otras preocupaciones, hacen ya parte de él. Necesitamos asumir el estallido y rediseñar el mapa de las preguntas y las líneas de trabajo. Pero al mismo tiempo la crisis económica y el desconcierto político hacen más fuerte que nunca la tentación involutiva en nuestros países. El regreso a las

seguridades teóricas, a posiciones neoconservadoras y a la defensa de las ideologías profesionales más legitimadas y legitimadoras es sin embargo enmascarado por un doble discurso convergente. El del posibilismo político que, disfrazado de lucidez acerca de lo que está pasando, le hace el juego a la expansión del mercado y su “presentación” como única instancia dinámica de la sociedad; y el del saber tecnológico, según el cual, agotado el motor de la lucha de clases la historia encontraría su recambio en los avatares de la comunicación: en adelante transformar la sociedad equivaldría a cambiar los modos de producción y circulación de la información.

¿Cómo hacer frente a esa nueva y redoblada reducción? ¿Cómo asumir el espesor social y perceptivo de las nuevas tecnologías comunicacionales, sus modos transversales de presencia en la cotidianidad desde el trabajo al juego, desde la ciencia a la política, pero no como *datos* que confirmarían la tramposa centralidad de un desarrollo tecnológico en el que se resuelve y disuelve lo social -la desigualdad, el poder- sino como *retos* a las inercias teóricas, a los esquematismos de la docencia y los automatismos de la investigación?

En la dirección que marcan esas preguntas quisiera “traducir” el debate a la modernidad en algunas cuestiones que, desde América Latina, articulan ese debate con pistas de reconfiguración del campo de la comunicación. Propongo tres: las historias nacionales, las sensibilidades urbanas y los mercados culturales. (Martín Barbero, 1991).

Los desafíos teórico-metodológicos de fondo comienzan a ser formulados y a esbozarse líneas de desarrollo innovador en el campo; un factor que en este sentido cobra nueva relevancia es la dimensión ética, tanto con respecto al análisis de las prácticas socioculturales objeto de estudio como en relación con los propios enfoques de dichos análisis. Pero por otra parte, la consolidación del sentido comunitario en la investigación tiene también un significado práctico. Es claro que los recursos -tanto humanos como técnicos y financieros- han sido y seguirán siendo insuficientes. La experiencia de algunos proyectos cooperativos -interinstitucionales, pero también internacionales- para la realización de investigaciones, así como en ocasiones para la producción de insumos informativos para otras investigaciones (como bases y bancos de datos), ha hecho evidente que ésta es la única manera viable para lograr mayores avances que a todos enriquezcan. Porque los efectos de la colaboración se extienden más allá de los proyectos concretos.

En lo que resta del siglo probablemente las confluencias en los procesos de generación de conocimiento sobre los fenómenos y los procesos comunicativos se extenderán también a otras esferas, especialmente la de los ejercicios profesionales de la comunicación y la de su enseñanza universitaria, cuya desvinculación de las actividades de investigación ha llegado a alcanzar, en ocasiones, grados alarmantes. Quizá sea posible que el objeto, la teoría, la meta-teoría y la práctica de la comunicación puedan confluir sobre una sola lógica en América Latina. Quizá sea posible la realización de la utopía comunicacional que en términos de futuro deseable ha cargado el campo de

su estudio. Quizá sea algo más que un ejercicio de imaginación el reto que formula Jesús Galindo (1990: 49):

En este proceso hacia el siglo XXI muchos tendrán que conocerse mejor, otros se conocerán por primera vez. En todos los casos se requiere un tiempo para la expresión del sentido de cada quien, y un tiempo para escuchar al otro, así como un tiempo para la mutua interiorización y conformación de un sentido de comunidad. El espacio para que esto suceda será buscado y encontrado si hay disposición; se requiere salir del interior para conectarse con el exterior, el interior del otro. Esto es un proceso de comunicación social intenso y extenso. En más de un sentido la comunicación deja de ser un medio y requiere de un énfasis en sí misma. La comunidad de los diferentes sólo se puede lograr si existe en el contacto y la interpretación suficientes, la puesta en común necesaria. El interior de cada quien tendrá su lugar en el exterior, el interior de los otros, y el exterior común permitirá la construcción del interior compartido. Para la comunicación y su lógica, el futuro es todo un reto.

## Referencias bibliográficas

ACOSTA Leonardo (1973): “Medios Masivos e Ideología Imperialista.” *Casa de las Américas* (77), La Habana, p.5-26.

ADORNO Theodor W. (1980): *Teoría Estética*. Taurus, Madrid. Citado por MARTÍN BARBERO (1991).

AFONSO Carlos A. (1983): “IBASE: una experiencia de comunicación alternativa con microcomputación en Brasil.” en: REYES MATTA (Comp) *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.199-208.

AGUDO FREITES Raúl (1981): “Políticas Nacionales de Comunicación: Venezuela.” en: *Políticas Nacionales de Comunicación*. CIESPAL, Quito, p.603-657.

AGUEROS DE LA PORTILLA Agustín (1910): *El Periodismo en México durante la Dominación Española. Notas Históricas, Biográficas y Bibliográficas*. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología Vol. 2, México. REF: AGUILAR PLATA (1990).

AGUILAR PLATA Blanca (1990): “Prensa Mexicana.” Informe de Investigación inédito, México.

AGUIRRE Jesús M. (1981): “Apuntes sobre comunicación alternativa.” en: SIMPSON (Comp) *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.23-28.

ALBA ROBAYO Vicente (1967): *Readability Study of Primers Issued by Acción Cultural Popular for Broadcast Literacy Campaigns in Colombia*. MS Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1986).

ALBA ROBAYO Vicente, NOVOA Andrés y ROJAS Rodrigo (1970): *Dificultades de los Agentes de Cambio del ICA para obtener y comunicar información agropecuaria*. ICA, Publicación No 7, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

ALBO Xavier (1974): “Idiomas, Escuelas y Radios en Bolivia.” *Chasqui* (primera época 6), CIESPAL, Quito, p.92-133.

ALEGRIA José (1960): *El Periodismo Puertorriqueño desde su aparición hasta los comienzos del Siglo XX*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan. REF: CIESPAL (1977).

ALFARO MORENO Rosa María (1988): “La pugna por la hegemonía cultural en la radio peruana” en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds) *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.201-224.

ALISKY Marvin (1955): "The Mass Media in Central America." *Journalism Quarterly* (Fall, Vol.32). p.479-486. REF: ATWOOD (1980).

ALISKY Marvin (1958): "The Peruvian Press and the Nixon Incident." *Journalism Quarterly* (Fall, Vol. 35). p.411-419. REF: ATWOOD (1980).

ALISKY Marvin (1960): "Growth of Newspapers in Mexico's Provinces." *Journalism Quarterly* (Winter, Vol 37). p.75-82. REF: ATWOOD (1980); FUENTES (1988).

ALLAIS María Luisa (1981): "Nuestra cultura ¿mito o realidad?" *Revista ININCO* (3), ININCO, Caracas, p.76-77.

ALVAREZ Lugardo et al (1975): Estructura y funcionamiento de los medios de comunicación social en Colombia. ICODES, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

ALVES Luis Roberto (1987): "A fábula forjando-se história. Aspectos do memoria dos movimentos populares de ABC." en: CLACSO *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.230-237.

AMARAL VIEIRA Roberto y GUIMARAES César (1989): "Medios de masas y elecciones" *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p. 131-139.

ANDRADE HRDALO Enrique (1962): "El desarrollo económico y la difusión de los medios informativos en las zonas rurales de Chile." inédito, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

ANTEZANA Mauricio (1984): "La errátil circunstancia de las ciencias de la comunicación" en FERNANDEZ CH. y YEPEZ (Coords), *Comunicación y Teoría Social*. UNAM, México.

ANTOLA Livia y ROGERS Everett M. (1984): "Televisión en América Latina." *Chasqui* (9), CIESPAL, Quito. p.10-16.

ANZOLA Patricia (1982): *La Investigación sobre las Escuelas Radiofónicas Latinoamericanas*. CIID, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

ANZOLA Patricia y COOPER Patricio (1985): *La Investigación en Comunicación Social en Colombia*. DESCO, Lima.

ARAUCO ALIAGA César Augusto (1958): *El Periodismo en Huancayo*. Ediciones Raíz, Huancayo. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

ARAUJO MEDINA Cremilda (1977): "La censura en el Brasil atañe a la cultura universal." *Chasqui* (primera época 18), CIESPAL, Quito, p.9-16.

ARAUJO MEDINA Cremilda (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Brasil." en: *Políticas Nacionales de Comunicación*, CIESPAL, Quito, p.191-242.

AREVALO Manuel y VICTORIA Fredy (1975): Canales de Comunicación que utilizan los campesinos del Proyecto de Desarrollo del Altiplano de Nariño. ICA, *Boletín de Investigación* No 18, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

ARGUMEDO Alcira (1984): *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*. ILET/Folios, Buenos Aires.

ARGUMEDO Alcira (1987): "Conciencia popular y conciencia enajenada." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México p.87-100.

ARREDONDO RAMIREZ Pablo y SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1986): *Comunicación Social, Poder y Democracia en México*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

ARROYO HUANIRA, Moisés; OLIVARI ESCOBAR, Manuel y VELA JONES, Javier (1977): "La Prensa Peruana antes y después de la Socialización." *Chasqui* (primera época 17) CIESPAL, Quito, p.9-95.

ASSMANN Hugo (1985): "Lectura crítica de un mito político." *Chasqui* (15), CIESPAL, Quito, p.21-31.

ATWOOD Rita (1980): "Communication Research in Latin America. Cultural and Conceptual Dilemmas." Paper prepared for the Intercultural Division, International Communication Association Convention, Acapulco.

BALLOCHI Roberto (1974): "Algunos antecedentes sobre el Satélite Educativo para América del Sur." *Comunicación y Cultura* (3), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.117-122.

BARNES Barry (1986): *T.S. Kuhn y las Ciencias Sociales*. CONACYT/Fondo de Cultura Económica, México.

BARNES Barry (Comp) (1980): *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*. Alianza Universidad, Madrid.

BEALS R.L. (1950): "The Social Sciences in South America" *Items* (1). Citado por MURGA y BOILS (1979).

BELTRAN Oscar R. (1943): *Historia del Periodismo Argentino*. Sopena Argentina, Buenos Aires. REF: RIVERA (1986).

BELTRAN S. Luis Ramiro (1974): "Communication Research in Latin America: the blindfolded inquiry?" Paper submitted to the International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World, held in Leipzig, september 17th to 20th, under the auspices of the International Association for Mass Communication Research.

BELTRAN Luis Ramiro (1975): "Social Structure and Rural Development Communication in Latin America: the Radiophonic Schools of Colombia." Paper presented at the Summer Conference on Communication and Group Transformation for Development, East-West Communication Institute, Hawaii. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

BELTRAN S. Luis Ramiro (1976a): "Alien Premises, Objects and Methods in Latin American Communication Research." *Communication Research, An International Quarterly*, Vol 3 No 2, p.107-134. En español: "Premisas, Objetos y Métodos Foráneos en la Investigación sobre Comunicación en América Latina." En: MORAGAS (Ed), *Sociología de la Comunicación de Masas. I Escuelas y Autores*. Gustavo Gili, Barcelona, 1985. p.73-107.

BELTRAN Luis Ramiro (1976b): "Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina. Los primeros pasos." *Nueva Sociedad*, Caracas, p.4-34.

BELTRAN Luis Ramiro (1982): "No renunciemos jamás a la utopía", entrevista de Patricia Anzola. *Chasqui*, (3), CIESPAL, Quito, p.6-13.

BELTRAN S. Luis Ramiro, ISAZA Guillermo y RAMIREZ Fernando (1976): *Bibliografía sobre Investigaciones en Comunicación para el Desarrollo Rural en América Latina*. CIID, Bogotá.

BELTRAN Luis Ramiro y FOX Elizabeth (1980): *Comunicación Dominada. Estados Unidos en los medios de América Latina*. ILET/Nueva Imagen, México.

BELTRAN Luis Ramiro, SUAREZ Carlos e ISAZA Guillermo (1990): *Bibliografía de Estudios sobre Comunicación en Bolivia*. PROINSA/IDRC, La Paz.

BELTRAO Luiz (1980): *Folkcomunicação, a comunicação dos marginalizados*. Cortez, Sao Paulo.

BERGER Christa (1989): "Revisao bibliográfica da pesquisa em comunicação popular e da comunicação alternativa no Brasil." Informe inédito, Porto Alegre.

BERGER Christa (1990): "Movimientos sociales y comunicación en Brasil." *Comunicación y Sociedad* (9), CEIC-U.de G., Guadalajara, p.9-28.

BERNAL ALARCON Hernando (1967): *Effectiveness of the Radio Schools of Acción Cultural Popular of Colombia in Promoting the Adoption of Innovations*. MS Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

BERNAL ALARCON Hernando (1968): *El uso sistemático de los medios de comunicación en programas de desarrollo*. Documento de Trabajo No 6, ACPO, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

BISBAL Marcelino (1989): *La comunicación interrumpida*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

BLANCO Desiderio (1985): "Posibilidades y límites de la semiótica." *Chasqui* (15), CIESPAL, Quito. p.14-20.

BLAUG Mark (1982): *The Methodology of Economics. Or How Economists Explain*. Cambridge University Press, Cambridge. CITADO POR SANCHEZ RUIZ (1991).

BLUHM Louis H. y FLIEGEL Frederick C. (1973): "Interações entre Isolamento e Valores Modernizantes." En: MARQUES DE MELO (Org), *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações no Brasil*. Vozes, Petrópolis, 1978, p.107-116.

BORRAS Leopoldo (1981): "México: comunicación rural. Acercamiento a un modelo alternativo." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.133-148.

BOSCO PINTO Joao, ANGEL Miguel Arnulfo y REYES Víctor (1975): "Metodología de la Investigación Temática: Supuestos Teóricos y Desarrollo." *Chasqui* (primera época 10) CIESPAL, Quito, p.11-40.

BOSI Eclea (1972): *Cultura popular e Cultura de Massa*. Vozes, Petrópolis. REF: VASSALLO (1990).

BOSTIAN Lloyd R. (1966): "Papel da Comunicação Coletiva no Desenvolvimento Agrícola Brasileiro." En: MARQUES DE MELO (Org), *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações no Brasil*. Vozes, Petrópolis, 1978, p.13-26.

BOURDIEU Pierre, CHAMBOREDON J.C. y PASSERON J.C. (1975): *El Oficio de Sociólogo*. Siglo XXI, México.

BRAUN Juan (1975): *Comunicación, Educación No-Formal y Desarrollo Nacional: las radio-escuelas colombianas*. ACPO, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

BRAUN Juan (1976): "La participación campesina en programas de educación no formal: el sistema TARCI." *Chasqui* (primera época, 14), CIESPAL, Quito, p.43-86.

BRAVO UGARTE José (1936): *Periodistas y Periódicos Mexicanos hasta 1935*. Jus, México. REF: AGUILAR PLATA (1990).

BROWN M.R. y KEARL B.E. (1967): *Mass Communication and Development: The Problem of Local and Functional Relevance*. University of Wisconsin, Madison. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

BRUNNER José Joaquín (1988): "Notas sobre cultura popular, industria cultural y modernidad." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura transnacional y culturas populares*. IPAL, Lima, p.77-110.

BRUNNER José Joaquín (1989): "Medios, modernidad, cultura." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid. p.9-10.

BUSTAMANTE Enrique (1989): "Editorial: Un reconocimiento necesario." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.7.

CABEZAS Antonio (1984): "Hacia una definición de la radio educativa." *Chasqui* (9), CIESPAL, Quito, p.27-32.

CACERES Jorge (1982): "Significaciones asignadas a la dimensión cultural de la realidad venezolana en los últimos cuatro planes de desarrollo." *Revista ININCO* (4/5), ININCO, Caracas, p.66-85.

CACUA P. Antonio (1958): *La Libertad de Prensa en Colombia*. Prensa Católica, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

CADAVID Amparo (1987): "Del NOMIC y la democratización de las comunicaciones a la necesidad de abrir una brecha desde las culturas populares." en: CLACSO *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.341-355.

CALDAS Waldenyr (1978): *Acorde na aurora- música sertaneja e indústria cultural*. Ed. Nacional, Sao Paulo. REF: VASSALLO (1990).

CALETTI KAPLAN Rubén Sergio (1989): "Las políticas de comunicación en México: una paradoja histórica en palabras y en actos." en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili México, p.90-106.

CAMARGO Nelly de y NOYA PINTO Virgílio B. (1975): *Las Políticas de Comunicación en el Brasil*. UNESCO, París.

CAMPOS Haroldo de (1976): "Prolegómenos a la actividad estructuralista en Brasil: contexto de una especificidad." *Lenguajes* (3), Nueva Visión, Buenos Aires, p.117-129.

CANO GALLEGO Jairo (1971): *Un sistema de información para elevar la productividad agrícola; conceptualización y análisis del beneficio/costo del Plan Puebla*. Tesis de Maestría en Ciencias, Colegio de Postgraduados Chapingo. REF: BELTRAN et al (1976).

CAPARELLI Sérgio (1980): *Comunicação de Massa sem Massa*. Cortez, Sao Paulo.

CAPRILES Oswaldo (1976a): *El Estado y los Medios de Comunicación en Venezuela*. Librería Suma, Caracas.

CAPRILES Oswaldo (1976b): “Informe sobre la televisión en Venezuela.” en: *El Estado y la Televisión, Nueva Política* Vol 1 No 3, México, p.143-178.

CAPRILES Oswaldo (1980a): “¿Política de Comunicación o Comunicación Alternativa.?” *Revista ININCO* (1) ININCO, Caracas. p.52-61.

CAPRILES Oswaldo (1980b): “De las políticas nacionales de comunicación al Nuevo Orden Internacional de la Información: algunas lecciones para la investigación.” Ponencia en la Conferencia de la AIERI, Caracas.

CAPRILES Oswaldo (1981a): “Influencia de las películas extranjeras en Venezuela” *Revista ININCO* (3) ININCO, Caracas, p.83-88.

CAPRILES Oswaldo (1981b): “Venezuela: ¿política de comunicación o comunicación alternativa.” en: SIMPSON (Comp). *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.149-166.

CAPRILES Oswaldo (1982a): “Por una cultura alternativa.” *Revista ININCO* (4/5), ININCO, Caracas, p.48-65.

CAPRILES Oswaldo (1982b): “Privática contra Telemática ¿por una informática alternativa?” *Revista ININCO* (4/5), ININCO, Caracas, p.110-116.

CAPRILES Oswaldo (1990): “La investigación de la comunicación en América Latina y el auge y caída de las políticas nacionales de comunicación.” *Boletín ALAIC* (3), Sao Paulo, p.60-69.

CARDOSO Fernando Henrique (1977): “The consumption of Dependency Theory in the United States.” *Latin American Research Review* Vol 12 No 3. REF: ELGUEA (1989).

CARDOSO Fernando Henrique y FALETTO Enzo (1969): *Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ensayo de Interpretación Sociológica*. Siglo XXI, México.

CAREY James W. (1981): “La investigación sobre la comunicación de masas y los estudios culturales: una visión norteamericana.” en: CURRAN, GUREVITCH y WOOLLACOTT (Eds), *Sociedad y Comunicación de Masas*. Fondo de Cultura Económica, México, p.462-480.

CARNOY Martin (1977): *La Educación como Imperialismo Cultural*. Siglo XXI, México.

CARRIZOSA Alberto, BOTERO Ivan, ARENAS Luis A y UMAÑA Alberto (1976): *Las Políticas de Comunicación en Colombia*. UNESCO, París.

CARVALHO Bernardo (1981): "Propaganda y Contrapropaganda." *Chasqui* (1), CIESPAL, Quito, p.89-95.

CASSEN Bernard (1979): "La lengua inglesa como vehículo del imperialismo cultural." *Comunicación y Cultura* (6), Ed. Nueva Imagen, México, p.75-84.

CASSIGOLI Armando (1981): "Sobre la contrainformación y los así llamados medios alternativos." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.29-40.

CASULLO Nicolás (1987): "Cultura popular y política desde una reflexión sobre el intelectual." en: CLACSO *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.162-170.

CATALAN Carlos (1989): "Los mass-media y el colapso de una tradición democrática: Chile." en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.65-78.

CELAM (1984): *Para uma Teologia da Comunicaçao na América Latina*. Vozes, Petrópolis.

CELAM (1986): *Comunicación, misión y desafío. Manual Pastoral de Comunicación Social*. Paulinas, México.

CENTRO NACIONAL DE PRODUCTIVIDAD (CeNaPro) (1979): *Productividad y Desarrollo. Reunión Nacional de Comunicación Social en el Medio Rural*. México, 2 volúmenes.

CEPES (1987): "Radiodifusión y cultura popular. La experiencia del programa radial campesino Tierra Fecunda (Perú)." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.249-273.

CERVEIRA DE MOURA Antonio (1983): "Ausencia y presencia de los trabajadores metalúrgicos de Sao Paulo en la prensa: reacciones y formas propias de acción." en: REYES MATTA (Comp) *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.87-102.

CETUC (1979): *Estudios Sistemáticos de Medios 1979-1980. Informe: el perfil del público consumidor de cine en Lima Metropolitana*. CETUC, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

CHACON Alfredo (1981): "El campo de la cultura popular." en: *Revista ININCO* No 3, ININCO, Caracas, p.67-69.

CIESPAL (1963): *Las Escuelas de Periodismo en América Latina*. Seminario, CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1966): *Los Medios de Información Colectiva y la Integración de América Latina. Informe Final*. CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1967): *Dos Semanas en la Prensa de América Latina*. CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1969): *Seminario sobre el Desarrollo y los Medios de Comunicación Colectiva*. CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1973): "Seminario sobre La Investigación de la Comunicación en América Latina", Informe Provisional. En: *Chasqui* (primera época 4), CIESPAL, Quito, p.11-25.

CIESPAL (1977): *Comunicación Social y Desarrollo. Compendios de Investigaciones sobre América Latina*. CIESPAL, Quito, 2 tomos.

CIESPAL (1981): *Políticas Nacionales de Comunicación*. Colección Intiyán No 14, CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1985): *Comunicación Popular Educativa. Monografías No 3*, CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1986a): *Comunicación Popular en América Latina*. Resúmenes Bibliográficos No 1. CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1986b): *Cultura Popular y Técnicas de Comunicación en América Latina*. Resúmenes Bibliográficos No 2. CIESPAL, Quito.

CIESPAL (1986c): *Educación Popular en América Latina*. Resúmenes Bibliográficos No 3. CIESPAL, Quito.

CINEP (1985): "Un cuestionamiento al promotor y la metodología" en: CIESPAL, *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.101-116.

CLACSO (1987): *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México.

CNPq (1990): "A pesquisa em Comunicação no Brasil: avaliação e perspectivas." en: *INTERCOM, revista brasileira de Comunicação* No 62-63, Sao Paulo, p.5-46.

COHEN B. (1931): "South American Journalism." *Journalism Quarterly* (September, Vol 8). p.429-434. REF: ATWOOD (1980).

COHN Gabriel (1971): *Comunicação e Cultura de Massa: Teoría e Ideología*. Tese (Doutorado), USP, Sao Paulo. REF: VASSALLO (1990).

COHN Gabriel (1974): "Teoría e Ideología en Sociología de la Comunicación." *Lenguajes* (1), Nueva Visión, Buenos Aires, p.15-47.

COLLE Raymond (1973): *La Educación como Proceso de Comunicación*. SEDECOS, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

COLLE Raymond (1975): *Estructura de la Red de Comunicación de las Escuelas Radiofónicas*. SEDECOS, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

COLOMINA DE RIVERA Martha (1968): *El Huésped Alienante. Un Estudio sobre Audiencia y Efectos de las radio-telenovelas en Venezuela*. Universidad del Zulia, Maracaibo.

COMUNICACION Y CULTURA (1973): Número 1, "Editorial". Ed. Galerna, Buenos Aires. p.3-4.

COMUNICACION Y CULTURA (1974): Documento: "diseño y metodología del estudio de la viabilidad de un sistema regional de teleducación para los países de América del Sur." No 3, Ed. Galerna, Buenos Aires, p.147-168.

COMUNICACION Y CULTURA (1979): "El Imperialismo Cultural", No 6, Ed. Nueva Imagen, México, p.3-5.

COMUNICACION Y CULTURA (1984): Documentos de la versión latinoamericana de Plaza Sésamo. No 12, UAM-X, México, p.143-162.

COMUNICACION Y CULTURA (1985): Número 14, "Al margen." UAM Xochimilco, México. p.3-4.

CONEICC (1989): Primera Reunión Nacional de Postgrados y Centros de Investigación en Comunicación, Relatoría Final. Guadalajara.

CONFERENCIA INTERGUBERNAMENTAL SOBRE POLITICAS DE COMUNICACION EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE (1976): "Declaración de San José." *Nueva Sociedad*. Caracas, p.116-127.

CONTRERAS BUDGE Eduardo (1982): *Análisis de los Sistemas de Educación Radiofónica*. ALER, Quito.

CONTRERAS BUDGE Eduardo (1984): *Planificación comunitaria*. CIESPAL, Quito.

CONTRERAS BUDGE Eduardo (1985a): "Estrategias de comunicación" en: CIESPAL *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.147-156.

CONTRERAS BUDGE Eduardo (1985b): "Las prácticas de la comunicación popular en el redimensionamiento de la investigación en la comunicación." en: CIESPAL, *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.179-206.

CONTRERAS BUDGE Eduardo (1985c): *Evaluación de Proyectos de Comunicación*. CIESPAL, Quito.

CONTRERAS Marcelo (1983): "Las revistas alternativas: expresiones democráticas en medio de los autoritarismos. Exitos y fracasos." en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.141-153.

COSTA PINTO L. (1968): *La Sociología del Cambio y el Cambio de la Sociología*. EUDEBA, Buenos Aires. Citado por MURGA y BOILS (1979).

CRANE Diana (1972): *Invisible Colleges. Diffusion of Knowledge in Scientific Communities*. University of Chicago Press, Chicago.

CREMOUX Raúl (1976): "La generación Xerox." en: *El Estado y la Televisión. Nueva Política*, Vol 1 No 3, México, p.63-82.

CRESPO BURGOS Carlos (1985): "La radio: un medio masivo que puede ser alternativo." en: CIESPAL, *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.117-134.

CUELLAR G. David y GUTIERREZ S. Jaime (1971): "Análisis de la Investigación y de la Aplicación del Difusionismo." Ponencia en la Segunda Reunión de Comunicadores Rurales, Cali Colombia, octubre. REF: BELTRAN (1976).

CURIE GALLEGOS Luis (1946): *Periodismo en Parinacochas (1900-1946)*. Cia.de Imprenta y Publicidad, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

DARCY DE OLIVEIRA, Rosiska y Miguel (1979): "Guinea-Bissau: educación y proceso revolucionario" *Comunicación y Cultura* (6), Ed. Nueva Imagen, México, p.105-124.

DAVILA DE VELA Gloria (1985): "Los medios en la comunicación educativa rural". en: CIESPAL, *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.135-146.

DAY J. Laurence (1968): "The Latin American Journalist: A Tentative Profile". *Journalism Quarterly* (Autumn, Vol. 45). p.509-515. REF: ATWOOD (1980).

DELBERT Guita (1978): *Ideología e Populismo*. T.A. Queiroz Ed. Sao Paulo. REF: VASSALLO (1990).

DE LIMA Venício A. (1981): *Comunicação e Cultura. As idéias de Paulo Freire*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.

DE LIMA Venicio A. (1983): "Repensando a(s) teoria(s) da comunicação: notas para um debate." en: MARQUES DE MELO (Coord), *Teoria e Pesquisa em Comunicação. Panorama Latinoamericano*. Cortez, Sao Paulo.

DELLI SANTE Angela (1982): "Prensa Popular en el Perú." *Connotaciones* (2), Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación/El Caballito, México, p.33-74.

DEUTSCH M. and KRAUS R.M. (1965): *Theories in Social Psychology*. Basic Books, New York. Citado por BELTRAN (1976).

DEUTSCHMANN Paul J.(1963): "The Mass Media in an Underdeveloped Village". *Journalism Quarterly* (Winter, Vol. 40), p.27-35. REF: BELTRAN et al (1976).

DEUTSCHMANN Paul J. y FALS BORDA O.(1962): *Communication and Adoption Patterns in an Andean Village*. Programa Interamericano de Información Popular, San José Costa Rica.

DIAZ BORDENAVE Juan (1964): "Bonito and Timbauba: Exploratory Study of the Leaders of two towns of the Brazilian Northeast, at Different Levels of Development." Paper presented to the American Society for Applied Anthropology, San Juan Puerto Rico. REF: BELTRAN et al (1976).

DIAZ BORDENAVE Juan (1966): *The Search for Instrumental Information among Farmers of the Brazilian Northeast*. PhD Thesis, Michigan State University, East Lansing. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

DIAZ BORDENAVE Juan (1972): "New Approaches to Communication Training for Developing Countries." Paper presented at the Third World Congress of Rural Sociology, Baton Rouge Louisiana. En español: "Nuevos Métodos de Entrenamiento de la Comunicación para los Países en Desarrollo" *Chasqui* (primera época, 7) CIESPAL, Quito, 1974.

DIAZ BORDENAVE Juan (1974): "Communication and Adoption of Agricultural Innovations in Latin America." Paper presented to the International Symposium on Communication Strategies for Rural Development, Cornell University, New York.

DIAZ BORDENAVE Juan (1976): "Communication of Agricultural Innovations in Latin America: the Need for New Models." *Communication Research, An International Quarterly*, Vol 3 No 2, p.135-154. En español: "Comunicación de Innovaciones Agrícolas en América Latina: la Necesidad de Nuevos Modelos." Centro Interamericano de Adiestramiento en Comunicaciones para Población (CIACOP), San José Costa Rica, 1976.

DIAZ CISNEROS Heliodoro y FELSTENHAUSEN Herman (1972): "Communication and Institutional Change in Mexican Agricultural Development." Paper presented at the Third World Congress for Rural Sociology, Baton Rouge Louisiana, august. REF: BELTRAN et al (1976).

DIAZ GUERRERO Rogelio et al (1975): *Investigación Formativa de Plaza Sésamo. Una introducción a las técnicas de preparación de programas educativos televisados*. Trillas, México.

DIAZ RANGEL Eleazar (1976): *Pueblos Subinformados*. Monte Avila, Caracas.

DIAZ RANGEL Eleazar (Coord) (1987): *40 años de Comunicación Social en Venezuela, 1946-1986*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

DORFMAN Ariel (1972): "Salvación y sabiduría del hombre común: la teología del Reader's Digest" *Cuadernos del CEREN* (14), Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

DORFMAN Ariel (1985): "Evaluación del desarrollo de la lectura crítica en Latinoamérica." *Chasqui* 4(15), CIESPAL, Quito, p.9-13.

DORFMAN Ariel y MATTELART Armand (1972): *Para leer al Pato Donald*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso. Segunda y Tercera ediciones, Siglo XXI, Buenos Aires.

DRAPKIN Israel (1958): *Prensa y Criminalidad*. Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

EASUM Donald B. (1951): "La Prensa and Freedom of the Press in Argentina" *Journalism Quarterly* (Spring, Vol. 28). p.229-242. REF: ATWOOD (1980).

ELGUEA Javier (1989): *Las Teorías del Desarrollo Social en América Latina. Una reconstrucción racional*. El Colegio de México, México.

ENCINAS VALVERDE Orlando (1982): "Radio Mezquital: posibilidades de comunicación popular." *Comunicación y Cultura* (8), UAM-X, México, p.19-32.

ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (1990): *World Data 1990*. Chicago.

ERHARDT Virginia (1973): "Amor, ideología y enmascaramiento en Corín Tellado." *Casa de las Américas* (77), La Habana. p.93-111.

ERHARDT Virginia (1974): "Corín Tellado: la Cenicienta en la sociedad de consumo." *Crisis* (9), Buenos Aires, p.71-80. REF: RIVERA (1986).

ERLANDSON Erling H. (1964): "The Press in Mexico. Past, Present and Future" *Journalism Quarterly* (Spring, Vol. 41). p.232-236. REF: ATWOOD (1980); FUENTES (1988).

ESMAN M. (1974): "Popular Participation and Feedback Systems in Rural Development." Paper presented at Cornell-CIAT International Symposium on Communication Strategies for Rural Development, Cornell University, Ithaca, NY. REF: BELTRAN (1976).

ESTEINOU MADRID Javier (1981): "La utopía de la comunicación alternativa en el aparato dominante de la cultura de masas." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.41-60.

ESTEINOU MADRID Javier (1989): "Los medios de comunicación y la pérdida del proyecto cultural del Estado mexicano." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid. p.11-12.

ESTEVA Gustavo (1981): "México: en busca de opciones de comunicación social." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.167-190.

EULAUM Heinz (1942): "Six Great Newspapers of South America" *Journalism Quarterly* (September, Vol. 19), p.287-293. REF: ATWOOD (1980).

FADUL Ana María (1987): "Literatura, rádio e sociedade: algumas anotações sobre a cultura na América Latina." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*, FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.134-151.

FADUL Ligia Ma. y FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1989): "Los caminos de la modernización." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.113-120.

FAGEN R.R. (1978): "A funny thing happened on the way to the market: thoughts on extending dependency ideas." *International Organization* Vol 32 No 1. REF: ELGUEA (1989).

FARAONE Roque y FOX Elizabeth (1989): "Comunicación y Política en Uruguay." en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.184-193.

FAUSTO NETO Antonio (1977): *Cordel e a ideologia da punição*. Vozes, Petrópolis. REF: VASSALLO (1990).

FEDERICO María Elvira Bonavita (1982): *História da Radio e TV no Brasil*. Vozes, Petrópolis.

FELAFACS (1983): *La formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina*. FELAFACS/ITESO, Guadalajara.

FELAFACS (1985): *La formación profesional de comunicadores sociales en América Latina. Pregrados y Postgrados 1984-1985*. FELAFACS, Bogotá.

FELSTENHAUSEN Herman (1971): "Conceptual Limits of Development Communications Theory." Paper presented at the Association for Education in Journalism, Columbia, South Carolina. REF: BELTRAN (1976); SANCHEZ RUIZ (1986).

FEPLAM (1980): *Um Modelo em Rádio Educativo. Fundação Educacional Padre Landell de Moura*, Porto Alegre. REF: MARQUES DE MELO (1984).

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1976): “La industria de radio y televisión. Gestación y Desarrollo.” en: *El Estado y la Televisión Nueva Política*, Vol 1 No 3, México, p.237-248.

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1978): “La prensa en México (comentario).” en: *Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación* (1), UNAM, México, p.19-28.

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1981): “Democracia y Derecho a la Información.” *Connotaciones* (1), AMIC/El Caballito, México, p.9-24.

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1982): *Los Medios de Difusión Masiva en México*. Juan Pablos, México.

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1987): “Algo más sobre los orígenes de la televisión latinoamericana.” *Diá-logos de la Comunicación* (18), FELAFACS, Lima, p.32-45.

FERNANDEZ Juan Rómulo (1943): *Historia del Periodismo Argentino*. Librería Perlado Eds, Buenos Aires. REF: RIVERA (1986).

FESTA Regina (1984): *A Comunicação Popular e Alternativa, realidades e utopias*. Tese de Mestrado, IMS, Sao Paulo.

FETT John H. (1972a): “Conteúdo e Relevancia Situacional de Notícias Agrícolas em Jornais Brasileiros.” en: MARQUES DE MELO (Org), *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.27-44.

FETT John H. (1972b): “Influencia dos Fatores Infra-Estruturais na Procura de Informação Instrumental.” en: MARQUES DE MELO (Org), *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.45-56.

FIERRO Luis Humberto y ALBA ROBAYO Vicente (1972): Análisis de Contenido del Programa Radial El ICA Informa. ICA, *Boletín de Investigación* No 13, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

FITZGIBBON Russell H. (1942): “The Press of Uruguay: Historical Setting and Political Shadings.” *Journalism Quarterly* (Fall, Vol.24). p.437-446. REF: ATWOOD (1980).

FONSECA Gondim da (1941): *Biografia do Jornalismo Carioca (1808-1908)*. Livraria Quaresma, Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

FONSECA Jaime M. (1976): *Las Políticas de Comunicación en Costa Rica*. UNESCO, París.

FORD Aníbal (1987): “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis” En: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.171-188.

FOX Elizabeth (1978): *Políticas de Comunicación en Colombia. Estudio de sus antecedentes y desarrollo en comunicación de masas*. FEPEC, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

FOX Elizabeth (1981): “Políticas Nacionales de Comunicación: Colombia.” en: *Políticas Nacionales de Comunicación*, CIESPAL, Quito, p.243-286.

FOX Elizabeth (1982): “Situación y Política e Comunicación en Colombia: el caso de la prensa, la radio y la televisión” *Comunicación y Cultura* (7) UAM-X México, p.175-194.

FOX Elizabeth (Ed) (1989a): *Medios de Comunicación y Política en América Latina. La lucha por la democracia*. Gustavo Gili, México.

FOX Elizabeth (1989b): “Las políticas de los mass-media en Latinoamérica.” en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.19-54.

FOX Elizabeth (1989c): “La herencia del fracaso.” *Telos* (19) FUNDESCO, Madrid, p.121-125.

FOX Elizabeth (1990): *Días de Baile: el fracaso de la reforma en la televisión de América Latina*. FELAFACS/WACC, México.

FOX Elizabeth y ANZOLA Patricia (1989): “Política y Televisión Regional en Colombia.” en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.107-118.

FREIRE Paulo (1963): *Conscientização e Alfabetização, uma nova visao do processo*. Recife.

FREIRE Paulo (1969): *La Educación como Práctica de la Libertad*. Siglo XXI, México.

FREIRE Paulo (1970): *Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI, Bogotá.

FREIRE Paulo (1973): *¿Extensión o Comunicación? la concientización en el medio rural*. Siglo XXI, México.

FREIRE Paulo (1982a): “El Exilio de Paulo Freire” Entrevista de José Marques de Melo. *Chasqui* (2), CIESPAL, Quito, p.7-12.

FREIRE Paulo (1982b): *A importancia do ato de ler*. Cortez, Sao Paulo.

FREIRE Paulo e GUIMARAES Sergio (1984): *Sobre Educaçao (Diálogos)*. 2 volumes, Paz e Terra, Rio de Janeiro.

FREIRE Paulo e FAUNDES Antonio (1985): *Por uma Pedagogia de Pergunta*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.

FREIRE Paulo e GUIMARAES Sergio (1987a): *Aprendendo com a própria história*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.

FREIRE Paulo e SHOR Ira (1987b): *Medo e Ousadia*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.

FREIRE Paulo (1987c): “Paulo Freire: educação e comunicação ou difícil caminho da liberação.” Entrevista de Anamaría Fadul *Diálogos de la Comunicación* (18), FELAFACS, Lima, p.86-92.

FREITAS Jeanne Marie (1978): *Os primeiro de maio*. Tese (mestrado), USP, Sao Paulo. REF: VASSALLO (1990).

FUENTES NAVARRO Raúl (1986): “Prácticas profesionales de la comunicación. Caracterización y perspectivas de desarrollo ante la crisis.” Ponencia en el IV Encuentro CONEICC, León.

FUENTES NAVARRO Raúl (1988): *La Investigación de Comunicación en México. Sistematización Documental 1956-1986*. Ediciones de Comunicación, México.

FUENTES NAVARRO Raúl (1988 y 1989): “Pensar la Comunicación desde la Cultura.” *Renglones* (11), ITESO, Guadalajara, p.10-14 y *Signo y Pensamiento* (14), Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, p.119-127.

FUENTES NAVARRO Raúl (1989): “El estudio de la comunicación en las universidades latino-americanas.” *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.156-159.

FUENTES NAVARRO Raúl (1990a): *La Investigación Latinoamericana sobre Medios Masivos e Industrias Culturales y la Comunicación. Cuadernos de Diálogos No 9*, FELAFACS, Bogotá.

FUENTES NAVARRO Raúl (1990b): “Brechas, sesgos, acercamientos y nuevos horizontes” Reseña de *Telos* 19. *Comunicación y Sociedad* (8), CEIC U.de G, Guadalajara. p.175-183.

FUENTES NAVARRO Raúl (1991): *La Comunidad Desapercibida. Investigación e Investigadores de la Comunicación en México*. ITESO/CONEICC, Guadalajara.

FUENTES NAVARRO Raúl y SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1989): *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Huella No 17, ITESO, Guadalajara.

FUENZALIDA Valerio (1989): “El reinado de la televisión.” *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.27-35.

GALINDO CACERES Jesús (1990): "En la voz y la garganta del futuro. Comunicaciones, culturas y movimientos sociales emergentes." *Comunicación y Sociedad* (9), CEIC-U.de G., Guadalajara, p.29-52.

GALTUNG J. (1968): "Después del Proyecto Camelot." *Revista Mexicana de Sociología* (1), UNAM, México. REF: MURGA y BOILS (1979).

GALVAN MORENO C. (1944): *El Periodismo Argentino*. Ed. Claridad, Buenos Aires. REF: RIVERA (1986).

GARCIA CANCLINI Néstor (1987): "¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?" en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/ Gustavo Gili, México, p.21-37.

GARCIA CANCLINI Néstor (1988a): "Cultura transnacional y culturas populares. Bases teórico-metodológicas para la investigación." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.17-76.

GARCIA CANCLINI Néstor (1988b): "Cultura transnacional y culturas populares en México." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.177-200.

GARCIA CANCLINI Néstor (1989): "Culturas Híbridas" *Telos* (19) FUNDESCO, Madrid, p.13-20.

GARCIA CANCLINI Néstor (1990): *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo/CNCA, México.

GARCIA CANCLINI Néstor (1991): "Los estudios culturales de los 80 a los 90" *Revista Punto de Vista* (40), Buenos Aires.

GARCIA CANCLINI Néstor y RONCAGLIOLO Rafael (eds) (1988): *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima.

GARCIA DE VELEZMORO Abigail (1945): "La producción periodística peruana (1943-1945)." *Fénix* (3), Lima. p.417-458. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

GARDNER Mary (1960): "The Argentine Press since Perón." *Journalism Quarterly* (Summer, Vol.37). p.426-431. REF: ATWOOD (1980).

GARDNER Mary (1963): "The Press of Honduras: a Portrait of Five Dialies." *Journalism Quarterly* (Winter, Vol. 40), p.75-78. REF: ATWOOD (1980).

GARGUREVICH Juan (1972): *Mito y Verdad de los diarios de Lima*. Ed. Gráfica Labor, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

GARGUREVICH Juan (1976): "Informe sobre la televisión en Perú." en: *El Estado y la Televisión, Nueva Política*, Vol 1 No 3, México, p.127-142.

GARGUREVICH Juan (1977): *Introducción a la historia de los medios de comunicación en el Perú*. Horizonte, Lima.

GARGUREVICH Juan (1981): "Perú: la alternativa dentro de la alternativa." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.191-214.

GARGUREVICH Juan y FOX Elizabeth (1989): "Revolución y prensa en Perú" en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.78-89.

GARRETON Manuel Antonio (Comp) (1976): *Cultura y Comunicaciones de Masas. Materiales de la discusión chilena 1970-1973*. Laia Paperback, Barcelona.

GERACE LARUFA Frank (s/f): *Comunicación horizontal: cambio de estructuras y movilización social*. Librería Stadium, Lima.

GERALD J. Edward (1931): "Aspects of Journalism in South America". *Journalism Quarterly* (June, Vol.8), p.213-233. REF: ATWOOD (1980).

GERMANI Gino (1964): *La Sociología en la América Latina*. EUDEBA, Buenos Aires. REF: MURGA y BOILS (1979).

GIDDENS Anthony y TURNER Jonathan (eds) (1990): *La Teoría Social Hoy*. Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

GIMATE-WELSH Adrián (1988): "Semiótica y Comunicación Social en América Latina: el caso de México." *Diálogos de la Comunicación* (22), FELAFACS, Lima, p.6-13.

GIMENEZ MONTIEL Gilberto (1975): "El golpe militar y la condenación de Cristianos por el Socialismo en Chile." *Contacto* Año 12 No 1-2, México.

GIRARDI Alain y SAMUEL Raúl (1957): *Situación y Perspectiva de Chile en septiembre de 1957. Una investigación de opinión pública en Santiago*. Universidad de Chile, Instituto de Sociología, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

GOMEZ Luis Anibal (1976): "Fin del monólogo, inicio del diálogo. La Conferencia Intergubernamental de Costa Rica." *Nueva Sociedad*, Caracas, p.35-46.

GOMEZ-PALACIO Carlos y JARA Rubén (1989): "The growth of communication research in Latin America." Ponencia en la 39 Conferencia de la ICA, San Francisco.

GOMEZ-PALACIO Carlos, CHAFFEE Steven y ROGERS Everett (1990): "Mass Communication Research in Latin America: Views from Here and There." Ponencia en la 40 Conferencia de la ICA, Dublín.

GONZALEZ CASANOVA Pablo (1965): *La democracia en México*. Era, México.

GONZALEZ CASANOVA Pablo (1973): "La Nueva Sociología y la Crisis de América Latina" En: *América Latina, Dependencia y Subdesarrollo*. EDUCA, San José. REF: MURGA y BOILS (1979).

GONZALEZ CASANOVA Pablo (1978): *Imperialismo y Liberación. Una introducción a la Historia Contemporánea de América Latina*. Siglo XXI, México.

GONZALEZ ORDOSGOITI Enrique (1981): "Algunas consideraciones en torno al concepto de cultura popular en antropología." *Revista ININCO* (3), ININCO, Caracas, p.78-82.

GONZALEZ QUINTANILLA Luis (1983): "La televisión como campo de expresión popular y escenario de diálogo social." en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.171-196.

GRACIARENA Jorge (1970): "La crisis latinoamericana y la investigación sociológica." *Revista Mexicana de Sociología* (2), UNAM, México. REF: MURGA y BOILS (1979).

GRACIARENA Jorge (1979): "Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático. Una discusión del caso latinoamericano." en: MURGA y BOILS (Eds), *Las Ciencias Sociales en América Latina*, UNAM, México, p.94-116.

GRAMSCI Antonio (1971): *Selections from The Prison Notebooks*. International Publishers, New York. REF: SANCHEZ RUIZ (1988).

GRANDA GOMEZ Georgina (1988): "La Casa de Cultura Cubana: instituto para la participación masiva del pueblo." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.337-367.

GRASES Pedro (1950): *Materiales para la historia del periodismo en Venezuela*. Escuela de Periodismo UCV, Caracas, REF: HERRERA (1987).

GRASES Pedro (1958): *Orígenes de la imprenta en Venezuela y primicias editoriales de Caracas*. El Nacional, Caracas. REF: HERRERA (1987).

GRAZIANO Margarita (1974): "Los dueños de la TV argentina." *Comunicación y Cultura* (3), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.175-212.

GRAZIANO Margarita (1980): "Para una definición de la comunicación alternativa" *Revista ININCO* (1), ININCO, Caracas, p.70-73.

GREBE LOPEZ Ronald et al (1989): *Radio y Educación en Bolivia*. Centro de Estudios Sociales, La Paz. REF: BELTRAN et al (1990).

GRUNIG James E. (1969): "Information and Decision Making in Economic Development." *Journalism Quarterly* (Fall, Vol. 46) p.565-575. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

GRUNIG James E. (1971): "Communication and the Economic Decision-Making Process of Colombian Peasants." *Economic Development and Cultural Change*, July, p.580-597. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

GUIMARAES César y AMARAL Roberto (1989): "La televisión brasileña: una rápida conversión al nuevo orden." en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.157-171.

GUTIERREZ Leandro H. y ROMERO Luis Alberto (1987): "Buenos Aires 1920-1945: una propuesta para el estudio de la cultura en los sectores populares." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.316-330.

GUTIERREZ Paulina y MUNIZAGA Giselle (1987): "Radio y cultura de masas." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.302-315.

GUTIERREZ PEREZ Francisco (1972): *El Lenguaje Total. Pedagogía de los Medios de Comunicación*. Hvmánitas, Buenos Aires.

GUTIERREZ PEREZ Francisco (1974): *Pedagogía de la Comunicación*. Hvmánitas, Buenos Aires.

GUTIERREZ PEREZ Francisco (1975): *Ideogenomatesis en el Lenguaje Total. Práxis del Método*. Centro Experimental Latinoamericano de la Pedagogía del Lenguaje Total, San José CR.

GUTIERREZ PEREZ Francisco (1990): "20 años de lenguaje total." *Chasqui* (36), CIESPAL, Quito, p.42-45.

GUTIERREZ SANCHEZ Jaime y McNAMARA Robert (1968): "Algunos factores que afectan el proceso de comunicación en una vereda colombiana." *Revista ICA* Vol III, No 3. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

HABERMAS Jürgen (1983): "Modernity-an incomplete project." in FOSTER (Ed), *The Anti-Aesthetic. Essays on post-modern culture*. Bay Press, Port Townsend, p.3-15. REF: LOZANO y ROTA (1990).

HABERMAS Jürgen (1989): *Teoría de la Acción Comunicativa*. 2 volúmenes. Taurus, Madrid.

HALLORAN James D. (1974): *Mass Media and Society: The Challenge of Research*. Leicester University Press, Leicester GB. Citado por BELTRAN (1976).

HAVENS Eugene (1972): "Methodological Issues in the Study of Development." *Sociologia Ruralis* Vol XII, No. 314. p.252-272. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

HAVENS A.F. y ADAMS D.W. (1966): "The use of socio-economic research in developing a strategy of change in rural communities: a Colombian example." *Economic Development and Cultural Change* (14, 2). p.204-216. REF: BELTRAN (1976).

HERNANDEZ ANDERSON Horacio (1946): *El Periodismo. Ensayo sobre su influencia en la vida social, jurídica y política*. Imprenta Victoria, Valparaíso. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

HERNANDEZ Mauricio (1982): "Dos casos de experimentación en torno a la comunicación alternativa." *Revista ININCO* (4/5), ININCO, Caracas, p.94-103.

HERNANDEZ Tulio (1987): "Usos teóricos y usos comunes: lo popular y la investigación de la comunicación." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELA-FACS/Gustavo Gili, México, p.51-72.

HERNANDEZ Tulio y LUCIEN Oscar (1981): "Difusión masiva, culturas populares y comunicación alternativa." *Revista ININCO* (3), ININCO, Caracas, p.52-66.

HERRERA Adolfo (1987): "La Investigación de la Comunicación en Venezuela." en DIAZ RANGEL (Coord), *40 Años de Comunicación Social en Venezuela. 1946-1986*. Universidad Central de Venezuela, Caracas. p.347-357.

HERZOG Jr. William (1973): "Alfabetização e Desenvolvimento Economico Comunitário no Brasil Rural." en: MARQUES DE MELO Org, *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.57-70.

HOOPEES Paul R. (1966): "Content Analysis of News in Three Argentina Dialies." *Journalism Quarterly* (Autumn, Vol 43). p.534-537. REF: ATWOOD (1980).

HORNIK Robert et al (1979): *Communication as Complement: An Overview of Communication in Development*. Institute of Communication Research, Stanford University. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

HORNIK Robert (1980): "Communication as Complement in Development." *Journal of Communication* Vol.30 No.2 (Spring), p.10-24.

HORTA José Silvério Baia (1972): "Historico do Rádio Educativo no Brasil (1922-1970). *Cadernos da PUC* (10), Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984).

HUERGO Maria Constanza (1939): "The Argentine Press: Beginnings and Growth", *Journalism Quarterly* (September, Vol 16), p.253-258. REF: ATWOOD (1980).

HURTADO María de la Luz (1973): "El género telenovela: un mundo de realidades invertidas." Mimeografiado, Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA Y RIVERA (1983).

HURTADO María de la Luz (1989): "Represión e innovación bajo el autoritarismo" en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.131-145.

ILET (1982): "Conclusiones del Seminario La comunicación alternativa de la mujer en América Latina." *Chasqui* (4), CIESPAL, Quito, p.109-113.

INDART Juan Carlos (1974): "Mecanismos ideológicos en la comunicación de masas: la anécdota en el género informativo." *Lenguajes* (1), Nueva Visión, Buenos Aires, p.48-76.

INSTITUTO INTERAMERICANO DE CIENCIAS AGRICOLAS (IICA) (1955): *Cómo aceptan los agricultores nuevas ideas*. IICA, Turrialba, Costa Rica. REF: BELTRAN et al (1976).

INSTITUTO PARA AMERICA LATINA (IPAL)/CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE CULTURA TRANSNACIONAL (1986): *Informe Institucional 1983-1986*. Lima.

INSTITUTO PARA AMERICA LATINA (IPAL)/WACC (1990): "Declaración de Lima para una Nueva Comunicación." *Boletín ALAIC* (4) Sao Paulo, 1991, p.84-89.

JAMESON F. (1983): "Postmodernism and consumer society." in: FOSTER (Ed), *The Anti-Aesthetic. Essays on post-modern culture*. Bay Press, Port Townsend, p.111-125. REF: LOZANO y ROTA (1990).

JIMENEZ SANCHEZ Leobardo (1963): *Adoption/Non-Adoption of Agricultural Innovations by Farmers in some Areas of the State of Mexico*. MS Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

JIMENEZ SANCHEZ Leobardo (1967): *Socio-economic Change and Communication; a Study of Development of a Farming Ejido in Central Veracruz, Mexico*. PhD Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

JOHNSON Donald E. y STURM Alzemiro E. (1973): "Uma Reavaliação da Origem Etnica como Explicação da Variância na Inovação Agrícola em um Distante Município Brasileiro." en: MARQUES DE MELO Org, *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes Petrópolis, 1978. p.117-132.

KANE Joseph H. (1951): "Totalitarian Pattern in Peron's Press Campaign" *Journalism Quarterly* (Vol.28), p.237-243. REF: ATWOOD (1980).

KAPLUN Mario (1973): *La Comunicación de Masas en América Latina*. Asociación de Publicaciones Educativas, Bogotá.

KAPLUN Mario (1980): "La comunicación participativa como praxis y como problema." *Revista ININCO* (1), ININCO, Caracas, p.62-69.

KAPLUN Mario (1981): "Uruguay: participación, praxis, problema. La experiencia del casete-foro." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.215-236.

KLAPPER Joseph (1960): *The Effects of Mass Communication*. The Free Press, Glencoe. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

KLONGLAN Gerald E. (1961): "A Model Evaluating Communication Process Implementing Economic Growth." University of Wisconsin, Madison. REF: CIESPAL (1977).

KRIPPENDORFF Sultana (1979): "The Communication Approach to Development: A Critical Review." *Studies in Third World Societies* (Third World Mass Media: Issues, Theory and Research) (9, september). REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

KUHN Thomas S. (1970): *The Structure of Scientific Revolutions*. University of Chicago Press, Chicago.

LACAYO Francisco (1988): "Políticas culturales en la revolución popular sandinista." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.319-368.

LANDI Oscar (1989): "Medios de Comunicación, procesos culturales y sistemas políticos." en FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.172-183.

LASSWELL Harold D. (1948): "Estructura y Función de la Comunicación en la Sociedad." En: MORAGAS Ed., *Sociología de la Comunicación de Masas. II Estructura, Funciones y Efectos*. Gustavo Gili, Barcelona, 1985. p.50-68.

- LAUDAN Larry (1978): *Progress and Its Problems: Towards a Theory of Scientific Growth*. University of California Press, Berkeley.
- LEE Chin-Chuang (1980): *Media Imperialism Reconsidered: The Homogenizing of Television Culture*. Sage, Beverly Hills. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).
- LEPIDUS Henry (1928): *Historia del Periodismo Mexicano*. Anales del Museo de Arqueología, Historia y Etnología, Vol. 4 No 2, México.
- LERNER Daniel (1958): *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. The Free Press of Glencoe, Illinois. REF: SCHRAMM (1965); SANCHEZ RUIZ (1986).
- LERNER Daniel (1963): "Toward a Communication Theory of Development." in PYE L.W. (Ed) *Communications and Political Development*. Princeton University Press, Princeton NJ. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).
- LEWIS Howard L. (1960): "The Cuban Revolt Story: AP, UPI and Three Papers." *Journalism Quarterly* (Autumn, Vol. 37). p.573-578. REF: ATWOOD (1980).
- LINS DA SILVA Carlos Eduardo (1988): "A recepção do discurso televisivo em comunidades de trabalhadores no Brasil." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.247-256.
- LINS DA SILVA Carlos Eduardo (Org) (1982): *Comunicação, Hegemonia e Contra-informação*. Cortez/INTERCOM, Sao Paulo.
- LINS DA SILVA C.E. y FESTA R. (orgs) (1986): *Comunicação Popular e Alternativa no Brasil*. Paulinas, Sao Paulo.
- LOPES Antonio (1959): *Historia da Imprensa do Maranhao (1821-1825)*. Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984b).
- LOPEZ-VIGIL José Ignacio et al (1984): "La Educación por Radio" Controversia. *Chasqui* (10) CIESPAL, Quito, p.40-51.
- LOWRY Dennis T. (1969): "Broadcasting's Expanding Social Role in Mexico." *Journalism Quarterly* (Summer, Vol. 46). p.332-337. REF: ATWOOD (1980).
- LOWRY Dennis T. (1970): "Radio, TV and Literacy in Mexico." *Journal of Broadcasting* 14(2), Washington, p.239-244. REF: CIESPAL (1977).
- LOZADA Fernando y KUNCAR Gridvia (1983): "Las emisoras mineras de Bolivia: una histórica experiencia de comunicación autogestionaria" en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.105-131.

LOZANO Elizabeth y ROTA Josep (1990): "Encounters and Dissolutions: a critical reflection on Latin American Communication Research." Ponencia en la 40 Conferencia de la ICA, Dublín.

MacBRIDE Sean et al (1980): *Un sólo mundo, voces múltiples. Comunicación e Información en Nuestro Tiempo*. UNESCO/FCE, París/México.

MAÑARICUA Pedro (1944): *Un siglo de historia del periodismo en Ayacucho*. Cia.de Impresiones y Publicidad, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

MARANHAO Jarbas (1959): *Liberdade de Pensamento e Formacao da Juventude*. Ministério da Educação e Cultura, Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

MARCOVIC Mihailo (1979): "Dialectic Today" in MARCOVIC and PETROVIC (Eds), *Praxis. Boston Studies in the Philosophy of Science*, Vol. 34 No. 34, Boston. REF: SANCHEZ RUIZ (1991).

MARCUSE Herbert (1968): *El Hombre Unidimensional*. Joaquín Mortiz, México.

MARQUES DE MELO José (Org) (1978): *Comunicação, Modernização e Difusao de Innovacoes no Brasil*. Vozes, Petrópolis RJ.

MARQUES DE MELO José (Comp) (1980): *Comunicação e classes subalternas*. Cortez/INTERCOM, Sao Paulo.

MARQUES DE MELO José (Coord) (1983): *Pesquisa em Comunicação no Brasil. Tendencias e Perspectivas*. Cortez/INTERCOM, Sao Paulo.

MARQUES DE MELO José (1984a): "La investigación latinoamericana en comunicación." *Chasqui* (11), CIESPAL, Quito, p.4-11.

MARQUES DE MELO José (Coord) (1984b): *Inventário da pesquisa em Comunicação no Brasil 1883-1983*. INTERCOM/ALAIC, Sao Paulo.

MARQUES DE MELO José (1988): *Estudo comparativo dos sistemas de Comunicação Social no Brasil e no México*. Projeto de Pesquisa, INTERCOM/CONEICC, Sao Paulo.

MARQUES DE MELO José (1989): "Los centros de investigación de la comunicación en América Latina" *Telos* (19) FUNDESCO, Madrid, p.151-156.

MARQUES DE MELO José (1991): *Comunicação e Modernidade*. Loyola, Sao Paulo.

MARTIN BARBERO Jesús (1978): *Comunicación masiva: discurso y poder*. Colección Intiyán No 7, CIESPAL, Quito.

MARTIN BARBERO Jesús (1981): “Colombia: prácticas de comunicación en la cultura popular.” en: SIMPSON (Comp): *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.237-252.

MARTIN BARBERO Jesús (1982): “Retos a la investigación de comunicación en América Latina.” *Comunicación y Cultura* (9), UAM-X, México, p.99-114.

MARTIN BARBERO Jesús (1987a): *De los Medios a las Mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. Gustavo Gili, México.

MARTIN BARBERO Jesús (1987b): “Comunicación, pueblo y cultura en el tiempo de las transnacionales.” en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.38-50.

MARTIN BARBERO Jesús (1988): “Euforia tecnológica y malestar en la teoría” *Diálogos de la Comunicación* (20), FELAFACS, Lima, p.6-16.

MARTIN BARBERO Jesús (1989a): “Comunicación y Cultura. Unas relaciones complejas” *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid. p.21-26.

MARTIN BARBERO Jesús (1989b): “Panorama bibliográfico de la investigación latinoamericana en comunicación 1984-1989” *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.140-147.

MARTIN BARBERO Jesús (1989c): *Procesos de Comunicación y Matrices de Cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. FELAFACS/Gustavo Gili, México.

MARTIN BARBERO Jesús (1990a): “Comunicación, campo cultural y proyecto mediador” *Diálogos de la Comunicación* (26), FELAFACS, Lima, p.6-15.

MARTIN BARBERO Jesús (1990b): “Teoría/Investigación/Producción en la enseñanza de la comunicación” *Diálogos de la Comunicación* (28), FELAFACS, Lima, p.70-76.

MARTIN BARBERO Jesús (1991): “Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad”. Ponencia en el Seminario sobre Comunicación y Ciencias Sociales, FELAFACS, Bogotá.

MARTIN SERRANO Manuel (1985): *La Producción de Comunicación Social*. Cuadernos del CONEICC, Guadalajara.

MARTIN SERRANO Manuel (1990): “La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento.” *Telos* (22) FUNDESCO, Madrid.

MARTINEZ Hernando, RIAÑO Pilar y CADAVID Amparo (1988): “La experiencia en comunicación popular en Colombia.” en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura transnacional y culturas populares*. IPAL, Lima, p.289-308.

MARTINEZ Jesús Manuel (1970): “Para entender los medios: medios de comunicación y relaciones sociales.” *Cuadernos del CEREN* (5), Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

MARTINEZ REDING Jesús (1963): *La difusión y adopción del maíz híbrido en cuatro municipios del estado de Guanajuato*. Tesis, Colegio de Postgraduados, Chapingo. REF: BELTRAN et al (1976).

MARTINEZ REDING Jesús (1965): *Study of the Behavior of three Frequency Divisions of Words in the Inventory of Spanish Vocabulary*. MS Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

MARTINEZ Ricardo (1985): “El pensamiento sobre comunicación alternativa en Comunicación” en: *Comunicación* (51-52), Caracas. p.129-138.

MARTINEZ TERRERO José (1980): “Investigaciones sobre comunicación grupal.” *Revista ININCO* (1), ININCO, Caracas, p.74-79.

MARTINEZ VALDES Gregorio (1960): *La página agrícola del periódico El Dictamen de Veracruz: su lectoría y lectura*. Tesis de Ingeniero Agrónomo, Escuela Superior de Agricultura Antonio Narro, Saltillo. REF: BELTRAN et al (1976).

MARTINEZ VALDES Gregorio (1962): *Developing and Testing a New Type of Bulletin for use in Mexican Agricultural Information Program*. MS thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

MARTINEZ VALDES Gregorio (1970): *Comprehension of pictorial messages on Corn Production by Literate, Semi-literate and Illiterate Farmers in Central Veracruz, Mexico*. PhD Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

MASOTTA Oscar (1969): “Reflexiones presemiológicas sobre la historieta: el esquematismo.” en: VERON (Ed), *Lenguaje y Comunicación Social*. Nueva Visión, Buenos Aires, p.192-222.

MATA María Cristina (1982): “Radio Enriquillo: el proceso de una evaluación.” *Comunicación y Cultura* (8), UAM-X, México, p.45-68.

MATA María Cristina (1987): “Cuando la comunicación puede ser sentida como propia. Reflexiones sobre una experiencia popular.” en CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.216-229.

MATA María Cristina, AZEVEDO Patricia y BARRANDEGUY Cristina (1988): “Memoria y acción popular (notas sobre un trabajo en curso en la Argentina.” en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima. p.225-246.

MATTELART Armand (1970): “Críticas a la Communications Research.” *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Edición Especial, 3. Santiago de Chile, p.11-22.

MATTELART Armand (1972): *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites*. Siglo XXI, México.

MATTELART Armand (1973a): *La Comunicación Masiva en el proceso de liberación*. Siglo XXI, México.

MATTELART Armand (1973b): “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural.” *Comunicación y Cultura* (1), Editorial Galerna, Buenos Aires, p.146-224.

MATTELART Armand (1974): *La Cultura como empresa multinacional*. Era, México.

MATTELART Armand (1975): “Hacia la formación de los aparatos ideológicos del Estado Multinacional.” *Comunicación y Cultura* (4), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.73-116.

MATTELART Armand (1977): *Multinacionales y sistemas de comunicación*. Siglo XXI, México.

MATTELART Armand (1979): “Notas al margen del imperialismo cultural.” *Comunicación y Cultura* (6), Nueva Imagen, México. p.7-28.

MATTELART Armand (1989): *La internacional publicitaria*. FUNDESCO, Madrid.

MATTELART Armand, CASTILLO Carmen y CASTILLO Leonardo (1970): *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Signos, Buenos Aires.

MATTELART Armand, MATTELART Michele y PICCINI Mabel (1970): *Los Medios de Comunicación de Masas; la ideología de la prensa liberal*. Cuadernos del CEREN, Universidad Católica de Chile, Santiago.

MATTELART Armand y MATTELART Michele (1977): *Frentes culturales y movilización de masas*. Anagrama, Barcelona.

MATTELART Armand y MATTELART Michele (1978): *Comunicación e ideologías de la seguridad*. Anagrama, Barcelona.

MATTELART Armand y MATTELART Michele (1980): *Los medios de comunicación en tiempos de crisis*. Siglo XXI, México.

MATTELART Armand y SCHMUCLER Héctor (1982): "Construir la democracia." *Comunicación y Cultura* (7), UAM-X, México, p.7-10.

MATTELART Armand y SCHMUCLER Héctor (1983): *América Latina en la encrucijada telemática*. ILET/Folios, México.

MATTELART Armand, DELCOURT Xavier y MATTELART Michele (1984): *¿La cultura contra la democracia? Lo audiovisual en la época transnacional*. Mitre, Barcelona.

MATTELART Armand y STOURDZE Y. (1984): *Tecnología, Cultura y Comunicación*. Mitre, Barcelona.

MATTELART Armand y MATTELART Michele (1987): *Pensar sobre los Medios. Comunicación y Crítica Social*. FUNDESCO, Madrid.

MATTELART Michele (1970): El nivel mítico de la prensa pseudo amorosa. *Cuadernos del CEREN* No 3, Universidad Católica de Chile, Santiago.

MATTELART Michele (1984): "Televisión, Educación y Cultura Masiva." *Comunicación y Cultura* (12), UAM-X, México. p.101-142.

MATTOS Sérgio (1984): "Publicidad y gobierno en la televisión brasileña." *Chasqui* (9), CIESPAL, Quito, p.17-22.

MAYO John K., HORNIK Robert y McANANY Emile (1976): *Educational Reform with Television: The El Salvador Experience*. Stanford University Press, Stanford. REF: HORNIK (1980).

MAYO John K., McANANY Emile y KLEES Steven (1973): *The Mexican Telesecundaria: a cost-effectiveness analysis*. Institute for Communication Research Report, Stanford University.

MAYOBRE MACHADO José Antonio (1976): *Información, dependencia y desarrollo. La prensa y el Nuevo Orden Económico Internacional*. Monte Avila, Caracas.

McANANY Emile (Comp) (1978): *Communication With the Rural Poor in the Third World: Does Information make a Difference?* Institute of Communication Research, Stanford University. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

McCRONE Donald J. y CNUUDE Charles F. (1967): "Toward a Communications Theory of Democratic Political Development: a Causal Model." *American Political Science Review* Vol. LXI No 1 (march), p.72-79. REF:SANCHEZ RUIZ (1986).

McLEAN M.S. Jr. (1966): "Frontiers of Communication Research" in: *Proceedings, Convention of Journalism Institutes*, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN (1976).

McLEOD Jack and RUSH Ramona (1969): "Professionalization of Latin American and U.S. Journalists." *Journalism Quarterly* (Autumn and Winter, Vol. 46). Part I: p.583-590; Part II: p.785-789. REF: ATWOOD (1980).

MENANTEAU-HORTA Darío (1967): "Professionalism of Journalists in Santiago de Chile." *Journalism Quarterly* (Winter, Vol.44). p.715-724. REF: ATWOOD (1980).

MENDONÇA María Luisa M. (1983): "La legitimación a través de la propaganda. Brasil 1970-1978." *Chasqui* (7), CIESPAL, Quito, p.74-78.

MERINO UTRERAS Jorge (1974): "La Investigación Científica de la Comunicación en América Latina". *Chasqui* (primera época 5), CIESPAL, Quito, p.81-103.

MERRILL John C. (1962): "The Image of the United States in Ten Mexican Dialies." *Journalism Quarterly* (Spring, Vol. 39) p.203-209. REF: ATWOOD (1980); FUENTES (1988).

MERTON Robert K. (1977): *The Sociology of Science. An Episodic Memoir*. Southern Illinois University Press, Carbondale & Edwardsville.

MICELLI Sergio (1972): *A noite da madrinha*. Perspectiva, Sao Paulo. REF: VASSALLO (1990).

MIER Raymundo (1987): "Siguiendo la huella de ciertas convergencias conceptuales." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.73-86.

MILANESI Luis (1978): *O paraíso via Embratel*. Paz e Terra, Rio de Janeiro. REF: VASSALLO (1990).

.....

MIRO-QUESADA LAOS Carlos (1957): *Historia del Periodismo Peruano*. Librería Internacional/P.L.Villanueva. Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

MOLESTINA E Carlos J. (1969): *El uso potencial de los medios de comunicación como factor en el desarrollo socioeconómico del parcelamiento de Nueva Concepción Tiquisate, Guatemala*. IICA, Turrialba C.R. REF: CIESPAL (1977).

MONSIVAIS Carlos (1987): "La cultura popular en el ámbito urbano." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.113-133.

MONTOYA Alberto y REBEIL Ma. Antonieta (Coords) (1983): *Televisión y Enseñanza Media en México: el caso de la Telesecundaria*. Consejo Nacional Técnico de la Educación SEP, México.

MORAGAS Miquel de (1981): *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre Medios en América y en Europa*. Gustavo Gili, Barcelona.

MOREIRA Roberto C. (1977): *Teoria da Comunicação: ideologia e utopia*. Vozes, Petrópolis. REF: VASSALLO (1990).

MOTTA Luis Gonzaga (1982): "Costa Rica: seis años después." *Chasqui* (3), CIESPAL, Quito, p.14-19.

MOTTA Luis Gonzaga (1984): *Planificación de la Comunicación en Proyectos Participativos*. CIESPAL, Quito.

MOTTA Luis Gonzaga (1987): "La práctica de la planificación participativa en los movimientos populares." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, 191-215.

MOTTA Luis Gonzaga (1989): "Las revistas de comunicación en América Latina: creación de la teoría militante" *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.147-151.

MUJICA Héctor (1982): *El Imperio de la Noticia. Algunos problemas de la información en el mundo contemporáneo*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

MUNIZAGA Giselle (1975): "La teleserie policial: una moral de la violencia." Mimeografiado, Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

MUNIZAGA Giselle (1981): "Políticas de comunicación bajo regímenes autoritarios: el caso de Chile." CENECA, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

MUNIZAGA Giselle y RIVERA Anny (1983): *La Investigación en Comunicación Social en Chile*. DESCO/Ceneca, Lima.

MURARO Heriberto (1973): "Ideología en el periodismo de TV en Argentina." *Casa de las Américas* (77), La Habana, p.143-154.

MURARO Heriberto (1973-1974): "La manija: quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina; los dueños de la televisión argentina; el negocio de la publicidad en la televisión argentina; y la estatización de la TV argentina." *Crisis* (1,2,3 y 16), Buenos Aires, pp.48-54; 52-60; 64-69 y 8-13. REF: RIVERA (1986).

MURARO Heriberto (1974): *Neocapitalismo y Comunicación de Masa*. EUDEBA, Buenos Aires.

MURARO Heriberto (1976): "Informe sobre la televisión en Argentina." en: El Estado y la Televisión, Nueva Política Vol 1 No 3, México. p.95-108.

MURARO Heriberto (1985): "La invasión cultural en América Latina." en: ARRIAGA, BALDIVIA et al, Estado y Comunicación Social. CEESTEM/Nueva Imagen, México, p.11-36.

MURARO Heriberto (1989): "Dictadura y transición a la democracia: Argentina, 1973-1986." en: FOX (Ed), Medios de Comunicación y Política en América Latina. Gustavo Gili, México, p.146-156.

MURDOCK Graham (1990): "La investigación crítica y las audiencias activas" Estudios sobre las Culturas Contemporáneas (10), Programa Cultura Universidad de Colima, Colima.

MURGA Antonio y BOILS Guillermo (1979): "Sociedad y Ciencia Social en Latinoamérica", en: BOILS y MURGA Eds. Las Ciencias Sociales en América Latina. UNAM, México, p.9-31.

MYREN Delbert T. (1974): "Analysis of Communication in the Puebla Project." in: International Conference on Integrated Communication for Rural Development. East-West Center, Honolulu Hawaii, p.129-131. REF: BELTRAN et al (1976).

NETHOL Ana María (1987): "Los desafíos de un nexos." en: CLACSO, Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.101-110.

NETHOL Ana María, ARBIDE D, CRIVOS M. y FERRARINI S. (1973): "El libro de lectura de la escuela primaria en Argentina." Comunicación y Cultura (1), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.115-145.

NIXON Raymond M. (1974): "La enseñanza del periodismo en América Latina." Comunicación y Cultura (2), Ed. Galerna, Buenos Aires.

NOBRE Freitas (1950): Historia da Imprensa de Sao Paulo. Edições Leia, Sao Paulo. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

NOMEZ Naim (1974): "La historieta en el proceso de cambio social. Comunicación y Cultura (2) Ed. Galerna, Buenos Aires, p.109-124.

NORDENSTRENG K. (1968): "Communication Research in the United States: a Critical Perspective." Gazette (14, 3). REF: BELTRAN (1976).

NORDENSTRENG K. y SCHILLER H. (1979): "Introduction" in: NORDENSTRENG y SCHILLER (Comps), National Sovereignty and International Communication. Ablex, Norwood NJ. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

NORDENSTRENG Kaarle y VARIS Tapio (1974): "La no homogeneidad del Estado nacional y la corriente internacional de la comunicación" Chasqui (primera época 7), CIESPAL, Quito, p.55-84.

NORDENSTRENG Kaarle y VARIS Tapio (1976): ¿Circula la televisión en un solo sentido? Examen y análisis de la circulación de los programas de televisión en el mundo. UNESCO, París.

NUÑEZ HURTADO Carlos (1985): Educar para transformar, transformar para educar. IMDEC, Guadalajara.

OLIVEIRA Joao Gualberto de (1956): Liberdade de Imprensa no Brasil e no Suecia. Sociedade Brasileira de Expansao Comercial, Sao Paulo. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

ORDOÑEZ ANDRADE Marco (1973): "La Investigación de la Comunicación en América Latina" en Seminario La Catalina, San José Costa Rica, septiembre. REF: BELTRAN (1974).

ORDOÑEZ ANDRADE Marco (1979): "Las condiciones ideológicas y la formación profesional de comunicadores en América Latina." Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación (6), UNAM FCPyS, México.

ORTEGA Carlos (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Perú, un modelo para desarmar" en: Políticas Nacionales de Comunicación. CIESPAL, Quito, p.513-602.

ORTEGA Carlos y ROMERO Carlos (1976): Las Políticas de Comunicación en el Perú. UNESCO, París.

ORTEGA CH. Milton E. (1986): "La Educación Popular en América Latina" en: CIESPAL, Educación Popular en América Latina, Resúmenes Bibliográficos. CIESPAL, Quito. p.17-31.

ORTIZ Renato (1985): Cultura brasileira & identidade nacional. Brasiliense, Sao Paulo.

ORTIZ Renato (1988): A moderna tradiçao brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural. Brasiliense, Sao Paulo.

ORTIZ Renato (1989): "Notas históricas sobre el concepto de cultura popular." Diá-logos de la Comunicación (23), FELAFACS, Lima, p.80-96.

O'SULLIVAN Jeremiah (1975): "Informe de la Investigación Exploratoria sobre nuevas posibilidades del radio en la Tarahumara." Chasqui (primera época 9), CIESPAL, Quito, p.25-67.

O'SULLIVAN Jeremiah (1979): The Role of Information in the Life of the Subsistence Farmer: A Study of the Guatemalan Western Central Highlands. Institute for Communication Research, Stanford University. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

OSSANDON Fernando (1973): "El valor de la técnica de los lenguajes televisivos y cinematográficos." Mimeografiado, Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

OSSANDON Fernando (1985): "La comunicación popular en la democratización de la comunicación en Chile." en: CIESPAL, Comunicación Popular Educativa, CIESPAL, Quito, p.45-78.

OTERO Gustavo Adolfo (1946): El Periodismo en América. Esquema de su Historia a través de la Cultura Latinoamericana (1942-1946). Ed Peruana, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

OTERO MUÑOZ Gustavo (1925): Historia del Periodismo en Colombia. Editorial Minerva, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

PAIVA M. Alfredo (1983): "La comunicación alternativa: sus campos de influencia, sus limitaciones y sus perspectivas de desarrollo" en: REYES MATTA (Comp), Comunicación alternativa y búsquedas democráticas. ILET/FES, México, p.29-56.

PAIVA M. Alfredo (1985): "La capacitación en la práctica de la comunicación popular." en: CIESPAL, Comunicación Popular Educativa. CIESPAL, Quito, p.163-178.

PAOLI BOLIO Francisco José (1990): "Desarrollo de las Ciencias Sociales (visión introductoria)." en: PAOLI (Coord), Desarrollo y Organización de las Ciencias Sociales en México. CIIH UNAM/M.A. Porrúa Editor, México. p.5-84.

PARRA S.R. (1966): La estructura social y el cambio de la tecnología: el caso de Candelaria. Universidad Nacional, Bogotá. REF: BELTRAN (1976).

PASQUALI Antonio (1963): Comunicación y Cultura de Masas. Monte Avila, Caracas.

PASQUALI Antonio (1967): El Aparato Singular: Análisis de un día de TV en Caracas. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

PASQUALI Antonio (1970): Comprender la Comunicación. Monte Avila, Caracas.

PASQUINI José María (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Argentina." en: Políticas Nacionales de Comunicación, CIESPAL, Quito. p.119-190.

PASQUINI DURAN José María (1989): "Integración: el cuento de nunca acabar." Telos (19), FUNDESCO, Madrid, p.126-130.

PAULSON Belden (1964): "Difficulties and Prospects for Community Development in Northeast Brazil." Interamerican Economic Affairs Vol. 17 No. 4, p.37-58. REF: CIESPAL (1977).

PEIRANO Luis (1987): "Televisión y cultura popular: el caso de los programas cómicos en la televisión de Perú." en: CLACSO, Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.277-301.

PEIRANO Luis y KUDO Tokihiro (1982): La Investigación en Comunicación Social en el Perú. DESCO, Lima.

PEREZ SANCHEZ José (1984): "Áreas de problemas en la radio educativa." Chasqui (10), CIESPAL, Quito. p.12-19.

"Perú 1974: Ley de Prensa/La Expropiación/Perú 1980: La Devolución" Documentos en Chasqui (1), CIESPAL, Quito, 1981. p.44-56.

PICCINI Mabel (1970): "El cerco de las revistas de ídolos." en: Los Medios de Comunicación de Masas. Cuadernos del CEREN, Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

PICCINI Mabel (1987): "Industrias culturales: transversalidades y regímenes discursivos" Diálogos de la Comunicación (17) FELAFACS, Lima.

PIERCE Robert N. (1969): "Public Opinion and Press Opinion in Four Latin American Cities." Journalism Quarterly (Spring, Vol. 46). p.53-60. REF: ATWOOD (1980).

"Plan del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (Plan Inca)/Decreto de Expropiación de la Prensa Peruana." Documentos en Comunicación y Cultura (3), Ed. Galerna, Buenos Aires, 1974. p.213-230.

POLANYI Michael (1969): Knowing and Being. (Marjorie Grene, ed). The University of Chicago Press, Chicago. REF: SANCHEZ RUIZ (1991).

PONCE Ramón Cortez (1946): "The Chilean Press" Past and Present." Journalism Quarterly (June, Vol. 23). p.221-222. REF: ATWOOD (1980).

PORTALES CIFUENTES Diego (1978): Oligopolización y transnacionalización en la industria de la comunicación de masas. FLACSO/ILET, Santiago. REF: MUNIZAGA Y RIVERA (1983).

PORTALES CIFUENTES Diego (1981a): Poder económico y libertad de expresión. La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo. ILET/Nueva Imagen, México.

PORTALES CIFUENTES Diego (1981b): "Perspectivas de la comunicación alternativa en América Latina." en: SIMPSON (Comp), Comunicación Alternativa y Cambio Social. UNAM, México, p.61-80.

PORTALES CIFUENTES Diego (Comp)(1982): Comunicación Transnacional, conflicto político y cultural. DESCO/ILET, Lima.

PORTALES CIFUENTES Diego (1983): “El movimiento popular y las comunicaciones: reflexiones a partir de la experiencia chilena.” en: REYES MATTA (Comp), Comunicación Alternativa y búsquedas democráticas ILET/FES, México, p.59-70.

PRICE Derek J. de Solla (1963): Little Science, Big Science. Columbia University Press, New York.

PRIETO CASTILLO Daniel (1980): Discurso Autoritario y Comunicación Alternativa. Edicol, México.

PRIETO CASTILLO Daniel (1981): “Una experiencia de comunicación intermedia en un proceso histórico de democratización.” en: SIMPSON (Comp), Comunicación Alternativa y Cambio Social. UNAM, México, p.253-266.

PRIETO CASTILLO Daniel (1984): El autodiagnóstico comunitario. CIESPAL, Quito.

PRIETO CASTILLO Daniel (1985a): “Apuntes sobre comunicación popular educativa.” en: CIESPAL, Comunicación Popular Educativa. CIESPAL, Quito, p.79-100.

PRIETO CASTILLO Daniel (1985b): “Mensajes: expresión y cultura crítica.” en: CIESPAL, Comunicación Popular Educativa. CIESPAL, Quito, p.157-162.

PRIETO CASTILLO Daniel (1985c): Diagnóstico de Comunicación. CIESPAL, Quito.

PRIETO CASTILLO Daniel (1985d): “Latinoamérica: entre el denunciismo y el preciosismo.” Chasqui (15), CIESPAL, Quito, p.33-43.

PRIMROSE Vincent Marie (1965): Estudio de la Efectividad de los Programas Educativos de las Escuelas Radiofónicas de Sutatenza. PhD Thesis, St.Louis University, USA. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

PROYECTO RATELVE: Diseño para una nueva política de radiodifusión del Estado venezolano (1977). Librería Suma, Caracas.

QUESADA Gustavo M. (1972): “Dependencia Patronal, Comunicação e Desenvolvimento” en: MARQUES DE MELO Org, Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações. Vozes, Petrópolis, 1978. p.71-82.

QUEZADA Oscar (1988): “Semiótica y Comunicación Social en el Perú.” Diálogos de la Comunicación (22) FELAFACS, Lima, p.14-27.

QUIROGA Néstor Hugo y ALBO Xavier (1974): "La radio como expresión libre del aymara." Chasqui (primera época 7), CIESPAL, Quito, p.109-131.

RAMOS LOPEZ Eduardo (1979): Economía y Comunicación en Colombia. ODEI, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

REYES BACCA Oscar (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Honduras." en: Políticas Nacionales de Comunicación, CIESPAL, Quito. p.409-512.

REYES MATTA Fernando (Comp) (1977a): La Información en el Nuevo Orden Internacional. ILET, México.

REYES MATTA Fernando (Comp) (1977b): La Noticia Internacional. ILET, México.

REYES MATTA Fernando (1981): "La comunicación transnacional y la respuesta alternativa." en: SIMPSON (Comp) Comunicación Alternativa y Cambio Social. UNAM, México, p.81-108.

REYES MATTA Fernando (Comp) (1983): Comunicación Alternativa y Búsquedas Democráticas. ILET/FES, México.

REYES MATTA Fernando (1983): "Comunicación alternativa: respuesta de compromiso político." en: REYES MATTA (Comp), Comunicación Alternativa y búsquedas democráticas. ILET/ FES, México, p.23-28.

REYES MATTA Fernando (1987): "Televisión y mundo popular en el marco del super-show." en: CLACSO, Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.356-369.

RIBEIRO Darcy (1985): Aos trancos e Barrancos. Com o Brasil deu no que deu. Guanabara, Rio de Janeiro.

RIBEIRO Luis Felipe (1972): "La estructura mítica de los discursos sobre la legalidad." Mimeografiado, Universidad Católica de Chile, Santiago. REF: MUNIZAGA Y RIVERA (1983).

RICHARDS Jorge Andrés (1981): "La prensa alternativa en Chile: el testimonio de sus protagonistas." en: SIMPSON (Comp), Comunicación Alternativa y Cambio Social. UNAM, México, p.267-294.

RIVADENEIRA PRADA Raúl (1989): "La televisión boliviana: cuando la realidad supera la ficción." en: FOX (Ed), Medios de Comunicación y Política en América Latina. Gustavo Gili, México, p.202-209.

- RIVERA Jorge B. (1986): *La Investigación en Comunicación Social en Argentina*. DESCO/ASAICC, Lima.
- RIVERA Jorge B. (1987): "Entre grebanos y lunfardos. La folletería popular del periodo 1880-1916 en la Argentina." en: CLACSO, *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.331-340.
- RIZZINI Carlos (1957): *Hipólito da Costa e O Correio Brasiliense*. Companhia Editora Nacional, Sao Paulo. REF: MARQUES DE MELO (1984b).
- ROBINA Soledad (1989): "Datos y tecnología: el uso de la información." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.108-112.
- RODRIGUES BRANDAO Carlos (1985): "El poder de la palabra." en: CIESPAL, *Comunicación Popular Educativa*. CIESPAL, Quito, p.19-44.
- RODRIGUEZ Abelandia (1975): "El papel de los medios masivos en la política cultural de la Junta Militar Chilena." *Comunicación y Cultura* (4), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.15-54.
- RODRIGUEZ Abelandia (1976): "Informe sobre la Televisión en Chile." en: *El Estado y la Televisión, Nueva Política*, Vol 1 No 3, México, p.113-126.
- RODRIGUEZ G.H. Gabriel (1989): "Redes de comunicación y nuevas prácticas de trabajo." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.76-82.
- RODRIGUEZ Gabriel (Comp) (1985): *La Era Teleinformática*. ILET/Folios, Buenos Aires.
- ROGERS Everett M. (1962): *Diffusion of Innovations*. The Free Press of Glencoe, New York. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).
- ROGERS Everett M. (1964): "Diffusion of Innovations in Rural Societies." Research Proposal to the Agency for International Development, Michigan State University, East Lansing, Michigan.
- ROGERS Everett M. (1973): *Communication Strategies for Family Planning*. The Free Press, New York. En español: *Comunicación en las Campañas de Planificación Familiar*. Ed. Pax, México, 1976.
- ROGERS Everett M. (1975): "Where we are in Understanding the Diffusion of Innovations." in: SCHRAMM and LERNER (Eds), *Communication and Change in the Developing Countries: Ten Years After*. East-West Center, Honolulu Hawaii. REF: BELTRAN (1976).
- ROGERS Everett M. (1976): "Communication and Development: The Passing of the Dominant Paradigm." *Communication Research, An International Quarterly*, Vol 3 No 2, p 213

ROGERS Everett M. y BONILLA DE RAMOS Elssy (1965): "Prediction of the Adoption of Innovations: a Progress Report." Paper presented at the Rural Sociological Society, Chicago, august.

ROGERS Everett M. y HERZOG William (1966): "Functional Literacy among Colombian Peasants." *Economic Development and Cultural Change* No 14, p.190-203.

ROGERS Everett M. y SVENNING L. (1969): *Modernizing Peasants: The Impact of Communication*. Holt, Rinehart and Winston, New York. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

ROGERS Everett M. y SHOEMAKER F.Floyd (1971): *Communication of Innovations. A Cross-Cultural Approach*. The Free Press, New York. En español, *La Difusión de Innovaciones. Un Enfoque Transcultural*. Herrero Hermanos, México, 1974.

ROGERS Everett M y AGARWALA-ROGERS R. (1976): *Communication in Organizations*. The Free Press, New York. En español: *La Comunicación en las Organizaciones*. McGraw, México.

ROMERO Carlos Alberto (1940): *Los Orígenes del Periodismo en el Perú*. Librería e Imprenta Gil, Lima. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

ROMERO SANJINES Carlos A. (1989): "La investigación tecnológica en telecomunicaciones" *Telos* (19) FUNDESCO, Madrid, p.62-75.

RONDON César Miguel (1981): "Popularidad de la canción rebelde y rebeldía de la canción popular." *Revista ININCO* (3), ININCO, Caracas, p.70-75.

RONCAGLIOLO Rafael (1978): "La Reforma de la Prensa Peruana." en: *Bolivia y Perú: Información y Cambio Social*. Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación No 3, UNAM, México, p.47-61.

RONCAGLIOLO Rafael (1982): "Comunicación y Culturas Transnacionales" en: *Comunicación Transnacional: conflicto político y cultural*. DESCO, Lima. REF: RONCAGLIOLO (1986)

RONCAGLIOLO Rafael (1986): "Investigación y políticas sobre Nuevas Tecnologías de Comunicación en América Latina: una reflexión personal." en: *Nuevas Tecnologías y Comunicación*. FELAFACS/AFACOM, Bogotá, p.95-108.

RONCAGLIOLO Rafael (1989): "Proceso regional de reflexión." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid. p.8.

RONCAGLIOLO Rafael y REYES MATTA Fernando (1978): *Iglesia, Prensa y Militares. El caso Riobamba y los obispos latinoamericanos*. ILET, México.

RONCAGLIOLO Rafael y AVILA Lourdes (1985): "Las Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina: perspectivas analíticas y experiencias democráticas." en: ARRIAGA, BALDIVIA et al, Estado y Comunicación Social. CEESTEM/Nueva Imagen, México, p.37-56.

ROSTOW W.W. (1960): The Stages of Economic Growth. Cambridge University Press, Cambridge England. REF: SCHRAMM (1965)

RUANOVA HERNANDEZ Alfonso (1956): La exposición a ferias agrícolas como un método de divulgación a los agricultores. Tesis de Ingeniero Agrónomo, Escuela Superior de Agricultura Antonio Narro, Saltillo. REF: BELTRAN et al (1976).

RUANOVA HERNANDEZ Alfonso (1958): Content and Readability of some Latin American Agricultural Magazines. MS Thesis, University of Wisconsin, Madison. REF: BELTRAN et al (1976).

RUIZ CASTAÑEDA María del Carmen (1958): "El Periodismo y la Revolución Mexicana." Revista de Ciencias Políticas y Sociales 4 (14), México, p.423-459. REF: FUENTES (1988).

RUIZ CASTAÑEDA María del Carmen (1959): La Prensa Periódica en torno a la Constitución de 1857. UNAM, México. REF: FUENTES (1988).

RUIZ ELDREDGE Alberto (Comp) (1979): El desafío jurídico de la comunicación internacional ILET/Nueva Imagen, México.

SALAZAR BONDY Augusto (1966): Cultura de la Dominación. Lima. REF: RONCAGLIOLO (1986).

SALINAS BASCUR Raquel (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Chile." en: Políticas Nacionales de Comunicación, CIESPAL, Quito. p.339-408.

SALINAS Raquel (1989): "El desequilibrio informativo ya no es una cuestión externa." Telos (19) FUNDESCO, Madrid, p.36-42.

SANCHEZ G. Joaquín (1991): "Escuelas de Comunicación ¿para qué? Diez años de FELAFACS." en: Diálogos de la Comunicación No 31, Lima, p.9-14.

SANCHEZ G. Joaquín y RESTREPO J. Mariluz (1990): Texts Used in Communication Schools of Latin America. Final Research Report, FELAFACS, Bogotá.

SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1983): Capital Accumulation, the State and Television as Informal Education. Case Study of Mexico. PhD Thesis, Stanford University.

SANCHEZ RUIZ Enrique E (1986): Réquiem por la Modernización: perspectivas cambiantes en estudios del desarrollo. Cuadernos de Difusión Científica No 7, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

SANCHEZ RUIZ, Enrique E. (1988): "La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México" en: SANCHEZ RUIZ (Comp), La Investigación de la Comunicación en México; logros, retos y perspectivas. Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara, México, p.9-60.

SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1991): "Apuntes sobre una metodología histórico-estructural (Con énfasis en el análisis de medios de difusión)." en: Comunicación y Sociedad No. 10-11, Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, Universidad de Guadalajara, Guadalajara. p.11-50.

SANCHEZ RUIZ Enrique E (Comp) (1988): La Investigación de la Comunicación en México, logros, retos y perspectivas. Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara, México.

SANCHEZ VILLASEÑOR José (1959): "La técnica sometida al espíritu." Carta sobre la fundación de la carrera de CTI en la UIA. México.

SANTA CRUZ Adriana (1983): "Mujer y comunicación: nuevas voces en la búsqueda de una democracia auténtica." en: REYES MATTA (Comp), Comunicación Alternativa y búsquedas democráticas. ILET/FES, México, p.71-86.

SANTA CRUZ Adriana y ERAZO Viviana (1980): Compropólitan: el orden transnacional y su modelo femenino. Un estudio de las revistas femeninas en América Latina. ILET/Nueva Imagen, México.

SANTA CRUZ Adriana y ERAZO Viviana (1982): "Comunicación alternativa versus modelo transnacional femenino" Chasqui (4), CIESPAL, Quito, p.44-50.

SANTANA Joaquín (1976): "Informe sobre la televisión en Cuba." en: El Estado y la Televisión, Nueva Política Vol 1 No 3, México, p.109-112.

SANTORO Eduardo (1968): La Televisión Venezolana y la Formación de Estereotipos en el Niño. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

SANTOS Enrique (1974): "Tecnología, Imperialismo y Educación" Comunicación y Cultura (3), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.135-146.

SAPERAS Enric (1985a): La Sociología de la Comunicación de Masas en los Estados Unidos. Una introducción crítica. Ariel, Barcelona.

SAPERAS LAPIEDRA Enric (1985b): "Comunicación y anticipación utópica. Contribuciones de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt a la Sociología de la Comunicación." en: MORAGAS (Ed), Sociología de la Comunicación de Masas, I: Escuelas y Autores. Gustavo Gili, Barcelona, p.163-177.

SARLO Beatriz (1987): "Lo popular como dimensión: tópica, retórica y problemática de la recepción." en: CLACSO, Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.152-160.

SARTI Ingrid (1989): "Entre la memoria y la ilusión: el video independiente en Brasil" en: FOX (Ed), Medios de Comunicación y Política en América Latina. Gustavo Gili, México, p.194-201.

SCHENKEL Peter (1981): "Introducción" en: Políticas Nacionales de Comunicación. CIESPAL, Quito, p.13-117.

SCHILLER Herbert (1976a): Communication and Cultural Dominion. International Arts and Sciences Press, New York. REF: CASSEN (1979).

SCHILLER Herbert (1976b): Comunicación de Masas e Imperialismo Yanqui. Gustavo Gili, Barcelona.

SCHLESINGER Philip (1988): "Latin American Perspectives." Media, Culture & Society, Vol 10 No 4, Sage, London.

SCHLESINGER Philip (1989): "Aportaciones de la investigación latinoamericana." Telos (19) FUNDESCO, Madrid, p.55-60.

SCHLESINGER Philip (1990): "Identidad europea y cambios en la comunicación: de la política a la cultura y los medios" Telos (23), FUNDESCO, Madrid.

SCHMUCLER Héctor (1975): "La investigación sobre comunicación masiva." Comunicación y Cultura (4), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.3-14.

SCHMUCLER Héctor (1982): "Veinticinco años de satélites artificiales." Comunicación y Cultura (9), UAM-X, México, p.3-76.

SCHMUCLER Héctor (1984): "Un proyecto de comunicación/cultura" Comunicación y Cultura (12), UAM-X, México.

SCHMUCLER Héctor (1989): "Impactos socioculturales de la informática" Telos (19), FUNDESCO, Madrid, p.101-107.

SCHMUCLER Héctor y ZIRES Margarita (1978): "El papel político-ideológico de los medios de comunicación. Argentina 1975: la crisis del lopezreguismo." *Comunicación y Cultura* (5), Nueva Imagen, México, p.119-178.

SCHNEIDER Ivo Alberto (1974): "Teste da Hipótese do Fluxo da Comunicação em Duas Etapas para a Difusão de Nova Tecnologia Agrícola no Brasil." en: MARQUES DE MELO Org, *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.133-149.

SCHRAMM Wilbur (1961): *La Ciencia de la Comunicación Humana*. Roble, México, 1964.

SCHRAMM Wilbur (1964): *Mass Media and National Development*. Stanford University Press, Stanford. REF: SANCHEZ RUIZ (1986).

SCHRAMM Wilbur (1965): "Desarrollo de la Comunicación y Desarrollo Económico." *Publicación Miscelánea No 25*, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA, San José Costa Rica, mimeo. 38p.

SCHULEIN Sylvia y ROBINA Soledad (1983): "Prensa alternativa y nuevas fuentes de información: la experiencia ALTERCOM." en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.155-170.

SCHWAB Federico (1946): "Algunos Periódicos Desconocidos del Perú, Ecuador y Bolivia." *Fénix* (4), Lima, p.894-909. REF: PEIRANO y KUDO (1982).

SEDECOS (1976): *Efectos Sociales de la Educación Radiofónica en Sectores Populares de América Latina*. SEDECOS, Santiago. REF: MUNIZAGA y RIVERA (1983).

SEGISMUNDO Fernando (1952): *Imprensa e Democracia*. Conquista, Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

SELSER Gregorio (1981): "Brasil: el fenómeno de la prensa nanica." en: SIMPSON (Comp), *Comunicación Alternativa y Cambio Social*. UNAM, México, p.295-317.

SELSER Gregorio y RONCAGLIOLO Rafael (1979): *Trampas de la Información y Neocolonialismo. Las agencias de noticias frente a los países no alineados*. ILET, México.

SERRA Antonio A. (1979): *O desvio nosso de cada dia*. Achiamé, Rio de Janeiro. REF: VASSALLO (1990).

SHARP E.W. (1938): "Mexico". *Journalism Quarterly* (June, Vol. 15). p.228-229. REF: ATWOOD (1980).

SHARP E.W. (1940): "Brazil". *Journalism Quarterly* (December, Vol.17). p.378-380. REF: ATWOOD (1980).

SHINAR Dov y DIAS Marco Antonio Rodrigues (1975): Problems of National Communication Policy in Brazil. Rio de Janeiro. REF: BELTRAN (1976b).

SILVA Armando (1988): "Semiótica y Comunicación Social en Colombia." Diálogos de la Comunicación (22), FELAFACS, Lima, p.28-37.

SILVA Ludovico (1970): La Plusvalía Ideológica. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

SILVA Ludovico (1971): Teoría y Práctica de la Ideología. Nuestro Tiempo, México.

SIMMONS Robert E., KENT Kurt and MISHRA Vishiva M. (1968): "Media and Developmental News in Slums of Ecuador and India" Journalism Quarterly (Winter, Vol.45), p.698-705. REF: ATWOOD (1980).

SIMPSON GRINBERG Máximo (Comp) (1981): Comunicación Alternativa y Cambio Social. I: América Latina. UNAM, México.

SIMPSON GRINBERG Máximo (1981): "Comunicación Alternativa: dimensiones, límites, posibilidades" en: SIMPSON (Comp), Comunicación Alternativa y Cambio Social. UNAM, México, p.109-130.

SOCIAS LOPEZ Juan (1966): Comunicación y Subdesarrollo. Tesis, Escuela de Periodismo Universidad Central de Venezuela, Caracas. REF: CIESPAL (1977).

SODRE Muniz (1972): A comunicação do grotesco. Introdução a cultura de massa brasileira. Vozes, Petrópolis.

SODRE Muniz (1977): O monopólio da fala. Função e linguagem da televisão no Brasil. Vozes, Petrópolis.

SODRE Muniz (1984): A máquina de Narciso. Televisão, Indivíduo e Poder no Brasil. Cortez, Sao Paulo.

SODRE Muniz (1989): "Juventud y medios de comunicación." Diálogos de la Comunicación (25), FELAFACS, Lima, p.6-13.

SODRE Muniz (1990): "Lo que pueden significar comunicación y cultura en Brasil." Diálogos de la Comunicación (26), FELAFACS, Lima, p.21-25.

SOL Ricardo (1984): El Salvador: medios masivos y comunicación popular. ILET/Ed. Porvenir, San José CR.

SOL Ricardo (1988): "Movimientos sociales y cotidianidad en Costa Rica." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.257-288.

SOL Ricardo (1989): "Comunicación, Iglesia y conflicto social: El Salvador 1970-1980." en: FOX (Ed), *Medios de Comunicación y Política en América Latina*. Gustavo Gili, México, p.119-130.

SOLIS Beatriz (1983): "La política nacional de comunicación en México: una asignatura pendiente del Estado." Ponencia en el IV Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, ABEPEC/FELAFACS, Florianópolis Brasil.

SOLIS Beatriz y AVILES Francisco (1985): *La comunicación social en México: reforma política y derecho a la información*. UAM-Xochimilco, México.

SOLIS Beatriz y DE LA PEZA Carmen (1988): "Modelo para armar: una experiencia mexicana." *Diálogos de la Comunicación* (19), FELAFACS, Lima.

SONNTAG Heinz R. (1988): *Duda/Certeza/Crisis: La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. UNESCO/Nueva Sociedad, Caracas.

STANFIELD J. David y WHITING Gordon C. (1972): "O Uso dos Meios de Comunicação de Massa e a Estrutura de Oportunidades no Brasil Rural." en: MARQUES DE MELO Org, *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.93-106.

STANGELAAR Fred (1983): "Comunicación alternativa y videocassette: perspectivas en América Latina." en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.209-237.

STAVENHAGEN Rodolfo (1965): "Siete tesis equivocadas sobre América Latina." *Excelsior México*. REF: ELGUEA (1989).

STEINBERG Oscar (1974): "Isidoro. De cómo una historieta enseña a su gente a pensar." *Lenguajes* (1), Nueva Visión, Buenos Aires, p.77-95.

SUBERCASEAUX Bernardo (1988): "Concepciones operantes de cultura popular (itinerario de una trayectoria en Chile)." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. IPAL, Lima, p.157-176.

SUPPE Frederick (Comp) (1977): *The Structure of Scientific Theories*. University of Illinois Press, Urbana.

SUPPES Patrick, SEARLE Barbara y FRIED Jamesine (1978): *The Radio Mathematics Project: Nicaragua 1976-1977*. Institute for Math Studies in the Social Sciences, Stanford. REF: HORNIK (1980).

SUTZ Judith (1989): "Informática y Sociedad en América Latina." Telos (19), FUNDESCO, Madrid, p.83-100.

Telos, cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad, Número 19: América Latina. FUNDESCO. Madrid, septiembre/noviembre de 1989.

TERRERO Patricia (1982): "Comunicación e información por los gobiernos autoritarios: el caso Argentina." en: Comunicación y Democracia en América Latina. DESCO/CLACSO, Lima. p.23-29.

TIRADO C. Nazario y RETAMOZO L. Dulfredo (1977): ERBOL: Escuelas Radiofónicas de Bolivia: una aproximación descriptiva. Departamento de Ciencias de la Comunicación Universidad Católica Boliviana, La Paz. REF: BELTRAN et al (1990).

TORRELLES Luis Orlando et al (1982): "Super 8, vídeo y reinención del espacio urbano en grupos populares" Revista ININCO (4/5), ININCO, Caracas, p.86-93.

TORRES Héctor (1974): "Colombia y el Satélite Educativo." Comunicación y Cultura (3), Ed. Galerna, Buenos Aires, p.123-134.

TORRES Teodoro (1937): Periodismo. Editorial Botas, México. REF: AGUILAR PLATA (1990).

TREJO DELARBRE Raúl (1988): "La investigación mexicana sobre medios de comunicación: modas, mitos y propuestas." En: SANCHEZ RUIZ (Comp) La Investigación de la Comunicación en México, logros, retos y perspectivas. Edicom/Universidad de Guadalajara, México.

TUNSTALL Jeremy (1977): The Media are American. Columbia University Press, New York.

URIBE MARQUEZ Jorge (1919): Libertad de Imprenta e Historia de la Prensa en Colombia. Tipografía Arconvar, Bogotá. REF: ANZOLA y COOPER (1985).

URIESTE Isabel (1987): "Bolivia: comunicación, cultura popular y ejercicio de la democracia." en: CLACSO, Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica. FELAFACS/Gustavo Gili, México, p.238-248.

VACCHIERI Ariana (1986): "Argentina 1983: la campaña electoral en una transición política." Chasqui (19), CIESPAL, Quito, p.12-18.

VARIS Tapio y SALINAS Raquel (1977): "Comunicaciones transnacionales: cine y televisión." Chasqui (primera época, 16), CIESPAL, Quito, p.9-22.

VASCONCELOS Sanelva de (1939): Prelos & Jornais. Gráfica do Diário da Manhã, Recife. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

VASSALLO DE LOPES Maria Immacolata (1988): Pesquisa em Comunicação. Formulação de um modelo metodológico. Tese de Doutorado, Universidade de Sao Paulo, Escola de Comunicações e Artes, Sao Paulo.

VASSALLO DE LOPES Maria Immacolata (1990): "Pesquisa de Comunicação no Brasil." Informe inédito. Sao Paulo.

VELA David (1960): La Imprenta en la Colonia. Ministerio de Educación Pública, Guatemala. REF: CIESPAL (1977).

VERA Ernesto (1981): "Políticas Nacionales de Comunicación: Cuba." en: Políticas Nacionales de Comunicación. CIESPAL, Quito, p.287-338.

VERON Eliseo (1969a): Conducta, Estructura y Comunicación. Jorge Alvarez Ed, Buenos Aires.

VERON Eliseo (1969b): "Ideología y Comunicación de Masas: la semantización de la violencia política." en: VERON (Ed), Lenguaje y Comunicación Social. Nueva Visión, Buenos Aires, p.133-190.

VERON Eliseo (1969c): "Hacia una Ciencia de la Comunicación Social." en: VERON (Ed) Lenguaje y Comunicación Social. Nueva Visión, Buenos Aires, p.9-29.

VERON Eliseo (1973 y 1974c): "Comunicación de Masas y Producción de Ideología: acerca de la constitución del discurso burgués en la prensa semanal." Chasqui (primera época 4 y 5), CIESPAL, Quito. p.75-109 y 132-147.

VERON Eliseo (1974a): "Acerca de la producción social del conocimiento: el "estructuralismo" y la semiología en Argentina y Chile" Lenguajes (1), Nueva Visión, Buenos Aires, p.96-125.

VERON Eliseo (1974b): "Para una semiología de las operaciones translingüísticas." Lenguajes (2), Nueva Visión, Buenos Aires, p.11-36.

VERON Eliseo (1974d): "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina." En: TORRES RIVAS E. Comp, Lecturas sobre Teoría Social. EDUCA, San José. REF: MURGA y BOILS (1979).

VERON Eliseo (1987): La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad. Gedisa, Buenos Aires.

VERON Eliseo (Ed) (1969d): Lenguaje y Comunicación Social. Nueva Visión, Buenos Aires.

VIALE Carlos D. (1937): "South America-Brazil." Journalism Quarterly (December, Vol. 14). p.399-400. REF: ATWOOD (1980).

VIALE Carlos D. (1938): "South America-Argentina, Chile and Uruguay" *Journalism Quarterly* (June, Vol 15). p.229-230. REF: ATWOOD (1980).

VIALE Carlos D. (1939): "South America" *Journalism Quarterly* (December, Vol. 16). p.400-401. REF: ATWOOD (1980).

VIALE Carlos D. (1940): "Argentina" *Journalism Quarterly* (December, Vol. 17). p.375-377. REF: ATWOOD (1980).

VIANNA Hélio (1945): *Contribuição a História da Imprensa Brasileira (1812-1869)*. Ministerio da Educação e Saude, Instituto Nacional do Livro, Imprensa Nacional, Rio de Janeiro. REF: MARQUES DE MELO (1984b).

VILLALOBOS G. Jorge (1989): "Hacia la radio de participación: emisoras culturales rurales" en: REBEIL et al *Perfiles del Cuadrante*. Trillas, México, p.97-107.

VIZCAINO Marcelo (1983): "Comunicación y pluralismo: los aportes de la UNP en Ecuador." en: REYES MATTA (Comp), *Comunicación Alternativa y búsquedas democráticas*. ILET/FES, México, p.133-140.

WAGGONER Barbara Ashton (1967): "News and the Mass Media in the Dominican Republic." *Journalism Quarterly* (Winter, Vol.44). p.533-539. REF: ATWOOD (1980).

WAJSMAN Paula (1974): "Una historia de fantasmas." *Lenguajes* (1), Nueva Visión, Buenos Aires, p.127-132.

WHITE Robert A. (1988): "Políticas nacionales de comunicación y de cultura: lo autoritario y lo democrático en el contexto de América Latina." en: GARCIA CANCLINI y RONCAGLIOLO (eds), *Cultura transnacional y culturas populares*, IPAL, Lima, p.111-144.

WHITE Robert A. (1989): "La teoría de la comunicación en América Latina." *Telos* (19), FUNDESCO, Madrid, p.43-54.

WHITING Gordon C. (1971): "Empatia: Uma Habilidade Cognitiva para Decifrar o Significado da Modernização Através dos Meios de Comunicação de Massa." en: MARQUES DE MELO Org, *Comunicação, Modernização e Difusão de Inovações*. Vozes, Petrópolis, 1978. p.83-92.

WOLF Mauro (1987): *La Investigación de la Comunicación de Masas. Crítica y Perspectivas*. Paidós, Barcelona.

WOLF Mauro (1990): "Tendencias actuales del estudio de medios" en: *Comunicación Social 1990/Tendencias*. Informes FUNDESCO, Madrid.

WOLFE Wayne (1964): "Images of the U.S. in the Latin American Press." *Journalism Quarterly* (Winter, Vol. 41). p.79-86 REF: ATWOOD (1980).

XIQUES RORALES, Malena (1989): "Algunas consideraciones metodológicas en torno a la investigación social de los medios de difusión masivos." *Boletín CEMEDIM* 3/1989, Centro de Estudios de los Medios de Difusión Masiva, La Habana.